



EL
GUARDIÁN
DE
RECUERDOS

ASTRID
NILSEN

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

Cita

Lucas

Vista

Jorge, despierta

Mi hermano Lucas

El camino hacia la autodestrucción

El ejercicio de los cinco sentidos

Garzúa, lugar de encuentro

Zezé, o la dulzura de la miel mezclada con hiel

Pedrito

Zezé ha muerto

Elena, de profesión disfrazada

La duda me atrapa

La cárcel de Elena

Olfato

Los sueños de Iván

Elena y Zezé ocultan secretos

Felicidad, qué bonito nombre tienes; felicidad, vete tú a saber dónde te metes

Un cementerio de recuerdos

La nada

Elena se pierde

¿Perderse para encontrarse?

Cuatro nombres tiene Zezé y una cárcel encierra sus tres pasados

Los secretos de Lucas

Oído

Pedrito

La familia de Lucas

Zezé ha muerto. María Pérez ha muerto. María Montalbán nunca existió. Y
Elena Miel quiere morir
Elena descubre que no necesitaba perderse para encontrarse
Mis recuerdos
Los susurros silencian verdades que alguien no quiere escuchar
Lucas encontró a su madre
Elena se enfrenta a Elena
Tacto
Pedrito
Al borde del abismo
El abismo
Sabor
Olvida, olvida, olvida que otros recordarán por ti lo que no debes

Epílogo

Nota de la autora

Biografía

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A mis hermanas

Con el tiempo he aprendido que las personas
se olvidan de lo que dijiste, se olvidan de lo que hiciste.
Pero nunca olvidarán cómo les hiciste sentir.

MAYA ANGELOU

Lucas

Querido hermano:

Las personas atesoramos los recuerdos, los cuidamos, revivimos, cambiamos, ocultamos u olvidamos. Hay quien los escribe en un diario para que no se pierdan y hay quien intenta ahogarlos en la profundidad de la memoria para que no vuelvan. Otros son capaces de transformarlos, recrearlos con los condimentos que les apetezcan en el momento adecuado, disfrazarlos hasta reinventarlos. Otras personas los prostituyen, vendiéndolos al precio que marque el mercado, adornándolos para que ese precio suba, ocultando lo que resulta incómodo.

Los recuerdos forman parte de nuestro pasado y nos convencemos de que nos conforman a día de hoy. Somos como somos por lo que sucedió; en esas historias encontramos la respuesta a lo que hoy hacemos. Nos aferramos a ellos siendo incapaces de dejarlos ir, son inherentes a nuestra persona y personalidad. Incluso cuando los cambiamos, incluso cuando los queremos ocultar, incluso cuando los negamos. Ahí están, en algún recoveco de nuestra mente, para decirnos quiénes somos y por qué hacemos lo que hacemos. «Somos nuestros recuerdos», he llegado a escuchar. Estamos tan hechos de recuerdos como de agua. Y aunque no son tangibles, ahí están, siempre, al acecho. A veces se despiertan cuando duermes, a veces los despiertas intencionadamente.

Cuando una persona me cuenta sus recuerdos, siento que le estoy robando una parte de su ser que nunca recuperará. Tengo una llave de su vida, una puerta que me ha dejado abierta y no podrá volver a cerrar, siempre permanecerá con el pestillo sin echar para que yo pueda acceder cuando me plazca. Y siento un enorme placer cuando eso sucede, disfruto invadiéndome de las vidas de otras personas, sintiendo en mi piel lo que ellas sintieron, caminando sobre sus pasos sin poder decidir, porque ya sucedió y no puedo cambiar los recuerdos, almacenando en mí los pensamientos y emociones que sintió. A veces creo que me gusta vivir a través de otras personas y por eso devoro tantos libros y películas, por eso ansío que todos me cuenten sus vidas, por eso ando siempre a la caza de nuevos recuerdos. Vivo sus vidas con tanto placer que me olvido de la mía propia, dejándome llevar por sus decisiones sin necesidad de tomar yo ninguna. Porque cuando alguien me entrega sus recuerdos, yo los vivo sin juzgarlos, los acompaño sin evaluar sus decisiones, los escucho con la mirada limpia y abierta, decidido a ser quienes ellos fueron. Y siempre, invariablemente, sus recuerdos quedan conmigo. Aunque me den permiso para ello, nunca los regalo a terceros, por muy curiosos, interesantes o escabrosos que sean.

No puede haber mayor reto para mí que cuando me encuentro con alguien que no quiere compartir sus recuerdos. Mantengo la calma y la paciencia, consciente de que conseguiré que un día —no sé cuál, pero siempre habrá ese día— abrirán las puertas de sus pensamientos y me dejarán entrar con paso lento y decidido, o rápido y sigiloso, o tranquilo y presente. Da igual la forma en que camine con ellos, bien cogidos de la mano o como un mero espectador: solo el hecho de que me hayan abierto las puertas a sus recuerdos sin que siquiera lo haya pedido me hará feliz. Normalmente, si ese reto se plantea es porque la persona quiere ocultar sus experiencias, creyendo que encontró el camino para esquivarlas. Pero soy experto en caminar por sendas oscuras y escarpadas, sendas que no deberían transitarse y pueden llevar a un súbito abismo. Hay personas a quienes, además de no querer recuperar ciertas partes de su vida, les cuesta recuperar esos recuerdos que han guardado con celo bajo siete candados en un baúl en las profundidades del mar. Hay personas que los han evitado tanto, conscientes de que van a traer a su realidad presente un pasado incómodo, que los evitan. Esos son los recuerdos que a mí me gusta atesorar, esa es la puerta que me gusta abrir, esos son los senderos por los que me gusta caminar. Y, una vez lo consigo, por la noche escribo todo lo que me han contado y lo guardo entre los libros de mi pequeña librería. Tengo cientos de papeles guardados entre las páginas de libros, momentos concretos de vidas concretas, recuerdos ocultos de ojos indiscretos e incluso de mí mismo, ya que sería incapaz de recordar dónde está cada uno de ellos. Pero los tengo, son míos.

Ahora, sin embargo, tengo un miedo terrible a perderlos. Mi cabeza se va dejando llevar a un abismo donde no hay recuerdos y, cuando los hay, están entremezclados, confusos, oscuros. De tanto guardar recuerdos de otras personas quiero creer que mi cabeza me ha dicho que ya basta y se está deshaciendo de ellos poco a poco. Al menos de momento es lentamente, pero sé que en un tiempo los habré perdido todos y no sabré siquiera quién soy yo. El alzhéimer, esa maldita enfermedad, me ha atrapado demasiado joven. Un alto precio por robar los recuerdos de otras personas.

Reconozco que hay días en que escribo, leo las páginas anteriores y no recuerdo nada. No sé de quién hablo ni cuándo escribí aquellas palabras, me siento un extraño en mí mismo. Pero al menos aquí están, entremezclados tal y como llegan a mi cabeza. Ojalá pudiera dejarlos escritos con mayor claridad y orden, almacenarlos en carpetas con sentido en vez de entre libros y libros, pero según me atacan en mis pensamientos debo dejarlos plasmados para evitar que se deshagan en mi memoria.

No soy dueño ya de mí mismo, no decido qué recuerdos quiero saborear un día u otro. A veces quiero capturar algún recuerdo, me esfuerzo en ello con frustración y creo que lo tengo ahí, en la punta de la lengua, en la punta de mi pensamiento, al acecho, adelanto mi cuerpo, la cabeza al frente para que caiga ese recuerdo que está físicamente ahí. ¡Qué ilusión más falsa! No soy capaz de recordar una sola ocasión en que haya podido volver a vivir un recuerdo perdido. Pero al menos algo queda de ese momento en mí porque soy capaz de intentar buscarlo.

Lo más triste es cuando no me acechan recuerdos de mi vida, lo que últimamente sucede demasiado a menudo, y me doy cuenta de que ya me he perdido. Tengo miedo a estar muerto en vida y ni siquiera darme cuenta de ello. Solo soy un títere de la

enfermedad, condenado a deshacerme de todos esos pasados, esas vidas, esas puertas que abrí. Incluso la mía propia. A veces aún recuerdo quién soy. Otras veces sé que prefiero olvidarme.

Le costaba recuperar aquel recuerdo.

Lucas

9 de agosto de 2014

Vista

«Tres minutos», dijo ella. Zezé miraba a la cámara fijamente, aguantando el tipo, a pesar de que esa horrible maquinaria negra llena de luces, focos y objetivos solía hacer titubear a quienes se atrevían a enfrentarse a ella. Tenía un rostro dulce, apacible, tranquilo. Al mirarla a través del objetivo, incluso parecía más hermosa que en la realidad; aquel aparato la adoraba y lo reflejaba a través de su imagen. Con el cabello negro ondulado enmarcándole las mejillas, escondiendo sus diminutas orejas y situando su pequeña nariz en el centro, estaba perfecta para un retrato. Pero no era un retrato. No pretendía que exaltaran su belleza de manera alguna, aunque sus llamativos ojos verdes parecían gritarlo. Ojos verdes intensos. «Tres minutos», repitió a la cámara y bajó la mirada. Todos los presentes volvieron a escuchar esas dos palabras como un eco en el sepulcral silencio, interrumpido únicamente por el ruido de la maquinaria que les rodeaba. El plató estaba completado por luces, cámaras de vídeo y de fotografía, micrófonos. Los presentes hubieran deseado que incluso el ruido imperceptible que realizaban se detuviera para que el universo se centrara en ella. La mayoría nunca imaginó que podría estar tan cerca de ella y aún no creía que estuviera sucediendo en realidad, sino en un sueño.

No lo repitió, pero dentro de sus cabezas resonó de nuevo. «Tres minutos.» Y todos supieron por su expresión, en cuanto volvió a levantar la mirada brusca y directamente al objetivo, que habían sido tres minutos malditos. Inmediatamente pensaron en la noticia de que su marido, el famoso torero Iván, la había abandonado sin motivo aparente.

Tres malditos minutos.

Jorge, despierta

El sonido de la radio comenzó a mezclarse con sus sueños poco antes de que fuera consciente de que se estaba despertando. Recordaba que hacía años se despertaba antes de que la radio comenzara a sonar, pero desde que ella le había abandonado sus hábitos de sueño no eran estables. Se acostaba tarde, dormía mal y se despertaba malhumorado, invadido por pensamientos negativos que carcomían sus pesadillas. Durante los primeros minutos en que se desperezaba y según avanzaba el día, los pensamientos negativos se perdían entre su frenética actividad, pero en cuanto el silencio le acechaba volvían de entre las sombras. Se decía que era un experto manteniéndolos a raya a lo largo del día. No podía decir lo mismo sobre su capacidad para espantarlos durante la noche. «Cuánto durará esto, maldita sea», se preguntó con los ojos aún cerrados, estirando las piernas. Apenas se había movido en toda la noche. El lado de ella permanecía intacto como si una frontera le impidiera invadir ese trozo de cama. Recordaba que las primeras noches que dormía solo extendía el brazo para tocarla, enfrentándose a un vacío hiriente.

Ya no era hiriente, ahora era solo frustrante. Deseaba que se acabara esa historia de una vez, dar puerta a su pasado y avanzar.

Todos la conocemos como la novela que Zezé está leyendo. Los comentarios del locutor de radio interrumpían sus pensamientos. Abrió los ojos ante la profunda oscuridad de su habitación. Antes dormía con las cortinas abiertas. Desde hacía unos meses las cerraba y no dejaba que entrara ni una pizca de luz. Antes se despertaba con la luz del sol... *Bueno, es una novela interesante...* Ahora lo hacía con los locutores. Había intentado despertarse con la alarma del móvil, pero el sonido le irritaba y acababa apagándola para quedarse dormido una hora más... *Creo que ha llamado mucho la atención por el tema del seudónimo; no conocemos al autor de la novela...* En los últimos tres meses había llegado cinco veces tarde al trabajo. Estiró ahora sus brazos y se dijo que era el momento de levantarse de una vez. Un poquito de esfuerzo, solo necesitaba apartar el edredón y poner un pie en el suelo, lo demás iría solo. Levantar el edredón suponía dejar que entrara en su cama el frío de la habitación. «Jorge, despierta —se decía una y otra vez—.

Venga, despierta, so vago. Jorge, despierta.» Pero estaba muy a gusto y caliente debajo de la manta. Si se movía un poco, su pierna tocaba una parte fría de la cama, pero si se quedaba quieto, el calor permanecía en su piel. Se arropó aún más con el edredón y se prometió solo cinco minutos, tan solo unos minutos más de gloria antes de levantarse y zambullirse en el caótico día que le esperaba. Cerró una vez más los ojos, intentando recordar qué había soñado. Le embargó una sensación de dejarse llevar y de felicidad por ceder a su deseo de no levantarse aún. Había soñado con una comida familiar. Sí, sus padres y sus hermanos estaban en el sueño. Estaban navegando en un barco, cosa que jamás habían hecho. Comían en el barco, se reían. Él, a mitad de comida, se tiraba al agua a nadar y veía peces, muchos peces. *Es la historia de una mujer que de pronto no encuentra sentido a su vida y se embarca en un viaje solitario para conocerse. Al principio conocemos muy bien su vida en Madrid junto a su pareja, un apuesto joven de su edad con el que mantiene una relación casi idílica, de película. Tan idílica que cuando la incertidumbre de ella se interpone entre los dos, ninguno sabe cómo reaccionar porque nunca han tenido que enfrentarse a los miedos del otro.* Las palabras del locutor rompían su sueño, rompían su baño en el mar. *Ella está obstinada en ser feliz, pero de pronto descubre que no lo es y que se ha estado engañando a sí misma. Cuando busca en él la felicidad, él no sabe dársela porque nunca lo ha hecho. Ella siempre ha sido quien ha traído la felicidad a casa.* «Quien ha traído la felicidad a casa, quien ha traído la felicidad a casa...» Su cuerpo libre debajo del mar salía del agua y esas palabras repiqueteaban en su cabeza. Ya no estaba nadando. ¿Está la felicidad sobrevalorada? «La felicidad, la felicidad, la felicidad.» Jorge había perdido el hilo de su sueño, ya no recordaba de qué trataba. Abrió los ojos de par en par hasta que la oscuridad dejó de ser tan oscura. Todos sus sentidos se centraron en la voz de ese hombre que prácticamente todas las mañanas le despertaba con noticias de guerras o corrupción. Su cuerpo estaba en tensión antes de que se diera cuenta de ello. Ahora hacía demasiado calor en la cama. Apartó el edredón de golpe, el gesto que antes le había costado una eternidad realizar. Apoyó los dos pies en el suelo y, sentado en la cama, rastreó sus zapatillas con las manos. Se las puso sin dejar de escuchar las palabras del locutor. Miró la radio atentamente como si con ello pudiera comprender mejor a quien hablaba.

El locutor habló de esa novela durante unos tres o cinco minutos más. Unos tres o cinco minutos en los que le describió a él con todo lujo de

detalles: su vida en común con la pareja que le había abandonado hacía unos años, la casa que compartían, el trabajo de él, el trabajo de ella, escenas que habían vivido poco antes de que ella se fuera sin explicación, sentimientos que él había tenido pero que nunca había pronunciado en voz alta.

Unos tres o cinco minutos en los que el locutor describió un libro. Unos tres o cinco minutos en los que Jorge descubrió que su vida estaba en un libro que desconocía.

Mi hermano Lucas

Mi hermano mayor, Lucas, tenía nueve años más que yo y me era prácticamente un desconocido cuando falleció el 12 de agosto de 2014, dejándome en herencia su pequeño negocio en un pueblo perdido de Asturias, Garzúa. Tristemente, no había llegado siquiera a cumplir cuarenta y cinco años cuando un repentino infarto de miocardio detuvo su vida en el suelo de aquella librería, donde permaneció completamente solo durante tres días hasta que su desaparición se hizo notar. La policía forzó primero la puerta de su hogar, pero si le hubieran conocido lo más mínimo habrían entrado directamente en la tienda sin perder el tiempo en su piso, donde él apenas paraba para desayunar, comer rápido a mediodía y dormir escasas horas por la noche. Por supuesto, contactaron tanto conmigo como con mis padres, pero ninguno de nosotros solíamos tener noticias de él, excepto en Navidades y en alguna otra ocasión a lo largo del año.

La noticia sumió a mis padres en el abatimiento y la culpa, y a mí en un sentimiento que fui incapaz de describir. Sentía pena por ese hombre desconocido al que debía aceptar como mi hermano, pero a la vez sentía que había fallecido un viejo compañero de mis años infantiles al que había perdido la pista tiempo atrás.

El hecho de que su muerte se produjera en completa soledad y mis padres fueran incapaces de recordar cuándo fue la última vez que supieron de él les devolvió un antiguo y profundo sentimiento de culpabilidad. Un sentimiento que durante los primeros años era un espejismo, poco a poco una realidad, a continuación una verdad a la que enfrentarse, años después algo que debían olvidar y, en el último tramo de sus vidas, una culpabilidad fuerte y real.

Mis padres, dos jóvenes de familia adinerada católica, se casaron siendo veinteañeros en una iglesia de Madrid y enseguida quisieron que cuatro o cinco niños recorrieran todo el hogar. Cuando comprendieron que el tiempo no traía a esos niños deseados, visitaron a los mejores médicos y se hicieron todas las pruebas oportunas; él siempre refunfuñando al ponerse en duda su hombría, ella siempre con ansias de encontrar la solución. Los pocos conocimientos de la época y los aún más escasos métodos de quedarse

embarazada colmaron con decepción los primeros años de matrimonio. Las palabras cariñosas y los ánimos fueron pronto sustituidos por reproches sin base alguna y por visitas frustradas a médicos que no encontraban ningún problema ni, por tanto, solución. Únicamente cuando asumieron, pasados ya siete años, que nunca tendrían hijos fueron capaces de volver a enamorarse y llevar una vida de pareja compartiendo un cariño tranquilo.

Mi madre era de las escasas mujeres que entonces ejercían la abogacía en Madrid. Mi padre era dueño de tres farmacias madrileñas, estratégicamente situadas en los puntos más céntricos de la ciudad. Nunca logré comprender del todo por qué, cerca de cumplir los cuarenta, decidieron acoger a Lucas. Él tenía ya 10 años, hablaba con un fuerte acento sevillano, tan cerrado que apenas le entendían, y traía una trágica historia a su espalda.

Lucas, con sus nueve añitos, estaba en un centro de acogida en Sevilla. Mi madre se enteró de su caso a través de un compañero abogado que gestionaba todos los asuntos personales de una familia que estuvo a punto de adoptarle pero al final se echó atrás. «Un desastre...: la madre natural del niño está en la cárcel, el padre, borracho perdido, no le había ido a visitar en meses. Al niño, tan delgado, bonachón e inocente, le pegaron sus compañeros una paliza terrible en el orfanato. Por fin ve la luz al final del túnel: le iban a llevar a un hogar tranquilo donde engordaría unos cuantos kilos, le darían cariño, amor..., y la futura madre adoptiva recibe la noticia de que está en situación terminal. El pobre niño ha sufrido más de lo que se puede permitir en toda una vida y no tiene ni diez años. Una tragedia.»

La simple curiosidad de mi madre se tornó en verdadera preocupación por Lucas. De la mano de su compañero abogado, fue a visitarle a Sevilla y se quedó encantada con aquel niño educado y callado, tímido y solitario. Jugaba solo en un rincón del jardín con un coche, abstrayéndose de todo el ruido que le rodeaba. Ella decidió remover Roma con Santiago para darle un hogar a Lucas. Lo que no comprendió entonces es que los hogares no son algo que se puedan dar como los juguetes lujosos, sino que son situaciones que se crean entre todos.

Lucas se había convertido en un niño taciturno pero obediente. Comenzó en el colegio en un curso inferior al que correspondía a su edad. Si mi madre le decía que estudiara, él lo hacía; si le decía que era el momento de jugar, él le hacía caso. Consiguió recuperar el curso perdido dedicando más horas al estudio, aunque nunca logró hacer verdaderos amigos. A veces estaba acompañado de otros chicos y podían pasar horas muertas juntos, sin poder

decirse que compartieran momentos o se divirtieran. Se hacían compañía los unos a los otros, normalmente los niños con los que otros no querían estar.

Cuando yo nací, contra todo pronóstico, él tenía ya 12 años y no sé de aquella etapa más que lo que mis padres me contaron. Para mí era un hermano mayor que pasaba poco tiempo en casa, siempre en el instituto o la universidad, en el gimnasio o simplemente dando un paseo. Frente a todas las preguntas que me hacía mi madre sobre dónde había estado, Lucas siempre dispuso de una libertad que muchos hijos hubieran querido para sí. Mi madre podría no saber dónde estaba, pero siempre tenía la certeza de que se encontraba bien y llegaría a casa puntual. Algo que conmigo no siempre sucedía.

En aquellos pensamientos vagaba mi mente cuando me recogieron mis padres en el piso de Madrid y nos dirigimos a Garzúa. Yo no tenía ni idea de cómo se organizaba un funeral ni qué debía hacerse, pero ellos parecían haber arreglado gran parte en la distancia. El trayecto comenzó inundado por el silencio, hasta que mi madre, muy parlanchina, fue incapaz de mantener esa situación.

—¿Estás bien, cariño? —Posó su mano en mi rodilla al hacerme la pregunta y yo la miré asintiendo a través del espejo retrovisor desde el asiento de atrás. Mamá era muy dulce, aún a mis 36 años me seguía tratando como a un niño pequeño. Incluso empleaba ese tono cariñoso con mi padre, quien lo tomaba con perfecta naturalidad. El espejo me devolvió a una mujer con más de setenta años, profundas ojeras, unos pequeños ojos marrones vidriosos y párpados ligeramente caídos. Tenía el rostro delgado, como de costumbre, pero apenas mostraba arrugas y solía presumir de la calidad de su piel. En cambio, se quejaba de su escaso cabello. Hacía tiempo que se lo cortaba por debajo de las orejas, lo que provocaba el disgusto de mi padre, quien hubiera querido vérselo mucho más largo. «Con estos cuatro pelos no puedo tenerlo largo, ya no soy una adolescente», le explicaba ella. Se lo teñía de caoba, habiendo dejado atrás su época de castaño. Solía llevar unos bonitos pendientes de oro blanco con un discreto diamante que le había regalado mi padre años antes. Jugeteaba mucho con ellos, como en esta ocasión, en la que mantenía una mirada triste en el espejo. Sus finos labios pintados de rojo fuerte intentaban crear una amable sonrisa con la que animarme a hablar—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—No lo recuerdo, mamá. No solía hablar mucho con Lucas. La verdad es que no recuerdo hablar con él por teléfono, directamente. Cuando te llamaba

en Navidades si no había podido venir, sí hablábamos, pero a través de ti. Te preguntaba a ti qué tal estaba, me contestaba a través de ti, me preguntaba algo... ¡y tú contestabas por mí! —Mamá se rio. Cómo le gustaba inventarse las respuestas, inventarse lo que los demás pensaban. Me alegré de arrancarle esa sonrisa verdadera a mi madre, que también contagié a mi padre.

Cuando llegamos al pueblo donde vivía Lucas, fuimos directamente al tanatorio. Al día siguiente por la mañana sería el velatorio, la misa y el entierro. Mi madre hizo algunas preguntas sobre las flores (creo que encargó algunas), dio la mano a varias personas, agradeció a otros y dirigió, como acostumbraba, la situación. Mi padre permanecía a su lado afirmando cuanto ella decía, ensimismado en sus propios pensamientos. Al salir, él le dio un cariñoso abrazo y ella le respondió con una mirada cristalina.

Podríamos haber dormido en el piso de mi hermano, pero ninguno nos sentimos cómodos con la idea y permanecemos en un hostel. Quería proponer ir a visitar al menos su casa, pero no tuve fuerzas para atreverme ni creía que a mis padres les apeteciera. Sobre las ocho nos instalamos cada uno en nuestra habitación, perdimos el tiempo en cavilaciones inútiles y cenamos juntos a las nueve de la noche. Algo ligero, como nuestros pensamientos. Poco después nos separamos con un abrazo en el pasillo y nos deseamos buenas noches.

La habitación era tan estrecha que apenas cabían la cama y las dos mesitas. No tenía sueño, pero tampoco encontraba manera de entretener mi mente. Lo único que parecía capaz de distraerme era pensar en Lucas, en lo poco que le conocía, en las escasas ocasiones que habíamos compartido juntos, en el enorme cariño que le tenía a pesar de ello. ¿Cómo era posible quererle tanto y sentir tanto su pérdida si hacía tiempo que no hablábamos directamente? Los últimos años no pudo o no quiso venir en Navidades. Me gustaba saber de él. Siempre preguntaba a mamá cómo estaba Lucas y, si hablaba con él por teléfono, quería que él supiera que yo estaba ahí. Quería hacerle preguntas a través de mamá, pero no quería ponerme al teléfono. ¿Qué le habría contado yo si no teníamos nada que contarnos?

Busqué al menos la imagen más reciente que tenía de él. Fue, obviamente, en unas Navidades. Llevaba un vaquero claro, una camisa de rayas azul y blanca, un jersey gris y unas discretas zapatillas azules. Su típico conjunto. Y el abrigo, por supuesto. Su largo abrigo negro con capucha. Tenía el pelo corto, negro como el azabache y sin ningún presagio de quedarse calvo, las patillas algo largas y frondosas, los ojos muy oscuros, tanto que solo parecía tener pupilas, las pestañas un tanto largas para ser un hombre, las cejas

espesas, los labios gruesos y una perfecta hilera de dientes blancos en puro contraste con su tez morena. Se mantenía en forma corriendo, al menos hasta donde yo sabía, dos o tres veces por semana. No hacía pesas ni nada similar, pero tenía una constitución agradecida. No era un hombre delgado, pero tampoco grueso. Caminaba siempre bien erguido y solía mantener la mirada fija, tanto que a veces resultaba incómodo.

Al menos su aspecto físico sí lo conocía bien, me dije a mí mismo sorprendido por todos los detalles que guardaba en mi memoria.

Siempre era solícito en ayudar. Eso también lo recordaba. Acompañaba a mamá a hacer la compra y ponía la mesa. Era alguien de agradable compañía, pero ahí quedaba todo. No era un acompañante con quien pasar largas horas charlando, riendo o llorando. Él no provocaba emociones, simplemente estaba a tu lado, te hacía compañía sonriendo amablemente, te ayudaba en lo que fuera necesario, te sentías arropado y era una sensación agradable. Pero tan solo eso, agradable.

El día siguiente amaneció, como no podía ser de otra manera en Asturias, lloviendo. Mientras desayunábamos me pregunté por primera vez cómo sería la vida de Lucas en aquel pueblo. ¿Vendrían muchas personas al funeral? ¿Tendría una novia, algún amigo íntimo, el hijo de alguien a quien considerara algo parecido a un sobrino? ¿Vendería realmente algún libro como para mantenerse? No podía haber mucha clientela en ese lugar.

Sin saber con cuántos habitantes contaba el pueblo, me atrevería a afirmar que todos se acercaron. Aprendí durante el funeral que las personas que apenas conocen a alguien que fallece o a sus familiares encuentran refugio en las fórmulas habituales. Otras personas sentían muy cercana la muerte de Lucas y así nos lo transmitieron. Recibí varios abrazos y en general tuve la sensación de que mi hermano era alguien muy querido. No había lágrimas inconsolables, pero sí muchas lágrimas sentidas. Comprendí que Lucas había despertado entre sus vecinos un sentimiento similar al nuestro. Le queríamos mucho, pero con una especie de tranquilidad, con cariño calmado. No era el amigo o familiar al que deseas ver constantemente, a quien tienes entre las primeras personas a las que llamas cuando recibes una buena noticia. Era ese amigo que te alegra el día cuando le llamas, que te escucha y se congratula contigo de tu buena suerte, que te ofrece un hombro en el que llorar si lo necesitas. Pero una vez pasado el momento, no vuelves a acordarte de él con cariño hasta que le necesitas nuevamente.

Al finalizar la misa, mis padres se acercaron a unos amigos que habían venido para acompañarles en este momento, cancelando sus vacaciones para permanecer a su lado. Yo me quedé en la salida del tanatorio, alejándome de la capilla y de los ojos que me miraban con curiosidad. A pesar de ser agosto, la temperatura no subía mucho más allá de los veinte grados, pero al menos la ligera lluvia había cesado. Busqué con ansia un cigarro y un mechero en mis bolsillos. Recordé que había dejado de fumar hacía un par de años y no llevaba ya aquella carga conmigo. Un hombre sentado en las escaleras, con un traje viejo, de mala calidad e incluso algo sucio, mantenía su mirada fija en mí. Tenía unos profundos aunque pequeñísimos ojos negros que se hundían debajo del párpado y la mirada empañada por las lágrimas.

—Esos gestos solo pueden significar que estás desesperado por un piti —me dijo con una sonrisa melancólica y un fuerte acento andaluz. Su cara, muy redonda y regordeta, no se correspondía con un cuerpo más bien delgado. Sin conocer su edad, uno sabía perfectamente que estaba avejentado, que las arrugas de su rostro no se correspondían con los años de su carné. Me miraba insistentemente con sus minúsculos ojos negros, tendiendo un cigarrillo ante mí. Le sonreí educadamente.

—Se lo agradezco, pero la verdad es que dejé de fumar hace tiempo. Sigo manteniendo el instinto, pero no querría volver a caer. —Con una amplia sonrisa retiró su ofrecimiento y se levantó, estrechándome la mano mientras pronunciaba su nombre.

—El hermano, ¿verdad? —Asentí—. Lucas hablaba mucho de ti, me imagino que algo te contaría sobre mí. —¿Qué podía yo contestar?: «Lo siento, pero Lucas jamás me habló de otros, y mucho menos de una persona mayor que fumara; ¿tendría el sentido común de darme más detalles sobre quién es?».

—Me temo que no le prestaba a Lucas la atención que se merecía cuando me hablaba de sus amistades.

Su sonrisa muerta, una grotesca mueca que había forzado al estrecharme la mano, se tornó en sombría y sus ojos volvieron a hundirse, a ahogarse en lágrimas. Contrajo todo el rostro e incluso el cuerpo, curvando su espalda.

—Claro, me imagino que se avergonzaba de mí. —Me sorprendí paralizado, buscando las palabras más adecuadas para aquella situación incómoda. Quería decirle que no se avergonzara delante de mí y explicarle que el que Lucas no hablara de él no significaba que no fuera importante. Pero qué podía saber yo sobre ese hombre, cómo hubiera podido en este mundo o

en cualquier otro comprender su vergüenza sin saber quién era—. Yo también me avergonzaría de mí mismo, ¿sabes?

—No, yo... no creo que Lucas se avergonzara de usted... No quería, yo no pretendía decir..., tengo una memoria muy mala y no suelo... —Antes de que hubiera terminado la segunda palabra, él las desechaba con aspavientos que lanzaba al aire mientras su mirada se perdía en otra dirección. Busqué incluso a mis padres, queriendo encontrar una mirada amigable que me diera fuerzas. No estaban en ningún lugar y aquel hombre no dejaba de hacer aquellos gestos de «no entiendes nada, no sigas hablando, déjalo por favor», y yo metido en un lío de palabras sin acabar mis propias frases. Supongo que por fin encontró lo que debía decir.

—¿Es que nunca en su vida te habló de su padre? —No era reproche, no era tristeza, era pura incredulidad.

—Sí, claro, nuestro padre está dentro ahora mismo... —Y caí. «Nuestro» padre no era «su» padre. Aquel hombre era el padre de Lucas, el alcohólico que le abandonó y del que nunca más volvimos a saber. Al menos nosotros nunca más volvimos a saber de él, pero Lucas sí. Él comprendió mis pensamientos, se llevó las manos hacia atrás, atándolas en su espalda, y volvió a perder la mirada—. Lo siento mucho, me temo que Lucas era muy reservado con su vida privada. Le mentiría si dijera que me habló de usted, pero tampoco conozco a otras personas que estaban en el funeral y parecían quererle mucho.

Sí, pero no era lo mismo. Yo cometí un grave error al compararle con un vecino cualquiera del pueblo. Otras personas no eran su padre, ni siquiera el hombre que lloró en la primera fila a mi lado era su padre. El hombre destrozado que tenía delante de mí, incapaz de articular palabra alguna, decepcionado, triste, ahogado en sus lágrimas, aquel sí era el padre de mi hermano. Aquel era el único hombre del que Lucas debería haber hablado, el único hombre que no se esperaba esa respuesta por parte de su hermano.

Odié la situación. Odié por una milésima de segundo, sin querer aceptarlo por lo tétrico que era el pensamiento, a Lucas por haberme puesto en esa tesitura. Odiaba encontrarme fuera de lugar, comprender que había metido la pata, excusarme por algo que no había sido mi culpa. «Maldita sea, Lucas, que me las tengas que liar así ahora también, como cuando era un niño.» El pensamiento se esfumó tal cual llegó, y me aferré nuevamente al reciente fallecimiento de mi hermano desconocido. Más desconocido ahora que nunca.

—No te preocupes, lo entiendo. Lucas era reservado, es cierto, pero el hecho de tener una relación con tu verdadero padre es algo que todos contaríamos, ¿no crees? Aunque claro, si tu padre es un desecho de la sociedad como lo soy yo..., pues te lo piensas un poco más antes de lanzarlo a los cuatro vientos. —Intenté interrumpirle con una nueva disculpa, pero él ya ni me escuchaba. Me había dado la espalda y caminaba de un lado a otro, cabizbajo y con las manos enganchadas por la espalda—. Me imagino que tampoco quería hacer daño a tus padres, o al menos volverles medio locos con la entrada de su padre en escena. No lo sé. Me gusta más creer eso que pensar que se avergonzaba de mí. De ti no se avergonzaba, ¿sabes? —Se volvió y me miró. ¡Qué mirada más fría a pesar de sus sonrisas forzadas, igual de frías! ¿Estaría borracho, seguiría bebiendo? Me leía el pensamiento—. Yo dejé de beber por Lucas, al menos hasta donde pude.

Se tapó la cara con las manos y retorció su cuerpo hasta sentarse en las escaleras, abrazarse las piernas y llorar desconsoladamente como un niño pequeño. Durante unos segundos me mantuve paralizado en mi sitio con un penoso gesto de impotencia, hasta que mi cuerpo reaccionó y me acerqué a él posando mi brazo en su hombro, arrodillándome delante de él y mirándole con más curiosidad que lástima.

—Lo siento, yo lo siento... —Comprendí entonces que estaba desempeñando mi verdadero papel en ese funeral. No era yo quien debía recibir las condolencias de los asistentes, sino todo lo contrario. Las personas que asistieron al funeral le conocían mucho mejor que su hermano de papel. Claro que le echaba de menos y sentía su pérdida, pero no había llorado desconsoladamente como lo hacía ahora su padre. Necesitó varios minutos para calmarse. Pasaron algunas personas cerca de nosotros y nos miraron con tristeza. Tuve ganas de llorar yo también, acompañarle en la pérdida, sentir el dolor por el fallecimiento de Lucas.

Una joven se acercó a nosotros. Apenas me fijé en ella entonces.

—Fernando, por favor, no. —Intentaba imprimir firmeza a sus palabras, pero se volvían débiles en cuanto las pronunciaba—. ¿Vas a pasarte la vida llorando? —Me aparté de mi sitio para dejar que ella le consolara. Me dedicó un largo gesto de compasión, más de lo que la ocasión requería, y se volcó en él. Le ayudó a levantarse y caminar lejos de allí, guiándole con una mano en su codo. Él se dejó llevar sin dirigirme siquiera una mirada de despedida.

Volví a la capilla del tanatorio, donde encontré a mis padres hablando casi en susurros con sus amigos. Mi madre me extendió la mano, se la agarré y

permanecí a su lado. El verdadero dolor por la pérdida de Lucas estaba ahí fuera, en la calle, no dentro de la iglesia.

Varios permanecieron en el entierro, pero no volví a ver a la joven ni a Fernando.

* * *

Fue el día después cuando mi madre consideró que podía entrar en los puntos más prácticos de aquel suceso. Habíamos terminado el desayuno y paseábamos los dos solos por las callejuelas del pueblo asturiano.

—Hijo, la librería de tu hermano está al final de esta calle. Nunca entendí el motivo de venir a un pueblo de menos de cuatro mil habitantes a montar una librería, pero comprender a Lucas siempre estuvo fuera de mis límites. No debía vender mucho en el pueblo, pero por lo visto sí tenía una buena distribución por internet. —¿La librería de mi hermano! Era incapaz de imaginarme una librería en aquel pueblo. Mi madre continuó, sin interesarse por si disponía de mi atención o no— ... primeras ediciones y esas cosas... —Volví a sus palabras—. El hecho es que era un negocio rentable —concluyó mirándome. Yo debía reaccionar ahora, decir algo.

—Quién lo hubiera dicho.

—Cariño, ¿querrías ocuparte del negocio de tu hermano? —El tono de voz de mi madre, su gesto, su mirada, toda aquella expresión era tan cálida y cariñosa...

Los amigos de mis padres habían decidido quedarse esa noche en el mismo hostel que nosotros. En ese momento tomaban el segundo café de la mañana con mi padre en un bar de la plaza de Garzúa. Mi madre y yo habíamos salido a comprar el periódico y ella aprovechó el momento para abordar este punto, algo que seguramente le había rondado la cabeza desde hacía algunos días. Podría recordar ahora a la perfección todos los pensamientos que cruzaron mi mente, desde el «eso es imposible» hasta «vamos a pensar bien la situación». Podría reproducir cada uno de ellos, pero llegaría a aburrirme a mí mismo.

—Es pronto para tomar una decisión así. No sé nada de libros antiguos, no creo que el negocio siguiera siendo rentable conmigo.

—Tienes razón, no es momento de pensar en esas cosas. Tan solo pensaba, intentaba adivinar, qué podría haber querido tu hermano. Siento que

hemos sido tan..., o todo lo contrario, que nunca llegamos a ser. Tu hermano llegó a casa con una pequeña maleta y un juguete en el brazo, tímido, apenas sin atreverse a mirarnos a los ojos. Aún le recuerdo con su camisa blanca, el jersey azul, sus pantaloncitos grises por la rodilla, los calcetines subidos y unos zapatos de señorón con poco más de diez añitos. Ya de niño era un hombre mayor, de todo lo que había tenido que vivir. Había mañanas en las que, antes de ir al colegio, se encontraba con sus padres tirados en el suelo de la sala de estar. Me contaron que incluso les limpiaba el vómito, les quitaba las camisetas sucias y les ponía una manta encima, como cualquier padre tendría que hacer con su hijo si se queda dormido en el sofá. Y él debía hacerlo con sus propios padres. De bebé le llegaron a ingresar en el hospital por inanición. ¡Inanición, por el amor de Dios! Lucas podría haber muerto en cualquier momento antes de llegar a nuestra casa. Cuando vino me sentí como una heroína a pequeña escala. Me engañé diciéndome que lo hacía por ese pobre niño, no podía dejarle vagando otra vez por un mundo incierto. Pero la verdad es que quería un hijo, desesperadamente. Quería un niño al que cuidar, alguien a quien querer, a quien tapar con una manta cuando se quedara dormido, a quien despertarle con una taza de leche bien caliente por las mañanas. Alguien a quien llevar al colegio y que me diera un beso antes de despedirse en la puerta. Y llegó Lucas, un niño destrozado por dentro, un niño que no sabía lo que era la infancia.

* * *

Mis padres se fueron de Garzúa aquel mismo día, pero yo decidí quedarme para explorar mejor las cosas de Lucas. Mi madre sintió que esa debía ser su tarea y me costó convencerla de que no hacía falta, seguro como estaba de que no deseaba en absoluto desempeñarla. Mi padre quería abandonar aquel lugar y volver a su familiar hogar donde se sentía seguro, donde las cosas estaban donde debían, se cruzaba con personas que conocía y sabía cómo reaccionar, o, por el contrario, se cruzaba con desconocidos que no esperaban de él reacción alguna. En Garzúa no se sentía cómodo, era fácil verlo por la posición de sus hombros. En vez de relajados, parecían en constante posición de defensa. Le costaba encontrar las palabras adecuadas para pedir siquiera un café en un bar, consciente de que el camarero sabía quién era y buscaba el momento para darle su pésame. En el hotel le miraban,

le preguntaban demasiado por su bienestar y sonreían complacientes. Estaba tan fuera de lugar como lo estaría un esquimal en Benidorm.

Mirando atrás, aún no recuerdo bien por qué decidí quedarme. Todavía no estaba seguro de querer gestionar el negocio de mi hermano, no solo por mi falta de experiencia al respecto. Tampoco me veía abandonando mi Madrid natal para asentarme en un pequeño pueblo asturiano, pero por otra parte no tenía mucho que hacer. Supongo que me veía perdido y la opción más plausible era seguir a ciegas los consejos de una madre. Como cuando comienzas a estudiar una carrera y años después descubres que nunca la elegiste porque te gustara. Fue porque tu madre, de una forma u otra, latente o no, te llevó a ella.

Así que les dejé en la puerta del hotel, los dos con mejor cara tras saber que volvían a casa y dejaban en mis manos todas las tareas desagradables que quedaban. Sé que en ese mismo momento el sentimiento que mamá tenía de que nunca hizo lo suficiente por Lucas se intensificó. Otras personas no la comprenderían, pero contaba con todo mi apoyo. Tengo grabada a fuego su sonrisa triste cuando subió al coche, con un pie dentro del mismo y el otro aún fuera, no queriendo irse del todo sin darme esa despedida que un hijo merece, alzando la mano derecha con un aspaviento que debía ser un saludo, una despedida, algo, pero no era más que un aspaviento de su mano derecha fuera del auto, incapaz de dejarse llevar al interior tanto por su pie derecho como por esa mano, por la cabeza que se resiste a bajar para adentrarse en el coche y abandonar del todo aquel lugar, lejos de la tristeza que quedaba atrás, lejos de sus responsabilidades de madre con Lucas, lejos de ocuparse de los asuntos pendientes que aún había encima de la mesa. Papá, por el contrario, compartía miradas y muecas entre ella y yo. Me miraba con compasión y dulzura, con una sonrisa que existía solo en sus labios pero jamás en sus ojos, con una mueca forzada que se tornaba en cuestión de milésimas de segundo en un reproche, lo que tardaba en girar la cabeza hacia mamá y pedirle que entrara de una vez en el vehículo. Y una vez más cambiaba su máscara a esa sonrisa forzada para mirarme a mí y murmurarme palabras que nunca adiviné y que, incluso, creo que sus labios jamás pronunciaron. Murmullos que debían haberse transformado en palabras, pero que yo creo que eran tan solo movimientos de labios, balbuceos de consonantes casadas con vocales sin recrear un solo sonido inteligible, murmullos que se volvían fieros reproches en esas milésimas de segundo que tardaba en mirar a mamá. No porque fuera mala persona o autoritario, todo lo contrario. Papá no era así, solo estaba

nervioso. Otras personas no les comprenderían, pero contaban con todo mi apoyo.

Una vez el coche salió rugiendo calle abajo, quise subir corriendo a mi habitación del hotel para llevarme mis cosas a casa de Lucas, coger las llaves de su tienda y comenzar a enterarme de todo lo que sucedía en su mundo particular. Los primeros escalones hacia la tercera planta, donde estaba mi habitación, los subí de dos en dos. Sería en el segundo piso cuando me di cuenta de que no tenía ninguna prisa. Es más, sin lugar a dudas, iba a aburrirme en los próximos días. Me quedé quieto, con un pie en el aire antes de subir el siguiente escalón, con ese pensamiento rondándome la cabeza estúpidamente hasta que reaccioné y continué mi marcha de forma automática. «Tengo todo el tiempo del mundo», me permití decirme a mí mismo en voz alta.

* * *

Como ya me había adelantado mi madre, el negocio de Lucas no estaba en aquel pueblo, ahí tenía tan solo su «base de operaciones». Por lo visto, mi hermano mayor se había convertido en un experto en la búsqueda y captura de ediciones antiguas, en especial de literatura española y portuguesa. En los últimos años había expandido su especialidad a las obras francesas. Su librería constaba de cien metros cuadrados divididos por igual en dos plantas. Nada más acceder, una odiosa campanilla anunciaba la llegada. A la derecha de la entrada había una mesa con un moderno ordenador que hacía las veces de recibidor. En todas las paredes, estantes llenos de libros. En el fondo, unas escaleras llevaban a la planta superior, pero antes de llegar a ella te encontrabas, a la izquierda, con un particular espacio. Enfrente de dos enormes vidrieras que daban a la calle, Lucas había colocado dos sofás blancos separados por una mesita baja redonda. Detrás de los sofás había una cómoda que combinaba su color natural de madera clara con unos cajones pintados en azul cielo. Dos de ellos estaban medio abiertos y desde la entrada se veía a la perfección que no cerraban porque Lucas los había cargado con demasiados libros. Aun sin abrir los demás, unos azules, otros de color madera, podía adivinar que también estarían llenos de libros. Encima de la cómoda, de corte clásico, marcado especialmente por las patas curvas, donde uno podía dejarse el meñique con cierta facilidad, descansaba una moderna

máquina de café de cápsulas que ofrecía un contraste cuando menos curioso. «Café para aguantar tanta lectura clásica», pensé dejando escapar una sonrisa. Una lámpara de pie con una gran mampara blanca y redonda iluminaba el espacio y daba un toque de elegancia y solemnidad a aquel rincón de lectura, iluminada, también y de forma muy especial, por la luz que venía del exterior, filtrada por las impactantes vidrieras. Destacaban el verde y el rojo en el centro; el azul fuerte, en el exterior del dibujo. Me acerqué para comprobar que no representaban más que el paisaje de una llanura en el ocaso y me sentí un tanto disgustado porque esperaba un dibujo más enigmático o atrevido.

Una vez ahí dirigí mi mirada a la mesita que separaba los dos sofás blancos y encontré una edición del *Quijote* fechada en 1847 y una de la Biblia impresa en 1903 en portugués. Una taza de café sin terminar indicaba que Lucas había estado disfrutando de la bebida poco antes de irse. Encontré otra taza, limpia, al lado de la máquina.

No conocía ni la mitad de los libros que ocupaban las estanterías. Algunos de ellos eran clásicos con los que todo niño español había crecido, desde el mencionado *Quijote* hasta el *Lazarillo de Tormes*. Otros tantos eran desconocidos para mí. Estaba a punto de subir a la segunda planta cuando oí la odiosa campanilla.

—¿Hola? —La joven del funeral me miraba, mojada por la lluvia, desde el marco de la puerta.

—Entra, por favor, te vas a calar. —Cerró la puerta tras de sí y colocó el paraguas en el paragüero. Sus movimientos delataban que conocía la tienda a la perfección, se sentía cómoda—. Me temo que si vienes a por un libro, no tendría forma alguna de ayudarte. Aunque estoy seguro de que conoces tú mucho mejor esta tienda que yo. —Me sonrió suavemente desde el mostrador, en el que apoyó el abrigo que ya se había quitado.

—Sí, pasaba mucho tiempo aquí con Lucas. —Se acercó a mí, extendiéndome la mano cerca de los dos sofás con la mesita baja en el medio—. Soy Elena, te vi en el funeral.

—Sí, te recuerdo. Estabas con el padre de Lucas.

—Siento que le vieras así, está destrozado.

—Me temo que no le sentó muy bien que no supiera quién es... —Dejé caer mis palabras con la esperanza de que Elena pudiera contarme algo más. Ella, sin embargo, me dedicó tan solo otra sonrisa dulce, reflejada también en sus ojos y en su gesto amable.

—No debería extrañarte. —Se agachó a recoger un libro que había en el suelo y yo no había visto, lo dejó en la mesita y miró en derredor buscando algo, observando la estancia sin Lucas—. ¿Quieres un café? —Al momento se arrepintió de sus palabras. Con un gesto infantil se llevó las manos a la boca, queriendo tapar, ocultar lo que ya había dicho. Sonrió, o más bien rio en esta ocasión, y avergonzadamente alzó sus ojos marrones hacia mí—. Perdona, estoy tan acostumbrada a estar aquí con Lucas que me siento como si la librería fuera mía. Lucas era un desastre en «modales» y siempre era yo quien ofrecía los cafés a quienes venían. Ahora este sitio es tuyo. —«Tuyo» quedó suspendido en el aire como una mentira que ni ella ni yo creíamos.

—Por favor, tú misma. Yo no tengo ni la más mínima idea de dónde están las cosas. Te agradecería que fueras mi anfitriona. —Noté el alivio en sus movimientos y durante unos minutos no fue necesario hablar. Yo la miraba de reojo mientras hojeaba la Biblia portuguesa que poco interés guardaba para mí.

—Lucas me habló mucho de ti, pero no me extrañaría nada que te contara poco de mí.

—Me temo que así es. Tampoco hablaba mucho con él, para ser sinceros.

—Sí, eso decía. —Nos sentamos en los sofás con el café que acababa de preparar.

—Le conocías mucho, parece.

—Teníamos muy buena relación. Es difícil estar aquí sin él.

—¿Cómo os conocisteis?

—De siempre, del pueblo. Me acuerdo de cuando Lucas compró esta tienda destartalada hace ya quince años, yo tenía solo 16. Desapareció un par de meses. Volvió con una furgoneta y se instaló en su nuevo hogar. Venía y se iba, trayendo muebles nuevos. Un día llegó con dos hombres más. Los tres entraron en la tienda, salieron, entraron, salieron... Llevaban una libreta y un bolígrafo. Comenzaron a pintarrapear la libreta y se fueron. Volvieron. Se fueron. Volvieron con tres obreros y empezó el lío. Los vecinos se quejaban del ruido y miraban a Lucas con odio. Casi podría decirse que tiraron el interior de la casa abajo, con todo el follón que eso provoca, y más en un pueblo con ansias de que sucedan cosas. Pidió permiso al ayuntamiento para cambiar la fachada y así lo hizo. Instaló estas enormes vidrieras y montó esta preciosa tienda. Le miraban mal por la calle, pero Lucas siempre respondía con una sonrisa de lo más dulce. Yo creo que le daba igual lo que los demás pensaran, pero aun así tampoco quería enemigos. Había venido aquí a

olvidarse del resto del planeta, no iba a preocuparse ahora por unos ancianos asturianos. Después montó el letrero del exterior. En madera, precioso, unas letras góticas grandes: «Librería». Nunca había habido una librería aquí. El primer día en que abrió la puerta la expectación se sentía en el ambiente. Había quien pasaba por delante disimuladamente, pero también quien se atrevió a entrar no sin cierta decepción. «Un libro para mi nieto, el peque.» «No, aquí no tenemos libros así», decía Lucas una y otra vez con una paciencia infinita. «Vendo libros antiguos, primeras ediciones, libros firmados. Me temo que no tengo libros modernos ni infantiles.» Le pedían otro y Lucas repetía lo mismo con la misma paciencia.

»El negocio de Lucas, y pronto lo descubrirás, se basaba en internet. Este lugar era solo su base, pero Lucas vendía y compraba en todo el mundo. No creo que jamás en su vida haya hecho una venta en esta misma tienda, pero por internet era otra historia. Fue uno de los primeros en aprovechar las ventajas de la gran red.

—Le conocías muy bien, ¿verdad? —volví a afirmar, y Elena asintió de nuevo con aquella sonrisa dulce y acompasada, tranquila, cálida.

—Todo lo bien que Lucas te dejaba. Lucas era muy hermético, apenas te permitía acercarte a él. Pasábamos tardes enteras sentados en este sofá sin apenas hablar, cada uno dentro de su libro y disfrutando de nuestra compañía sin necesidad de compartir nada más. Por eso congeniábamos; no nos importaba permanecer en silencio. Hay personas a las que el silencio les molesta, son incapaces de disfrutar de un momento tranquilo. Creo que Lucas y yo habíamos tenido tanto ruido en el pasado que cuando llegamos aquí los dos necesitábamos no escuchar nada o solo la música de Miles Davis, que tanto le gustaba como fondo, apagar el ruido del mundo y centrarnos en nosotros mismos. Pocas personas le podían comprender, pero nos sentíamos ajenos al mundo y por eso encontramos un hueco para los dos que nos convenía. Un hueco donde podíamos compartir lo que quisiéramos con el pacto tácito de que no saldría jamás de ese lugar, que no lo compartiríamos con nadie más. Si tú quieres a alguien, seguramente sentirás necesidad de estar cerca de esa persona. La recordarás, la llamarás, querrás pasar tiempo con él o ella. Lucas no necesitaba estar ahí o demostrarlo. Yo llegué a comprenderle y entrar en su mundo, al igual que él en el mío. Pero entiendo que no a toda la gente le apeteciera adentrarse en un mundo en el que no era invitada y que era muy frío y seco.

Durante unos segundos no supe qué contestar, aunque quería que la conversación no se muriera sin más. Fue ella quien retomó el hilo, justo cuando bajaba otra vez su mirada y yo creía que iba a excusarse para irse.

—¿También escuchas *jazz* como él? —Su pregunta me pilló desprevenido, hasta que vi unos discos de música encima de la mesa. No me había fijado en ellos antes.

—No, la verdad es que nunca, pero no estaría mal ponerlos para cambiar de hábitos. Casi siempre escucho lo mismo.

—Ojalá pudiera presentarte al Lucas que defendía la bondad del *jazz* y de la buena música hasta la muerte. Me gustaría que le conocieras como yo lo conocí, que entendieras cómo quería él... Qué ridículo, si casi sois lo mismo...

—Como sabes, no somos hermanos.

El gesto de Elena de pronto se torció por completo y estalló en una repentina furia.

—¿Por qué no puedes olvidarlo de una vez?... ¿por qué no puedes dejarlo estar? —Su pregunta me cogió desprevenido y me sentí fuera de lugar con alguien extraño echándome la culpa por mi relación con mi hermano. Sentí odio dentro de mí, nuevamente odio hacia Lucas por llevarme a situaciones en las que no quería estar. Y yo era un experto en no aguantar ni un solo segundo en lugares donde no quería—. Perdona, estoy completamente fuera de lugar, no sé lo que digo y ahora mismo solo puedo hacerlo todo más complicado... —Se levantó y fue a recoger su abrigo del recibidor. Quería decir algo más y se volvió en un par de ocasiones para hacerlo, pero sus pies no correspondían al giro de cabeza y se dirigían apresuradamente a la puerta—. Gracias por el café, tengo que irme. Gracias por todo...

Así que yo no era el único en necesitar escapar si no estaba a gusto en una situación.

* * *

Tras esa primera visita de Elena pasé los dos siguientes días hurgando entre los materiales de Lucas. Al principio con reparo, mucho reparo, hasta que mi curiosidad pudo conmigo. Empezaba a conocer a Lucas en muerte, a través de sus recuerdos, su vida pasada, sus palabras escritas en libros aquí y allá, sus cuentas bancarias y sus gestiones, las cartas que recibía, el contenido

del frigorífico, el de sus cajones, su ropa... El extraño Lucas se alzaba ante mí como un personaje ficticio que poco a poco iba trayendo a la realidad.

Descubrí por los tiques tirados en cualquier parte de la cocina que no perdonaba una compra sin tabletas de chocolate negro. Lucas dulce. Aquello no podía ni suponerlo. Al contrario de mí, no había botellines de cerveza, bolsas de patatas fritas, productos preparados, bebidas gaseosas, alcoholes fuertes, comida congelada... La dieta de Lucas debía de estar cerca de la perfección si no fuera por el chocolate.

Casi había más ropa de deporte que de otro tipo en sus armarios. Camisetas de todos los colores, sudaderas, pantalones cortos y largos, ajustados o más sueltos. Zapatillas para diferentes actividades, desde correr hasta jugar al tenis o al golf. Algo que yo nunca habría pensado. O bien Lucas coleccionaba deportes ficticios, o bien practicaba todos ellos.

Era también un apasionado de la literatura, por supuesto. Acumulaba libros y libros en cualquier parte. En los estantes de su cocina había más libros de recetas que aparatos o productos para elaborarlas. Incluso algún texto clásico se colaba entre los de recetas y comenzaba a sospechar que era porque no encontraba lugar en otros sitios de la casa.

El caos reinaba en su hogar, pero dentro de un orden que no pasaba desapercibido. Encontraba los libros medio tirados en las estanterías, pero descubrí, por pequeñas anotaciones a bolígrafo que él mismo había hecho en las baldas, que cada estante correspondía a un periodo. Me encantaba recorrer la biblioteca. Miraba los libros, los cogía con cuidado, volvía a depositarlos en su lugar, buscaba otros, leía unos párrafos, sentía las débiles páginas entre mis dedos y volvía a guardarlos como si hubiera cometido un delito.

En mi segundo día entró alguien en la librería, anunciando su llegada con el ruido de la campanilla. Le reconocí de inmediato y mi primera sensación fue desagradable. Me pregunté qué más buscaría de mí y cómo me haría sentir mal en esta ocasión.

—Hola —dijo a secas con la mirada baja. Le miré expectante.

—Hola, Fernando —contesté recuperando su nombre de la memoria de pez que tengo—. Pasa, por favor, tengo un poco de café si quieres.

—Sí, te lo agradecería. —Le pedí el abrigo y lo colgué, invitándole a sentarse en los mismos sillones que Elena y yo habíamos ocupado. Comencé a preparar el café en silencio, desesperado porque entablara conversación. «Qué te trae por aquí», quise decirle, pero la simple cuestión me resultó profundamente ridícula.

—He venido por egoísmo. —Me volví para mirarle y le sonreí. Eso sí que no me lo esperaba. Me devolvió la sonrisa, esta vez sincera, casi alegre—. ¿Alguna vez has tenido pareja?

—Sí, claro.

—Imagínate que después de un año juntos camináis por la calle y tu pareja se encuentra con su hermana. «Te presento a mi novio», imagínate que le dice. Y su hermana reacciona con esa cara de «¡ahhhh, no tenía ni idea de que tuvieras novio!». —Sí, comprendía lo que me quería decir—. Ahora imagínate que te encuentras a su hermana otro día por la calle y quieres demostrarle que eres una persona que vale la pena; es más, que vales la pena dentro de la vida de tu pareja, que habéis compartido muchos momentos y que os conocéis muy bien, que sabes cuál es su desayuno favorito, cuál fue el primer libro que leyó, cuál es su mote. Tu pareja te ha hecho de menos porque no ha hablado de ti; no eres interesante, no eres relevante en su vida, a quién le importas. Pero claro, tú cuando ves a la hermana estás emperrado en demostrarle que no es así..., ¿no?

—Bueno, te reconozco, Fernando, que no recuerdo ahora haberme encontrado en una situación así. —Reforcé mi sonrisa. Prefería aquel ambiente relajado al del funeral. Él me la devolvió alegre—. Comprendo lo que quieres decir. —Le animé a continuar.

—Bien. Cuando te sientas a hablar con la hermana de tu pareja, no lo haces porque quieras metértela en el bolsillo y que hable bien de ti... Bueno, en cierto modo, sí. Pero no lo haces por eso, lo haces porque quieres ser relevante. Quieres que sepa que existes, que eres parte del universo de tu pareja, que estás ahí y..., en definitiva, que no eres un cualquiera que se cruzó por la calle. Necesitas recuperar tu lugar en el mundo, tu posición como novio formal.

—Entiendo.

—Gracias. —Cuando cogió el café de mis manos noté que las suyas temblaban. Tenía una mirada nerviosa que observaba esquivamente a todos lados, indagando qué había a su alrededor con urgencia, sin dejar que su vista se depositara más de milésimas de segundo en cualquier lugar. Me di cuenta en ese momento de lo delgado que era, mucho más de lo que había percibido en un principio—. Yo no era irrelevante en la vida de Lucas, o al menos eso quiero creer. Sí sé que lo fui, pero también sé que intenté hacer todo lo que pude por cambiarlo. Lucas no se mereció los padres que tuvo. —De pronto sus movimientos se volvieron aún más histéricos y avanzó rápido hacia la librería.

A veces se volvía y me indicaba con la mano que esperara, por lo que entendí que buscaba algo que me quería mostrar. Abría algún que otro libro, lo hojeaba y hasta cogía del interior algunos papeles sueltos para dejarlos de nuevo dentro. Hasta que encontró el libro que quería, sacó unas cuantas hojas que guardaba en su interior y se volvió hacia mí.

—¿Te contó Lucas lo que hacía? —La pregunta era tan vaga que no pude más que levantar los hombros—. Escribía las historias de las personas que conocía y las guardaba en sus libros, en estos libros. Mira, mira, esta es la mía. ¿Por qué no la leemos juntos? Ven, ven, vamos a sentarnos y léela en voz alta, me gustará escucharla otra vez. —Le miré desconcertado, pero ya había tirado de mi manga hasta los sofás y veía difícil escaparme—. ¿No quieres? —me preguntó cuando estaba delante de mí y descifró mi expresión curiosa.

—Sí, sí, claro que sí. Es solo que me ha sorprendido saber que Lucas escribía la vida de las personas en estos libros y la guardaba. No..., yo no lo sabía.

—Un hombre peculiar —me dijo ansioso y queriendo quitar importancia a esos pensamientos—. Toma, toma, lee. Lucas lo escribía en primera persona, como si él hubiera vivido mi vida, no olvidándose de cada coma que le había relatado yo, de cada sentimiento. Leyendo este relato conocerás mi vida, pero te harás dueño de sus palabras. Serás Lucas para mí.

Me tendía los papeles con la misma urgencia con la que miraba a su alrededor. Después de haberle hecho llorar de aquella manera descontrolada en el funeral, mi sentimiento de culpa me obligaba a sucumbir a sus deseos sin rechistar. Cogí los papeles que me tendía y me introduje en sus recuerdos a través de las palabras que Lucas había dejado escritas.

El camino hacia la autodestrucción

La conocí cuando éramos niños. Crecimos en el mismo barrio de Cádiz, fuimos al mismo colegio, estudiamos en el mismo instituto. Todo el tiempo estuve enamorado de ella como un tontolaba, como el resto de los chicos de la clase. No era de extrañar, era preciosa y tenía una sonrisa con la que podía engañarte para tirarte por un puente si te lo pedía. Volarás, te diría, y tú te lo creerías porque aquellos ojos te hipnotizaban. Unos enormes ojos verdes con unas frondosas pestañas, una mirada que podía aniquilar a cualquiera. A ellos o a ellas, tanto daba, ella te metía en el bolsillo de una manera inexplicable. Estar cerca de ella era como tocar el fuego, arder y dejarte perder sin preocuparte de las quemaduras que tendrías después. Y lo peor es que dirías que ha sido tu culpa, dirías que ella jamás hizo nada, jamás te quemó, jamás fue el fuego en el que te consumiste. Nunca le echarías la culpa de lo malo que te sucediera, siempre sería la tuya. En cualquier caso, lo gracioso es que a ella tampoco le importaría si la culparas.

Cualquiera que me escuche me llamará exagerado, con todo el derecho de quien no la conoció, pero era la mujer más preciosa. Delgadita, un metro setenta y cinco de altura, una cinturita fina que atrapabas con los dedos de la mano, unas manos que se entrelazaban con facilidad entre tus dedos, una nariz pequeña y respingona. Tenía el rostro ovalado, perfectamente enmarcado por una negra melena ondulada que le llegaba hasta la cintura. Sus enormes ojazos eran verdes intensos y almendrados, sus pómulos bien marcados y normalmente con un fuerte colorete, sus labios rojos y gruesos, bien perfilados. Era una mezcla de gitana y paya, una fórmula que obtenía lo mejor de las dos razas, la gracia gitana en sus movimientos, el desparpajo, la alegría mezclada con la tristeza inherente a su piel y sus circunstancias, y, por otro lado, esa tez blanca que tanto contrastaba con su larga melena negra y esos invitantes labios gruesos que perdían protagonismo por sus enormes ojazos verdes. Recordaba a esa imagen tan famosa de una joven afgana en la revista *National Geographic*. Una magia de contrastes.

A pesar de ser delgadita, era una mujer con curvas, con caderas, con pecho. No era un palo andante ni mucho menos; su cuerpo tenía forma y

sensualidad, cada paso daba un toque de gracia a sus caderas y a su cuerpo entero; esa forma de andar, de contonearse en cada movimiento sin exageración..., te llevaba por su calle, la calle de la amargura, como reconocerías después, mucho después. Tenía un fuerte acento andaluz y solo a veces adivinabas que su madre era gitana, solo cuando ella quería te mostraba aquel deje gitanillo o gitanazo, según le apeteciera. Ella era todo dulzura, un caramelo que en el interior escondía el veneno que te consumía, con toda la inocencia que quería hacerte creer que tenía. Aunque también pienso que, sencillamente, no conocía el dolor que producían sus actos porque no le importaba el prójimo, aunque tampoco se importaba ella misma.

Eso solo lo descubrías cuando te abandonaba. Mientras tanto, estar a su lado era como una gracia divina a la que no podías renunciar y a la que debías permanecer atado hasta que te soltara.

¿Sabes? Con el tiempo he logrado perdonarla, aunque ella nunca jamás me pidiera perdón. A mí mismo no me he perdonado nunca, y no lo haré. Gané el perdón de mi hijo, pero el mío propio es imposible. ¿Cómo pude hacerle eso a un niño? Qué vida más increíble la mía, al lado de la mujer más hermosa y con el hijo más maravilloso. Debería llorar de alegría, pero en vez de eso me deshago en pedacitos en mi pozo de tristeza, aquel en el que caí desde que la conocí.

Yo era el tontolaba de clase, no solo por estar bobamente enamorado de ella, sino porque era el típico tonto. Cuatro ojos y patoso, nada deportivo, más bien feúcho y, en mis peores años, hasta gordito. Aquí donde ves un saco de huesos, en su día hubo un niño que pesaba más que mi padre. Ella no se fijó en mí como un hombre y nada presagiaba que algún día lo haría, aunque formábamos parte del mismo grupo de amigos. Mientras los demás la acaramelaban y le decían bonitas palabras o incluso algunas fuera de lugar, yo solo la apoyaba, jugaba con ella a lo que quisiera, la ayudaba en los estudios, la escuchaba por las noches cuando se colaba en la habitación de mi casa y me hablaba de su madre gitana. Los dos vivíamos en una zona obrera de Cádiz. Su padre pertenecía a una familia dueña de uno de los talleres de automóviles con mayor facturación de la ciudad, y un día perdió la cabeza por una gitana. Aunque no sé cómo se conocieron, me puedo imaginar perfectamente cómo la perdió. Él era uno de los hombres más deseados de Cádiz por entonces. Era un moreno con piel bronceada que medía un metro noventa y seis. Caminaba dominando la calle desde su altura con los pasos gigantes de un hombre atlético de manos grandes, abrazo enorme y corazón gigante. Le comparaban

con Paquirrín, para que te hagas una idea. Conoció a la abuela de Lucas, se enamoró, consiguieron escapar del gueto de ella, se acostaron y nació la niña. Él se encontró a los dieciocho años con un bebé bajo el brazo. La familia de ella la desterró y la de él tampoco quiso saber nada al principio. Se sentían traicionados, ellos que se habían dejado los cuernos en el taller para darle un buen futuro a su hijo y poder incluso pagarle la universidad. Le dijeron que era el momento de madurar y hacerse cargo de la situación, pero no podían evitar mirar con dulzura a aquel bebé medio gitano medio payo. Él tuvo que olvidarse de la universidad. Encontró un trabajo de muchas horas y poco dinero, lo suficiente para mantener a la niña y a su mujer. La niña, la futura madre de Lucas, creció entre la riqueza apabullante de su abuelo por un lado y, por otro, buscando céntimos por las calles. Vestía preciosos vestidos de modistos a medida, pero los combinaba con sandalias rotas por los cuatro costados. Llevaba al parque los juguetes más caros de la tienda y los arrastraba con sus manitas sucias y su pelo enmarañado, no desaseada, pero sí poco cuidada. Desde pequeña ya era un mundo de contradicciones.

Ya entonces lo que movía sus acciones era el espíritu de autodestrucción, un sentimiento tan anclado en ella como el mismo hecho de respirar. Nunca comprenderé por qué, solo sé que, si la dejabas adentrarse en ti, te arrastraba por su camino de destrucción. Cuando era pequeño creía que retaba a la vida y era valiente; ahora creo que era cobarde y quería huir de ella sin atreverse a dar el paso definitivo.

Pero me voy, me voy, me adelanto... Te decía que la conocía desde pequeño. Son los momentos más bonitos que guardo, cuando aún estaba enamorado locamente y para ella era solo ese amigo que no la importunaba ni quería aprovecharse, aunque fantaseara días tras día, minuto tras minuto, con un beso suyo. Cuando éramos niños venía a mi habitación. Entraba por la ventana, nos acostábamos juntos en mi cama, a escondidas de mis padres, acurrucados bajo la sábana, y hablábamos hasta quedarnos dormidos mientras le sujetaba las manos como si fuera a pedirle matrimonio. Ella se escapaba de nuevo por las mañanas y ni su padre ni los míos sabían que habíamos pasado la noche juntos contándonos secretos de niños tontos.

Estuve a su lado como el amigo gay que todas las chicas guapas tienen durante sus noviazgos. Incluso a alguno le ponía celoso conmigo. Yo me moría por aquel beso que no me daba, bebía de sus historias y los odiaba a todos ellos. Pero, al final del día, era yo quien dormía con ella. Al final del día, cuando la noche llegaba, ella venía a mi cama y me contaba lo que había hecho

y lo que pensaba hacer, lo que le dijo a este o al otro. Ellos la tenían viva por el día, yo la tenía por las noches reviviendo su día. Años y años transcurrieron. Ella con más de veinte hombres, yo solo con ella.

El ansia por estar a su altura, por ser uno de aquellos de los que me hablaba, provocó con los años el cambio en mí. Si no hubiera sido por ese deseo, por tenerla de día también, jamás lo habría hecho. Dejé de ser el niño regordete y vago para convertirme en un deportista. He de decir también que un inesperado estirón a mis quince años me puso entre los más altos de la clase, habiendo sido de los más bajitos. Otras mujeres veían la transformación en mí, pero ella, no. Ella seguía viéndome como el amigo regordete, gafotas y empollón. Cómo no, tuve que dejar de estudiar tanto para ser más interesante a sus ojos. Jamás había salido con un hombre con futuro, todos sus amantes eran unos perdedores a mis ojos. Pasaron más años, dos o tres, sin que ella me pudiera ver como el hombre en que me estaba convirtiendo.

Al final, una noche sucedió. Estaba decepcionada con uno, había tomado una copa de más y su espíritu autodestructivo la llevó a acostarse conmigo, sin importarle qué destruía por el camino. Desapareció unos meses, pero volvió. Quiero pensar que ella tampoco podía vivir sin mí; me gusta pensar que yo era algo más que el consuelo de noches inconsolables. Quiero pensar que también me quería, aunque fuera un poco. Y yo siempre le abría mi ventana. Volvió a ocurrir. Volvió a desaparecer. Esta vez por más tiempo. Entonces ella ya había iniciado por completo su camino de autodestrucción sin retorno, ya no era un juego de niños. Conducía sin carné y borracha, tonteaba con las drogas y el alcohol, salía con los matones de la clase, se adentraba en los barrios a los que ni siquiera la policía quería acceder. Yo deseaba seguirla, pero aún no podía, aún no sabía. El problema fue cuando ella me enseñó cómo hacerlo.

Pasaron un par de meses hasta que volví a verla. Tenía la cara destrozada, el cuerpo lleno de moretones, y hundía un pañuelo blanco, aunque tintado ya por la sangre, en sus labios. Me levanté de la cama asustado y me pidió que no dijera nada. La ayudé a limpiarse la sangre y las heridas. Apenas se quejó, aun cuando rozaba las más dolorosas. Le dije que fuéramos a la policía a denunciar a aquel matón que se había echado por novio, pero me puso un dedo en los labios y se tumbó en mi cama arrastrándome tras ella. Solo quería que la abrazara y guardara silencio. Por la mañana volvió a desaparecer, dejó de hablarme, dejó de estar en mi mundo. Y, cómo no, también volvió. Ella volvió a mi ventana una noche feliz, riéndose, con ganas de devorar el mundo. Aquellas eran las noches más peligrosas. Aquella noche

y las que la siguieron fueron el germen de Lucas. Teníamos ya 17 años. Hacía dos que nos habíamos acostado por primera vez.

Con el inesperado embarazo, inesperado por inconscientes, llegó mi destrucción.

Intentó abortar de maneras que nunca imaginarias, en vez de hablar con su padre, dejarme hablar con los míos, ponerlo en manos de un médico decente, acabar con ello de la manera correcta... No, la manera correcta no entraba nunca en sus planes, y yo era tan malditamente estúpido que no podía decirle no a nada. Se tomó un paquete de anticonceptivos, el de un mes completo de una sentada. Pasó días con dolores horribles de barriga, venía a mi cama por las noches y me dejaba abrazarla, pero ni una palabra sobre lo que debíamos hacer o no, ni un consejo, ni una súplica. No me permitía nada. Idiota de mí, me dejaba llevar por sus estúpidas reacciones sin ser capaz de abrir la boca. Dejé de acudir al instituto, la buscaba por los parques y bares de Cádiz, queriendo beber de ella lo poco que me dejaba. Algunos días la encontraba completamente borracha en compañía de algún desgraciado, o a las doce del mediodía bebiendo vodka a palo seco embarazada de tres meses. Intentaba llevármela conmigo, pero los desgraciados de sus compañeros me arreaban un par de tortas sin que ella se dignara a mirarme. Por la noche volvía con un pestazo horrible y me pedía que la abrazara. Una noche no le abrí la ventana, le dije que a saber quién era el padre del niño y hasta escupí en el cristal. Claro, jamás la habría escupido a ella, mucho mejor escupir el suelo de mi propia habitación. La rabia me corroía por dentro y la odiaba, pero volví a buscarla en los bares y en cualquier otro lugar en que pudiera estar. Un día la esperé en un bar horas y horas, y aquella fue mi primera borrachera. Al día siguiente repetí, y al tercero, y al cuarto, y al quinto... Al final fue ella quien vino a buscarme y me encontró borracho en un bar bebiendo y vomitando solo; fue ella quien me llevó a mi habitación y me tapó, me abrazó y me susurró dulces palabras al oído, enamorándose con veneno y llevándose de nuevo a su terreno para que fuera el pelele que debía ser, el muñeco de trapo del que se reía tontamente y al que tenía enamorado.

No logró abortar a pesar de sus fatídicos intentos. Alguna droga recomendada también tomó, pero nada de ello produjo efecto. Creía que el niño nacería deforme, pero afortunadamente no fue así. Los dos esperábamos que naciera del revés yuviéramos que entregarlo a alguien que se hiciera cargo de él. Durante su cuarto y quinto mes de embarazo bebimos diariamente, ahora yo siguiéndole el ritmo. En el sexto mes su barriga ya no podía ocultarse

y lo contamos a nuestros padres. Los dos nos fuimos de casa con una mano delante y otra detrás, unos pocos billetes para alquilar un piso de mierda y hundirnos en la miseria. Claro que se prestaron a ayudarnos, claro que nuestros padres quisieron formar parte de nuestra familia, claro que se enfadaron... Pero en aquel momento nosotros ya habíamos perdido el control. Solo queríamos beber hasta la saciedad, olvidarnos de que estaba embarazada y desaparecer del mundo al que siempre habíamos pertenecido. Tal vez de esa manera el niño no nacería y podríamos seguir hundidos en infinitas borracheras. Los dos acabábamos de cumplir 18 años y ya no teníamos que rendir cuentas a nadie. Intento volver la vista atrás y entender qué me sucedió en tan pocos meses para convertirme en alguien tan insensato, y lo único que me consuela es echarle la culpa por completo, sentir que fue ella quien me arrastró hacia malas decisiones, siendo incapaz de imponerme. Es mucho más fácil, te lo aseguro, culpar a otro que asumir tus propios errores.

Antes de que naciera, ya le hicimos a Lucas todas las burradas que podían hacersele. No me cabe duda de que alguien, ahí arriba o aquí abajo, real o ficticio, le ha cuidado desde el mismo momento en que le concebimos. De lo contrario, habría nacido muerto.

Ese fue, para mí, el inicio de mi vida. Ahora que estoy al final de la misma he tomado tanto alcohol y tantas drogas que nada en mi cuerpo responde como debiera. Por las noches no duermo por fuertes ardores en el estómago, he perdido toda sensibilidad al olor y al sabor. Mi hijo dice que no tiene nada que perdonarme, que aquellas cosas no las hice yo ni las hice contra él, sino que correspondían a otro tiempo y otras personas.

Cuando años después nos separamos, yo conseguí de alguna forma transitar otros caminos. Ella siguió en el de la destrucción. Después de dejarme se prostituía y robaba por droga. Acabó involucrada en un feo asunto de un asesinato y estuvo en la cárcel. A pesar de todo, consiguió trabajar como actriz. Si buscaba la muerte o todo fue una sucesión de infortunios, no lo sé. Lo cierto es que la tentó tantas veces que fue la muerte la que finalmente se burló de ella. No fue el alcohol, ni las drogas, ni un cliente con la mano ligera lo que la mató. No. La muerte le preparó una broma mejor, un destino más burdo.

El ejercicio de los cinco sentidos

—¿Qué pasó con ella? —Quise saber, movido más por la curiosidad y el atrevimiento que por otro sentimiento, una vez comprobé que el relato finalizaba ahí—. ¿Qué fue de ella? —Una suave sonrisa se reflejó en sus labios.

—Esa es otra historia, esa es otra historia que deriva en otra historia que a su vez deriva en otra... Y no querrás escuchar durante horas a un hombre que ha perdido la cabeza; demasiado tiempo te he robado. —Se levantó con esfuerzo, pero sin perder aquella sonrisa—. Eres tal y como me imaginaba. Es curioso, me parece que te conozco bien, o muy bien, aunque quieras ocultarte. ¿No te ha pasado nunca? Te hablan tanto de alguien que te parece que lo conoces, aunque nunca le hayas visto. Te haces hasta tu propia imagen de esa persona, le agregas tú mismo información que nadie te ha dado, le catalogas en tu grupo de clasificaciones (porque cada uno de nosotros tenemos nuestras propias etiquetas, más o menos similares a las del resto de las personas o únicas para nosotros), le atribuyes incluso gustos que nadie te ha contado y, poco a poco, con la información que recoges de aquí y allá, creas a una persona. Y, aunque después conozcas a esa persona como yo a ti ahora, da igual, tú ya la conocías de antes y ya has creado un personaje que perdurará en tu cabeza. Qué curiosa es la mente humana... Me alegro de que el personaje que creé de ti se parezca tanto a la realidad. Deberías agradecersele a Lucas. Era único conociendo a las personas y describiéndolas.

Se había levantado y caminábamos hacia la puerta cuando le entregué su abrigo. Quería pedirle que me hiciera compañía durante más tiempo, que me hablara de él, de la madre de Lucas, de Lucas, de lo que Lucas le había contado de mí... Quería que me hablara y rellenara los silencios vacíos de la tienda, que me acompañara y recompusiera conmigo la vida de mi hermano. Quería rogárselo, pero las palabras se quedaban muertas en mi mente, acostumbradas a mi habitual torpeza para pedir algo a los demás, sobre todo si ello equivalía a pedir compañía.

—¿Te importaría si vuelvo otro día a verte? Tengo pocas cosas que hacer últimamente y algo de compañía me viene muy bien. No querría molestarte ni

quiero que te sientas en la obligación de soportar a un hombre que ya ha perdido la cabeza... Solo quiero..., solo quiero sentir cerca a mi hijo y este es el único lugar en el que puedo hacer realidad una mentira.

—Por supuesto —contesté con una amplia sonrisa y una invitación a venir cuando quisiera—. Por supuesto, claro que sí —insistí—. Cuando quieras —le recordé desde la puerta cuando se alejaba por la calle. Aun así, sentí que él estaba incómodo y que volvería porque no podía evitarlo, no porque yo le diera la necesaria confianza.

Antes de cerrar la puerta se volvió.

—En el pueblo hay un cine donde a veces ponen películas. Nunca modernas, pero tampoco demasiado antiguas. Somos un pueblo muy cinéfilo —sonrió—. Hoy pondrán una película de Zezé, creo que es una comedia. —Le miré extrañado ante esa última recomendación.

—Gracias, Fernando. La verdad es que siempre me ha gustado mucho Zezé, es una actriz muy buena. Una pena que hiciera tan pocas películas.

—Y preciosa, si me lo permites. Es una mujer increíblemente bella. Se retiró demasiado pronto, nos dejó con un buen sabor de boca y ganas de más. ¿A qué edad fue?

—No llegaba a treinta años. —Recuperé lo que conocía de aquella actriz y constantemente me vino a la memoria el momento en que anunció que se retiraba—. Y con dos Óscar, entre ellos el primero de una actriz española. Me acercaré a ver la película, no te quepa duda.

Fernando salió definitivamente de la librería dedicándome una última sonrisa. Tuve la tentación de volver al recuerdo de Lucas, pero la imagen de Zezé se negaba a abandonar mis recuerdos. Aquella actriz con un nombre tan peculiar se había convertido en todo un mito con una carrera de apenas doce años. Saltó a la fama con tan solo dieciocho y desde entonces no dejó de ocupar primeros planos a nivel nacional e internacional. Supuso la vuelta al mundo mágico de la interpretación y se envolvió en ese halo de misterio y grandeza que hasta entonces solo las grandes actrices del pasado habían dominado.

En un tiempo en que las famosas se engalanaban con carísimos vestidos y provocaban posturas imposibles (a veces para enseñar sin garbo ni estilo las largas piernas o para curvar su espalda de una forma antinatural), en que las operaciones soterradas dejaban miles de rostros iguales en la televisión, en que los discursos eran copias unos de otros, en que se podía ver quién había detrás de la cámara con tanta asiduidad que hasta algunos aparecían en

chándal comprando en el súper como cualquier hijo de vecino, en que las jóvenes estrellas eran anodinas, sin nada nuevo que aportar, en que algunos no eran más que musculitos que hasta habían aprendido a poner morritos como ellas, mientras que ellas no dejaban de imitar aquellas muecas sensuales una y otra vez... En un mundo en que la globalidad había hecho que los intérpretes fueran todos globales en una lucha insaciable por ganar más la atención con tretas un poco absurdas, de pronto apareció Zezé. Hermosa, tranquila, culta, dulce, misteriosa, elegante, con gestos naturales y llenos de gracia. Zezé no interpretaba ni actuaba, ni tan siquiera sabía qué significaban esos términos. Ella era cada persona que le pidieran que fuera, por su boca jamás pasó la palabra «personaje». Con una sonrisa real, una carcajada sonora y alta, regalada en muy pocas ocasiones, una interpretación magnífica, un estilo de andar y vestir que superaba con creces el de Audrey Hepburn, una mirada que competía con la de Elizabeth Taylor con sus preciosos ojos verdes, un acento tan perfecto en español como en inglés y francés, lejos de casi todas las españolas que aterrizaron en Hollywood y debían contentarse con papeles secundarios en los que nunca eran nativas. Zezé no paseaba por la alfombra roja, Zezé deslumbraba. Su caminar era sensual y nunca necesitó torcerse retóricamente en una postura imposible. Nunca arqueaba de forma artificial su cadera o mostraba la espalda y curvaba medio cuerpo como una contorsionista. Ella miraba a la cámara, sonreía y todos los disparos captaban a la mejor actriz que había tenido el cine en mucho tiempo, la actriz que nos devolvió a aquel mundo mágico de Hollywood que se había perdido en los últimos cincuenta años, aquel mundo en el que la realidad y el poder se entrometieron libremente, haciendo que el halo de misterio que rodea a los intérpretes jamás fuera el de la exquisitez y elegancia que un día conoció.

Era imposible pensar en Zezé sin traer a la mente a Ernesto Montalbán, su descubridor. Jamás habría pasado a la historia con mayúsculas si no fuera por ella, y era cuando menos curioso que un personaje así hubiera descubierto a alguien tan maravilloso.

En su juventud Ernesto había sido un actor mediocre, más famoso por sus músculos y su buena presencia que por sus dotes artísticas. Era un comodín en la industria, el típico actor del que se echaba mano en papeles secundarios y que cansaba la vista por su omnipresencia. No se esforzaba mucho, figuraba y tiraba de poses para ganar dinero y vivir de ello. Todo lo prolífico que fue como actor le sobró después como director.

A los 29 años Ernesto Montalbán conducía un pequeño Seat por París junto con una actriz de 22 años que comenzaba a deslumbrar en el cine francés. Los dos venían de disfrutar de una fiesta privada en casa de un famoso director galo. Según los rumores, ella se había desvivido por el galán español entre copas y copas de champán, un poco de coca y tal vez alguna pastilla. Él, sin embargo, la había rechazado educadamente y decía a sus compañeros que no podía evitar verla como una niña pequeña. Esos siete años de diferencia le hacían parecer un depravado al lado de ella, decía, algo que los otros actores no comprendían. Intentó zafarse de la actriz discretamente, con poco éxito: en cada esquina de la fiesta estaba ella dispuesta a camelarse al guapo español. Al final aquella combinación en su estómago pudo más que sus ganas de aparentar y comenzó a vomitar de forma exagerada encima de los zapatos de cuero italianos de Ernesto. Consiguió mantener bajo control su colérico y conocido humor y se avino a llevarla a urgencias en vez de llamar a una ambulancia; una mala decisión que le marcó para el resto de su vida y, sobre todo, marcó su fama. La actriz, casi desmayada, se dejó llevar en brazos por él en una estampa que quedó fotografiada para la posteridad. Sus lánguidos brazos caídos, el rostro oculto bajo el ondulado y llamativo cabello pelirrojo, la cabeza apoyada sobre el pecho de él, toda ella acurrucada con sus rodillas flexionadas, preparada para un dulce sueño que jamás llegó.

Había diferentes versiones de lo que sucedió después. Solo una de ellas era la verdadera y como tal fue aprobada por el juez y la prensa, pero el tiempo, el olvido, el ansia de cotilleo y las malas lenguas dejaron hacer su trabajo para tergiversarlo. En el trayecto a casa la actriz no dejó de vomitar, primero todo el cóctel de su interior, después bilis y finalmente sangre. Ernesto se asustó por el estado de «la joven», como él la llamaría a partir de ese día, y de pronto fue consciente de que la situación para ambos no podía ser peor. Le entró miedo de que ella no tuviera la edad que decía, le entró pavor de pensar que llevaba en su coche a una menor alcoholizada y drogada a la que solo había querido ayudar. El miedo se convirtió en un temor aún mayor por la vida de ella. La joven se desmayó en el asiento del copiloto con la boca llena de espuma y la nariz sangrante. Frenó en seco para despertarla, se desesperó por sus insulsos intentos y decidió acelerar para recuperar el rumbo a urgencias a toda prisa. Ella no respondía. Él creía que ya no respiraba, pero sus propios latidos eran tan fuertes que no podía saber si había alguno en el cuerpo de ella. No lo sabía entonces, pero la joven actriz ya había fallecido ahogada por su propio vómito, víctima de un explosivo cóctel.

El impacto posterior podría haber sido culpa suya perfectamente: conducía borracho, histérico y asustado. Afortunadamente para él, el responsable fue el otro vehículo, que se saltó un semáforo en rojo, para más inri, sin las luces puestas. Es curioso el cúmulo de casualidades que tuvieron que suceder. Ese otro hombre, un parisino de 42 años, regordete y aficionado al queso que le producía alergia, era dueño de un taller. Esa noche no podía dormir, como le sucedía con cierta frecuencia, así que cogió el coche para dar un paseo nocturno por las fabulosas calles de París. Le encantaba su ciudad, pero aborrecía el tráfico y el turismo. No era la primera vez que lo hacía, pero sí sería la última. No llevaba las luces puestas porque se habían fundido. No las había cambiado porque no era el coche que usaba habitualmente: desde hacía diez meses estaba aparcado enfrente de su casa a la espera de que le cambiara las luces y le hiciera un par de apaños más. Su coche habitual lo tenía su mujer, que era enfermera y casi siempre trabajaba en el turno de mañana, aunque precisamente esa noche debía cubrir a una compañera enferma. Esa fue la razón de conducir el coche sin luces. Se saltó el semáforo porque estaba más dormido que despierto al volante.

El vehículo del parisino impactó contra la puerta del copiloto del coche de Ernesto Montalbán. El cuerpo de la actriz salió disparado del coche como si fuera un burdo muñeco de trapo. El conductor parisino falleció al instante. Ernesto era el único de los tres que llevaba puesto el cinturón de seguridad. Fue el único que sobrevivió. De aquella noche le quedarían amargos recuerdos y una cicatriz que le cruzaba el labio superior. Aunque sabía que su conciencia podía estar tranquila, la intranquilidad se pegó a su cuerpo como su eterna sombra.

Ernesto tardó cuatro años en volver a la escena pública y pocos saben qué hizo durante ese tiempo.

Regresó, pero jamás como actor. En 1973 rodó su primera película como director, *Las lenguas muertas*, inicio de una trilogía difícil de clasificar. Era un drama o más bien un dramón, como le gustaba decir a él despectivamente de esta primera cinta. Ambientada en un pequeño pueblo castellano, trataba sobre cómo la familia López superaba el fallecimiento de su hijo pequeño, al que habían perdido durante unos juegos infantiles que los padres no supervisaron como debían. Era común en la época recomendar llevar al cine un paquete de pañuelos en el bolso, para ellas y para ellos, si se iba a ver la película. Tocaba la fibra más sensible y enfrentaba a los espectadores a sus propios fantasmas, como la figura autoritaria paterna o la culpabilidad

cristiana. Fue un éxito moderado, pero éxito. Lo suficiente como para llamar la atención y que la prensa volviera a recoger aquel episodio que él quería olvidar ya de una vez en las calles de París.

Durante los siguientes años se dedicó a dirigir obras de teatro y creó una pequeña escuela de arte dramático en la capital. La cerraría en 1984, cuando, en línea con su amargo temperamento, decidió que estaba más llena de actores de pacotilla que de buenos intérpretes. Los rumores eran que él decía estar cansado de tener que inaugurar todos los años el curso académico y que la escuela no daba tanto dinero como para justificar el trabajo anual, aunque fuesen pocas horas.

En 1978 rodó *Las lenguas vivas*, la segunda parte de la trilogía, en la que relataba la vida de la hija mayor de la familia López en tono de comedia. Le sucedían las desgracias más graciosas y las situaciones más ridículas, como la caída a un pozo donde vivió durante siete meses. A pesar de la época del destape que se vivía, y también a pesar de su fama de mujeriego, Ernesto prefirió no unirse a la corriente y crear una película al más puro estilo Berlanga. Sabía que no tenía su genio y le daba puro vértigo cuando le comparaban. Pero ello no quitaba que ahora los pañuelos fueran necesarios para secarse las lágrimas de las carcajadas.

Tardó cinco años en cerrar el círculo con *Las lenguas muertas saben hablar*, una película de terror donde el hijo pequeño, fallecido en la primera película, se convertía en el fantasma de una mansión medio abandonada donde se instalaba una familia. A pesar de que las dos anteriores predisponían a uno para tomarse la película en tono de broma, el público se aterrorizaba en la butaca sin necesidad de golpes de efecto ni chorretones de sangre. Esta película fue su primer gran éxito internacional y la última de la saga familiar de los López.

Ernesto era, en fin, un director conocido por conquistar actrices en ascensores, por tener mucho gusto por el alcohol, por hacer películas surrealistas y en algunos casos sin argumento, por ser tan vago que hasta cerró una exitosa escuela de arte, por rozar lo chabacano en sus declaraciones por el incidente de París y por un temperamento inaguantable. Una figura así fue el descubridor de la encantadora Zezé. Y desde ese momento su modo de actuar cambió radicalmente.

* * *

Me decidí en ese momento a ir al cine a ver la película de Zezé y también a invitar a Elena a que me acompañara. Me había quedado con mal sabor de boca tras nuestro último encuentro y no quería que tuviera una imagen tan negativa de mí. Recordé haber visto una agenda de Lucas con números de teléfono y la recuperé del escritorio. En ese momento sentí curiosidad por cada uno de los nombres que figuraban ahí y me eran desconocidos. Tenía muy pocos teléfonos apuntados: los de mis padres, el de Elena, el de Fernando, el de un tal Alberto Echevarría y, lo más curioso, el teléfono del C. P. de Sevilla. ¿Colegio público?, pensé. Recuperé mi móvil y sin pensarlo apenas llamé al teléfono que se indicaba. Tras un par de tonos, una voz grave de hombre me contestó: «Centro Penitenciario de Sevilla». Colgué al instante y me quedé petrificado unos segundos.

¿Centro Penitenciario de Sevilla? ¿Era ahí donde se encontraba su madre? Pero Fernando había dicho que había fallecido, ¿era posible que siguiera manteniendo contacto con alguien de la cárcel? Recordé que había visto en uno de los cajones una carpeta repleta de facturas y fui a buscarla. Encontré las de teléfono y busqué en todas ellas una llamada al centro penitenciario; en el mes anterior, el anterior, el anterior, un año atrás, dos años atrás, tres, cuatro, cinco... Nada. No había llamado ni una sola vez desde su teléfono a aquel número. Volví a revisar la agenda y me fijé en que aquella página estaba claramente menos manida que las demás. Aquel número lo había apuntado, pero pocas veces había vuelto a buscarlo.

Dejé las facturas en su sitio con desgana y con la creciente sensación de que mi hermano era algo más que un desconocido para mí.

Retomé la libreta de teléfonos y llamé a Elena pensando cómo podía preguntarle discretamente si sabía algo sobre aquella cárcel, aun conociendo que no había forma discreta de plantearlo.

Fue un movimiento metódico y mi mente estaba en otro lugar, pero en cuanto escuché su voz me quedé mudo. ¿Por qué diablos pensaba que iba a querer ir al cine conmigo después de cómo salió de la tienda? ¿En qué estaba pensando?

—Hola, Elena, ¿qué tal? —Me colgó. Ninguna respuesta, ninguna señal al otro lado del teléfono. Colgó tras oír mi voz y no había lugar a dudas ya de que no quería hablar conmigo. Tardé algunos segundos en reaccionar, inmóvil en una estúpida posición con el teléfono en la oreja mientras solo me llegaba un completo silencio. Pensé en volver a llamar, convencido de que todo se debía a un malentendido o a falta de cobertura. Fueron dos o tres los segundos

que me bastaron para saber que aquello era una estúpida excusa. Elena no quería hablar conmigo, sin más.

No sabía a qué hora era el cine, esperaba que ella hubiera podido aclarármelo un poco más. Visto que no tenía nada que hacer, me puse la chaqueta y salí a dar un paseo por el pueblo.

Garzúa era un pequeño pueblo con casas antiguas y calles empedradas. Tenía una agradable plaza presidida por un pequeño ayuntamiento y rodeada de terrazas con mesas de madera donde degustar culines de sidra. Tras la plaza se alzaban verdes montañas que hacían las delicias de los fotógrafos.

Seguí caminando por el pueblo y, sin darme cuenta, me encontré con la señal de población tachada con una franja roja, indicando que abandonabas Garzúa con solo dar dos pasos más. Volví sobre mis pasos y decidí caminar fijándome mejor en lo que veía a mi alrededor. Recordé que me habían llamado la atención las enormes hogazas expuestas en el escaparate de una panadería, aunque habría sido incapaz de localizarla. También había visto una peluquería para hombres y mujeres con fotografías de jóvenes de los años ochenta con peinados lacados, imágenes con los colores desvaídos por el sol. Me prometí a mí mismo que iría un día a cortarme el pelo, aun cuando jamás en mi vida hacía promesas. Ya más cerca del centro del pueblo, no me sorprendió constatar que lo que abundaba eran los bares y cada uno de ellos parecía tener su especialidad. Anoté mentalmente visitar el que anunciaba exquisitos chorizos a la sidra, mientras que en la acera de enfrente debía degustar los cachopos. Había una pequeña zapatería que casi pasaba desapercibida, debido a un ridículo escaparate cubierto con un plástico amarillo que deslucía cualquier objeto que quisiera lucir. Pensé que no sería fácil encontrar un zapato de mi gusto ahí, pero tal vez sí unas zapatillas de andar por casa.

Ya de vuelta a la plaza Mayor tuve la tentación de preguntar por el cine del pueblo. «Tiene cuatro calles, lo encontrarás seguro», me corregí. Di un par de vueltas mirando las calles como si fuera un turista y lo encontré en una de las que daban al ayuntamiento. En realidad, era un edificio adyacente a este. Como comprobé que aún faltaba una hora para que comenzara la película, seguí caminando y descubrí un precioso y frondoso parque verde que prácticamente se mezclaba con la naturaleza de las faldas de la montaña. Me saludaron varias personas mayores y, sorprendido por la falta de costumbre, devolví con alegría el saludo. «Qué agradable es este lugar —pensé—, no me extraña que mi hermano se asentara aquí.»

Entonces hice algo que no había hecho desde que era un adolescente. Me senté en un banco. En Madrid los miraba con curiosidad y pensaba que quién se sentaría en un banco en medio de Chamberí. Y repentinamente me apeteció sentarme en ese banco. Vi a las personas pasear con sus perros, acariciarles, tirarles la pelota, esperar que la devolvieran; a los niños corretear y a sus padres persiguiéndoles; a algunos (pocos) adolescentes devorar bolsas de pipas con rostros anodinos hasta que uno decía algo y estallaban en carcajadas tapándose la boca. Me sentí parte de una idílica estampa, observándolo desde fuera como un nostálgico empedernido. «Qué me está pasando —me pregunté—, me estoy volviendo un melancólico estúpido.» Y aun así me quedé unos veinte minutos más sentado en ese banco, observando a todo el mundo que pasaba a mi alrededor, deshaciéndome de todos los pensamientos que llegaban a mi cabeza y fijándome tan solo en lo que sucedía sin interpretarlo, sin inventarme la vida de nadie, sin hacer suposiciones. Solo observando, incluso observándome a mí en ese banco desde fuera, viéndome como las personas que pasaban delante de mí me veían.

De pronto desperté de mi ensimismamiento y miré el reloj sorprendido por el tiempo que había pasado. El haberme vaciado durante esos minutos de los pensamientos y emociones de los últimos días me había dejado una sensación de tranquilidad y renovada fuerza. Sin embargo, mientras estiraba los músculos para levantarme, cruzó mi mente una idea tan absurda como instantánea, arrancándome una sonrisa: si me quedo más tiempo en este pueblo, dentro de poco me quedaré ensimismado con las obras de un edificio.

* * *

El cine, que no era más que una sala con butacas de plástico y una lona en la pared donde se proyectaba la película, tenía el aforo completo. Casi me arrepentí de haber accedido a la sala y asentir a una de las personas mayores que me indicaba el último asiento libre. Me hice un hueco en la butaca de plástico, buscando la mejor postura durante unos segundos y sabiendo que en unos minutos necesitaría volver a revolverme en la silla para encontrar otra postura. Sentí que me observaban con curiosidad; era el único desconocido. En Madrid no estamos acostumbrados a esas miradas de cotilleo, pero había visto suficientes películas como para imaginar que sería motivo de rumor constante, al igual que lo fue mi hermano tiempo atrás. «Es él», escuché a una

mujer decir. Intentaba hablar bajo a su compañera, pero no se daba cuenta de que sus oídos le fallaban y su tono de voz era en realidad demasiado alto. Miré hacia la pantalla, aun cuando no se proyectaba nada, y en el camino descubrí miradas hacia mí de condolencia. El señor que me había indicado la silla, al verme levantar la vista, decidió atreverse a entablar una conversación. Tenía un tic en el ojo que consistía en parpadear rápidamente tres veces y después levantar ampliamente su poblada ceja derecha. Le situé entre los setenta y ochenta años, reconociendo que soy pésimo en asignar edades. Hablaba con dificultad, pero acompañando todas sus palabras con una leve sonrisa marcada por labios muy finos, tan finos que en cuanto la sonrisa crecía en intensidad se esfumaban de su rostro. A su derecha una mujer le sujetaba el brazo, haciendo caso omiso a lo que sucedía a su alrededor.

—Lucas es una persona maravillosa. —Asentí estúpidamente a su comentario con una sonrisa bobalicona que demostraba lo fuera de lugar que me encontraba en ese momento. Quise corregirle diciéndole que «era una persona maravillosa», pero no me atreví—. Paso por la tienda a menudo, pero me temo que nunca he llegado a comprarle ningún libro. Sin embargo, me gusta llevar un chocolate y unos churros que prepara mi mujer. Exquisitos, oye, nada que ver con lo que venden por las tiendas, hechos con aceite de oliva de verdad. Yo me acerco por la mañana, a eso de las siete, cuando veo que ya hay luz en la tienda. Lucas es un hombre muy madrugador, muchísimo. A veces a las seis te asomas por la ventana y le ves corriendo por el parque como si ya fueran las diez de la mañana. Otras veces coge su coche y se va a la playa más cercana, nada unos cuantos largos y vuelve muerto de frío. En esas mañanas yo le decía a mi mujer que por favor preparara unos churritos para el joven. Ella lo hace a regañadientes, no le gusta que nadie le diga lo que tiene que hacer, pero veía desde la cama al pobre chiquillo y le faltaba tiempo para sacar la harina y preparar la masa. Nunca quería venir conmigo a darle los churros, es muy tímida. Nos casamos hace sesenta años y nunca jamás hemos pasado una sola noche separados. ¿Cuántas personas pueden decir eso a día de hoy? Y eso que Urraca es muy guapa y habrá tenido muchísimas tentaciones, yo sé de hombres que la buscaban cuando iba a comprar. Pero siempre me ha sido fiel. A mí no me ha resultado difícil serle fiel. Lo primero, porque la quiero mucho y no puedo vivir sin ella, literalmente lo digo, no en sentido figurado. Y, en segundo lugar, porque quién me va a querer a mí que no sea Urraca. Ella ni siquiera se da cuenta de mi tic en el ojo, pero a otras personas las pone muy nerviosas. Nos conocemos desde que éramos así —señala un par de palmos

por encima del suelo—, siempre jugamos juntos. Y así, a lo tonto, acabó ella también enamorándose de mí. Me dirás que es mentira, pero yo aún la veo más guapa que Zezé. Mira que Zezé es guapa a rabiar, no digo yo que no, pero mi Urraca es mi Urraca.

Asentí sonriendo. Él amplió su sonrisa y sus labios desaparecieron. Sentí que iba a comenzar un relato de su vida y necesitaba que le animara a ello. Iba a plantearle alguna pregunta cuando su mujer alzó su mano izquierda hacia mí, por encima del hombro de su marido, para agarrarme el brazo con fuerza. Me acerqué sonriendo a ella, pero no fue suficiente para escuchar su susurro. Acerqué más mis oídos y apenas pude verla, pero tenía su imagen en mi mente. Aunque muy mayor, había estado plenamente erguida en su silla durante todo ese tiempo, las piernas perfectamente dispuestas en el suelo, con unas medias oscuras y unos zapatos negros que casi brillaban. Vestía una falda azul turquesa y una camisa blanca, más elegante que cualquier otra mujer en la sala. En sus rodillas descansaba un bonito sombrero del mismo color de la falda, al que había dado vueltas constantemente con su mano inquieta. Se había pintado sus finos labios de un rosa muy claro, apenas perceptible. Aunque seguramente su pelo era blanco, se lo teñía de un rubio muy claro que sin duda fue el color de su juventud. Tenía los ojos negros y muy pequeños, casi hundidos tras sus párpados, pero una tez tersa que muchas mujeres en la cuarentena desearían, sobre todo las fumadoras.

—Señor, ¿tiene usted los cinco sentidos? —volvió a repetirme cuando me hube acercado lo suficiente para escucharla. Su marido la miró afectuosamente y tocó su mano izquierda, la que ahora se encontraba en mi brazo.

—Cariño, este señor tiene los cinco sentidos y estoy convencido de que los disfruta plenamente y quiere seguir teniéndolos. Es un señor muy amable y estaba escuchando cómo nos conocimos y el día de nuestra boda. ¿La recuerdas, cariño? El día en que nos casamos llevabas un traje oscuro de falda y chaqueta, te había hecho tu hermana un precioso ramo de flores y tu madre te había recogido el pelo en un moño. Parecías una actriz de Hollywood. Fue el día más feliz de mi vida, ¿lo recuerdas? —La mirada de su mujer estaba vacía, sin sentimiento. Imaginé que ella debía de sufrir alzhéimer y él estaba muy familiarizado con cómo tratarla y, sobre todo, con cómo hacerle cambiar de tema.

—Sí, tengo todas las imágenes de ese día en mi mente y muchas veces las recupero —le contestó con una amplia sonrisa tras unos segundos cavilando.

Después volvió a dirigir su mirada hacia mí—. Joven, la vista, siempre hay que comenzar por la vista. Y luego eliminarla por completo del ejercicio porque es muy traicionera. Pero nadie puede completar el ejercicio si no empieza por la vista, hay que empezar por lo fácil. Empezar por lo fácil, digo yo siempre, y la vista es lo más fácil con lo que empezar. Empiece por la vista, joven, yo se lo recomiendo. Vea todo, fíjese en todo. Ahora, mire, mire, mire. —Abría los ojos asombrosamente con cada palabra y apretaba mi brazo con fuerza. Le devolví la sonrisa, gratificado también por haber dejado de ser un señor para ser un joven. Soltó mi brazo y alzó su dedo índice hacia mí—. La vista, recuerde, la vista. Hágalo, es un bonito ejercicio incluso para quien no quiere morir.

Sus últimas palabras me dejaron helado y mi sonrisa debió de convertirse en una mueca extravagante, entre la educación por seguir manteniéndola y el desconcierto puro. Su marido le dedicó otra sonrisa en la que desaparecían sus labios y, cuando ella retomó su tranquila posición digna frente a la pantalla, me dirigió una sonrisa más suave y me guiñó un ojo.

—Joven, es usted muy agradable. Si no le molesta, me acercaré un día con unos churros de mi mujer y podremos hablar tranquilamente de la vista en términos mucho más vivos. Estoy seguro de que disfrutará de la película, Zezé es una excelente actriz.

No fue difícil comprender que frente a su mujer no deseaba hablar más del tema. Finalizó así la conversación, pero no por ello mi curiosidad. Con el rabillo del ojo les observaba y descubrí que él hacía lo mismo. No conmigo, yo tenía poco interés, sino con su mujer. Con el rabillo del ojo controlaba que todo iba bien; a veces le contaba a ella cosas al oído, otras era su mujer quien le susurraba.

No faltaron las risas escandalosas en la sala, las sonrisas e incluso los gruñidos. La película se titulaba *Macho... ¿qué?* Había causado un enorme revuelo en su día: cientos y cientos de críticas a favor y en contra, pero todo un exitazo de taquilla. En *Macho... ¿qué?* se cambiaba por completo la historia e intercambiaba los papeles entre hombres y mujeres. Tras un repaso de hechos históricos teñidos por mujeres, siempre desde un punto de vista cómico —Nefertiti construyendo pirámides y representada en miles de templos, Hipatio de Alejandría despreciado por su condición de hombre y sepultado bajo piedras, Julia César asesinada por un grupo de mujeres santas que predicaban la castidad y recorrían pasillos para encontrarse con hombres imberbes, hombres luchando por su derecho a trabajar, el primer presidente

masculino en un gobierno occidental...—, la película se centraba en la época actual. Zezé interpretaba a la dueña de una multinacional que debía implantar políticas de igualdad que despreciaba de puertas adentro pero defendía férreamente de cara a la galería. Se quejaba de que a los hombres les importara que las mujeres se sentaran en el metro con las piernas abiertas ocupando parte del espacio de los asientos de ellos, acurrucados por la invasión del espacio y sin rechistar; de que quisieran trabajar con lo bien que vivían dependiendo de sus parejas femeninas y teniendo solo que ocuparse de la casa y los niños, que era algo muy fácil y enriquecedor a nivel personal; de su ofensa cuando les miraba el paquete descaradamente en las reuniones o por la calle, teniendo que aprender a contenerse en el trabajo porque se había ganado mala fama aunque nadie había dicho ni hecho nada contra ella. Y, lo peor, se quejaba de una fuerte corriente masculina en contra de la trata de hombres y de la prostitución. Luchar contra la trata de hombres le parecía bien, pero ir contra la prostitución era una frontera que no podían cruzar porque ella era una muy buena clienta. La película, aunque siempre cómica («Nunca se hubiera podido hacer esta película si no hubiera provocado risas; nos han perdonado porque se ríen», dijo Zezé en una rueda de prensa), era una ácida crítica de la sociedad actual y una gran denuncia contra la prostitución especialmente. En España, el tercer país con mayor consumo de prostitución del mundo, supuso esa gran revolución que Zezé buscaba y revolvió conciencias. Solo con una película la famosa actriz consiguió que bajaran drásticamente las ventas de los periódicos que incluían anuncios sexuales, por lo que tras meses y meses de pérdidas debieron anunciar que los suprimían. Si cuando se estrenó la película en 2008 se calculaba que cuatro de cada diez hombres españoles habían usado los servicios de una prostituta, en 2014 esa cifra había bajado a la mitad, dejando de ser uno de los países donde mayores redes de trata de blancas se destapaban porque había dejado de ser un destino preferente para las mafias.

La película mostraba a hombres de países subdesarrollados hasta las cejas de viágrafos y anfetaminas para mantener su ritmo de trabajo en prostíbulos. Zezé se escudaba en que les gustaba su trabajo y lo preferían a limpiar escaleras. El argumento de que más del 80% eran forzados a ejercer la prostitución lo desechaba con la aplastante lógica de que «eso se lo habían inventado los machistas que no nos quieren dejar vivir en paz».

Pero la parte cómica, como decía la actriz, era el gancho para colar en las pantallas esa crítica. Zezé se enamoraba de un hombre que luchaba por los

derechos de los hombres, mientras que ella creía que no había nada más por lo que luchar. «Fíjate, si yo hasta tengo un director en mi comité que es el jefe de la limpieza, las instalaciones y la responsabilidad social de la empresa. Es tan bueno que a veces creo que es una mujer transexual, se lo suelo reconocer diciéndole que tiene un par de ovarios bien puestos.» Es más, se enorgullecía enormemente de su iniciativa por decir siempre «hombres y mujeres» en vez de «mujeres» para referirse a ambos géneros, como especificaba la gramática. Con eso ya hacía más que suficiente por la igualdad. Sin embargo, para ganarse al hombre amado tenía que demostrar que era un machista de verdad (es decir, que creía en la igualdad de las mujeres y los hombres). No podía piropopear en el trabajo, lo que le hacía morderse la lengua hasta sangrar; cada vez que interrumpía a un hombre en una reunión, su secretario lo apuntaba en una libreta y debía recibir azotes en el culo de su nuevo novio, ya que eso era muy sexi (cosa que había hecho ella con algún hombre y le pareció muy sexi, sí, pero en el sentido contrario no veía la gracia por ningún lado); si iba a hacer un inofensivo chiste feminista con mucha gracia en un foro donde había hombres, debía contarlos cambiando los papeles entre el hombre y la mujer (entonces el chiste perdía toda la maldita gracia y dejaba de contarlos a mitad de haber empezado); si usaba expresiones típicas como «corre como un niño», «grita como un hombre», «los hombres son celosos y envidiosos por naturaleza», tenía que acordarse de alguna mujer que hubiera corrido mal, gritado o sentido celos o envidia (algo que siempre sucedía, pero ella encontraba una estúpida y rebuscada excusa para esa «excepción»). Y así, una sucesión de situaciones cotidianas desde el prisma de una sociedad femenina que no comprendía qué querían los hombres. Al final de la película, Zezé dejaba a su pareja y se buscaba un hombre que diera menos guerra y no le llevara la contraria nunca, contento con ser una figura de la casa. Zezé se convencía de que era lo que todos los hombres del universo querían pero no se atrevían a reconocer.

Aunque ya había visto la película en su estreno, volví a reírme como el primer día junto con el resto del público. Recordé que Zezé había dicho que era la película de la que más orgullosa se sentía, especialmente porque habían sido capaces de hacerlo con la risa, llegando a un público al que jamás habrían llegado de otra forma.

Cuando salí del cine eché de menos una chaqueta, aunque fuera fina. Muchas personas se despidieron de mí afectuosamente, rostros que me eran completamente desconocidos, como es natural. Excepto uno de ellos.

—No imaginé que te vería por aquí —fue el saludo de Elena. Su rechazo unas horas antes nada tenía que ver con su expresión cordial.

—Sí, de hecho te llamé para preguntarte si te apetecía venir conmigo, pero creo que no te pillé en buen momento. ¿Me colgaste? —Quise que sonara como una afirmación, pero acabó siendo una pregunta acusatoria.

—Anda, ¿eras tú? Perdona, no sabía quién me llamaba. —Y ya está, sin más. No se esforzó por buscar una excusa estúpida o explicarme por qué mi voz era una «voz para colgar». Nada, ni una mención más al tema.

Salimos juntos del teatro y caminamos un par de segundos en silencio, los suficientes para parecer una eternidad.

—Veo que has conocido a Urraca y su marido, son muy queridos en el pueblo.

—Sí, así es. Me imagino que ella tiene alzhéimer.

—A veces está completamente ida y parece que solo su marido puede traerla de vuelta a la realidad. Una realidad un poco transformada, de hecho... Siempre le cuenta cosas bonitas y le hace recordar momentos alegres. Como ahora ella no es plenamente consciente de lo que sucede, él aprovecha para destacar solo lo bueno y rechazar cualquier momento o recuerdo negativo. Si ella divaga y quiere recuperar otros momentos, él recurre a sus «artimañas»: el día de su boda, su hijo, cuando ganaron en la lotería seiscientas pesetas, cuando su pequeño se graduó... No debe de ser tan malo mirar atrás y quedarte solo con lo que te ha hecho feliz.

—Mirar atrás... Tenía un especial empeño con no sé qué de la vista, no la entendí bien.

—Ah, sí —asintió Elena.

—¿Ah, sí? ¿Qué quiere decir «ah, sí»? —Conseguir esa noche que Elena se explicara más allá de lo estrictamente razonable parecía una prueba de paciencia. Aunque no estaba muy conversadora, parecía haberse propuesto acompañarme por las calles de Garzúa sin rumbo fijo ni acuerdo.

Me miró con un toque de impaciencia, alzó los hombros y volvió a mirar al suelo.

—No es bueno recordarle a Urraca su pasado, es mejor dejarla descansar y que no vuelva con aquello de los cinco sentidos.

—Elena, tus exhaustivas explicaciones me abruman. —Conseguí que se riera al menos y dejara de lado su leve tono de preocupación.

—Urraca era una de las mejores psiquiatras en el tratamiento de pacientes con brotes suicidas. Además de compaginar sus terapias con los

acostumbrados medicamentos, ella se esforzó por abrir una vía más amplia de interacción con sus pacientes, fueran ingresados o no. Casi como haría un psicólogo, dedicaba largas horas a escucharles y trabajar con ellos día a día, sin olvidar la medicación que les administraba. En su profesión, según me decía, tienes pocos motivos para sentirte satisfecho. Tu objetivo no es lo que se dice «sanar» a tus pacientes y, si lo fuera, tu ratio de éxito te desbordaría tanto que acabarías también loco. El éxito consiste en hacerles la vida más llevadera.

»Los pacientes que ella trataba pocas veces llegarían a ser personas autónomas e independientes; en cualquier situación podían necesitar algún medicamento o sufrir un ataque. El aleteo de una mariposa podía hacerles caer como jamás haría caer a otro. Para ella el éxito era que se convirtieran en personas más felices, que fueran capaces de sobrellevar mejor el dolor y la incertidumbre, pero difícilmente lograría que sus depresiones o brotes suicidas desaparecieran por completo en caso de caídas. Caídas como la muerte de un familiar, la enfermedad de un ser querido, el rechazo de una pareja... Situaciones ante las que otras personas nos recuperamos, malamente, pero lo hacemos.

»Ella centraba su conversación en salvar la vida a los pacientes que querían suicidarse, lograr que no lo hicieran. Y en segundo lugar, que vivieran mejor de lo que lo harían sin su ayuda. En realidad Urraca solo trabajó, en los últimos veinte años de profesión, con personas que querían quitarse la vida y dedicó gran parte de su tiempo a estudiar sus comportamientos, motivaciones, reacciones, terapias, tratamientos alternativos...

»Preparó una tesis doctoral, escribió varios artículos en prestigiosas revistas internacionales de medicina y también participó en varios congresos, a menudo más pseudocientíficos y de automotivación que puramente centrados en la psiquiatría. Solía quejarse de que su intensa investigación había llegado al gran público solo por una pequeña parte de la misma: los cinco sentidos. — Miré a Elena curioso—. El ejercicio de los cinco sentidos consiste, ni más ni menos, en disfrutar de tus sentidos. Enviaba un ejercicio a las personas a las que trataba, especialmente casos muy graves. Nada de jóvenes de 15 años que sienten que el mundo no tiene sentido y pegan un susto a sus padres con media caja de medicamentos. No, estamos hablando de personas depresivas que habían intentado o amenazado en más de una ocasión con quitarse la vida y sufrían importantes problemas psiquiátricos. Urraca les planteaba un ejercicio muy sencillo que debían realizar entre cada una de sus sesiones. Cada día

debían poner su foco en un sentido distinto, pero solo en uno cada día. El primero era la vista, y solo podían fijarse en lo que veían. Tenían casi prohibido oler, saborear, disfrutar del tacto, escuchar. Ese día debían centrarse por completo en la vista, en los colores, las imágenes, los recuerdos visuales, la belleza de los paisajes, la hermosura de las personas a las que veían. Ella, por supuesto, lo exponía con ese ánimo. A veces alguno se fijaba en lo oscura que es la vida, en horribles imágenes del pasado u otras cosas así de feas. Urraca insistía en el ejercicio: «Mañana, el tacto: fijate si lo que tocas es áspero o suave...». Y así el oído, el gusto, el olfato.

—¿Funcionaba? —interrumpí incrédulo ante su historia.

—La respuesta de Urraca siempre era tajante: no. ¡Pero es que no era un tratamiento en sí mismo! Era solo una pequeña, una milésima parte de un tratamiento más amplio. No surgió como un canto a la vida, una estrategia automotivadora, un descubrimiento de los maravillosos cinco sentidos que nos permiten disfrutar plenamente de las sensaciones que nos rodean. No surgió así ni quiso nunca que así se entendiera. Urraca sabía que sus pacientes sufrían interminables tiempos muertos donde no podían concentrarse en un libro, mantener una conversación, seguir con emoción una película, conciliar un sueño reparador, jugar una amena partida de ajedrez, practicar una intensa y cansina sesión de deporte. Solo pretendía darles un ejercicio, una pequeña actividad compatible con su apatía para distraerles, aunque fuera mínimamente, de sus pensamientos suicidas. Se arrepintió muchas veces de su idea porque muchos compañeros la tacharon de escribir literatura de automotivación para el tratamiento de problemas mucho más graves.

»Por otra parte, ganaba mucho dinero, precisamente con conferencias de ese tipo, y mucho menos en convenciones de psiquiatras. Se sentía decepcionada consigo misma y no dejaba de contextualizar sus exposiciones como era debido, pero entre todas sus palabras lo único que quedaba era el tratamiento de los cinco sentidos. Ella nunca lo llamó así, hablaba más bien del «ejercicio de los cinco sentidos». Hasta que todo se desbordó, durante un tiempo estuvo muy orgullosa de su ejercicio. De alguna forma, Urraca misma acabó *suicidando* su propia teoría, cansada de que se usara fuera de contexto. Aparcó el ejercicio, las conferencias y los artículos. Se jubiló y volvió a Garzúa con su marido.

Durante unos minutos caminamos en silencio. Quise preguntarle más por Urraca y su marido, pero, dada su inicial aversión a hablar del tema, comprendí que ya no podría sonsacarle más.

—¿Me acompañas a sacar al chipirón? —preguntó abstrayéndome de mis pensamientos.

—¿Sacas de paseo a los chipirones? —Por primera vez Elena me regaló su divertida sonrisa.

—No, tengo una perra labradora que se llama Chapas, pero la llamo chipirón, chipi, chapis, fiera... Fiera es el nombre más adecuado, diría yo. — Nos habíamos detenido en la plaza del ayuntamiento desde hacía unos minutos para que ella terminara de narrar la historia de Urraca. Yo pensaba que ahí se separarían nuestros caminos y terminaría la noche. Me alegró saber que podría disfrutar más tiempo de su compañía.

Seguí a Elena por más calles empedradas, resguardados bajo los soportales de las viviendas. Nos alejamos un poco más del centro hacia la falda de la montaña y me encontré con una peculiar zona del pueblo. Las calles se convertían en un pequeño laberinto sin orden fijo, rodeadas todas ellas de casas bajas, tres pisos como mucho, pintada cada una de ellas de un color distinto. Algunas calles, con sus casas como de juguete, incluso se atrevían a adentrarse en la montaña y era difícil distinguir los jardines de lo que comenzaba a ser el bosque. Aquella imagen parecía una irreal competición de cuál era la fachada, el jardín, la puerta de acceso más bonita. En vez de altas vallas que ocultaban el interior, todas ellas parecían desear lucirlo a los visitantes. Recuerdo haberme fijado en una casa de color amarillo, otra que lucía una fachada con piedra natural, aquella que estaba construida alrededor de un alto pino, una con grandes ventanales y agradable iluminación, otra de color azul intenso contigua a una de color naranja, la de más allá con una valla de rosales, otra con una tapia baja en la que habían pintado el cielo estrellado.

Miré asombrado a Elena.

—Es una zona preciosa, ¿verdad?

—Es más bonito que Cudillero y mucho menos conocido —llegué a decir.

—¡Cualquier asturiano te cortaría la cabeza por esa afirmación! El paisaje de Cudillero es espectacular, pero coincido contigo en que este es más original y sin intención alguna. Quiero decir: aquí cada uno construyó su casa según le vino en gana y con muy poca lógica. Hay algunas calles que acaban en rotondas sin más, no tienen salida. Si no conoces bien el entramado, puedes acabar dando vueltas como un tonto. —Se detuvo ante la casa de color azul intenso y sacó unas llaves. Tenía un alto pino en la entrada con un columpio de madera. La valla apenas llegaba a las rodillas y, mientras le dije que la

esperaba tranquilamente fuera, pude ver algo más de su interior. Como en las casas americanas, Elena tenía un porche donde pasaba infinitas horas leyendo en una enorme hamaca. La envidié por poder disfrutar esos momentos de paz y sosiego.

Tardó apenas un minuto en salir con un animado labrador amarillo. Mordisqueaba la correa que Elena llevaba en la mano. Era de pelo corto y yo sabía por experiencia que casi sueltan más pelo que los de pelo largo. Elena quiso avisarme de ello cuando me arrodillé para acariciarlo, pero obviamente poco me importaba. Como todo labrador, me recibió alegremente y con ganas de jugar.

Como era tarde y Elena no quería molestar a los vecinos, caminamos más hacia la montaña, donde los edificios escaseaban. Además, según me comentó, algunas de las casas no estaban habitadas. Le lanzaba la pelota a Chapas y esta la traía de vuelta, haciéndose de rogar para devolverla a su dueña.

—Adopté a Chapas en una fundación. La idea era que estuviera conmigo durante un año viviendo en una casa, se socializara con otros perros y personas, se acostumbrara a caminar por la calle y le enseñara un par de normas. Luego volvería a la fundación para que la educaran y poder entregarla a una persona con alguna necesidad, por ejemplo ciegos o niños con autismo. No sabes cuánto bien puede hacer un perro como Chapas en estos casos: desde obligarles a detenerse en un paso de peatones hasta hacerles compañía sin reclamar nada a cambio. No como las personas, que estamos todo el día reclamando de los demás. Es algo que las personas con autismo no necesitan. Conocí a otras personas que también habían adoptado a perros y cada vez que les veía me daba vergüenza. Les decían algo a sus labradores y eran completamente obedientes, pero el chipirón... de cachorro era una revolución en sí misma. Andando por la calle se ponía histérica, tiraba de la correa y no paraba quieta. Destrozó todo lo que encontró en casa y se escapó cincuenta millones de veces. Era una fiera. Y claro, cuando luego me juntaba con los otros dueños me quería esconder con Chapas. En la fundación te dan algunas normas, algunas clases, pero en general te dicen que nada serio. Nada serio..., claro, si no te juntan y te comparan con los listillos de la clase.

—Pero al final Chapas no fue a parar a una persona con discapacidad...

—No, al final no podía ser porque tiene un problema en la cadera. Después también descubrimos que tenía un soplo en el corazón, así que la fundación me ofreció quedarme con ella. Y hasta aquí hemos llegado; hace un par de años que la adopté, nada más llegar a Garzúa. Es como tener un hijo,

pero, como leí una vez, mi objetivo en esta vida es ser tan buena persona como mi perro cree que soy.

—Sí, haz una prueba de amor. Lleva a tu pareja y a tu perro al coche, mételos en el maletero y vete un par de horas de paseo. Cuando vuelves a abrir el maletero, ¿quién de los dos te recibe feliz?

Me reí con ella y eso me recordó la película que acabábamos de ver. Cuando no tienes mucha relación con una persona pero quieres disfrutar de su compañía, encontrar un motivo para hablar es incluso una pequeña alegría momentánea.

—¿Te ha gustado la película?

—Sí, mucho. ¡Será ya la tercera vez que la veo! Pero de todas las películas de Zezé mi favorita es *Las nornas*. ¿La conoces?

—No, la verdad es que esa no la he visto.

—Está ambientada en Noruega en los años ochenta, es sobre el asesinato de una mujer. Cuando sucede, su marido perfecto escapa y nadie comprende qué ha podido pasar, pero todo apunta a que él fue el asesino. Tienen incluso una hija, un bebé, que cuando crece quiere comprender qué ha sucedido. Entonces acaba en la catedral de Burgos contándole esa historia a un cura...

—Para, para, ¡me lo vas a contar todo! ¿En serio es esa la que más te gusta? ¿No podía ser la de *El cartero*? —Elena me miró riéndose.

—Esa es muy romántica.

—¡Es muy bonita! —En aquella película, Zezé interpretaba a una joven que se mudaba en los años cincuenta a un pequeño pueblo de Cádiz con su familia. A la madre, enferma, le viene bien el clima cálido de Andalucía y la cercanía del mar. Zezé cuida de ella y de su padre, un hombre alicaído que no sabe apenas tomar una decisión sin su mujer. Espera con paciencia que se recupere y, para pasar el tiempo, escribe interminables cartas al novio que ha dejado en su ciudad natal, deseando que llegue el momento para reencontrarse. Todos los miércoles recibe la respuesta de este novio al que jamás se llega a conocer. Y, como no podía ser de otra forma, las cartas que le manda se las entrega un cartero. Un cartero que se enamora de ella en secreto. Zezé le espera todos los miércoles con una enorme sonrisa, sabedora de que trae la correspondencia de su novio. El cartero no puede comprender qué recibe ella que le provoca tanta alegría, por lo que un día abre con cuidado una de las cartas y descubre las insulsas palabras que le dedica. Solo le cuenta qué ha hecho a lo largo del día, qué ha comido, con quién ha hablado, qué libro está leyendo. Ni siquiera hay espacio para románticos y maravillosos párrafos de

amor y desesperación como él esperaba. Incapaz de comprender qué hace tan feliz a esa mujer, vuelve a meter la carta dentro del fajo de correspondencia, bien cerrada, y la entrega a la chica en su habitual ritual semanal. Repite aquella escena en más ocasiones, sintiéndose un ladrón de palabras. Pero no puede evitarlo, necesita comprender qué es lo que le gusta tanto a ella e incluso busca un código cifrado que solo los enamorados pueden comprender. La sorpresa le llega en la duodécima carta que intercepta: el novio comunica a Zezé que la abandona. El cartero se pone a llorar como si le hubieran abandonado a él. Decide guardar la carta y entregarla, pero el dolor que esas palabras pueden causar en ella, la mujer a la que tanto ama y a la que no quiere ver sufrir, le hace cambiar de opinión según se acerca a su casa. Al llegar, abre la dichosa carta y practica toda la noche hasta que considera que la letra de la nueva carta falsa es creíble. A la mañana siguiente le explica a Zezé que el correo se ha retrasado un día por algún extraño motivo y le entrega la carta falsa. Ella mira el sobre con alegría y no se da cuenta de que la caligrafía no es real porque está demasiado ilusionada como para fijarse. Zezé lee la anodina semana de su novio sin saber que nada de ello ha sucedido en realidad y prepara su respuesta. El cartero sabe que dejarán de llegar cartas de aquel novio que ya no es novio pero su novia no lo sabe. Incapaz aún de confesarle qué ha pasado, el cartero adquiere la rutina de escribirle una carta semanal a Zezé y de interceptar con irrisorias estratagemas las que ella deja en el buzón. Según pasan las semanas, él le habla de otras cosas más interesantes, de ideas que no compartiría con otros. Le habla de sus inquietudes, sus sentimientos, sus ilusiones por el futuro, sus sueños y sus miedos. Y ella también le cuenta cosas más sinceras, convirtiendo la conversación por carta en algo cada vez más y más enriquecedor para los dos. Al final es ella quien le deja, confesándole que el cartero que le lleva las cartas la entretiene cada día más, le habla cada día más, la comprende cada día más... Y aunque quiere seguir manteniendo una bonita y recién descubierta relación de amistad con ese inexistente novio al que envía cartas, se ha enamorado del cartero.

Aquella noche Elena y yo disfrutamos de un largo paseo por las afueras de Garzúa acompañados de Chapas como si fuéramos viejos amigos con la costumbre nocturna de pasear a su perro.

* * *

En mi sexto día en Garzúa, el timbre de la casa de Lucas sonó estrepitosamente a las siete y media de la mañana. Miré desorientado el reloj y me pregunté qué loco podía estar dejándose el dedo en mi timbre con tanto afán. Nadie llamaba a una casa a esas horas, me dije con los ojos clavados en el despertador de Lucas. No me despertaba a esas horas desde que iba al instituto, y no veía un despertador desde hacía unos cuantos años.

Aunque me decanté por no abrir la puerta, la insistencia me hizo levantarme de la cama y buscar un vaquero que ponerme. Había dejado mi pequeña maleta deshecha en el suelo, no atreviéndome a hurgar en los armarios de Lucas aún. Entre toda mi ropa arrugada encontré lo que buscaba, incluso una camiseta que no me hiciera sentir muy fuera de lugar. Con el timbre sin dejar de sonar avancé por el pasillo hacia la puerta y la abrí sin usar la mirilla. El marido de Urraca me esperaba con unos churros envueltos en papel de periódico.

—Perdona que haya venido tan tarde, pero es que Urraca ha pasado mala noche y al final me quedé a las tantas de la madrugada dormido en el sofá. Me he despertado hace apenas un par de horas y Urraca incluso un poco después. Le he pedido que se diera un poco de prisa, me daba miedo que ya hubieras desayunado. Espero que no, ¿verdad? Si es que sí, también puedes dejarlos para la merienda, aunque la verdad es que están buenísimos como para no comerlos ahora recién hechos. Si ya has desayunado y no tienes hueco, para la merienda ya verás qué bien te vienen. —Mientras decía todo aquello, ya se había quitado la chaqueta, ido a la cocina a por un plato donde dejó los churros, quitado el papel de encima de la taza con chocolate caliente que me traía y llevado todo a la sala de estar. Todo el mundo parecía conocer mejor las propiedades de Lucas que su propio hermano.

—No, no he desayunado aún, muchas gracias... Perdona, no recuerdo tu nombre.

—Soy el marido de Urraca, ¿recuerdas? —Sí, claro, cómo podía olvidarlo. Quise decirle que los maridos también tienen nombre, pero dada su ilusión con los churros no quería desviarle demasiado la atención—. ¿No vas a probarlos? Yo sí, y eso que ya he comido algunos. Urraca no me ha querido preparar un chocolate para mí, dice que estoy algo gordito, pero al menos me conformo con los churros. —Y como un niño pequeño en medio de una travesura, miró primero hacia los lados asegurándose de que nadie le podía pillar, me sonrió juntando mucho los dientes, repitió su tic parpadeando rápidamente tres veces y levantando después ampliamente su poblada ceja

derecha, y engulló la mitad de un churro de un mordisco. Sonrió con la boca llena y no pude menos que devolverle la sonrisa.

—Hagamos una cosa: compartimos los churros, te bebes mi chocolate, yo me preparo un café y a cambio me cuentas algunas historias del pueblo.

Nuevamente, como un niño ilusionado, sonrió tanto que se le hundieron los ojos afirmando emocionado.

El marido de Urraca me propuso pasear hacia la plaza del pueblo para contarme alguna historia del mismo. En la misma plaza del ayuntamiento se detuvo y, por primera vez, desde las apenas doce horas que le conocía, su gesto se volvió serio.

—Si vives en Garzúa, tienes que conocer la historia del reloj de la iglesia. —Seguí su dedo hacia el edificio situado a la derecha del ayuntamiento. El enorme reloj marcaba las cuatro y veinticinco—. Los escasos turistas que vienen no pueden adivinar si se refiere a las cuatro y veinticinco de la madrugada o de la tarde, mientras que los lugareños no podemos olvidar que era la tarde del 29 de febrero de 1958. En Garzúa vivían entonces algo más de mil habitantes, una cifra que fue decreciendo rápidamente hasta situarse en un puñado de trescientas personas que vivían del ganado y la cosecha. La edad media no superaba los cincuenta años, y cada año subía un poco más, hasta que alguno de los más viejos fallecía y bajaba ligeramente. Los nietos pocas veces venían a visitar a sus abuelos. Para los turistas, los nietos y los demás familiares que iban de visita, ese día no se mencionaba, confiando en que con la última generación quedara enterrado en el cementerio local junto con otros secretos que se han ido agolpando tras cada entierro. Solo en extrañas ocasiones, durante las visitas de los hijos, los mayores sienten ganas de volver a relatarlo, pese a las quejas de quienes no quieren escucharlo. «Tú tenías solo diez añitos, ¿lo recuerdas?», y entre chatos de Ribera, aceitosas patatas fritas autóctonas y partidas de cartas, volvían sobre la mesa del bar más popular los hechos entremezclados con los recuerdos, la imaginación y la leyenda. Los hijos niegan con la cabeza, «No, no recuerdo, padre», engañándose a sí mismos y maldiciendo que los mayores no podamos olvidarlo. Eso sucede solo en raras ocasiones y los más jóvenes lo achacan al alzhéimer, ya que años antes nadie se hubiera atrevido a mencionarlo en el pueblo. Pero yo creo que debes conocer lo que sucedió aquel día.

»A la sazón es cierto que todos lo manteníamos en secreto por miedo a que él nos escuchara o tuviera un atisbo de duda de que estábamos pensando en ese día. Recuerdo cuando tenía 90 años y seguía caminando por las calles

con la cabeza bien alta, sus ojos verdes cada vez más vivos, sus arrugas indicando el paso del tiempo, su andar dictaminando bien quién era el rey. Cuando llegó a los 80, los lugareños lo festejamos por todo lo alto porque una mujer que leía las cartas vislumbró que moriría a esa edad. Murió ella, y de esta forma la voluntad de sus vecinos. A los 81 creían que le veían más cabizbajo, pero era solo un resfriado y al estornudar no podía evitar bajar la cabeza. A los 82 nadie quiso pronosticar su muerte por miedo a acabar en el cementerio, y a los 83 perdimos la esperanza. La recuperamos un año más tarde, pensando que ya era hora, pero cumplió 85 de un tirón casi sin darse cuenta. Uno de los vecinos apuntaba cada día en su calendario la edad del ogro: 86 años, 7 meses y 3 días, creyendo que le tenía que tocar pronto. Con 87 en el pueblo solo se oía que mala hierba nunca muere, y con 88 especulaban que tenía un pacto con el diablo. Esta especulación siguió viva a sus 89, y a los 90 años, por supuesto, se acrecentó.

»Todos los días tomaba un café en el bar a las doce del mediodía, después de haber recorrido todas las calles, de visitar el ganado de su vecino y las cosechas y de haberse confesado en esta iglesia. El cura tenía marcada en su mente esa cita a las 11:30, sabiendo que nunca se iba a librar de escucharle. “Perdóneme padre, porque he pecado.” Nunca cambiaba su confesión, nunca se cansaba de relatar el mismo día y los mismos hechos. “¿Por qué? —le preguntó un día el cura casi temblando por su atrevimiento—, ¿por qué quieres confesarlo cada día si no crees en Dios ni en el perdón?” Adrián mostró entonces el rasgo más característico que desde los cinco años le había acompañado: la sonrisa del diablo (del “diablillo”, le dijeron cuando era pequeño), esa sonrisa cortada por una cicatriz, consecuencia de una caída de la bicicleta; la sonrisa del diablo que nunca perdería. “Porque usted tendrá que conocer a sus vecinos, y más aún cuando le visiten.”

»Adrián llegó al pueblo con un año más o menos. Alguien le dejó en la puerta de la casa del anterior cura, llamó tres veces y desapareció. El primer golpe sorprendió en sueños al cura, el segundo le hizo despertar y con el tercero entendió que era en su misma puerta. Salió al frío y encontró al pobre bebé arropado en una manta sin ninguna nota o carta. Vio unas pequeñas huellas en la nieve huyendo hacia el centro de la plaza Mayor, pero hacía dieciséis grados bajo cero, estaba en pijama y no se sentía con fuerzas para perseguir a nadie. Arropó al chiquillo, lo puso junto a la calefacción y le meció toda la noche. A la mañana siguiente y sin apenas haber dormido, llamó al médico, quien tras afirmar que era un niño sano, le preguntó bajito si tenía

algo que confesar. El cura rio divertido: “No, doctor, yo nunca rompería mi voto de castidad”.

»Nadie dudó nunca de su palabra.

»En un principio querían llevar al niño a Oviedo para que les indicaran cómo proceder, pero debido al temporal estaban encerrados en el pueblo. La ola de frío siberiano duró extrañamente demasiado, y algunos lugareños dijeron que era deseo de Dios que el chavalín fuera hijo del pueblo. Un matrimonio mayor, que rondaba los cuarenta años y no podía tener hijos, se hizo cargo de él, consintiéndole todos sus caprichos y regalándole cada semana un juguete nuevo. Está malcriado, les decían, pero la ilusión de los padres por aquello que habían pedido durante veinte años de nuevo renació. El cura le visitaba todas las semanas y el pequeño aprendió a llamarle “padrino”, viendo en él una figura de rectitud y sabiduría. Era el único que tenía influencia sobre él y el único al que obedecía.

»Empezó a gatear meses después de haber llegado al pueblo, tardó en poder mantenerse de pie y hasta los 3 años no dio sus primeros pasos firmes. Además, no empezó a hablar hasta los tres años y medio, aunque a partir de entonces no paró de hacerlo. En el pueblo se decía que era un niño retrasado y que no podría ir al colegio, pero eso se decía en voz muy baja porque era el hijo del pueblo y todo el mundo le tenía mucho cariño. Cuando iba por la calle siempre había algún mayor que le daba una peseta para chuches. Adrián la cogía de buena gana, sonriendo alegre y educadamente. Pero era un trasto y todos lo sabían, a pesar de que le reían la gracia.

»Con cuatro años subió en su primera bicicleta. Tardó mucho en poder pedalear, aunque con cinco ya la llevaba como si hubiera nacido en dos ruedas. Un día soleado de agosto, Adrián andaba muy confiado por las afueras del pueblo, corriendo con la bici, frenando en seco, saltando por encima de obstáculos pequeños que él mismo se ponía. Llegó uno de los chicos mayores (tenía 18 años) y le retó a saltar por encima de la tabla. Adrián creía que nadie podía hacerle daño, y menos si era alguien del pueblo, por lo que si el chico se lo proponía era porque no había peligro. La tabla no era muy larga, estaba encima de una piedra grande y lo único que debía hacer era coger carrerilla, pasarla por encima y pegar un pequeño, muy pequeño, salto en el aire. Lo único, que ya era mucho.

»A Adrián le traicionó su confianza en las personas. Cogió carrerilla y se lanzó hacia la tabla. En el momento de saltar tuvo tanto miedo al verlo todo tan cerca que frenó en seco, el cuerpo se le fue hacia delante, se soltó del manillar

de la bicicleta y cayó de bruces contra el suelo; más concretamente, su boca dio contra una piedra. Comenzó a sangrar y el chico mayor no supo qué hacer, si escapar o ayudarlo. Al final pudo más su instinto: sacó su pañuelo blanco y se lo puso en la boca. Pronto se tornó rojo. En brazos le llevó al médico del pueblo.

»“Estas cosas pasan —decían los mayores—; los chiquillos se hacen daño continuamente.” Desde entonces, cuando sonreía, que lo hacía mucho, se le quedó aquel gesto. Se decía que tenía una “sonrisilla de diablillo”.

»Cuando cumplió 22 años llegó la revolución al pueblo. Se hacía llamar María, aunque su documento de identidad decía Josefa, y tenía 17 años. Adrián se fijó poco en ella entonces, pero para sus amigos aquella andaluza venía directa del mismo paraíso con sus ojos azules, su melena rubia, su chispa meridional, su delgado cuerpo, la sonrisa más amplia y cálida de Garzúa. Su padre era hermano del dueño del bar y no venían de paso, sino a instalarse huyendo de las deudas de Sevilla que ya no podían soportar.

»María era luz en sí misma, una alegría tan viva que costaba creer que fuera real. Comenzó a trabajar de camarera en el bar y este de pronto subió los ingresos y se autodenominó como el más popular del pueblo. María incluso se decidió a organizar partidas de mus, que siguieron a campeonatos y posteriormente “grandes” campeonatos entre pueblos. En tres años el nombre de María se había propagado como la pólvora, siendo el más citado de la comarca.

»María era poco habladora, demasiado buena y demasiado risueña. Estaba lejos de las malas lenguas o de los susurros oscuros, pero siempre cerca para ofrecerse y ayudar. Se comenzó a pensar que era demasiado hermosa para ser monja, que su futuro era ayudar a los demás, pero sin un hombre cerca. María no hablaba, no decía, no chismorreaba.

»Cuando cumplió 20 años se descubrió que había mantenido una relación postal con su novio de Sevilla y acababan de dejarlo. Un día, con un asomo de lágrimas en los ojos, Adrián le pidió un café en la barra y por primera vez se hundió en su mirada azul. María hablaba sin cesar, intentando escapar de lo que mataba su mente, mientras que Adrián no podía escucharla y solo seguía con la mirada cualquier gesto, cualquier ademán, cualquier movimiento. Su cuerpo menudo podría levantarlo con un solo brazo, su cuello delgado podría acariciarlo entero con un solo dedo, sus ojos enormes podría besarlos sin cansarse... María era la mujer más hermosa del mundo y todo el mundo lo sabía menos él, hasta ese día.

» “Yo te quiero”, le dijo un día a las doce de la noche cuando estaba cerrando el bar sola, ya que su tío estaba enfermo y su padre había fallecido hacía cuatro meses. No tenía pareja, no tenía padre, su madre quería volverse a Sevilla, se encontraba perdida. “Yo te quiero, María”, y María no sabía qué decir; cómo iba a querer al bruto de Adrián, que había intentado conquistarla enseñándole a matar gallinas. “Pero, María, yo te quiero.” Sus ojos se pusieron rojos y su mirada ardía. María sentía adoración por Adrián. En el pueblo decían que eran los mejores amigos, pero ella sabía desde hacía tiempo que él sentía algo más. La había abrazado en el funeral fuertemente y lloró con ella, la recogió cuando se desmayó, la dejó en su cama, la ayudó a quitarse la ropa dulcemente y cuando ya había poco que quitar, le alcanzó el pijama, se volvió, dejó que se vistiera, le dio un beso en la mejilla, en la derecha, otro en la izquierda, la miró sin mediar palabra, sonrió con su sonrisa de diablillo y la tapó. No se atrevió a confesárselo. Dio un paso atrás y María le pidió que por Dios no se fuera, tenía demasiado miedo a la oscuridad sin la presencia de su padre en la habitación contigua. La madre dormía con su cuñada y las dos hermanas mellizas de María se habían aferrado a los pies de su madre en la enorme casa que las dos familias habían compartido siempre desde su llegada al pueblo. “No sé dormir sola”, murmuró entre lágrimas la dulce María. Adrián se sentó en el suelo, cogió su mano, le dio un pequeño beso de buenas noches en la frente y la acompañó despierto toda la noche.

»Cuatro meses después, Adrián confesó: “Yo te quiero, María”.

»Fue una boda sencilla y sobre todo alegre. Todo el pueblo fue invitado y lo festejaron por todo lo alto; comieron, bebieron, bailaron, se hastiaron y chismorrearon. “María no le quiere a él, lo ha hecho porque está perdida.” Era la primera vez que el nombre de María aparecía en una habladuría, un nombre que había sido tan limpio e intocable, un nombre que había hecho desmayar a todos los varones del pueblo y de los vecinos. María había perdido su condición sobrehumana para, al casarse, ser una más. Era posible conquistar a María.

»Adrián se desvivía por su dulce mujer; le faltó hacer un pedestal para adorarla y elevarla al cielo. A nadie dejaba indiferente cuánto la quería, cómo se deshacían sus palabras en meras sílabas cuando aparecía de pronto, cómo se le erizaba la piel cuando ella le rozaba, cómo la buscaba por todas las esquinas del pueblo si hacía demasiado tiempo que no se alimentaba de su belleza. Y María respondía como buena esposa, apareciendo de pronto, rozándole, escondiéndose para sorprenderle, aprendiendo a querer al bueno de

Adrián, un hombre puro y confiado. María esquivaba miradas mezquinas, envidiosas o de deseo. Antes de casarse había sido intocable, ahora parecía estar al alcance de todos los hombres. O, al menos, eso creían y así la hacían sentir a pesar de su rechazo. La pobre aún no sabía cómo era vivir en este mundo.

»María se acostumbró a adoptar una mirada fría y huidiza de los ojos de deseo que se cruzaba, dejó de cerrar el bar a solas, no caminó por el pueblo si la noche era cerrada o aún no había amanecido, evitó los callejones oscuros que pocas veces había pisado. De la noche a la mañana había pasado de ser una niña dulce a una mujer seductora sin querer serlo. Pero ella amaba a Adrián, o había aprendido a hacerlo: llegó para salvarla, estuvo a su lado para que no se cayera, le construyó castillos en el aire...

»En 1957, Adrián y María llevaban diez años casados y no habían nacido hijos del matrimonio. Ella había dejado el bar y había comenzado a dar clases a los niños en el colegio del pueblo, compartiendo aula con Marco.

»Él, Marco, tenía trece años más que Adrián y era culpable de su cicatriz en el labio. Había sido profesor de la escuela desde que cumplió veinticinco años y no se había casado nunca. No se le conocían romances y solo algunas jóvenes de pueblos vecinos se atrevían a confesar que lo de Marco no era la acera de enfrente, sino esa acera misma, y que además le perdía mucho. Sin embargo, cuando María entró a trabajar en el colegio codo a codo con él, dejó de ir a fiestas de pueblos y a bares donde se compraban horas en una cama. María era luz en sí misma y podía deslumbrar sin que se lo propusiera.

»No fue fácil seducirla: el escudo protector de Adrián era demasiado fuerte. La acompañaba al colegio, comía con ella a mediodía y la recogía, y María siempre acudía a sus brazos feliz de verle, igual que el resto de los niños cuando venían sus padres.

»Primero aprovechó los recreos, pero eran solo conversaciones inocentes sobre los niños que derivaban siempre en algo divertido que había hecho Adrián. Marco inventó motivos por los que tenía que hablar de un alumno u otro fuera del recreo o de clase, pidiéndole a Adrián que la recogiera solo diez minutos más tarde. La veía cómoda en esos diez minutos y sin resistencia a seguir cediéndoselos, pero en cuanto regresaba Adrián sus ojos se iluminaban y corría hacia él. Creyó que debía tirar la toalla y volver a sus andadas, pero María tenía demasiada luz como para evitarla.

»Los diez minutos se tornaron en quince, y en época de exámenes una hora. La hora a la semana se hacía escasa y las conversaciones quedaban

muertas en el aire, a horcajadas entre lo que querían decirse y lo que no se atrevían. Debieron extenderlo a dos horas a la semana. Los ojos de María cada vez se iluminaban menos al llegar Adrián. Aunque solo un poquito menos, Marco lo veía. Marco veía que estaba calando, que María no quería irse, que disfrutaba, que era una mujer feliz pero quería más; quería lo que no había conocido nunca, lo que había leído en novelas, en cuentos de príncipes, en canciones. Existía algo más que ella no conocía, una sensación que muchos describían y pocos atrapaban, lo mismo que ella veía en los ojos de Marco cada vez que la miraba, lo mismo que carcomía a Adrián por dentro cuando le dijo que la quería. María sabía que existía y no era mentira, no era como el ratoncito Pérez; esto existía de verdad y Marco quería mostrárselo y ella dejarse llevar. María lo sabía. Marco lo sabía.

»Y Adrián también.

»El 29 de febrero de 1958, a las tres de la tarde, María subió a escondidas a la habitación de Marco, huyendo de ventanas sin cortinas. Hacía un frío horrible, la nieve llegaba a las rodillas como el invierno en que Adrián llegó. En el piso de Marco había chocolate caliente, pero los dos sabían que no buscaban ese tipo de calor. A las cuatro y diecisiete minutos yacían tumbados en la cama sin poder quitarse los ojos el uno del otro. “Yo te quiero, María.”

»La furia de Adrián fue imparable. Quiso darle una sorpresa, pero las clases se habían cancelado sin que él lo supiera y no había nadie en el colegio. “¡Qué estúpido! —se dijo—, cómo va a haber colegio con este temporal. Estúpido, estúpido, estúpido —se repitió una y otra vez enfurecido, sin notar el horrible viento que le echaba hacia atrás en sus pisadas.” Como un loco, con los ojos rojos de furia, rabia y dolor, Adrián salió a las calles de su pueblo y comenzó a gritar sin temor a despertar o molestar, a hacer el ridículo, a que le señalaran con el dedo, a que le llamaran loco por siempre jamás. “¡Josefa!, ¡Josefa!, ¡Josefa!” Sus gritos se acallaban con sus sollozos. Gritaba andando; a veces se paraba, tomaba aire y gritaba con todas sus fuerzas mirando hacia el cielo, indiferente a la nieve que caía. “¡Josefa!”

»Ella le escuchó desnuda en la cama de Marco. Tembló. Se paralizó. Al igual que su amante años atrás, no supo si escapar o enfrentarse a Adrián. Al igual que su amante años atrás, tomó la decisión errónea. Bajó las escaleras apresurada y avergonzada, queriendo pedirle que por favor dejara de gritar en medio de la plaza. Tres vecinos vieron la escena. Se detuvo delante de él. Adrián cayó de rodillas cabizbajo, lloró, se secó las lágrimas con su manga,

María se arrodilló frente a él, le acarició el cabello, quiso pedirle que se fueran a casa, por favor, con unos lagrimones horribles en los ojos, pero entonces él la observó desde su humilde posición. “Me has matado de dolor. Yo te quería, María.”

»Dicen que a través de sus ojos vio su alma rota y murió de pánico, desplomándose sobre la nieve. Dicen que fue tan horrible lo que vio que no pudo soportarlo, no pudo soportarse a sí misma y su corazón se paralizó. Dicen que sintió tanta vergüenza que su cuerpo reaccionó acabando con su vida. Dicen también que él tenía tanta rabia que la mató solo con su mirada, con su odio, sin siquiera rozarla. Dicen que su rabia logró incluso paralizar el reloj de la iglesia.

»Estuvo en el calabozo esa noche, pero no hubo nada que se pudiera hacer contra él. Estuvo en el calabozo, encerrado a cal y canto, sin tiritar de frío, quejarse o sentir.

»Dicen también que esa misma noche el cura, el mismo que le había recogido de bebé, recibió una visita. Con el primer golpe se despertó, con el segundo se asustó y con el tercero recordó. Atemorizado, acudió a la puerta y abrió lentamente. Adrián parecía un fantasma. “Padre, ¡ha muerto!” Le tocó y su tacto era cálido, según recordaba el cura. Se dio media vuelta y regresó por donde había venido, fuera donde fuera, sin dejar ninguna huella en la nieve.

»No era un fantasma, aunque nadie supo nunca qué era. Se especulaba que había sido un hijo del diablo y que le había dejado en el pueblo para sembrar el mal. Corrieron diversas habladurías, siempre en voz muy baja para que nadie pudiera oírles. Entre los vecinos empezaron a infundirse miedo unos a otros, mirando siempre por encima del hombro antes de atreverse a hablar. No se arriesgaban a decir ciertas palabras, el nombre de María quedó prohibido, aún más el de Josefa. A los niños se les asustaba con que venía Adrián. Los mayores respetaban al hombre y protegían a sus mujeres si le oían o creían oírle. El pueblo se cubrió de miedo por lo que existía y por lo que creían que existía.

»Cuando el cura falleció y llegó uno nuevo a la ciudad, vieron a Adrián adoptar una nueva costumbre. La única vez que se aventuró a preguntarle el porqué de su reiterada confesión, se limitó a sonreír y enigmáticamente contestar: “Porque usted tendrá que conocer a sus vecinos, y más aún cuando le visiten”.

»Vivió hasta los 93 años en el pueblo, hasta un 29 de febrero.

»El nuevo cura escuchó un golpe esa noche. Aún intentaba adivinar si era sueño o realidad cuando escuchó un segundo golpe, todavía más fuerte. El tercero le hizo sobresaltar en su lecho. “Padre, vengo a visitarle.”

»La voz sonaba hueca, lejana. Descubrió que le temblaban las manos mientras abría, rezando a la Virgen María, la pesada puerta de su casa. “Padre, tres golpes por cada visita mía: la primera para nacer, la segunda para morir un poco, y la tercera para fallecer por fin.”

Tenía los pelos de punta cuando el marido de Urraca terminó su relato. Con el semblante serio se volvió un poco sobre sus pies y señaló uno de los balcones de un edificio. Era el cuarto piso de una destartada fachada que algún día fue blanca.

—Esa era la casa de Marco. María bajó por las escaleras y apareció en aquella puerta. Adrián estaba de espaldas en ese momento. Desde ese balcón y estos dos de aquí vieron la escena unos vecinos. Él estaba aquí mismo, donde estamos tú y yo ahora. María corrió hacia él, poniéndose delante, entre él y el reloj. Aquí sucedió todo. Los seis vecinos que desde los tres balcones vieron la escena juran y perjuran que no llegó a tocarla en ningún momento. Al contrario, parece que ella iba a acercarse, pero algo la detuvo. Frenó en seco y a los pocos segundos se murió.

* * *

El marido de Urraca me dejó a los pocos minutos de contar su historia para atender a su esposa. Volví sobre mis pasos y, una vez en el portal de Lucas, di media vuelta y me dirigí a la tienda. Tenía que empezar a leer los correos electrónicos de Lucas, informar a los posibles clientes de su fallecimiento; también habría proveedores o algún amigo a quien no hubiera tenido en cuenta. La vida de mi hermano me era tan desconocida que estaba seguro de haber dejado a alguien importante sin informar. Aunque los primeros días en su tienda estuve buscando entre sus papeles, presté poca atención, por lo que decidí que esa mañana era perfecta para ponerme al día. Además, al haberme levantado tan pronto tenía mucho tiempo y poco que hacer.

Abrí las ventanas de la tienda y dejé que la luz entrara bien por todos los rincones. Encendí el ordenador y abrí la cuenta de correo de Lucas, que afortunadamente tenía la contraseña guardada en el ordenador.

Encontré una carpeta con el nombre de «Pedidos» y dediqué la mañana a revisar los últimos pedidos y contrastarlos con otra carpeta llamada «Entregas». Solo en los pocos casos que identifiqué como pendientes me puse en contacto con los clientes informándoles de la nueva situación y pidiéndoles paciencia para cumplir con sus pedidos, a lo que me contestaron con extrañeza, indicando que, teniendo en cuenta el tiempo transcurrido, ni los esperaban. Decidí no informarles del fallecimiento de mi hermano, ya que me resultaba muy tétrico. Aplicando la organización de Lucas, apunté en una libreta los libros que cada uno de ellos pedía y, una vez revisados todos los correos, los busqué en la biblioteca. Aquello fue una locura y volví al ordenador convencido de que Lucas tenía algún maravilloso sistema de clasificación. Lo encontré entre los últimos documentos Excel en los que había trabajado. Con una rápida búsqueda identifiqué dónde estaban localizados los libros que solicitaban los clientes de Lucas. Los separé y los dejé encima del escritorio listos para enviar, aunque acababa de hacerlo en el orden inverso. ¿No debería haber encontrado primero los libros y después haber llamado a los clientes para preguntarles si se los enviaba? Ahora todos ellos habían rechazado ya mis envíos. Qué desastre de librero, pensé.

Junto a los libros encontré una libreta Moleskine naranja mostaza. Me senté en uno de los dos sillones que daban al ventanal y hojeé las páginas. Aquella sí debía de ser su libreta del desorden en la que simplemente apuntaba lo que le apetecía, nada que ver con el resto de las facturas, los libros y los documentos con los que trabajaba. Sobre todo me encontraba frases sueltas, comentarios no hilados que tenían poco sentido para mí: «Óscar me ha enviado una carta de agradecimiento por el libro que le encontré», «Cita a las 6 con dentista», «12 kilómetros, a 4:48 el kilómetro». Otros eran verdaderos garabatos, aquellos que debía escribir cuando se aburría al teléfono como hacía yo.

En medio de aquel sinsentido que me producía ternura, encontré una frase que llamó mi atención. Había estado hojeando con rapidez las páginas, por lo que tuve que detener en seco ese ir y venir de hojas y volver hacia atrás para reencontrar las palabras que me hicieron sentir un escalofrío. Estaba seguro de que había leído «querido hermano». Volví al principio de la libreta naranja sin reencontrarme con las palabras que buscaba. Dejé la libreta encima de la mesa e inconscientemente la empujé con el dedo unos centímetros lejos de mí. La miré como si fuera un objeto que podía hacerme daño. ¿Lo había imaginado o mi hermano me había escrito una breve carta entre aquellas hojas, aunque en

vida apenas hablara conmigo? ¿Qué otras palabras podría haber confundido con «hermano»? Tal vez solo vi una hache y aquello hizo que mi cabeza construyera el resto. Estaba sentado en su escritorio con la mirada perdida y, una vez más, dejé que mi mente vagara al igual que había hecho el día anterior en el parque. La diferencia fue que, en esta ocasión, no sé qué vi, qué pensé, qué escuché, qué observé. Tanto me abstraí de aquel lugar que cuando volví en mí me levanté y estuve a punto de salir de la librería de Lucas, hasta que la imagen de aquella hache, de aquel «querido hermano», de aquella página real o imaginaria cruzó mi mente. Volví a subir los escalones y la pequeña libreta naranja me miraba desde el escritorio como si fuera lo único importante de toda la estancia. Bajé las escaleras, la cogí con la punta de los dedos como si quemara, la abrí por la mitad y las palabras se presentaron limpias y sin sentido, sin contexto y sin explicación:

Querido hermano:

Hoy ha venido Zezé histérica a la biblioteca. Tiene miedo de que lo haya escrito todo, estaba fuera de control.

Lucas

Solo me hizo falta hojear un poco más para dar con la segunda alusión.

Querido hermano:

Ojalá Zezé nunca hubiera existido. Hubiera sido más feliz.

Lucas

No sé cuánto tiempo estuve inmóvil, de pie delante de la mesa, con la libreta apoyada en mi regazo pensando en qué podía significar aquello. Sentía el peso de mi cuerpo sobre la pierna derecha y solo el sobresalto de la campana de la tienda fue capaz de liberarme de esa libreta. Bajé las escaleras de dos en dos mientras veía a una mujer con un amplio sombrero entrar en la librería.

—He traído los pasteles de nata que tanto te gustan, estuve en Portugal ayer. Espero que hoy sí te quede café para compartirlos. Ha sido una odisea llegar aquí, cada vez que vengo me pongo negra. Podrías venir tú alguna vez a verme. —Mientras hablaba había cambiado el cartel a «cerrado» y echado el pestillo, se había quitado los guantes dándome la espalda y se había desprendido del sombrero dejando libre su oscura melena. Se deshizo de la chaqueta negra y la dejó también encima de la mesa, de mala manera,

desdoblada, arrugada. Antes de que se volviera, su voz ya delataba quién era —. Esta vez lo digo en serio, Lucas, podrías venir algún día a Madrid. —Al volverse y verme, Zezé se quedó blanca. Esperaba encontrarse al bonachón de mi hermano y en vez de ello un desconocido ocupaba su salón. El salón de Lucas y el salón de aquella famosa actriz española. Se tapó la boca con las manos y retrocedió un paso. Sacó de su bolso unas enormes gafas de sol y se las puso torpemente—. Perdona, estaba buscando a tu hermano. —O tal vez no era un desconocido para ella.

Me quedé mudo, paralizado. «Maldita sea, Lucas, que me hagas quedar sin palabras incluso cuando ya te has ido... Esta te la guardo», pensé. Como cuando éramos niños pequeños: de la misma manera estaba reaccionando yo. La miré perplejo un par de segundos, el tiempo que tardó ella en recomponer su postura y acercarse a mí extendiendo la mano.

—Soy Zezé, eh..., amiga de Lucas. ¡Qué raro que hayas venido! Lucas habla mucho de ti. —Nuevamente, esa expresión me chirriaba los oídos, incapaz de imaginar a mi hermano diciendo cómo o quién era yo. Es más, ¿tenía información suficiente para hablar de mí? ¿Qué podía contar?

Mientras todas esas tonterías vagaban por mi cabeza en milésimas de segundo, Zezé me había dado la mano, se había quitado las gafas y caminaba hacia la mesa donde estaban los pasteles de nata. Aunque se moría por saber dónde estaba Lucas, no despegó los labios, esperando que yo contestara sin que ella preguntara. La elegante Zezé. ¡Qué poco sabía la gente de ella!

—Igualmente, Zezé. Me temo que no conocía vuestra amistad, es un placer conocerte. —Ella se volvió y me sonrió. No era una sonrisa falsa, no era forzada, no era mentira. Estaba feliz de conocerme. Llevó la bandeja a la mesita baja que separaba los dos sofás y se sentó en uno de ellos. Cómoda, tranquila. Nunca me hubiera dejado ver que lo único que le importaba era saber dónde estaba mi hermano. Su educación y elegancia ante todo.

Entonces me acordé de que mi hermano no estaba ni estaría ahí para recibirla. Y aquella mujer aún no lo sabía. Es más, era yo quien tenía que contárselo sin pensar en ella como la actriz de la alfombra roja de los Óscar, sino como la amiga de mi hermano.

—Zezé, me temo que tengo una mala noticia. —Levantó los ojos y su huidiza expresión por primera vez delató que había sentimientos y curiosidad debajo de esa mirada—. Mi hermano falleció hace algunos días por un paro cardíaco. Yo he venido a hacerme cargo de sus cosas, espero poder ayudarte. —No pude avanzar en mi discurso. Zezé hundió la cara en sus manos y durante

dos horas no volvió a levantarla. Cuando fue capaz de encontrar su móvil en un enorme bolso, tecleó en silencio y entre sollozos un mensaje que trajo a su chófer a las puertas de la librería en un flamante deportivo con los cristales traseros tintados. Cubierta con aquel disfraz con el que entró, salió por la puerta sin apenas poder murmurar un adiós.

Garzúa, lugar de encuentro

En cuanto Zezé se fue me senté sobre uno de los sillones blancos y me quedé recordando hipnotizado cómo la joven actriz había entrado por esa puerta con naturalidad, dejando su ropa encima del mostrador, cambiando el cartel a «cerrado», hablando animadamente y con la confianza que los años habrían creado. Recordé su expresión tranquila cuando me vio, sin abalanzarse a preguntar por quien realmente esperaba encontrar. Cerré los ojos y vi su rostro congestionado cuando le conté que mi hermano había fallecido. Recordé incluso cada gesto que había hecho, cada mueca, cada mirada de incertidumbre e incluso de incredulidad. Recordé mis ganas de abrazarla. Me sentí perturbado por el fallecimiento de esa persona que tan importante era para los otros y quise que fuera igual de importante para mí. Quise conocer esa bondad que su padre proclamaba y haberla sentido igualmente, por encima de aquella casi indiferencia debida a edades tan distantes y formas de ser tan distintas. Quise tantas cosas en ese sofá, arrepentido por mi repentino deseo de ser yo el protagonista, que los minutos se convirtieron en segundos y rápidamente se hizo de noche en el exterior. De pronto la muerte de mi hermano caía sobre mis hombros como un hecho real, fui consciente de que no volvería a tener esa llamada en Navidad y tuve la certeza de que alguien, estuviera donde estuviera, había crecido conmigo, me conocía, me enviaba palabras de ánimo, me quería más de lo que yo jamás había sido capaz de quererle a él. Alguien, en algún lugar, estaba preocupado por mí, aunque le costara mostrar sus sentimientos. Y qué bien se siente uno cuando es querido.

Aquellos pensamientos confusos, que no supe si clasificar como tristes o egoístas, dieron paso a la nada. Eran solo las nueve de la noche la última vez que había mirado el reloj antes de dormirme y sé que extrañamente no pensé en absolutamente nada desde ese momento hasta que me acechó el sueño.

Al día siguiente me desperté a las once de la mañana con el cuello dolorido por la postura que había mantenido toda la noche en el sofá. Fui a casa de Lucas, me di una refrescante ducha, comí unos huevos fritos con bacón

y decidí pasar el día otra vez en la librería poniendo orden en los asuntos de mi hermano.

En una carpeta incluí toda la información sobre las visitas que regularmente hacía Lucas a una feria internacional de libros antiguos en Londres. Comprendí que era en esta feria donde se abastecía de gran parte de su material, buscando incluso la firma de algunos escritores. Gracias a su pulcra organización, encontré detalles de todo lo que debía hacer antes de viajar a la feria. Me sorprendió que a ella también acudieran escritores actuales para firmar sus libros; había dado por hecho que todos los que se venderían allí serían de autores ya fallecidos. Pero parte del trabajo de Lucas consistía en adquirir primeras ediciones de escritores contemporáneos para que se las firmaran en la feria. Por curiosidad, contrasté un par de estos libros con los que tenía en su librería y encontré la coincidencia. No eran para Lucas, eran libros que después tenía a la venta. «Querido lector, espero que disfrutes de este libro tanto como yo disfruté escribiéndolo», decía una de las citas. Miré la segunda. También comenzaba con «Querido lector». De esta forma, cualquiera podía ser el destinatario de estos volúmenes. Buen truco, hermano.

La carpeta contenía pruebas de otros libros comprados y su precio. Lo contrasté con su base de datos y encontré que en algunos casos los había vendido por un precio un 25% superior al de su coste en la feria. Uno de ellos me sobresaltó por su cifra. Lucas había adquirido hacía cuatro años *Meditaciones metafísicas* de Descartes por 120 000 € y lo había reservado a un cliente unas semanas antes de fallecer por 130 000 €. «Por entregar», figuraba en el listado. Levanté la mirada instintivamente hacia el infinito pasillo de libros que se alzaba ante mí con la inútil esperanza de que aquel libro valioso brillara entre los demás y me indicara dónde estaba colocado. No puede haber aquí un libro de ese valor, me dije, tiene que estar en otro lugar más seguro. Por otro lado, ¿quién iba a robar en esa librería de un pueblo perdido de Asturias? Nadie se dedicaría a buscar objetos valiosos entre mohosos libros antiguos. O sí. O había quien sabía que esa biblioteca de libros viejos albergaba ejemplares cuyo valor era el de una casa de aquel pueblo. Costaba más el libro que la librería, pensé. Costaba más el libro que todo lo que yo había ganado en mi corta vida profesional. Costaba mucho ese libro. Había que encontrarlo.

Me negué a buscar en la librería como primera opción. Quise primero comprobar que Lucas no tenía ninguna caja fuerte en algún banco. Revisé todos sus papeles, todos sus recibos, todas sus cuentas. Nada delataba que

contara con algún lugar escondido. Aún no habíamos recibido el testamento de Lucas, quien, por cierto, sí se había tomado la molestia de redactarlo a pesar de ser tan joven. Tal vez ahí encontraría algo que me llevara al valioso libro.

Me acerqué al primer estante, sintiéndome como si me estuviera enfrentando a un laberinto imposible de resolver. Si estaba en la librería, tardaría días en encontrarlo.

Tras dos horas revolviendo, colocando y descolocando libros, tenía ganas de echarme a dormir una vez más. Eran solo las doce del mediodía y ya me sentía cansado. Quería dejar aquella batalla cuando un cuaderno llamó mi atención. Era otra Moleskine naranja que en un principio confundí con la que había leído el día anterior. La cogí como si fuera una reliquia y bajé las escaleras, donde encontré su gemela. No tenía ningún tipo de derecho a hurgar en la vida de mi hermano fallecido, pero ese pensamiento apenas cruzó mi cabeza. Cogí la primera y recordé las frases que me habían extrañado. Con la llegada de Zezé justo después las había olvidado por completo. «Hoy ha venido Zezé histérica a la biblioteca. Tiene miedo de que lo haya escrito todo, estaba fuera de control.», «Ojalá Zezé nunca hubiera existido. Hubiera sido más feliz.»

En la segunda libreta encontré otra referencia para mí.

Querido hermano:

El tercer libro por la derecha del cuarto estante, contando por debajo de la estantería que linda con el ventanal.

Lucas

Me dirigí a la estantería que me indicaba en la nota y encontré, entre las páginas de uno de sus libros antiguos, varias hojas sueltas con relatos. Cada relato lo iniciaba con un enigmático título, haciendo referencias a Zezé o a Elena. Entonces sí había escrito la vida de Zezé, como ella misma había sospechado. Los hojeé rápidamente y me inundó la sensación de querer leerlos todos con ansia. Al igual que había hecho con su propio padre, Lucas había dejado escritas partes de sus vidas y las había guardado entre sus valiosos libros.

Hoy estos relatos están entremezclados con los que yo mismo escribí sobre Zezé después, ya que debido a lo mucho que echaba de menos a Lucas vino en más ocasiones a verme para sentirse cerca de él. Y yo, que llegaría a usurpar a Lucas en este y en muchos otros sentidos, adquirí su costumbre de

dejarlo por escrito. Sin embargo, en vez de guardarlos en los libros antiguos, los he recopilado todos en este mismo diario para componer una historia que robaba de los recuerdos de Lucas, por un lado, y de los recuerdos que me contaban y yo mismo guardaba, por otro. Son retazos sueltos y desordenados; caóticos, como viví algunos de ellos; confusos, como fueron en su día con las escasas pistas de las que disponía.

Zezé, o la dulzura de la miel mezclada con hiel

Zezé indicó al chófer que se diera prisa en volver a Madrid, pero en cuanto enfilaron las curvas de aquel camino repleto de baches, pidió que aminorara la marcha, tardaran lo que tardaran. Sentía la urgente necesidad de abrazar a su marido y no tener que hablar en horas y horas. Quiso llamarle, pero su voz le habría asustado demasiado y no quería que eso sucediera. Iván era capaz de coger una avioneta y plantarse donde quiera que ella le necesitara. No quería preocuparle, solo quería llegar a él.

Tuvieron que parar en tres ocasiones para que Zezé bajara del coche y vomitara. El chófer quería ayudarla, pero la acostumbrada distancia que ella ponía con todo el mundo impedía a las personas acercarse demasiado. La miró desde unos escasos metros que parecían millas, curvada bajo su espalda, vomitando entre esfuerzos y sujetando su cabeza con una delgada mano en la frente. Debía ser él quien tuviera su mano en la frente de ella y otra mano abrazándola, dejándole sentir calor humano que rebajara la ansiedad de esa pobre chiquilla. El chófer la conocía desde hacía cinco años y siempre la había tratado con exquisita educación, igual que ella a él. Pero en su interior la veía como una nieta perdida, una joven inteligente, encantadora, preciosa, pero alejada muy abruptamente de cuanto la rodeaba, nunca implicándose emocionalmente. La llamaba en sus adentros la «princesita», tan etérea como irreal, pero a la vez de carne y hueso. Sabía que Zezé disfrutaba del silencio, pero que si le preguntaba por su familia lo hacía con verdadero interés. El chófer nunca olvidaría que le había costado la rehabilitación de su mujer en un carísimo hospital sin apenas consultarlo con él y mucho menos buscando agradecimiento. Sabía que ella se preocupaba y preguntaba, pero también sabía que Zezé prefería el silencio a la conversación. Prefería el tacto del hielo a las emociones. Y, sin embargo, lo bien que las interpretaba en el cine.

La última vez que Zezé vomitó en la cuneta el chófer sintió tanta pena por aquella joven en un paisaje amarillo y plano como eran los campos de Castilla en esa época, en medio de un pequeño desierto y sola, que no pudo evitar acercarse a la famosa actriz y depositar con suavidad su mano en su espalda, agacharse a su altura, retirarle el flequillo de los ojos y preguntarle qué podía

hacer por ella. «Llévame con él», suplicó en un mar de lágrimas y frustración. Quiso abrazarla en ese instante y cargarla en brazos hasta el coche; con lo poco que pesaba no le hubiera costado. En ese momento de debilidad, ella lo hubiera permitido, pero algo le decía que la actriz siempre recordaría esa escena con bochorno. En vez de eso, le aseguró que ahora que estaban en carretera podría ir más rápido, todo era camino recto, sin apenas curvas, sin baches. «Enseguida llegaremos», le prometió apretando cariñosamente su mano. Ella ensayó un pequeño amago de sonrisa que se apagó tan pronto como nació.

Apenas dos horas después llegaron al ático situado en la madrileña zona de Chamberí. Aparcaron el coche en el garaje y Zezé rezó para no encontrarse con ningún vecino en el ascensor. En esos segundos previos a la catástrofe, sola en el ascensor, no era consciente de todo lo que iba dejando atrás según se acercaba a su piso.

Se trataba de un magnífico ático de 250 metros cuadrados con una inmensa terraza. El amplio salón daba la bienvenida con una enorme cristalera al fondo, lugar preferido de Zezé para leer, escribir o hablar con Lucas por teléfono. Era también donde su marido y ella veían películas por las noches, a veces los domingos por la mañana nada más levantarse; otras veces, series..., y en un par de días habían terminado de ver todas las temporadas. Donde hablaban horas y horas, donde soñaban con el futuro y lo imaginaban con todo lujo de detalles. El rincón donde a veces comían *pizza* de la *trattoria* italiana que tanto les gustaba, donde escuchaban a sus grupos favoritos en silencio, donde él contaba a una estremecida Zezé el miedo que había pasado antes de salir a torear, donde él tomaba una copa y ella mojaba los labios sin apenas catarla. El rincón donde él hacía abdominales y Zezé le miraba con una mezcla de cariño y pasión, feliz de saber que podía abrazar a aquel hombre cuando quisiera, admirando un musculado cuerpo perfecto y una sonrisa encantadora. Era el rincón de los dos y también el rincón de Zezé sola.

Pero esa tarde no podía ser un rincón alegre. Iván la oyó llegar y salió de la cocina para recibirla. Enseguida dio cuatro zancadas para alcanzarla, asustado por su expresión. Zezé quiso explicarle al momento lo que sucedía, no preocuparle, pero sus lágrimas se lo impedían. Él sí se atrevió a levantarla en brazos y llevarla al sofá, abrazarla y esperar pacientemente a que se tranquilizara.

—Lucas se ha ido —atinó a decir. La abrazó y esperó a que llegara el momento en que pudiera hablar, aunque dudaba que dijera mucho sobre Lucas.

En cuanto escuchó el motivo de su estado supo que aquello duraría meses o años. Lucas, aquel extraño hombre en la vida de Zezé, que tan importante era para ella pero que ni siquiera había acudido a su boda... Zezé alegó que él no quería que nadie conociera la relación que mantenían como amigos para que no le acribillaran a preguntas. Iván sabía que detrás de eso estaba en realidad el pasado de su mujer. Un pasado del que apenas hablaba y sobre el que él ya sabía que no obtendría más información. Si la prensa había sido incapaz de enterarse y su mujer no soltaba más que un par de frases cuando se olvidaba de su sepulcral silencio, Iván sin duda no lograría más.

«Lucas...» Sintió una punzada de dolor por ella, sabía lo importante que era en su vida. A veces la escuchaba hablar con él por teléfono horas y horas muertas, contarle cosas de ellos dos, de la pareja. Nunca demasiado privadas, siempre en esa línea para que Iván tuviera claro que entre ellos había amistad sin más. Otras veces, sobre todo cuando él viajaba y ella no había podido acompañarle, Zezé se iba a un pueblo perdido de Asturias para verle unas horas o unos días. Lucas era el paréntesis en su vida, quien ponía una pausa completa en todo lo que sucedía alrededor de ella, incluido Iván. Para este, sin embargo, Zezé era ese paréntesis.

No es que tuviera celos de Lucas, solo un loco podría tenerlos. O sí eran celos, pero no esa clase de celos. Él querría ser todo para ella, incluso su mejor confidente. No podía evitar sentir que Lucas sabía más de su esposa que él mismo, cuando no había nada que él le ocultara a ella. La necesitaba a su lado más que a nadie en el mundo, la buscaba por las noches cuando dormía solo en los hoteles, ansiaba contarle cómo había sido la jornada. Y ella también, por supuesto, pero había algo de ese pasado que él desconocía por completo y que sí le contaba a Lucas. Aquella sensación de que no conocía del todo a su mujer se acrecentaba con la imagen de Lucas en su mente.

Le había visto solo en una ocasión. Habían recibido una invitación para pasar unos días en un lujoso hotel de Asturias. Normalmente rechazaban ese tipo de invitaciones, que no eran más que un acuerdo de colaboración propagandístico acompañado de suculentas cifras de dinero. En aquella ocasión les encantó el hotel y aceptaron. Decidieron ir en invierno, en plena temporada baja, un martes y un miércoles, teniendo casi todo el hotel para ellos. Cierto que apenas pararon, pero el tiempo que lo hicieron lo disfrutaron como si volvieran a su viaje de novios. Se quedaron un día más de lo esperado y a la vuelta ella quiso presentarle a Lucas. Iván tenía un vago recuerdo de un hombre alto, delgado pero fuerte, y una huidiza mirada. Se le

iluminó la cara al ver a Zezé y él enseguida comprendió que nunca debería sentir celos.

Iván quiso preguntarle qué le había sucedido, pero comprendió que ella solo quería silencio en ese momento. La abrazó más fuertemente y le besó el cabello acariciándole la espalda.

Hacía tiempo que Zezé no lloraba así. En la última ocasión también fue por alguien de su pasado y tampoco asistió al funeral. Después se arrepintió de no haberlo hecho, le dijo. Él acababa de conocerla entonces y no tenía confianza para decirle lo que pensaba, pero si hubiera sucedido hacía poco la habría obligado a ir. Qué más daba lo que Ernesto Montalbán, su *manager*, su descubridor, pensara. Qué más daba lo que él opinara de si le iba a perjudicar o no. Qué más daba lo que el resto del mundo opinara de verla en el funeral de una solitaria mujer mayor. Qué más daba, después de todo; qué más daba lo que descubrieran de su pasado... Su vida empezaba para todo el mundo a los 18 años, incluso para él. Antes había vivido en un pueblo perdido de Galicia, en una casa rural entre montañas y montañas, con una horrible carretera que le impedía ir a un lejano colegio, por lo que recibía clases en casa. Una solitaria e invisible niña de pueblo que al día siguiente se revela como la mejor actriz de todos los tiempos, hablando un impecable inglés, ganando dos Óscar en años consecutivos y convirtiéndose en la primera intérprete española en obtenerlo en la categoría de actriz protagonista. Una revelación sorprendente, unas maneras exquisitas, un lenguaje culto, pulcras actuaciones naturales sin escuelas de por medio, solo aprendiendo en una cabaña perdida de un pueblo desconocido con una familia sin estudios secundarios y rodeada de vacas y campo. Ni siquiera él llegaba a creérselo, pero cuando le había intentado preguntar, solo había palabras silenciadas. Ernesto, el manager, se ponía como una furia si escuchaba que Iván planteaba alguna pregunta dubitativa al respecto. Lo más que Iván había logrado saber era que aquella mujer solitaria que enterraron sin la presencia de Zezé había sido su instructora. La mujer que le enseñó a hablar inglés y francés, la que la convirtió en una mujer culta y elegante. Nada más llegó a saber.

Se habían casado dos años después de conocerse, hacía ya siete años. Y dos después de casarse, ella decidió poner punto final a su carrera como actriz. El comunicado causó un gran revuelo entonces, aún lo recordaba. No faltó quien dijo que la culpa era del marido. Mientras Zezé aceptaba cada vez menos trabajos, él era cada vez más famoso y obtenía más contratos en las mejores plazas. No dudaba de que si no hubiera sido por su relación con ella,

nunca se habrían fijado tanto en él. «Si no fuera por tus ojos verdes, no se habrían fijado en ti», solía responderle Zezé para contradecirle. Lo que era injusto era culparle por la retirada profesional de su esposa. Siempre decía que no le importaba lo que dijeran de él, pero la realidad es que le molestaba mucho que pensarán que había recluso a su mujer. Aquello encajaba con la imagen del mundo torero machista: ¡qué más podían pedir las páginas del corazón! Odiaba leer o escuchar (porque había quien se lo gritaba a la cara) comentarios de ese tipo. Siempre sonreía, se burlaba educadamente de lo que decían y tajantemente cerraba el tema. Ella no quería que supieran que se retiraba porque odiaba ese mundo, odiaba imitar dentro y fuera de las pantallas a la mujer que no era, una actriz en todos los momentos de su vida. Lo aborrecía hasta el extremo, aun cuando todos pensaban que lo adoraba. Por eso era actriz, por su capacidad para interpretar.

Iván se enorgullecía de conocer esos verdaderos sentimientos de Zezé. No conocía su pasado, pero sí sabía lo que sentía en el presente. A pesar de ser muy introvertida, consiguió acceder a sus sentimientos. Al principio creyó que no lo conseguiría, pero ahí estaba ahora, en un espléndido ático de Chamberí, abrazado a la mujer de su vida. «Cariño», le susurró al oído. Ella reaccionó apretando su mano, aunque seguía inmersa en su tristeza.

La primera vez que vio a Zezé en el cine pensó que era la mujer más hermosa del planeta, como todos los demás que estaban en la sala. Pensó que si algún día la conocía perdería la cabeza por ella, como todos los demás que estaban en la sala. Fue a la única actriz a la que más o menos seguía en la prensa y no se perdía ninguna película suya, aunque jamás habría admitido que era por ella. No tenía novia y tampoco mucho interés en descentrarse de su profesión. Profesión que no alegraba mucho a sus padres, veganos hasta el extremo. Un hijo torero era seguramente la peor maldición que podía caerles. Iván siempre pensó que de pequeño había reaccionado como cualquier otro niño lo hubiera hecho. Si no te dejan bañarte, en el momento en que tienes conciencia, lo primero que harás será lanzarte al mar con los pantalones puestos. Intentaba recordar si era ese sentimiento de frustración lo que le había movido o había habido algo más, tal vez pasión o instinto, pero no había forma de recordar cómo había tomado esa decisión en su infancia o si solo se dejó llevar.

* * *

Tal vez si no hubiera conocido a Quique, nunca habría sido torero. A pesar de pertenecer a una de las familias más ricas de Madrid, Quique asistía al mismo colegio público que Iván. Su padre combinaba su impactante carrera de abogado con un puesto político de tres al cuarto, y era este último puesto el que le llevaba a defender la escuela pública hasta la médula. Quique e Iván compartieron primero los recreos y después las tardes, los fines de semana e incluso las largas vacaciones de verano. Sus padres tenían una especie de cortijo andaluz a pocos kilómetros de Madrid y era el sitio idóneo para matar el tiempo.

Y así, sin quererlo apenas, comenzó una afición a «vacilar a las vaquillas», como decía Iván, que se fue convirtiendo en algo más serio. Iván encontró en el padre de Quique un padrino inesperado. Un padrino que tenía ganados la absoluta desconfianza y el odio de los padres veganos de Iván.

El tiempo demostró que Quique era bueno, pero que Iván había nacido para torear. Su padrino costeaba todo, disfrutando con su hijo Quique y con Iván de interminables tardes en ruedos. Aunque los padres de Iván no aprobaban su afición, eran incapaces de prohibir a su hijo disfrutarla. Cuando consiguieron hacer el esfuerzo de ir a verle torear becerrillos o practicar con la capa, tuvieron que admitir que tenía un don natural. Continuamente pedían al padre de Quique que dejara de comprarle trajes de luces o capotes vistosos, pero este no podía refrenar su ilusión por entrenar a Iván y a su hijo.

La realidad era que el padre de Quique quería ver triunfar a Iván, sabiendo que su hijo nunca llegaría a la misma calidad. El propio Quique también lo sabía, pero por algún curioso motivo no sentía envidia. Se divertía como nadie en aquellas tardes e Iván era la excusa para organizarlas. Si el objetivo hubiera sido solo entrenar a Quique, padre e hijo lo hubieran tomado como una simple afición y no hubiera llegado tan lejos. Pero Iván, ese nuevo descubrimiento, les mantenía tarde sí tarde también entrenando, emocionados por lo que estaban aprendiendo juntos, seguros de que en unos años Iván estaría en lo más alto y ellos dos, padre e hijo juntos, habrían sido los artífices. Eran sus mecenas y, además, se divertían mucho.

Cuando los dos chavales tenían ya 13 años, el padre de Quique pidió a un amigo torero que viera a Iván y le diera su opinión. Fue rotundo en su análisis: «En España la legislación no le permite torear hasta los 16 años. Puede quedarse y tomarse su tiempo, no es mala opción. Puede irse a México y triunfar. Es mejor opción».

Los padres de Iván se negaron en rotundo. Una cosa era permitir que jugara por las tardes y otra bien distinta que acabara a miles de kilómetros de casa. ¿Con quién? ¿Cómo seguiría estudiando? ¿Cómo iban a permitir que el padre de Quique pagara todo?

* * *

Iván tenía una foto de sus padres encima de la chimenea del ático. La miró mientras consolaba a Zezé con su abrazo. Al lado, casi desafiando a sus padres, estaba la otra foto de Quique, su padre y él mismo en México el primer día que aterrizaron. Quique siempre con esa sonrisa tan contagiosa, alegre y preocupado por alegrar a los demás. Iván se planteaba si él mismo hubiera actuado como su amigo. ¿Habría sido capaz de que su padre se centrara más en un amigo suyo porque era mejor torero? ¿No se habría puesto celoso al saber que iba a México no por él, sino por su amigo? Pero Quique se reía ante esos pensamientos. «Si fuera por mí solo, no habiéramos venido a México en la vida. Estoy aquí gracias a ti.» Con 14 años demostraba una madurez que Iván sabía que nunca alcanzaría.

Fue, precisamente, esa madurez la que cambió los pronósticos e hizo que Quique triunfara mucho antes que Iván. En México, Iván descubrió la libertad de alguien que, además, no se había esforzado en obtenerla. Nunca fue desagradecido con su descubridor, iba a todas las clases con puntualidad, entrenaba todas las horas que le pedían, veía todos los vídeos sobre toreo que le mostraban, conocía todas las técnicas e incluso estudió la historia del toreo y de sus más ilustres con ahínco. Lo compaginó con sus clases en un famoso colegio bilingüe donde jamás obtuvo un suspenso. Cumplió porque estaba en su naturaleza no ser maleducado y era consciente del dinero que el padre de Quique invertía en él. Y destacaba cuando toreaba, pero podía destacar aún mucho más. No era constante, como sí lo era Quique, que se dejaba la piel toreando y estudiando con la única meta de ser la mejor versión de sí mismo. Iván, solo con cumplir con lo que se le pedía, llegaba a la calidad de Quique, y eso era suficiente para él. Su meta estaba en un nivel muy inferior al que podía llegar.

La cabeza de Iván estaba en su recién adquirida libertad, en la pasión que levantaba entre las mexicanas, en las cervezas que a escondidas entraban en su habitación, en las escapadas nocturnas de las que pocos sabían. Ni siquiera

Quique. Aunque en esos dos años estaban llamados a estar más cerca que antes, Iván se distanció de su eterno amigo. Compartían gran parte del día juntos, pero ya no existía esa complicidad que les había llevado a ser los mejores amigos. Cada uno tenía unos intereses distintos. Quique, triunfar como torero sin dejar de lado sus estudios. Iván, disfrutar de la vida y mantenerse como torero. Los estudios los seguía porque se los pagaban, pero poco le importaban.

En México, el rubio y el moreno, como les llamaban, fueron designados los próximos grandes toreros españoles. Quique, el rubio y encantador, era conocido por su temple, su quietud y elegancia en los movimientos. Iván, el moreno y guapo, destacaba por su atrevimiento, su pasión y su fuerza. Era más bruto, más bala perdida, más tosco incluso, pero transmitía un sentimiento y una firmeza que levantaban pasiones.

Ya con 15 años cada uno demostraba cuál era su estilo. Quique se lo había ganado a pulso y conscientemente. Pasaba tardes y tardes viendo vídeos de toreros, apuntando los estilos que más le gustaban, practicándolos con constancia, en el ruedo con novillos o en interminables noches delante del espejo. Se grababa a sí mismo y se corregía, pedía consejo continuamente, buscaba la perfección y hacia ella caminaba. Sin que nadie lo supiera, subía a la barandilla de su terraza por la noche y colocaba sus pies sobre el vacío. Tenía pavor a las alturas. Se situaba en el límite. Miraba primero al infinito y después al suelo, obligándose a sentir el miedo en sus propias narices. «Si puedo controlar este miedo, podré controlar mi cuerpo y mis impulsos delante de un toro», se decía. Nadie conocía su técnica porque le avergonzaba que supieran de su vértigo.

Iván, por el contrario, no tenía un estilo adquirido. El suyo era natural, como natural era que no sintiera miedo a los novillos. No buscaba replicar a nadie ni tenía ídolos entre los toreros, en realidad le era indiferente lo que otros habían hecho. Él se centraba en sí mismo y consigo mismo le bastaba. Con los años perdería ese egocentrismo y se arrepentiría de él, pero lo cierto es que le proporcionó una libertad y un estilo diferentes. Ya con 15 años podría haber sido mucho mejor, todos los que le conocían de cerca lo afirmaban, pero a él le interesaba solo llegar al punto medio en el que se sentía cómodo. Salir de, como suele decirse, el área de confort para retarse no era desde luego uno de sus objetivos.

Afortunadamente, Iván tenía el compromiso de cumplir con lo que le exigían, que no era poco, a cambio de vivir gratuitamente en México con los

mejores instructores en el arte taurino y en los mejores colegios. Si no hubiera sido por su respeto hacia el padre de Quique y su sentimiento de responsabilidad, seguramente Iván jamás habría sido torero.

Cuando un torero está listo, realiza una corrida especial, la alternativa, en presencia de un padrino y un testigo. Quique e Iván, con 16 años, volvieron a España con la intención de realizar una de las alternativas más jóvenes que se recordaban. El padre de Quique tenía todo organizado, los padrinos mexicanos elegidos, los testigos confirmados, las posibles plazas ya apalabradas. Calculaba que en medio año más o menos podría celebrarse la alternativa y no dejaba de soñar noche tras noche con ese evento. Estaba más orgulloso de su hijo de lo que podía esperar. Se había esmerado realmente y había mejorado su técnica más de lo que creía que alcanzaría nunca. Concertaron corridas como novilleros yendo casi siempre juntos, Zipi y Zape, el rubio y el moreno. Quique, conocido como Enrique Rodríguez, e Iván aún sin un nombre definido. Años después sería conocido como Iván el Toro por su imponente físico y por la brutalidad que respiraba por cada poro de su cuerpo. Estaba, como decían, hecho un toro.

Eso sería tiempo después.

A sus 16 años seguían con la ilusión metida en el cuerpo, sin ser muy conscientes de lo que sucedía a su alrededor.

El primer golpe a su amistad llegó con motivo de la alternativa. El padre de Quique quiso que fuera en fechas muy cercanas y en la misma plaza, jugándose a los dados quién de los dos sería el primero. Quique no estaría por delante para no ofender a Iván. Sería la suerte la que lo decidiera. Al menos ese era el deseo del padre de Quique, un deseo que no se cumplió. Lidieron mientras tanto novillos y novillos, preparándose para ese gran día que ya estaba cerca y les colocaría entre los más jóvenes y aclamados. Quique perfeccionaba su técnica y era reconocido por muchos, que reafirmaban su condición de posible gran torero. Iván, por el contrario, perdía cada día más confianza entre los entendidos. «Es demasiado cabeza loca, me da miedo lo que pueda hacer delante de un toro con tantos espectadores y jugándose tanto. Es tan inconsistente que nunca sabes por dónde va a salir; es un peligro para él mismo y para quienes están en la plaza preparados para jugarse la vida si Iván falla.»

Iván entrenaba con la confianza de quien sabe que lo hará bien y no necesita prepararse. Quique entrenaba con la desconfianza de que si no daba lo máximo de él perdería la única opción que tenía de ser torero profesional.

La naturalidad de uno contrastaba con el método del otro. Las intensas emociones de uno contrastaban con la serenidad del otro. El exuberante cuerpo de uno contrastaba con el delgado pero fibroso del otro. Las espléndidas celebraciones de uno contrastaban con la contenida calma del otro. Fuego y agua. Era difícil ser más incompatible.

En esos primeros meses en España, Iván llegó a la triste conclusión de que él y Quique eran amigos por casualidad. Aparte de los toros, no había nada más que les uniera.

Esa sensación fue definitiva el día en que Iván, fuera de sí, pegó una patada a un novillo. Nada salía como quería en ese entrenamiento. O, más bien, nada le salía igual de bien que a su compañero Quique. Él, que siempre había sido mejor en todo y sin esfuerzo, era de pronto el aprendiz. Estaba acostumbrado a oír «Mira cómo hace Iván esto y lo otro; tú obsérvale y aprende». Por primera vez escuchó «Fíjate en cómo mira al novillo Quique, fíjate en su postura firme, tensa, alerta. Parece un torero con veinte años de experiencia».

Iván estaba furioso, y encima su amigo Quique no sabía decirle nada. Si al menos le hubiera dicho que todos tenían razón, si le hubiera enfrentado, si le hubiera obligado a ver la realidad como era, si le hubiera gritado furioso por toda su altanería, si al menos hubiera reaccionado demostrando que sentía algo respecto a la situación, que se enteraba de lo que sucedía, que tenía una opinión... Iván sabía que tenían razón, que Quique era ahora mucho mejor que él, pero no quería verlo, estaba frustrado y completamente perdido. La única persona que habría conseguido que abriera los ojos era precisamente su amigo, pero él no estaba dispuesto a hacerlo. En ese momento solo sintió rabia y furia. Con el tiempo comprendió que no odiaba a Quique, solo odiaba su incapacidad para enfrentarse a él. Odiaba que fuera el más valiente delante del toro pero el más cobarde delante de él.

Aunque era cierto que a Quique le costaba imponerse, había otra verdad que Iván no quiso comprender. El mismo Quique estaba perdido en la nueva situación. Él también estaba acostumbrado a escuchar «fíjate en Iván», nunca había sido un modelo a seguir. Y de pronto, de la noche a la mañana, era el foco de atención. Había trabajado siempre como una hormiga, en silencio, aprendiendo poco a poco, dejándose marcar los ritmos, siempre entre bastidores. Ahora era la estrella, la joven promesa. ¿Ese no era el título de Iván? Y él se sentía cómodo admirándole, sabiendo que era el mejor amigo de

una futura gran estrella. No sabía cuál era su lugar al ser ahora el adorado y el mejor de los dos, el ejemplo.

Ni Iván ni Quique fueron capaces de ponerse cada uno en los zapatos del otro. Iván se despistó actuando desde una posición más egoísta; Quique, de una forma más perdida.

Fue, como recordaba siempre Iván, aquella patada de furia que le dio a un novillo al perder los nervios lo que trastocó todo. Y menos mal, solía pensar. Menudo gilipollas hubiera sido de haber continuado por el mismo camino.

Tras aquella patada, y otras reacciones que venían de antes y no recordaba, se decidió que Iván no podía lidiar novillos en las fiestas y corridas a las que les habían invitado.

Iván continuó durante unos pocos meses más bajo el abrigo del padre de Quique. Vio a su amigo triunfar en corridas de novillos, muriéndose sin reconocerlo de esa envidia que Quique jamás sintió hacia él. Aunque le felicitó cálidamente y le aplaudió como el que más, por dentro le hervía la sangre por no ser él quien estaba ahí recibiendo los aplausos. Poco a poco, pero conscientemente, se distanció de él y sintió la necesidad de caminar libre sin la protección del padre o el hijo. Ambos lo comprendieron y lo reconocieron en un tácito pacto de caballeros en el que no hizo falta darse la mano para que cada uno continuara por su camino.

Iván vio caer entonces sus sueños de torero y, lo que es peor, vio caer su ilusión por el toreo. «¿Alguna vez quise serlo o me lanzaron a ello?», llegó a preguntarse. Para alguien que siempre había demostrado una tendencia natural a ser torero era una pregunta absurda. Sin embargo, Iván nunca había sido un hombre especialmente fuerte. Sí, le llegaron a llamar el Toro por su fortaleza física, pero aquello no implicaba una fortaleza mental. Siendo odiosas las comparaciones, era inevitable reconocer que él jamás habría aguantado la presión que sí soportó Quique. Todo le había salido siempre bien en la vida, nunca había tenido una dificultad. ¿Quién la suele tener a esa edad? Pero la gran diferencia entre un gran torero, un gran artista, un gran escritor o un gran inventor y otros mediocres no es solo la inteligencia, el don, el arte... La enorme diferencia es esa constancia que tanto le faltaba a Iván. El toque de humildad, de atreverse a fracasar para mejorar. Iván había fracasado una vez y mucho le costó volver a levantar la cabeza para enfrentarse a un miedo nuevo: la posibilidad de volver a fracasar.

Así que, al desnudo, el Toro era un miedica.

Tanto lo era que dejó el toreo. Volvió como un cordero degollado al hogar.

Dejó algo de lado su afición, sin llegar a perderla del todo. Sabiendo que su destino no dependía ya de mágicas manos protectoras, se decidió a continuar dignamente con sus estudios y hacer la carrera de veterinario. Sus padres veganos lo recibieron con los brazos abiertos. Sin apenas darse cuenta, quien después sería conocido como el Toro se engañó a sí mismo diciéndose que el toreo no era más que una afición inculcada que jamás amó.

Es difícil matar la pasión sin ningún sentido aparente. Un escritor que lleva en sus venas las palabras podrá dejar de escribir tras varios fracasos, pero en su fuero interno siempre habrá historias que contar, siempre encontrará oportunidades para dedicar unas bonitas palabras, siempre buscará las palabras más adecuadas para reflejar sus sentimientos. Un pintor que tira sus cuadros frustrado por la falta de inspiración o la ausencia de ventas volverá a encontrar lienzos donde garabatear, aunque sean meras hojas de un cuadernillo sucio sin apenas espacio en blanco. Nuestras pasiones no pueden dormirse, sí ensoñar. Nunca dormir, y mucho menos morir. Nuestras pasiones nos mueven y nos definen, triunfamos en ellas o no. No todos los artistas deben ser Cervantes o Picasso. Todos tenemos un pedacito de pasión, y no llegar a la cumbre no significa fracasar, significa disfrutar de nuestra pasión. Sin más. Sin juicios que hacer sobre el resultado.

Iván tardó mucho en comprenderlo. Para él existía la victoria absoluta o el fracaso. Y el miedo al fracaso era tan grande que paralizó el veneno de su pasión durante varios meses, hasta que de una forma un tanto absurda volvió a coger una capa y ya no la soltó nunca más, primero con la pretensión de tan solo divertirse, y después con las expectativas de volver a ser torero, aunque fuera uno mediocre.

Recuperó su amistad con Quique con mayor humildad de la que nunca jamás creyó tener. Nunca fue tan limpio como su gran amigo, que no sintió envidia ni celos de él, pero sí logró dominar esos sentimientos para que no le arrebataran a su amigo. Incluso bromeaba con él y abiertamente le confesaba que tenía celos. Una sinceridad necesaria para poder sobrevivir con ellos.

En 2001, Quique e Iván tenían 23 años. Quique ya era un reconocido torero, mientras que Iván estaba haciéndose su hueco, un pequeño hueco. Aún tenía miedo al fracaso, por lo que caminaba muy despacito y seguro de sus pasos, sin querer apostar en grandes plazas o siquiera intentarlo.

Quique, sin embargo, acaparaba mucha atención dentro y fuera del ruedo. Encandilaba con su sonrisa y era querido por los compañeros y por la prensa

por igual, como lo sería Iván. Él llegaría a ser adorado, pero desde la distancia y la arrogancia que no supo quitarse de encima. Era un gesto, un simple gesto que llevaba a la gente a tildarle de orgulloso. Solo Zezé y unas pocas personas más sabían que era una simple fachada para ocultar sus miedos.

Iván recordó aquel día de 2001 en que los periódicos anunciaron que el fantasma del torero Yiyo había vuelto. Él estaba en la plaza de toros y algo le decía que las cosas iban a salir mal. Había abrazado a su amigo del alma, un amigo recuperado tras superar su propia estupidez. Le había pedido que tuviera cuidado, le había dado un enorme beso en la mejilla, le había dicho que era el peor matador del mundo entre sonoras risas. Quique estaba nervioso aquel día. Su novia, Encarnita, la Peque, la guapa camarera con cruel diminutivo y apodo por ser una holandesa de un metro noventa, había aceptado ir a verlo, aunque odiaba los toros. «Dice que si mato al toro me clavaré una aguja mientras duerma, ¿tú crees que será capaz?», le había preguntado con verdadera preocupación. Iván se rio y le dijo que acabaría clavándosela él mismo si seguía saliendo con chicas así.

Quique temblaba esa tarde. Iván jamás le había visto temblar y le sorprendió la sensación del cuerpo en constante movimiento cuando le abrazó. «¿Estás bien?», quiso saber con verdadera inquietud. Quique afirmó y pocos segundos después corrió al baño a vomitar. Volvió amarillo, con una sonrisa sobreactuada. «Estoy bien, estoy bien», contestó dándole palmadas en la espalda.

Las palmadas de ánimo las necesitaba más Quique que Iván, pero la costumbre en esa amistad era que Quique cuidara de su amigo Iván como si fuera su hermano mayor. El Toro subió al tendido y esperó nervioso a que comenzara la corrida. Se mordió las uñas de todos los dedos antes de que su amigo saliera al ruedo, sin apenas prestar atención a los demás toreros. Cuando le vio en la arena amarilla le dio un vuelco el corazón, como si fuera la primera vez que le veía dispuesto a enfrentarse a un animal de algo más de media tonelada de peso.

El toro salió, alelado, perdido, como siempre. En su placentera vida sería la primera vez que se sintiera atacado. Debía vivir cómodamente, sin conocer el peligro, para no convertirse en una fiera asesina incapaz de controlarse. Y aun en desventaja era un gran peligro.

Quique toreaba en Las Ventas el sexto toro de la tarde.

Yiyo era un torero español o francés, según a qué ciudadano se preguntara, de 21 años. Era guapo, delgado, joven, moreno, facciones marcadas y preciosa sonrisa, ojos oscuros y la mirada firme del torero menos cuando, sin darse cuenta, se convertía en la mirada de un joven de 21 años. Con esa edad, en 1985, estaba en la cumbre de su carrera.

* * *

Iván dio un manotazo en el aire como si pudiera alejar de sí ese recuerdo. Zezé estaba tumbada ahora en su regazo sin dejar de sollozar. A veces la abrazaba más fuertemente, sintiéndose inútil para consolarla. Alcanzó el mando del televisor y lo encendió, quitando por completo el volumen. Zezé apenas pareció percibir sus movimientos.

No era raro que en un programa de tarde se hablara de ella, aun cuando habían pasado cinco años desde que dejó de aparecer en público, expresión que él odiaba. «Cinco años sin Zezé», leyó en la imagen y recordó que ese mismo día se celebraba el quinto aniversario de su retirada oficial, anunciada en una rueda de prensa. Se sucedieron las imágenes de los dos juntos, al poco de conocerse, aquella de su boda que alguien filtró, otra en alguna alfombra roja, Zezé yendo a verle a una corrida, Zezé y él dándose un beso cuando creían que nadie les miraba. Un periodista habló e Iván se imaginó sus palabras. «Ella estaba en lo más alto de su carrera y él no paró de crecer desde que la conoció. Nunca antes había sido tan famoso, y es cierto que su técnica había mejorado en los últimos años —no, un periodista de la prensa rosa jamás le reconocería ese mérito—, pero sin Zezé jamás habría llegado a donde está ahora mismo.» Reconoció el siguiente rostro que entrevistaron, aunque tardó en ubicar quién era. Una mujer con los labios operados y sin apenas expresión miraba huidiza a la cámara. Durante un tiempo había sido una de esas amistades pasajeras de su mujer. Habían compartido alguna cerveza, es posible que incluso alguna comida. No tenía buen recuerdo de ella, aunque no supiera concretar por qué. Cuando Zezé estaba envuelta en rodajes, solía pasar tiempo con sus compañeros y sus amistades variaban muy a menudo, excepto dos que siempre permanecían en el tiempo. A saber, Lucas y Ernesto Montalbán. Sin llegar a recordar por qué tenía mala impresión de ella, decidió atribuirle también unas palabras. «Ella le hizo asentar la cabeza, desde que la conoció las cosas cambiaron mucho. También le afectó lo de su

amigo, pero fue Zezé.» No, se equivocaba. Él no podía centrar la conversación. Se rio de sí mismo e inmediatamente, al pensar en Zezé en su regazo, sintió una ola de arrepentimiento. La volvió a abrazar, pero no sirvió para quitarle ese estúpido pensamiento de la cabeza. Volvió a escuchar la voz del inexpresivo rostro de la televisión. «Él sentía celos por el éxito de Zezé, ella siempre era el centro de todas las conversaciones, de las fotografías que se tomaban. Cuando él triunfaba en una corrida, la fotografía que buscaban era la de Zezé entre el público. Imagínate que Nadal gana un torneo y a quien entrevistan es a Xisca. Pues eso le pasaba a Iván. Al final pudo con la pobre Zezé: consiguió que ella dejara de triunfar para que él pudiera brillar.» Aunque se reía, no podía evitar sentir una punzada de rabia por ese comentario imaginario. Imaginario porque no lo escuchaba en ese momento. Real porque lo había escuchado tantas veces que le hastiaba. Zezé y él se reían de lo que decían los demás. Zezé sabía que no era verdad. Él sabía que no era verdad. Y también sabía que pasaría a la historia del cine como el hombre que arruinó la carrera de la actriz más importante de los últimos tiempos.

Y, por supuesto, no podía faltar en el repertorio de imágenes y testimonios la «cabaña» de Zezé. Se preguntaba si los españoles habían visto más a Manuel Fraga bañándose en Palomares o la solitaria y rústica casa gallega en la que nació y creció Zezé hasta que cumplió 18 años. Pocos creían aquella historia, y en los documentales todas las especulaciones nacían, cómo no, en esa cabaña. Durante dieciocho años vivió con sus padres, que podían ser sus abuelos, unos campesinos con bajo nivel cultural y muy escaso interés en el cine. Zezé no acudió a un solo colegio y los lejanos vecinos no la vieron jamás por los alrededores. Estudió en casa y aprobó siempre sus exámenes con buenas calificaciones, aprendió francés e inglés, interpretación, danza y música. ¿Cómo? Nadie dudaba que había gato encerrado, Iván incluido.

A veces sentía que, a pesar de llevar tanto tiempo casados, se encontraban en el inicio de la relación, en ese momento mágico en que aún no conoces los recovecos de tu pareja y todo es perfecto, alegre, ideal, irreal.

La miró y no pudo más que reforzar ese sentimiento al recordar por qué lloraba su mujer. Se permitió sentir rabia y decirse en voz muy bajita en su interior: «Maldito Lucas, quién coño eras».

Apagó el televisor justo en el momento en que emitían el anuncio de la retirada de Zezé. Conocía de memoria todos los movimientos de su mujer en esos escasos minutos de rueda de prensa y no necesitaba verlos nuevamente.

La pantalla se volvió negra y él permaneció pensativo, con miles de ideas en su cabeza y ninguna de ellas tranquilizadora.

Pedrito

Pedrito miró con extrañeza a su alrededor. En la plaza de Garzúa se juntaban camareros sirviendo sin descanso, personas mayores tomándose su vermú, familias con dos o tres generaciones intercambiando en la mesa cervezas, vinos, refrescos y biberones, jóvenes riéndose en voz alta, niños correteando sin descanso de un lado a otro con y sin balón. Él estaba sentado en un banco mirando la escena con perplejidad, intentando comprender qué mecanismo oculto lograba que los camareros sirvieran en la mesa correspondiente sin que los niños se cruzaran en sus caminos mientras los padres, aun dando la espalda a sus hijos, sabían perfectamente dónde estaban y qué hacían. Imaginó que aquello no era más que un escenario y todas las personas del mismo se movían por hilos invisibles que controlaba un gigante con pasmoso orden. Un director de orquesta al que el mínimo desvarío le chirriaba en los oídos como si fuera el estridente ruido de la tiza contra la pizarra, dibujando una infinita línea recta que él, con su débil pulso, sería incapaz de realizar. Miró al cielo y se encontró con unas densas nubes blancas que ocultaban a ese gigante que también poseía entre sus dedos los hilos que le movían a él y en ese mismo instante le hacían alzar la mirada. Pedrito sonrió. Qué listo eres, pensó. Le hacía alzar la cabeza cuando las nubes le impedían verle. Volvió a bajarla, mirando al frente, perdiéndose su vista en el vivo escenario de la plazoleta. No se había fijado antes en lo colorida que era aquella mezcla de casas que componían, junto con el ayuntamiento, la plaza llena de vitalidad. Recordó la urbanización que había a tan solo unos metros de allí con casas igualmente coloreadas. Aquel pensamiento le había distraído, sintió. Él estaba indagando en otra cosa antes de fijarse en las casas. Ah, sí, el gigante. ¿Cómo sería? ¿Se divertiría jugando con los hilos? ¿Sufriría con aquel descontrol que tanto esfuerzo suponía poner en orden? ¿O todo sucedería por azar, sus dedos se moverían siguiendo su instinto y bailando una alegre música? ¿Y qué música sería aquella? *La flauta mágica* de Mozart, decidió sin necesitar pensarlo demasiado, y de pronto la música sonó en su cabeza con perfecta representación. Supo también que para el gigante jugar con los hilos de los títeres era lo mismo que para él lanzar unos dados en un tablero. No le

resultaba nada difícil, pero tampoco disfrutaba ni le enloquecía. Pedrito levantó sus manos por encima de las rodillas, con las palmas hacia abajo. Las levantó y bajó ligeramente, apenas diez centímetros. El gigante le hacía moverlas. Relajó sus movimientos. Más, un poquito más, hasta que las palmas se detuvieron en el aire a la altura de su pecho. Mientras las miraba, sus ojos se posaron más allá y descubrieron a Elena, que le observaba quieta desde el otro lado de la plaza. A pesar de la brusquedad del encuentro de miradas, ella no cambió el gesto y se dejó observar fijamente. Pedrito le sonrió y la saludó con timidez. Elena respondió al saludo con un gesto de la mano y una preciosa sonrisa.

Zezé ha muerto

Zezé llegó por el lateral izquierdo del fondo de la sala. Los setenta y cinco periodistas acreditados llevaban unos minutos esperando su llegada, creando un murmullo que se convertía en ruido monótono e indescifrable para oídos ajenos. La sala estaba iluminada con naturalidad gracias a los ventanales que había a la derecha. A pesar de que no era muy grande y los periodistas casi se tocaban brazo con brazo, la iluminación y las vistas a un despejado campo de golf daban sensación de amplitud a los presentes. Los cámaras habían preparado su material, los fotógrafos captaban imágenes de la puerta por la que ella vendría, los periodistas mordían sus bolígrafos sin dejar de hablar. Zezé siempre era puntual, lo que tenía su parte positiva y negativa. La positiva es que siempre sabían a qué hora empezaba y terminaba la rueda de prensa. La negativa, que no estaban relajados antes de empezar, sabían con precisión suiza en qué minuto iba a entrar ella por la puerta. Los diez minutos previos eran tensos, llenos de preparativos, de nervios por verla, por ser el elegido al plantear las preguntas. Miraban el reloj constantemente y sabían que quien no estuviera en su sitio clavado en el momento exacto no tendría ninguna opción a preguntar. Zezé no esperaba y su manager jamás daba paso al que no estaba donde debía cuando debía.

En esta ocasión se retrasaba. «Algo pasa, algo pasa», se decía en aquel murmullo incomprensible. Habían pasado diez minutos, once, doce, trece. Jamás llegaba tarde. Se miraban unos a otros sin atreverse aún a alzar la voz por encima de su cuello, queriendo preservar ese momento brillante en que la actriz solía hacer su entrada en la estancia. Los nervios pudieron más y cada vez los murmullos eran más altos. «Zezé, qué raro, algo ha pasado.» Cada vez eran más altos, más al unísono, más claros.

Primero entró su manager, el odiado por los periodistas, Ernesto Montalbán. No abrió la boca y apenas les miró, como era costumbre por su altanería. Se sentó en un extremo de la mesa que habían preparado para la rueda de prensa, se suponía que a la derecha de Zezé. Seguidamente, cuando Ernesto estaba ya sentado, entró el director de la última película de Zezé. Se

situó en el otro extremo de la mesa. Él sí saludó a los profesionales, les agradeció que hubieran venido, les pidió disculpas por el retraso.

Los periodistas agradecieron su gesto, pero apenas le escucharon. Había un ambiente tenso y enrarecido. Esos setenta y cinco periodistas podrían decir, a partir de ese día, «Yo presencié la retirada de Zezé», como si fuera algo comparable al día en que el hombre llegó a la Luna y millones de rostros estaban pegados al televisor para presenciarlo.

El director, un reconocido profesional australiano a quien le gustaba rodar en Europa, siguió sonriendo y se permitió hacer alguna broma sobre la espera que estaban sufriendo. Escuchó unas pocas risas, aunque ni siquiera se oía hablar: tenía la mente en otro lugar. No es que le preocupara tanto la retirada de una famosa actriz, no hacía falta llegar al dramatismo. Estaba nervioso porque sabía que aquella noticia sería una bomba brutal para su película. «La última de Zezé», ¿alguien podía proporcionar mejor publicidad? Aunque inundara las capitales de medio mundo con carteles de veinte metros de altura con solo Zezé en ellos no conseguiría mayor repercusión. Le había costado convencerla para interpretar aquella película. Aunque decía que le interesaba el guion, nunca antes había hecho una de ciencia ficción y tampoco le gustaban demasiado. Al final Ernesto intercedió con la simple y tajante afirmación de que debía demostrar su capacidad de registro, a lo que ella asintió y aceptó. *El mundo infinito* recreaba la vida en un mundo finito en el que todos los habitantes sabían cuándo sería el fin, cuándo el mundo se destruiría y todos morirían. Eso les permitía vivir con libertad, sin miedo a arriesgarse y dispuestos a equivocarse, conscientes del tiempo límite del que cada uno de ellos disponía. Aunque era una película de ciencia ficción, era una preciosa dedicación a la sensación de sentirse libres. Lo que ninguno de los habitantes sabía era que su mundo se destruía, pero para renovarse y germinar otros mundos como si fueran semillas.

Mientras esperaba para comenzar la rueda de prensa, Ernesto se había acercado a él con un gesto serio. Era habitual en el manager de Zezé, por lo que no le dio más importancia. No era habitual, sin embargo, que se acercara tanto a él y le susurrara de forma casi inaudible. Después comprendió que tenía miedo de que alguien le escuchara, aunque no había nadie en la pequeña sala de espera. Tres sofás colocados de una manera pésima, sin sentido ni gusto, una especie de barra con algunas copas, una mesa baja con unos papeles tirados... El director no quería esperar ahí, en realidad no quería esperar. En el último minuto le habían comunicado, ni siquiera recordaba quién, que la

puntual actriz estrella se retrasaría. Le acompañaron a esa sala y Ernesto llegó al poco. Entonces se le había acercado con aquel gesto. ¿No temería que hubiera micrófonos ocultos en esa horrible sala?

Ernesto no se atrevió a pronunciar las palabras. Evaluó en ese mismo momento si podía confiar en el director o los pocos minutos que tenían de margen para que fuera Zezé quien lo anunciara podrían provocar que la noticia se filtrase. Reclinado sobre el asiento del director, poniendo una mano entre la oreja de él y su propia boca, volvió a erguirse. Le miró desde la altura y el australiano respondió con una mirada de sorpresa. «Se acaba de lavar los dientes —pensó—. Yo no debería saber que se acaba de lavar los dientes, ha estado muy cerca de mí.» Ernesto miró el reloj. Evaluó otra vez el riesgo de que la noticia se filtrara en escasos minutos. Volvió a mirar al director.

—¿Tienes móvil? —preguntó. Su voz era indiferente, pero nada más contrario a la realidad.

—No —contestó simplemente el australiano cruzando las piernas y poniendo sus manos encima de las rodillas. Sin que necesitara preguntarlo, su expresión demandaba una explicación.

Ernesto resopló. Observó la puerta que daba acceso a un pequeño pasillo y, a continuación, a la sala donde se celebraba la rueda de prensa. Le encantaba jugar al golf en ese hotel. Las vistas desde la sala le tranquilizarían, pensó. Comprobó la hora una vez más. Escuchó los tacones de Zezé al fondo. Se reclinó con urgencia al oído del director.

—Tenemos que entrar en la sala, tu actriz estrella está a punto de llegar. Hoy anuncia su retirada, te vas a forrar, cabrón.

Volvió a erguirse y avanzó hacia la sala donde esperaban los periodistas. Antes de abrir la puerta se volvió para pedirle o más bien exigirle que se levantara de una vez y fueran a la rueda de prensa. Los tacones de Zezé estaban cada vez más cerca y no tenía ninguna gana de hablar con ella.

Al día siguiente la gran mayoría de los periódicos del mundo inundaron su portada con titulares muy similares: «Se ha muerto una estrella», «Zezé ha muerto», «Una estrella deja de brillar», «Una estrella brillará para toda la eternidad».

* * *

Ernesto Montalbán, el manager de Zezé, se sentía cansado. Cogió con una mano el vaso de ginebra con hielo mientras con la otra se sujetaba la frente. Sintió el peso de 64 años sobre su mano izquierda, sus 80 kilos de masa corporal descansando sobre esa única extensión de su brazo, las malas decisiones tomadas dando vueltas sobre su cabeza pidiendo una salida inmediata, un perdón, una reconciliación, un descanso que él no estaba dispuesto a permitirles. Durante unos segundos su dolor de cabeza se agudizó y sintió un terrible peso que apenas le dejaba pensar.

Escuchó entonces una suave música proveniente de su ordenador. Esa sería su escapatoria, decidió. Siempre que sentía el peso de los años quejándose, tan solo necesitaba concentrarse en alguna estupidez para evadirse y volver a ser Ernesto Montalbán, el director. Recordaba esa canción, pero no llegaba a ubicarla. *What the hell I'm doing here*. Sabía que la conocía y que era una canción que le gustaba, pero al estar versionada en jazz le confundía.

Al abrir los ojos se encontró con la imagen que, aunque no quisiera admitirlo, estaba buscando. Zezé le miraba sonriente desde una fotografía. Era su sonrisa natural, no la que usaba para los posados. Él mismo sonrió al recordar que, en la mayoría de las descripciones que hacían de la actriz, mencionaban su sonrisa natural. No, se decía él, esa es la de mentira. La natural, la verdadera, la sonrisa que realmente la hace feliz y jamás sería capaz de imitar no se encuentra en ni una sola revista. Ella no dejaría a ningún fotógrafo entrar en esa faceta tan privada de sí misma. Ella no se desnudaría ante extraños de tal forma; incluso ante conocidos era difícil que se mostrara como era. Solo él y Lucas conocían la verdadera sonrisa de Zezé. ¿E Iván? Ernesto imaginaba que después de tantos años casados algo habría descubierto ya él de su mujer.

El pensamiento de Lucas le volvió a poner de mal humor. Maldito Lucas, farfulló. Cuando llamó a Zezé esa tarde, le contestó Iván diciéndole que su mujer no podía atender el teléfono. «Lucas se ha ido y Zezé está muy nerviosa.» «Nerviosa no, estúpido —le gritó—. Estará histérica.» Iván, el respetuoso marido, el perfecto Iván, se limitó a contestarle que ella le devolvería la llamada cuando se encontrara mejor. «Voy a verla», espetó Ernesto ordenando su recibimiento. «Zezé me ha dicho que no quiere ver a nadie, ni siquiera a ti, Ernesto.»

Si Iván no hubiera dicho ese último «Ernesto», tal vez se habría enfadado menos. Pero mencionar su nombre, reafirmar que Zezé no quería verle de

ninguna de las maneras, a él en concreto, le había dolido.

Intentó identificar el sonido que llegaba de los altavoces. *I'm a creep.*

Sí, Ernesto estaba dolido. «¡Pacotilla!», dijo al colgar. En el mismo momento se dio cuenta de lo infantil que resultaba. ¿Pacotilla? ¿Qué tipo de insulto era ese? Podría haber dicho algo más elegante, más de su estilo. «¡Mamonazo!» habría sido más apropiado para la situación.

Volvió a mirar a Zezé. Era una fotografía de sus primeros años como actriz. Qué joven era. Como se suele decir de los niños, «parecía inocente» incluso. No tenía miedo a nada, solo quería comerse el mundo. Se sentía viva, espléndida. Disfrutaba de su trabajo, de las sesiones fotográficas, de toda la atención que le prestaban, de las personas que se rendían a sus pies sin que tuviera que pedirlo siquiera. Miraba a Ernesto con ilusión y ganas de aprender de él, de que la dirigiera de la mejor forma posible e hiciera de ella la mejor actriz de todos los tiempos. Era su frescura en ese mundo lo que le aportaba ese toque que ninguna otra actriz podía regalar a la cámara. Los demás actores estaban resabiados, conocían su lado bueno, actuaban mecánicamente, seguían el mismo ritual. Se emocionaban con cada personaje nuevo, sí, pero todos se aferraban a uno u otro método. Todos tenían sus trucos ya aprendidos para adentrarse en la piel del padre sufridor, del asesino a sangre fría, del hijo rebelde, de la madre salvadora, de la heroína, del héroe musculitos... Todos los papeles eran los mismos, todos los personajes eran tópicos vestidos y revestidos una y otra vez en cada película. Hacía décadas que el cine no aportaba personajes ni actores nuevos, ni tramas, ni historias ni escenarios. Con la tecnología parecía haberse creado un nuevo mundo por explorar, pero aparte de hacer un King Kong más real que aquel en blanco y negro, nada más se había logrado.

Pero Zezé era distinta. Sus personajes eran todos nuevos. Todos los que interpretó en su corta vida de actriz: siete personajes en siete películas. Todo lo que le quedaba por aportar y todo lo que quiso quedarse para ella. Más de una vez la llamó egoísta, cuando estaba solo en la habitación y cuando estaba delante de ella. ¿Cuándo perdió Ernesto tanto el respeto a todo el mundo? Nunca había sido alguien que respetara demasiado a los demás, más bien despreciaba a todo aquel que se cruzara en su camino por uno u otro motivo. Pero desde un punto, no sabía decir cuál, su desprecio había ido en aumento casi hasta tocar a Zezé. No, a ella jamás la despreciaría, pero ¿cuándo había comenzado a maldecirla? ¿Fue desde que ella se distanció de él? «Maldito

Iván», dijo en voz alta. ¿O era «maldito Lucas»? «Malditos los dos», volvió a decir en voz alta, hundiéndose en un odio profundo y sin sentido.

Volvió a mirar la imagen, le gustaba traer a su mente esos recuerdos. También entonces era un cascarrabias, pero Zezé conseguía atemperarle. Escarbó en su mente intentando ubicar el recuerdo, como antes hiciera con la canción. Aquella imagen pertenecía al principio, al verdadero principio. No eran los primeros años de Zezé como actriz, eran los primeros meses. Una enorme sonrisa ocupaba casi toda su cara. Una cinta de color verde, del mismo tono que el de sus ojos, destacaba entre su cabello negro ondulado. No estaba muy morena, hacía poco que había dejado la cabaña perdida de Galicia y aún no habían descubierto lo bonita que era su piel bronceada. Llevaba los labios sin pintar, pero aun así eran de rojo carmín. De todas formas, la imagen más común de Zezé era una cara lavada alejada de esas capas de maquillaje que impregnaban de forma desagradable los rostros de los demás. Sus recursos con el maquillaje habían sido a lo largo de su carrera escasos, e incluso se empeñó en que formara parte de sus contratos. «No pienso aparecer con rímel en una escena en la que acabo de despertarme, se iría a la mierda toda la realidad de la imagen.» Lo cierto es que el único maquillaje que le hacía falta era para eliminar el efecto de la iluminación exagerada.

En un gesto estúpido, Ernesto alargó la mano hasta tocar la fotografía y murmuró «Mi pequeña Zezé». Unos meses antes de aquella imagen, en un teatro de Madrid, ella le había dicho que había elegido Zezé como nombre artístico. Se encontraban en el pequeño camerino que ella compartía con otros actores, en una de las decenas de pequeñas salas de teatro que habían proliferado por Madrid. Era de madrugada, habían pasado la tarde y buena parte de la noche trabajando en el guion. Cientos de veces se relataría que Zezé, unos días antes, había hecho la prueba para esa nueva obra de teatro de Ernesto sin haberse registrado siquiera en el *casting*. Pasó delante del teatro y, sin que nadie supiera cómo, se coló entre las demás artistas. Había caras conocidas del cine y del teatro españoles, aunque Ernesto había dejado bien claro que su preferencia eran actores desconocidos. La mayoría de quienes hacían la prueba superaban los treinta años, aunque nuevamente Ernesto había dicho que buscaba un rostro muy joven para su obra. La había escrito él, la producía él, la iba a dirigir él y, si no encontraba actor alguno, incluso la interpretaría él. Afortunadamente, no fue necesario llegar a ese punto, aunque el director solía afirmar que lo hubiera hecho mejor que nadie. Él todo lo hacía mejor que nadie.

Zezé ni estaba en la lista y se coló en un momento de despiste, cuando una de las actrices no se decidía a subir al escenario por el exceso de nervios. Cogió entre sus manos las escasas páginas del guion y lo interpretó ante Ernesto y su fiel escudero Borja. Zezé estaba espléndida con sus recién cumplidos 18 años. Llevaba una larga falda blanca de hilo con vuelo en la parte inferior. Las sandalias de finas tiras verdes combinaban con una corta camiseta del mismo color con cuello de barco. Los pendientes de aro imitando oro destacaban entre su larga melena oscura domada con una sencilla diadema. Ocupó su lugar con descaro discreto, no llegó a decir su nombre y comenzó una difícil interpretación en la que debía dirigirse al público sin que resultara extraño. La escena elegida por Ernesto no podía ser más certera.

—Las leyendas no cuentan lo que una vez les sucedió a los dioses griegos; se apagan en el momento en que los griegos dejaron de narrar sus hazañas. Sus vidas se detuvieron para la humanidad cuando se silenció la voz que las relataba para nosotros. No por ello dejaron de tener sus existencias, de seguir con sus travesuras, de guiar al mundo a su antojo y su deseo, de amarse pero sobre todo de odiarse, de tener más hijos, condenarse, embriagarse. No porque dejáramos de escucharles permanecieron sentados en su Olimpo esperando que creáramos más historias para ellos. Quisieron que les escucháramos y así seguir siendo adorados. Quisieron seguir siendo venerados y no meras piezas de museo desperdigadas por todo el mundo. Quisieron seguir siendo protagonistas en el planeta, que cada pueblo rindiera honor al dios que le pertenecía. Quisieron tantas cosas que en su empeño por lograrlo fracasaron estrepitosamente y la furia de Zeus se hizo sentir en todo el Olimpo.

»En su búsqueda de protagonismo, comenzaron las luchas por el poder. No siempre había sido Zeus el dios gobernante y había indicios de que aquella situación podía cambiar. Antes que él, su mismo padre Crono gobernaba con mano dura, incluso devorando a sus hijos por temor a ser derrocado. Un temor que provenía de la realidad: él mismo había acabado con su progenitor. Una cadena que parecía poder volver a repetirse.

»El miedo de Zeus le llevó al Oráculo y comprendió rápidamente sus enigmáticas palabras: “La antesala de la guerra debilita los poderes de los dioses. Los dioses con poderes debilitados se devoran entre sí”. Zeus, aterrorizado por la profecía, tomó la decisión de cumplir con la misma, pero a su manera. Recorrió el mundo entero en una sola noche y engañó a todos los dioses con diferentes disfraces. Todos ellos bebieron un vino que les hizo

dormir y, mientras soñaban con preciosas imágenes, Zeus tomó de ellos sus poderes y los guardó en una caja de oro.

»Al llegar el amanecer, él mismo depositó sus propios poderes en la caja y, sabedor de que ese objeto sería terrible en manos equivocadas, bajó a la Tierra. Buscó a una madre próxima a dar a luz gemelos. La encontró. La durmió. Y con el escaso poder que le quedaba ya, transformó todo el contenido de la caja en dos perlas de oro que introdujo en cada uno de los cuerpos de los gemelos no nacidos. Nunca las expulsarían, nunca se abrirían en sus cuerpos, nunca las encontrarían los demás dioses. En dos cuerpos distintos pero unidos, al menos no confiaba todo el poder a una única carta. Se alejó de la madre dormida con el disfraz de un menudo vagabundo apoyado en un bastón con larga barba blanca, pelo cano, sonrisa triste y ojos azules.

»Ese día los dioses amanecieron sin sus poderes. Ninguna guerra podía, por tanto, destrozarles. Con el poder a buen recaudo, seguirían siendo los dioses del Olimpo, siempre y cuando nadie más se diera cuenta. Guardaron silencio entre ellos sin comprender qué sucedía.

Ernesto Montalbán recordó una vez más la escena que se repetiría después en los teatros. Zezé, al contrario que las demás actrices, se había sentado en el escenario con las piernas colgando. Contó la historia en voz alta para ser escuchada, pero en un tono que parecía un susurro. Su cuerpo entero gesticulaba con las palabras en suaves movimientos, creando un perfecto unísono.

Se cancelaron las pruebas de las demás actrices, para disgusto de ellas. El gesto fue criticado y desde luego era maleducado, pero Ernesto no era hombre al que le preocuparan las apariencias y ver a otras actrices no hubiera sido más que aparentar. Zezé era la actriz perfecta, la joven que en la obra crecía sin saber todo el poder que contenía su cuerpo, la joven que tenía una hermana gemela que falleció a los pocos minutos de nacer pero que la perseguía como una sombra, protegiéndola. Una obra arriesgada por la que nadie más que Ernesto apostó. Él la escribió en apenas unos días, «como si el propio Zeus le estuviera susurrando al oído la verídica historia de su destino».

Zezé parecía mucho más joven que sus 18 años, lo que era perfecto para la obra, que retrataba la vida de la joven protagonista desde su adolescencia hasta sus veintipocos años, en que la situación se desbordaba. «She's running out again», cantó una dulce voz a la espalda de Ernesto.

* * *

Tras aquella primera representación de Zezé su fama fue imparable. El teatro fue el inicio de su carrera y no el lugar donde acabó cansada del cine, como les sucede a muchos actores. La obra gustó al público por su originalidad y por la forma en que Ernesto transmitió en una historia fantástica la realidad de las personas extravagantes, excepcionales y solitarias. Personas que buscan el amor y el encaje en la sociedad, pero que continuamente fracasan en sus intentos. Personas que se buscan a sí mismas sin encontrarse, sin saber por qué motivo son excepcionales. Personas solitarias en su interior, aunque estén rodeadas de cientos de amigos y familiares. Personas que no saben sentirse queridas, aunque lo sean. Toda la mitología que Ernesto incluyó en la historia con maestría le permitió desnudar a sus personajes ante el poder y aportar esa originalidad que nadie más habría podido. Una vez más, Ernesto triunfó solo y sin haber dudado un instante de que lo conseguiría.

La gran estrella de la obra no era él, sin embargo. Zezé deslumbró con luz propia. Enamoró a un público entregado a la dulce joven que, en los debidos momentos, mostraba su genio y su fuerza lejos de una adolescente manipulable. Era la nueva heroína de mayores, adultos, jóvenes, mujeres y hombres. Representaron la obra rodeada de misterio y sin jamás anunciar la sinopsis. Lograron que los medios de comunicación, inexplicablemente, tampoco destriparan la historia, aumentando la curiosidad de espectadores que en pocas ocasiones eran decepcionados. En una hora y media de actuación sentían ilusión, sorpresa, empatía, tristeza, alegría, rabia y, el toque que tanto gustaba a Ernesto, miedo. Pizcas de terror dispersas en oscuras escenas, tan difíciles de conseguir en el teatro. Nada de sobresaltos, nada de sangre fría: miedo puro. La representaron durante tres meses en Madrid, agotándose las entradas en las primeras semanas, y, de forma excepcional, un mes en Barcelona. Ernesto se negó en redondo a ampliar el calendario. Al ser el productor, nadie podía llevarle la contraria y no permitió que nadie más la representara. Quería que, desde el primer momento, fuera una obra mítica.

A pesar de su enorme orgullo, a Ernesto no le molestó que el gran peso del éxito de la obra recayera en Zezé. Inmediatamente, se convirtió en su agente, rol nada habitual en un director y productor de su talla. Dejó su carrera de lado para centrarse en la de ella, siendo su sombra desde el mismo momento en que completó la prueba. No faltó quien viera malas intenciones en ello.

«I don't belong here, I don't belong here», finalizaba la canción de jazz. Ernesto mantenía la fotografía de Zezé en su mano izquierda y el vaso de ginebra vacío, a excepción de dos hielos deshechos y una rodaja de pepino, en la derecha. Estaba cansado de atormentarse a sí mismo y de una versión edulcorada de *Creep*. Decidió escuchar la original mientras se duchaba y se despejaba del alcohol.

Elena, de profesión disfrazada

—¿Nivel de inglés?

—Alto, muy alto. Estoy acostumbrado a tratar con clientes internacionales.

—¿Me podrías, por favor, comentar tu última experiencia laboral en inglés? —Le delatan primero los ojos, esa expresión de sorpresa. Después se lleva las manos a la nuca y se la frota concienzudamente. «Saca brillo, tú saca brillo que cerca tienes el cerebro y tal vez te venga la inspiración divina», piensa Elena entonces. Con la mirada perdida coloca las manos encima de la mesa, los dedos entrelazados. Este hombre está sudando la gota gorda y remata la situación poniéndose rojo como un pimiento morrón.

—Yes..., well..., I did work... you know... as said... Buf, yo es que me pongo muy nervioso hablando inglés —se sincera—. Si no estoy nervioso, hablo muy bien, pero así con la entrevista y tal..., buf, me pongo muy nervioso. —Él sonríe, ella le sonríe. Más bien le dedica una sonrisa falsa, levanta los labios en una burda mueca mientras por dentro está pensando qué hace aquí encerrada en una sala con este hombre. Quiere irse, pero solo lleva diez minutos de entrevista. Mira el reloj con impaciencia y le dedica otra sonrisa más falsa aún.

—Como indicábamos en la vacante, un nivel de inglés muy alto es fundamental.

—No, si yo hablo muy bien cuando estoy relajado...

—Sí, no te preocupes. Por mi parte, no tengo más preguntas. ¿Hay alguna pregunta que quieras hacerme? —El candidato la mira con odio porque sabe que ni siquiera es finalista. Unos meses atrás ella hubiera alargado la entrevista durante al menos quince minutos más, por cortesía. La máxima es que el candidato se merece como mínimo treinta minutos de dedicación. Son personas que entran en la sala con la ilusión por delante, quieren demostrar que son los mejores para esa vacante y sus nervios les traicionan tan lastimeramente que no hay vuelta atrás. Ella siempre deja pasar esos treinta minutos de entrevista, los candidatos se lo merecen. Algunos han estado una hora en el metro de Madrid para llegar a las oficinas, otros no han dormido en

toda la noche, otros han contado a medio barrio con emoción que tienen una entrevista. Dejarles ir en diez minutos es mezquino. Pero a Elena hoy no le apetece ser políticamente correcta. Hace tiempo que se hartó de ser políticamente correcta.

—No..., yo lo único que quiero aclarar es que usaba mucho el inglés en el trabajo y tengo un nivel muy alto, pero me da vergüenza hablar.

—Gracias. —En una entrevista llegó a equivocarse y a Antonio le llamó Mario. Ese día había entrevistado a ocho personas y la cabeza le daba vueltas, pero el error desde luego es muy desagradable para un candidato. Elena tiene que repetirse en ese instante que los candidatos vienen con la ilusión de ser los elegidos, de mostrar lo mejor de sí mismos. Algunos llevan meses o incluso años en paro, están desesperados porque no encuentran solución alguna a su situación. Se aferran erróneamente al entrevistador como un clavo ardiendo, le ven como el salvador. Algunos también le ven como el enemigo. Creen que el entrevistador quiere encontrar sus puntos débiles para echar su currículum a la basura, triturarlo para que no quede constancia de que llegaron a pisar ese edificio.

Lo que no comprenden es que el entrevistador se toma a cada uno como una salvación. En cuanto entran por la puerta piensa que este será el definitivo, la persona que contratarán y mañana no será necesario hacer más entrevistas. Ellos creen que la entrevista es para eliminarles; el entrevistador desea que sea para contratarles. Qué equivocados están. Ojalá algún día pudieran estar en este lado de la mesa y la comprendieran.

—La empresa de trabajo temporal se pondrá en contacto contigo para informarte sobre los próximos pasos. —Elena también aprendió que era mejor no intentar recordar de qué empresa de trabajo temporal vienen. Lo mejor era simplemente referirse a la ETT, en general.

Pero la respuesta le molesta al candidato. Lógico. Diez minutos de entrevista significa fracaso total y falta de respeto. Se levanta bruscamente y se dirige a la salida sin mirar a Elena, dándole la espalda. Ella le sigue hasta la puerta y le alarga la mano, pero él ya está fuera.

Pero qué esperaba el pobre chico. Si no puede hablar en inglés durante cinco minutos, difícilmente podrá hablar a las ocho de la mañana por teléfono con un proveedor chino que no se hace entender para negociar el precio del material. Pero la mala es la entrevistadora. Elena siempre es la mala, haga lo que haga. Antes, no. Antes era la dulce Elena. Nunca una voz por encima de otra, nunca una palabra malsonante, nunca un ataque de autoridad, nunca ser

políticamente incorrecta, nunca mirar mal. Hasta que se hartó de que le tomaran el pelo. Se hartó de ser demasiado joven, de ser demasiado dulce y buena. Acabó cansada de sí misma, asqueada por poner la sonrisa cuando quería morder. Algo ha cambiado en los últimos tiempos y ya no le pasa eso, ahora solo gana enemigos por momentos. Pero ahora tampoco es Elena.

Se ha quedado sola en la sala, en una soledad hiriente. Una persona ha salido de la estancia odiándola tanto que ni ha querido darle la mano. Se supone que su trabajo es bonito: contratar a personas, seleccionarlas porque encajan en el puesto, con el manager, con la cultura de la empresa. Pero la realidad es que de las más de cien personas que contacta en cada proceso solo una consigue la vacante. Noventa y nueve enfadados frente a uno feliz.

En ese momento tiene 29 años y está en uno de los mejores momentos de su carrera profesional. Sentada sola en la sala de reuniones, no sospecha que dentro de unos meses hará la maleta, dejará el trabajo, viajará por el mundo y tiempo después se instalará en Garzúa. Mantendrá una íntima relación fraternal con Lucas y se sentirá derrotada cuando desaparezca.

Pero esa vida de Elena no existe en esa sala, no es ni siquiera una posibilidad en la cabeza de esta exitosa profesional. Es tan solo un germen, un pequeño germen que tal vez comenzó a nacer después de esa misma entrevista, o tal vez venía de mucho antes. Elena está en ese momento sola en la sala de reuniones, garabateando en su cuaderno con un portaminas. En la parte superior de la hoja ha indicado la fecha de ese mismo día y el nombre del candidato. Un poco más abajo, en mayúsculas, ha escrito NO ENGLISH. Si alguien leyera algún día su cuaderno, seguramente la denunciaría. Cuando entrevista a muchos candidatos necesita anotar datos de ellos que luego le permitan recordar quiénes eran: corbata hortera, «suje» naranja, el calvo, labios fucsia...

Ahora solo garabatea cansada. Aún recuerda que sonreía estúpidamente cuando era demasiado joven. Sin duda era una buena estrategia; si siempre hubiera mordido, no habría ascendido profesionalmente. Tiene marcada en la memoria una reunión que supuso el comienzo de su hastío. Decidió cambiar de camino y comenzó a ser la Elena que era ahora, aquella Elena que tampoco le entusiasmaba pero con la que se sentía más a gusto. Decían de ella que era fría y marcaba mucho las distancias. Cómo no iba a hacerlo.

Estaban reunidos el subdirector de Recursos Humanos, el médico de empresa, alguno más que ya no recordaba y ella misma. Elena gestionaba entonces las comunicaciones de la empresa, aún no hacía entrevistas. Los

periódicos inundaban sus páginas con la gripe A, de la que después nunca más se supo. Pero en ese momento las empresas como la suya, con cuatrocientos trabajadores en un mismo edificio, tenían la responsabilidad de implantar medidas de prevención, sensibilización e higiene. Discutían cómo lograr que los empleados usaran el nuevo gel alcohólico que habían comprado e instalado en cada una de las salas del edificio. Alguien debió de forrarse con esos geles, pensaba Elena entonces. Ojalá hubiera sido yo y así no estaría aquí, solía pensar después.

Elena proponía acciones de comunicación para sensibilizar a los empleados cuando el médico no pudo evitar uno de esos comentarios que tanto aborrecía.

—Podemos poner fotos de Elena al lado de la información sobre la gripe A para que los hombres la lean. —Todos se rieron y ella mostró esa estúpida sonrisa falsa y nerviosa, sorprendida ante ese comentario completamente fuera de lugar—. El problema será lograr que las mujeres se enteren.

—Entonces ponemos dianas con la foto de Elena para que le tiren dardos mientras lo leen —contestó el subdirector de Recursos Humanos y la sala estalló en carcajadas. Ella volvió a sonreír tímidamente y siguió presentando su campaña de sensibilización.

Unos meses antes, alguien le dio su número de teléfono al taxista de la empresa. Era un hombre diez años mayor que ella, casado y con hijos. La llamó suplicando palabras inconexas mientras Elena oía a su mujer de fondo gritando. No entendió nada y solo colgó.

En otra ocasión un director la llamó un martes a las nueve de la noche diciéndole que estaba pasando por delante de su casa y que si quería ir a cenar. Cómo encontró su dirección no lo sabía. Otro día un anónimo la llamó por teléfono, pronunció el nombre de ella y le dijo cómo iba a violarla.

Elena miró la libreta y se sintió ajena a aquella empresa en la que trabajaba, sintió confusión por el momento en el que estaba ahora mismo, por los candidatos, incomprensión por lo que estaba haciendo. «Pero qué es todo esto —se preguntó levantando la vista de su libreta hacia la sala—, qué lugar es este y qué hago yo aquí.» Aún no lo sabía, pero el derrumbe de Elena ya se había iniciado y no había vuelta atrás. Salió de la sala de entrevistas y fue al baño sin tener ganas de ir, pero sus pies eran incapaces de dirigirse a su ordenador y sentarse a trabajar porque no comprendía qué sentido tendría hacer eso. Dejó su libreta, a la que solía aferrarse con fuerza y en la que escribía con letras ininteligibles con toda la intención, encima del lavabo. Se

lavó las manos y la cara, se secó y cogió la libreta. Antes decidió mirarse en el espejo.

No era una mujer guapa. Volvió a mirarse más detenidamente. No, no era una mujer guapa. Apañada, como solía decir ella, sí. Pero especialmente guapa, no, en absoluto. Era más bien bajita, de estructura delgada, pelo largo y liso rubio, ojos marrones un tanto almendrados pero nada vistosos. Labios de color rosa pálido y más bien finos. Una nariz muy pequeña y respingona. Desde que empezó a trabajar había recibido más halagos que nunca en su vida, normalmente de hombres que tenían diez años más que ella, algunos casados, otros con hijos, los menos solteros. Cuando empezó a trabajar equivocaba la reacción de los hombres. Creía que estaban siendo agradables con ella ayudándola, estaba muy perdida en la empresa. No podía imaginarse de ninguna manera que un hombre de treinta y tantos (lo que a ella le parecía entonces viejísimo) estuviera interesado en ella en lo más mínimo. Qué equivocada estaba, y cuánto tiempo estuvo equivocada. No fue hasta esa reunión sobre la gripe A, en la que cientos de diferentes anécdotas se agolparon en su cabeza para decirle que estaba harta, asqueada, horrorizada. A partir de ahí ya no hubo sonrisas forzadas o expresiones dulces intentando mantener la postura. A partir de entonces solo fue fría y distante, ganando una reputación que no le gustaba pero le hacía la vida más fácil.

Volvió a mirarse en el espejo y a reafirmar su máxima. No era guapa. Y, si no era guapa, ¿por qué le pasaban todas esas cosas? No era difícil atraer la atención de un hombre que no está a gusto con su vida personal. Eso, en primer lugar. Y, en segundo lugar, no sería guapa, pero tampoco tenía ningún rasgo que la afeara. Era normal, simplemente normal. A muchos les gusta la Coca-Cola, muchos la aborrecen. A muchos les gusta la tónica, muchos la aborrecen. Pero sin duda a todos les gusta el agua, aunque tampoco tenga un sabor especial. Eso era ella. Agua.

Salió del baño sin volverse para ver su reflejo en el espejo.

Estaba aburrida, completamente aburrida de sí misma. Ganaba un buen sueldo, tenía un trabajo que le había divertido, un grupo de amistades en Madrid, una pareja que la quería. Pero estaba aburrida.

A punto de cumplir los treinta años se sentía inmersa en una espiral que no le correspondía. ¿De qué se quejaba ella, precisamente ella? Cogió su bolso y sin avisar a nadie salió a la calle. Era pleno enero y hacía mucho frío; más para ella, que era muy friolera. Se subió la cremallera del abrigo y deseó fumar. Así tendría una excusa para estar fuera sin hacer nada. Plantarse delante

de la puerta del edificio sin más para pensar en sus cosas era extraño. Plantarse delante para echar un «piti» era normal.

La empresa estaba en un parque empresarial, aquellas zonas desangeladas llenas de edificios grandes sin personalidad, calles amplias y aburridas. ¿Era la zona aburrida o ella era la aburrida? Estaba aburrida de estar aburrida, como si fuera una niña pija a la que nada le divierte. Caminó unos pasos, con el frío aire amenazando su garganta, hacia el exterior de su edificio y unas calles más abajo. Se topó con un par de empleados que vendrían de tomar un café. Ella no quería tomar un café sola y que la vieran ahí sin más. Si tuviera un cigarro tendría una excusa, pero aborrecía, cómo no, el olor del tabaco.

En momentos como ese lo único que le funcionaba era ponerse las deportivas y salir a correr.

La duda me atrapa

Querido hermano:

Si la duda me atrapa, me envuelve y estremece, si me horroriza y persigue, si poco a poco va matándome, si me impide ser yo. Si la duda es mi perdición, mi limbo propio y mi estado. Si a cada paso que doy he de retroceder dos, o medio o ninguno. Si a cada retroceso he de añadir un adelanto, si a cada afirmación ha de seguir una negación. Si mis manos tiemblan cuando mis pies se mantienen firmes, si mi vida se escapa cuando la muerte se aleja. Y si ya no sé ni dónde me encuentro porque todo es tan lejano y a la vez cercano que no sé en qué sitio deparo. Si siento que estoy en medio del río, ni en una orilla ni en otra, con la corriente bajando y obligándome a hacer fuerza para no caer, sabiendo que tan solo doblando las rodillas tropiezo y me dejo llevar, sin pensar en qué habrá después. Si tengo miedo a flaquear y miedo a seguir en pie. Si no sé qué me mueve a continuar, pero tampoco qué me hace querer olvidar. Si me asusto a mí mismo, si a veces olvido quién soy y qué hago. Qué hago aquí o allí, en él o en ella, qué hago siendo yo. Si el mayor problema filosófico es quién es el hombre, si mi problema es saber quién soy yo en concreto. Si ya no sé cómo seguir, qué decir, cómo aceptar. Si de lo único de lo que estoy seguro, y no creyéndome Descartes, es que existe.

La duda me atrapa, me envuelve y estremece, me horroriza y persigue, poco a poco va matándome, me impide ser yo.

Lucas

9 de julio de 2014

La cárcel de Elena

Cuando era pequeña creía que todo el mundo vivía con su mamá en una celda, cerraba las puertas tras de sí, tenía los horarios estrictamente marcados, comía en un comedor grande con bandejas de metal, se duchaba en compañía y hablaba de drogas, prostitución o navajas. No eran los únicos temas, pero yo creía que eran comunes. Con los cuentos de princesas me enteré primero de que existían los príncipes, después de que había bosques, casas, castillos e incluso familias. Me chocaron los conceptos «tío», «hermano», «abuelo»... Me chocó la figura de un hombre como alguien necesario para formar una familia. Me chocó que existieran lugares donde vivían personas solas o con otras poquitas, tal vez con la abuela incluso, pero no más de seis o siete. Me chocó que se desperdiciara tanto el espacio cuando podíamos vivir cientos juntos. Son infinitas las cosas que me chocaron, pero destacaría entre todas ellas la figura del padre. Primero comprendí que los príncipes eran hombres maravillosos que enamoraban a las princesas. Pasó tiempo hasta que comprendí que los hombres eran necesarios para formar una familia. Yo creía que las familias constaban de una mujer, su hija o hijo y sus amigos.

En la guardería tuvieron que explicarme que las familias constan de una mujer, un hombre y los hijos. ¿Un hombre?, pregunté yo. Conocía el concepto de «padre», por supuesto: lo había oído decir a otros niños que tenían padres que les visitaban. Pero «padre» era una persona que te iba a visitar de vez en cuando, alguien que aparecía y desaparecía, que te quería más o menos dependiendo del caso, que era más bueno o malo, que le querías más o menos. Pero un padre no era parte de una familia; la familia somos mamá, yo y las amigas de mamá. La familia no son los cientos de personas que viven con nosotros, pero desde luego lo son más que un padre. El padre no está, ellas sí. Como con ellas, con el padre no. En mi intento de comprender qué era un padre, me acordé del príncipe. ¿Un padre es el príncipe? Sí, me contestaron. El príncipe es el padre. No, el padre es el príncipe, repliqué, como si el orden de las palabras alterara su significado. Pero el príncipe era aquella persona que enamoraba a la princesa, la salvaba, le solucionaba la vida. ¿Como la carcelera?, me pregunté. La carcelera es amiga de mamá, la ayuda cuando se

encuentra mal, a veces le hace algún regalo a escondidas; si a mamá le gritan o alguien se pelea, ella se mete en medio y salva a quien haya que salvar. No, me explicaron. La carcelera no es un príncipe. Un príncipe tampoco es del todo un padre. Un padre es una madre, pero en hombre. ¿Y para qué quieres un padre si ya tienes una madre?

Siempre fui preguntona, hasta que me negaron hacer preguntas. Hacer preguntas molesta a muchos; sonreír educadamente contenta a muchos. Ahora solo hago preguntas desde mi recién recuperada inocencia, queriendo volver atrás, a los años en que fui triste pero a la vez muy feliz.

Fui muy feliz porque de pequeño solo puedes ser feliz si te lo permiten. No nací en la cárcel, pero la mayoría de mis recuerdos de infancia se relacionan con aquella época. Estuve solo cuatro años allí, pero la experiencia fue tan intensa que marcó mis recuerdos y mi forma de actuar durante mucho tiempo. Por ejemplo, a día de hoy sigo cerrando todas las puertas detrás de mí. No me dan pavor los espacios abiertos, pero me siento más cómoda en estancias pequeñas. Relaciono el silencio con la tranquilidad después de un día monótono, la seguridad de mi celda, la sensación de que con las puertas cerradas y todos callados ya nada puede suceder hasta el día siguiente. Aborrezco comer sola, o más bien no como jamás sola. Prefiero picar cualquier cosa antes que enfrentarme a la soledad de un plato solo para mí. No me importa comer sola en un restaurante, siempre y cuando haya mucha gente. Nunca entro en uno si está vacío, como mínimo necesito ver a tres o cuatro personas si es una estancia pequeña. Me encantan los comedores. El barullo de los tenedores, los cuchillos chirriando contra el metal de las bandejas, el fuerte murmullo, el repentino silencio de tu mesa devorando los platos, las jarras de agua yendo de un lado a otro y mojando la comida a su paso con pequeñas gotas. Mala suerte si una gota grande cae en tu pan, eso sí que no tiene remedio. En las lentejas da igual, en el pan supone la condena para el resto de la comida. Me gusta oír a la gente hablar, preguntarse qué habrá para comer, adivinarlo, hacer menús un día tras otro y saber que si hoy había pollo mañana tocan croquetas. Quiero entrar en un restaurante y que me sirvan lo que hay, quiero volver a aquella rutina en que sabía lo que sucedía y yo no llamaba más la atención que cualquiera de los cientos de presas que había allí.

No todo era bueno en la cárcel. Si me gustaban el silencio y la tranquilidad de mi celda con mi madre es porque el resto del día el miedo, más o menos intenso, era constante. Era una sombra encima de mi cabeza, un

fantasma rodeándonos en cada esquina, listo para acometer el asalto y quitarme el aliento.

Mamá fue arrestada cuando yo tenía 2 años y al momento ingresó en la cárcel. No puedo imaginar mi vida durante esos dos años, pero cada vez que lo he intentado con los retazos que he oído, he tenido la certeza de que en la cárcel viví mejor que libre a su cargo. Si hubiera nacido en otro año, las cosas habrían cambiado, ya que ahora los niños solo pueden estar en la cárcel hasta que cumplen 3 años. Cuando yo estuve con mamá la ley permitía la estancia hasta los seis. En alguna ocasión me he preguntado si eso era bueno o malo. No me lo ha preguntado nadie, me lo pregunto yo a mí misma porque muy pocas personas saben que viví en la cárcel. Lo sabe papá. Lo sabe su eterno ayudante. Lo sabe mi querida Adela. Apenas hablo con papá de ello. Con su ayudante he intercambiado palabras. Con Adela he compartido mi segunda infancia, hasta que el ayudante de mi padre decidió que era el momento de separarnos. Sé que realmente fue papá quien tomó la decisión, pero me agrada más echarle la culpa a su ayudante. A él nunca le he querido. A papá le quiero, incluso le llamo «papá» cuando él no me escucha. Y ahora, Lucas, mi querido Lucas, lo sabes tú.

Te decía que nunca supe decidir si habría sido mejor que viviera con mamá en la cárcel hasta los 3 años. En ese momento papá no se habría hecho cargo de mí y habría vagabundado por casas de acogida. Tal vez habría acabado con alguna familia, pero con la promesa de devolverme a mi verdadera madre cuando ella saliera de la cárcel. Claro, pocas familias habrían querido eso. O tal vez sí. Tal vez hubiera acabado en una familia que me habría dado una educación, comida caliente en platos de cerámica en vez de templada en bandejas de metal, besos de una madre y un padre antes de dormir. Quién sabe qué habría pasado... Por eso no puedo responderme a mí misma si es mejor la ley actual, por la que los niños no pueden estar con sus madres en la cárcel más allá de los 3 años.

Lo único que sé es que yo sí lo estuve, hasta el mismo día en que cumplí mis 6 años.

Mamá ingresó al ser declarada culpable como cómplice de un asesinato cometido por un sicario, su novio. Por supuesto, yo no lo supe entonces, no tenía ni idea de lo que sucedía a mi alrededor y tardé mucho en comprender que vivir en la cárcel era una condena por algo que has hecho mal. Me enteré mucho tiempo después, cuando conseguí obtener de papá alguna información suelta. Según me contó, ellos se conocieron un par de noches y después cada

uno se fue por su lado. Ella ni siquiera le avisó, decía que no tenía forma material de contactar con él. Tampoco creo que le importara mucho. Las cosas sucedían en su vida sin que les prestara mucha atención, solo incorporándolas como podía. Lo cual no quiere decir que se esforzara por incorporar los cambios o, en este caso, por hacerse cargo de mí. Significaba solo que su vida seguía con algún elemento adicional. No seré ni la primera ni la última hija, querido Lucas, que tanto te recordará esto, que ha crecido entre basura, no ha sido alimentada como debía, ha tocado jeringuillas peligrosas y ha sido testigo de la venta del cuerpo de su madre. Podría haber sido más horrible, podría haberme enterado de lo que sucedía.

Mamá tampoco se enteraba mucho de lo que pasaba, ni le importaba ni le prestaba atención. La cantidad de droga diaria que consumía no le permitía hacerlo, y siempre he querido exculparla del cargo de cómplice de asesinato con este mismo razonamiento. Ella no quería ser partícipe de un asesinato, tan solo no sabía lo que sucedía. Me imagino que a quienquiera que escuche mi argumento le parecerá ridículo, pero yo he sido hija de una madre a la que adoraba y que me salvó de cualquier peligro en la cárcel, una madre heroína, una madre que ha sido mi mundo entero hasta los seis años, una madre injustamente idealizada y que ha sido mi única madre. La única familia que he tenido, aparte de mi arrebatada Adela y tú, el tardío Lucas.

Hay lecciones que aprendí en la cárcel y me han sido muy útiles en mi vida como ciudadana libre. Una de ellas, y no necesariamente la primera, fue que no debes hablar ni opinar de más. Una postura que resulta incómoda a una gran parte de la población te traerá problemas. Con el tiempo aprendí que entonces no cambiaría nada, con el tiempo comprendí que mi postura era cómoda e inútil, con el tiempo la cambié. Pero me costó deshacerme de esa necesidad de estar callada. Encerrada en aquel centro, se trata de supervivencia y de fuerza, no de quién tiene más razón. Mamá carecía por completo de fuerza y no digamos de una niña delgaducha como yo. Me acostumbré a no decir más palabras de las necesarias y a mirar siempre dos veces a mi alrededor antes de dar mi opinión. Alguien podría estar cerca escuchando y sentirse atacado, ofendido, aunque nada tuviera que ver con esa persona lo que yo dijera. Irritar a alguien irritable en un contexto irritador es abrumadoramente sencillo. Y mis posibilidades de ganar una batalla verbal eran cuando menos ridículas.

Así que me convertí en una persona silenciosa, callada, taciturna. En una ocasión leí un artículo sobre los niños que crecían en la cárcel. «Taciturno»

era uno de los adjetivos que nos atribuían porque estábamos sin estar. Creo que pocos periodistas podrían haber captado mejor esa esencia. ¿Cómo íbamos a sentir que estábamos en aquellos lugares? Nuestra mente necesitaba estar constantemente en otro sitio, en otros sueños, en otros cuentos, como los que leíamos y repetíamos una y otra vez.

La segunda lección, e insisto que no necesariamente en ese orden, viene un tanto ligada a esos cuentos. En la cárcel éramos muy pocos niños con pocos juguetes. No había apenas distinción entre niño y niña, apenas siquiera entre edades. Hubiera sido ridículo, nos habríamos encontrado solos mirándonos en la distancia. Jugábamos juntos con los juguetes que tuviéramos en nuestras manos y leíamos los mismos cuentos. Yo aprendí a jugar con muñecas y a querer crecer como una niña guapa, con una melena preciosa y un novio príncipe maravilloso. Pero también aprendí a querer ser un superhéroe con un traje alucinante, unos poderes increíbles, una fuerza brutal, unas ansias por salvar a todo el mundo y ser el mejor en todo. Aborrezco hasta la saciedad, sin poder evitarlo, a las niñas que solo sueñan con ser rescatadas. Adoro, sin poder evitarlo, a los niños que anhelan ser superhéroes. ¿Cómo iba a conformarme yo con ser una niña delgaducha, débil y coqueta que iba a ser rescatada si en mi cárcel no existían los príncipes? ¿Cómo iba a no considerar mis actos solo porque habría algún príncipe que me salvaría de todo mal? No podía ser esa estúpida muñeca que tenía en mis manos, tenía que sentirme como el superhéroe que recogía antes de irme a dormir.

Aprendí, mucho tiempo después, que la sociedad crea estos roles; los aceptamos como normales, creamos subconscientes, impedimos romper con la desigualdad. Aprendí, años después, que nuestro mundo está intoxicado. Aprendí que las mujeres tenemos muchas más batallas que ganar aún, la primera de ellas seguramente en ese mismo momento en que nos educan a ser pasivas frente a los niños, que son activos, que adoran la fortaleza, la superación, la emoción, la integridad. Aprendí que odio este mundo y sus malditos encasillamientos. Aun así, mi primera lección me ha impedido gritarlo a los cuatro vientos de forma combativa. Estoy orgullosa de haberlo hecho de forma tranquila, pausada, educada, sin molestar demasiado. Pero en mi fuero interno hubiera querido hacerlo como los superhéroes, gritando, luchando, revolviendo conciencias, insultando a quien no me respetara.

Y aprendí a querer a mamá y a muchas más personas a las que jamás habría querido si no hubiera tenido necesidad de quererlas. Las compañías no eran elegidas en la cárcel, llegaban sin más y las aceptabas o te aislabas.

Querer a tu madre es normal. Quererla incluso cuando descubres cuánto mal ha hecho no es tan normal. Pero cómo no querer a esa mujer tan preciosa que todas las noches me abrazaba fuertemente, me susurraba que con ella estaba a salvo y me regalaba una sonrisa siempre que me veía, aunque estuviera hundida en su mono, hundida en su depresión y su miseria. Tenía que querer a mi madre porque era lo que me daba fuerza día tras día, incluso después de salir de la cárcel.

Y al resto del mundo también había que quererlo. En el mundo normal eliges con quién quieres estar y sueles apartar de tu lado a quien te disgusta o no es parecido a ti. Como en la cárcel tienes pocas opciones, yo aprendí a querer a todas las personas que querían que las quisieran, ya que no todos quieren ser queridos. Pero si me daban ese margen, yo me sentía cómoda en su compañía y la disfrutaba desde mi silencio. Me fijaba solo en lo positivo y desechaba lo negativo, al contrario de lo que solemos hacer. Si observas a las personas, lo común es que, cuando se encuentran con otra, hagan su primera e instantánea evaluación. Me cae bien, me cae mal. Si es la primera opción, no dejarán de revisar todas las actitudes que demuestran que esa persona se ajusta a sus valores y a sus gustos. Si es lo contrario, solo se fijarán en las negativas. «Toma café con tres cucharadas de azúcar..., ¿cómo puede cuidarse tan poco y ser tan inconsciente?» Todos sus pensamientos reafirmarán su opinión. Yo solo puedo formarme una opinión al principio y de forma inconsciente: «A ver qué es lo que nos gusta a los dos para jugar, para hablar, para matar el tiempo juntos». Algunas veces, por supuesto, la química no existe. Tardo en descubrirlo, sin embargo.

Mi última lección fue la más dura y la que marcó todas las anteriores. Somos seres débiles. Es posible que fuera la primera lección que aprendí en la cárcel, pero en mi mente figura como la última y a la que todas las demás están supeditadas, como una nube negra que engulle cualquier pensamiento que encuentre en su camino. No importa qué objetos punzantes y peligrosos quiten a los presos, nuestros cuerpos son profundamente débiles. Una piedra puede hacerte un corte desde la pelvis hasta el pubis con una profundidad de cinco centímetros y requerir diez puntos de sutura. Unos dedos malignos, cuando estás dos minutos lejos de tu madre, pueden penetrar maliciosamente donde jamás creíste, con 4 años, que se pudiera entrar.

Y así, en la cárcel, construí la persona que soy a día de hoy. Nací en una cárcel. Crecí en una cárcel. Y estoy convencida de que moriré encerrada en la cárcel de Elena.

Olfato

Tumbada en su cama, Zezé se trasladó a aquel rodaje en Marruecos. Le llegaron, una vez más, los fuertes olores que la habían invadido. Llevaba puesto un pañuelo negro al estilo musulmán, cubriéndole el cabello y la mitad inferior de su rostro. Con sus enormes gafas de sol consiguió pasar desapercibida, sobre todo porque no se la esperaba en Marrakech hasta un par de meses después. Nadie podía sospechar que estaría ahora allí paseando como una turista más.

Antes de adentrarse en el mercado, ya había sentido los fuertes olores de la ciudad. El polvo penetraba en su nariz y su boca a pesar del pañuelo, asentándose en sus pulmones. Percibió también un insistente aroma que no supo describir, una mezcla de olores que se colaban en ella y se transformaban en sabores distintos en su boca. El habitual olfato avisado de Zezé era una condena, pero en aquel lugar suponía que iba a ser una tortura.

Delante de ella se extendía el mercado; detrás de ella, la amplia plaza Yamaa el Fna, y en algún lugar, a cierta y discreta distancia, su guardaespaldas. Había querido viajar sin él, pero su compañía le daba una seguridad que necesitaba. También él tenía un olor característico. Cuando le recibió esa mañana, inspiró el aroma de su loción de afeitar e inmediatamente se sintió más tranquila. Era la primera vez que recorría una ciudad sola, y encima intentando pasar desapercibida.

Los turistas la adelantaban por todas partes, pero dentro de las estrechas calles del mercado descubrió que el tráfico podía empeorar aún más. La invadió una explosión de olores, mezcla de los de todos los puestos. Las especias se exhibían como trofeos junto a pastas típicas de la ciudad; en otras tiendas, carnes que ella jamás probaría, perdiéndose tal vez un manjar. El olor a gasolina de las motos que se colaban entre los turistas añadía su toque especial al mercadillo, pero aún más los olores de los burros que caminaban a toda prisa entre los viandantes. «Esto es una locura», se dijo apretando el pañuelo contra nariz y boca. Lo último que faltaba eran los pestilentes, según ella, olores del pescado y del vinagre. Solo recordarlo le hizo evocarlos en su memoria y mezclarlos con las especias, las carnes, las pastas, la gasolina, los

burros, el sudor de quienes la rodeaban. Sintió que se mareaba y quiso salir corriendo del mercado, por lo que apresuró su paso para continuar hacia donde vio una calle más amplia.

En su rápido caminar, un chavalín se le acercó y le preguntó qué idioma hablaba. Ella quiso zafarse de él y de todo el mercado, pero su insistencia y su persecución le llevaron a decir que español. «Visita gratis a curtidores, todo gratis; no comprar nada si no querer, gratis, for free, gratis.» Él la cogió del brazo y por un segundo Zezé se dejó llevar, llamándose estúpida e intransigente por no poder soportar lo que millones de turistas disfrutaban todos los días con normalidad.

Salieron a una calle más amplia, dejando muy atrás el mercadillo. Con la seguridad de que su guardaespaldas la seguía, se dejó llevar por el chaval. «Curtidores..., curtidores», recordó. ¿Qué había oído de ellos? De pronto la certeza la asaltó y se paró en seco. El chico la miró y ella se tocó la nariz. «¿Huele mucho?», preguntó. «Buf, ¡apesta!», exclamó él con un mohín de nariz y tapándose la. Señaló su pañuelo y le dijo que se tapara la nariz con él.

Zezé sonrió. Respiró lo que ahora le parecía aire fresco, una vez fuera de las estrechas calles del mercado, lejos del barullo y de la gente. El niño la miró impaciente señalando el final de la calle. Zezé buscó unas monedas en su bolsillo y se las dio al chaval. «Gracias, pero mi nariz no soporta más olores.» Se dio media vuelta a tiempo de ver como su guardaespaldas la miraba con el gesto fruncido, seguramente agradecido de que no realizara la visita a los curtidores.

A pesar de todo, Zezé volvió de nuevo sobre sus pasos, llamó al chaval y con seguridad le pidió que la llevara a ver a los curtidores. No quiso recordar el olor de esa visita, aunque tuvo que aceptar que disfrutó viendo su trabajo.

Los sueños de Iván

Iván se despertó con una somnolienta Zezé en su regazo. Por fin se había dormido. Él incluso insistió en que se tomara algo, pero ella lo rechazó como solía hacer. Aunque tenía las piernas doloridas por mantener la misma posición y el cuello parecía una tabla de madera, se quedó quieto. En ese momento habría dado cualquier cosa por unas deportivas y una pista donde correr, pero no podía más que mover tímidamente sus músculos para no despertar a su mujer. Con la cara tan roja y acurrucada, le pareció que tenía diez años menos. No era una sensación nueva; siempre sentía que era mucho más joven que él, a pesar de llevarse solo un año de diferencia. Al verla así le volvieron a nacer las ganas de tener un hijo con ella. Zezé seguía negándose, decía que de momento quería disfrutar de su retiro del escenario y descubrir a qué quería dedicarse. Él le daba poca importancia: estaba en plena cumbre de su carrera y apenas tenía tiempo para pensar, aunque cada vez tenía más ganas de ese hijo que se colaba en sus sueños. En alguna ocasión incluso le asustaba que Zezé no quisiera tener hijos nunca y tan solo le estuviera dando largas. Solía espantar ese pensamiento, pero la duda no dejaba de resonar en su mente.

Su mujer hizo un gesto de levantarse. Medio abrió un ojo y le miró. «Me duele el cuello», murmuró. Iván le acarició el cabello, apartó la mitad del cuerpo de su regazo con cuidado, se levantó y la llevó en brazos a la cama. Zezé se dejó hacer, agarrándose a su cuello y amoldándose con su cuerpo a él.

Después de dejarla en la cama, apagó las luces, cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la sala de estar. Al día siguiente tenía varios compromisos y en menos de dos semanas debería volar a México para comenzar la temporada. Zezé no le acompañaría en ese estado, además de que detestaba verle en el ruedo. Se ponía nerviosa los días antes de que saliera a torear y, si estaba con él, el nerviosismo se acrecentaba. Él, por el contrario, la necesitaba más en esos días, pero el que se mantuviera alejada le ayudaba a centrarse y rendir más. Al menos es lo que se decía a sí mismo para convencerse de que era mejor que su mujer no estuviera a su lado.

Ernesto Montalbán, el manager de Zezé, podría haber estado acompañándola, pero ella había sido muy tajante. No quería ver a nadie, incluyendo a Ernesto. Su norma era «excepto Ernesto», por lo que el comentario le extrañó. Sí había percibido que Zezé le contaba todo a su manager, pero jamás le hablaba del fallecido Lucas. En alguna ocasión le hacía comentarios sobre él, a lo que Ernesto siempre contestaba frunciendo el ceño. Aunque ella hacía como si no le viera, Iván sabía perfectamente que el gesto no pasaba inadvertido a su mujer. Le carcomía el pensamiento de Lucas y la relación que tenía con ella. O no, para ser más preciso, le carcomía que su mujer tuviera un secreto con alguien y no fuera él. Lucas siempre le resultó inofensivo y la confianza que tenía en Zezé era ciega.

* * *

En el mundo del toreo, 1984 era el año marcado por el cartel de Pozoblanco. Tres matadores hicieron faena esa tarde: Paquirri, el Yiyo y el Soro. Como todo el mundo sabe, Paquirri sufriría una grave y televisada cogida, repetida año tras año en las tertulias de la tarde. Unos meses después, el Yiyo, el segundo componente de ese cartel de Pozoblanco, toreaba en Colmenar Viejo con tan solo 21 años y en la cumbre de su carrera. El joven y guapo torero asestó la estocada final al toro, pero este no se dejó matar. Envalentonado por el dolor, fue hacia su asesino con rabia, le levantó en el aire y le dejó caer. Aunque la cuadrilla salió inmediatamente a auxiliar al Yiyo, el toro no se dejó despistar. Tenía su mirada fija en el torero, volvió a alzarle con uno de sus cuernos, clavándoselo en la espalda y atravesándole el corazón. El Yiyo se soltó, o más bien el toro le soltó, caminó unos diez pasos ya moribundo y se precipitó al suelo. Suelen decir que su muerte fue instantánea, pero Iván siempre pensó que vivió con plena conciencia esos tres segundos en que se apartó del toro y caminó diez pasos de pie arrastrándose hasta la muerte.

El tercer componente del cartel, el Soro, es el único superviviente del trío de Pozoblanco.

Pero Quique creía que el trío no se debía cerrar con el Soro, sino con él mismo, ya que presencié la muerte del Yiyo cuando era pequeño en la plaza de Colmenar Viejo. Quique vio desde su asiento cómo el Yiyo controlaba al toro, se acercaba a él permaneciendo tan solo a centímetros de su cuerpo, le toreaba

y se enorgullecía. Cómo miraba desafiante al público, dueño y señor de la plaza. No olvidó nunca que él quería vivir esa sensación cuando fuera mayor. Pero aún más fuerte que ese sentimiento, durante toda su vida le acompañó la imagen del Yiyo completamente inofensivo, zarandeado en el aire como si fuera un muñeco de trapo, con un cuerno clavado desde la espalda hasta su corazón, caminando con un último soplo de vida hasta el callejón. Si su padre hubiera sido más consciente en ese momento, habría tapado los ojos a su hijo. Pero los hechos que sucedían delante de él le tenían tan absorto como a su hijo. En cuestión de segundos, el hombre que tenía un control absoluto en la plaza se convirtió en un títere inerte, en un hombre muerto. Nadie vio acercarse ese final.

Quique nunca quiso torear en Colmenar Viejo ni en Pozoblanco. Era un hombre muy supersticioso y creía que su suerte estaba de alguna forma ligada a ese cartel de Pozoblanco. Así se lo había dicho a su amigo Iván en alguna ocasión, recibiendo una burla como respuesta. Pero Iván también tenía ese extraño sentimiento, bien porque su amigo se lo había trasladado demasiadas veces, o bien porque realmente creía que algo unía a los tres toreros. El Soro había delegado su mala suerte en uno de los que presenciaron la muerte del Yiyo.

Una tarde del 2001, poco después de que hubieran recuperado su amistad y mucho antes de conocer a Zezé, Quique toreaba en Las Ventas. Antes de salir a torear, antes de darle un abrazo a Iván y decirle que tenía miedo de que Encarnita, la Peque, le pinchara con una aguja, hizo una última pregunta a su amigo. «¿Sabes qué hay en Las Ventas?» «¿Arena?», contestó Iván riéndose. Quique también se reía, pero su mueca de pronto se difuminó. «No, una estatua del Yiyo.» Se dio media vuelta en busca de un destino que tal vez conocía demasiado bien.

Igual que sucedió con el Yiyo, nadie hubiera presagiado el final de Quique.

Iván no pudo hacer nada por su amigo, aunque corrió para evitar una tragedia con destino ya marcado. Tardó en reaccionar. Era como si el lobo le hubiera asustado demasiadas veces y no quisiera meter la pata. Aquella tarde, en cinco ocasiones contadas pacientemente por el mismo Iván, estuvo a punto de saltar al ruedo para salvar a su amigo de una imaginaria embestida. No era solo el profundo sentimiento de protección hacia él lo que le impulsaba, también su actuación de esa tarde. Quique arriesgó mucho más de lo que debía, se acercaba demasiado, se desprotegía demasiado, tentaba demasiado,

se burlaba demasiado del toro. Arrancó brutales aplausos de las gradas, pero Iván no podía más que morderse las uñas y pedirle en susurros que tuviera más cuidado. Todo lo que a él le habían criticado de pequeño lo veía ahora en su amigo Quique. Siempre le habían dicho que era un insensato y esa valentía podía acabar con su vida, y ahora era su sensato amigo Quique quien jugaba cerca de la muerte. Parecía que no la temía, y menos al toro, sin tener ningún tipo de respeto a un animal que con un falso movimiento podía arrancarle la vida sin apenas esforzarse. La gran diferencia entre el toro y el torero es que al torero sí le costaba quitarle la vida, sí le era difícil y por eso no se atrevían a enfrentarse a él sin antes debilitarlo, mientras que al toro solo le hacía falta un pequeño empujón y todo suspiro habría acabado.

La quinta vez que se levantó de su asiento para salvar a su amigo de una inexistente muerte inmediata, Iván decidió tranquilizarse. Solo quedaba un último toro y en menos de diez minutos su preocupación habría terminado en un largo alivio, riéndose de sí mismo por aquel estado tan agitado. Buscó con la mirada a la novia de su amigo y la encontró hablando alegremente con una amiga sin perder de vista a su lucido torero, que en un par de ocasiones le había lanzado miradas de triunfo. Mirarla a ella tan sonriente le daba tranquilidad y le hacía sentir que nada malo podía suceder, por lo que tardó unos segundos más de lo normal en apartar la mirada de su sitio. Después solo recordaría la sosa y desagradable sonrisa paralizada de ella en silencio, antes de que los gritos de todas las personas de la plaza invadieran su recuerdo. Y aunque el orden no fue precisamente así, en su cabeza ella fue la primera en ver que Quique se estaba muriendo y después fue el resto de los asistentes quienes fueron conscientes, él incluido.

Antes de saber qué sucedía realmente, Iván ya había avanzado hacia el ruedo. Fue mientras bajaba cuando clavó la mirada en Quique. Tendría para siempre grabada esa instantánea, como si el único sentido que en ese momento tuvo alerta fuera la vista. Quique estaba en el aire con un cuerno atravesándole el esternón. El toro golpeaba hacia arriba buscando la instantánea muerte de su tormento, clavando su letal arma en un cuerpo demasiado ligero para él. Otro torero y un banderillero corrían ya hacia el toro, llegando a él cuando lanzó sin apenas esfuerzo el cuerpo inerte de Quique al suelo. Intentó, haciendo caso omiso a las distracciones, volver a elevarle en el aire, pero fracasó en su intento. El toro miró a un lado y a otro, sucumbiendo, tras pensarlo durante unos segundos que parecieron una eternidad, a la capa del otro torero. En ese mismo momento, Iván y un tercer torero llevaban en volandas el cadáver de

Quique al callejón. Su padre había cruzado de frente el ruedo sin echar un solo vistazo al toro suelto en la plaza, con la mirada fija en su hijo y la estúpida esperanza de que sobreviviría, a pesar de que no había nadie que no supiera que el chaval no estaba inconsciente. Es increíble cómo las personas son incapaces de enfrentarse a la realidad de la muerte de un ser querido. El padre de Quique relegó a Iván y pasó el brazo caído de su hijo por detrás de su cabeza. Las lágrimas le caían a borbotones y no paraba de hablar a Quique sin que Iván comprendiera nada de lo que decía. Iván sujetó las piernas de su amigo empapado en sangre y se adentraron en el callejón. La cabeza caída a un lado, los ojos cerrados, los labios llenos de sangre, la piel pálida, la arena debajo de ellos con un reguero de sangre marcando su trayectoria en aquel intento de escapar de la muerte. Sus zapatos negros pisando la arena, su camisa blanca, arremangada hasta los codos, cubierta de rojo... Imágenes que volverían a su cabeza un día tras otro, con este orden o el inverso, pero siempre con un ruido incomprensible, un murmullo alto e incoherente, gritos y palabras sueltas que no tenían sentido alguno. Hasta que de pronto solo escuchó la voz del padre de Quique preguntando a su hijo cómo estaba, dónde le dolía, gritándole que le contestara de una puñetera vez. Gritó desesperado incluso cuando una camilla recogió a su hijo y alguien intentó decirle que había fallecido. Aun así, él gritaba preguntándole qué le dolía mientras seguía a la camilla y sujetaba la mano de su hijo.

Iván avanzó con la camilla hacia la enfermería y de pronto fue consciente de la oscuridad en la que se adentraban. Se dio cuenta de que los pasos apresurados que habían dado en el ruedo se habían transformado en un movimiento pausado y lento. «Nadie piensa que pueda hacer nada por él», supo Iván. Se equivocaba. El padre de Quique, deshecho, miró al médico y le empujó cuando vio que no se movía por salvar la vida de su hijo. El médico le intentó apaciguar poniendo la mano en su hombro y le explicó que había muerto y cómo, le explicó qué proceso había sucedido en el cuerpo de su hijo para que perdiera la vida en el mismo instante en que el toro le atravesó el esternón, le explicó que hacía ya segundos que nada se podía hacer por él. Y la explicación no sirvió de nada porque el padre, con los ojos inundados en lágrimas y los labios temblando, levantó la mirada y rogó al médico, ahora sin rabia pero con miedo, que hiciera algo por su hijo, que estaba sufriendo. El médico cogió la sábana que habían colocado encima del torero y lo tapó hasta el cuello, como bajo un pequeño manto de paz. «Es para que no tenga frío, señor; venga conmigo», mintió. El padre se derrumbó en el suelo y perdió el

conocimiento, momento que aprovecharon para llevarse el cuerpo de Quique, que no quería dejar escapar.

Iván contempló la escena primero desde la impotencia de no saber qué hacer. Le asaltó el pensamiento de que Quique había muerto, pero lo apartó de un manotazo y ayudó a levantar al padre y ponerle en otra camilla. Sus pensamientos volvieron al ruedo, a ver sus zapatos negros pisando un reguero de sangre en la arena, sus brazos manchados, un cuerpo inerte... Volvió a aquel momento y ahí se quedó para fomentar la rabia que le caracterizaría como torero y como persona durante mucho tiempo.

Aquella misma noche Iván acompañó al padre de Quique al tanatorio.

* * *

La madre estaba en uno de sus acostumbrados viajes al Caribe disfrutando con unas amigas del sol caliente que no encontraba a lo largo de todo el año en España. En esos viajes solía apagar su móvil y dedicarse únicamente a la lectura de innumerables libros en la playa, acompañados de una buena bebida y unas risas con sus amigas. Buenos desayunos, comidas y cenas, poco más pedían las cuatro mujeres que disfrutaban de esos quince o veinte días como si estuvieran en el paraíso. A la madre le gustaba especialmente encontrarse a esa distancia de la profesión de su hijo, queriendo engañarse al no encender el televisor y creyendo estar tranquila. En su cabeza, sin embargo, había siempre una nube negra que le impedía disfrutar de la concentración en la lectura.

Los dos camareros mexicanos que les servían las bebidas estaban inmersos en su conversación sin apenas mirarlas. «Fue impresionante. Le lanzó al aire y le atravesó el cuerpo con el cuerno; murió ahí na más», acertó a escuchar. Hacía tres horas que su hijo había fallecido y ella estaba tan tranquila en la playa. Sabía que toreaba esa tarde en España. Miró a su amiga con la cara blanca. ¿Cómo no había llamado nada más terminar la corrida para saber si su hijo estaba vivo? ¿Cómo no había hecho esa llamada que siempre hacía? ¿Por qué había fallado ese día? Su amiga le cogió la mano y le dijo que no tenía por qué ser Quique. «¿Cómo se llamaba el torero», preguntó la amiga al camarero. «El gran Enrique, señora, el gran Enrique.» Y el mundo se apagó.

* * *

Al estar ausente la madre, con quien no dejaban de intentar contactar, fue Iván quien eligió el ataúd con el padre de Quique. Nunca se le olvidaría la sucesión de hechos de esa tarde, inconexos en sus recuerdos, pero siempre palpables. Las preguntas que les hacía el dueño del tanatorio le parecían de suma importancia, acompañando al padre de Quique en un momento en que la razón había perdido toda conciencia. ¿Qué traje le ponemos? ¿Qué ataúd es de su gusto? ¿Tienen alguna preferencia por la iglesia en que se oficiará la misa? ¿Cuántas coronas de flores van a contratar? Iván sabía que no tenían por qué tomar ellos aquellas decisiones: el padre de Quique contaba con cientos de profesionales que podían resolver ese papeleo. Pero él quería estar ahí, quería decidir sobre los últimos momentos de la vida fallecida de su hijo. «Yo les recomiendo este ataúd, es de un color más sobrio y por el tamaño del cuerpo de su hijo creo que le irá bien. Si elegimos aquel de allí, resultaría demasiado grande y se vería a su hijo muy pequeño dentro del ataúd... He hablado con el párroco de la Almudena y me ha dicho que podríamos organizar una misa multitudinaria mañana... Miren, estas coronas son muy sobrias y suficientemente grandes como para demostrar el dolor que su ausencia les causa. Si les parece, contratamos una dedicada por sus padres y otra por sus abuelos y demás familiares... Podemos dejar el ataúd abierto en el tanatorio, haremos un buen trabajo con el maquillaje: afortunadamente, no tiene heridas en la cara.»

El padre de Quique respondía a cada sugerencia o pregunta sin dejarse llevar, siendo consciente de sus respuestas y en ocasiones manifestándose en contra. «No, mejor el ataúd cerrado para que nadie le recordara así... Sí, esa corona le parecía la adecuada... Sí, la Almudena resultará un lugar especial para la misa... Por favor, cuando le pongan el traje que traerá la criada, no le hagan daño. No quiero que sufra ya más.»

* * *

Tras la muerte de Quique, la vida de Iván el Toro dio un giro de ciento ochenta grados. Hacía tiempo que había decidido volver a entrenarse como torero, pero lo hacía de forma un tanto tímida y casi debiendo convencerse de que no iba a tirar la toalla al día siguiente. Tras perder a su amigo, toda la rabia que sentía la vertió en entrenarse, en ser el mejor, en enfrentarse a un

toro como el que le había arrebatado a su amigo, en estar tan cerca, tan estúpida e insultantemente cerca, que notaba su aliento e incluso la furia e impotencia del toro, unos sentimientos que le calaban la piel y le hacían más fuerte.

Iván cedió a todos los caprichos. Todo lo que hacía lo hacía a lo grande y sin miedo. Tardó poco en convertirse en objeto de deseo, aquella posición que anteriormente había ocupado su amigo Quique. Pero si bien a Quique todos le adoraban, Iván no se granjeaba esa admiración. Decían que era un toro delante de un toro, igual de atrevido y a veces igual de estúpido. Igual de fuerte e intenso. Igual de despreocupado por su vida. En cada corrida lo daba absolutamente todo, en el límite con la muerte, sin importarle. En cada aliento daba su vida. No había mes en que no perdiera la conciencia en alguna fiesta, en que no se levantara con una o varias mujeres desnudas, en que no consumiera drogas de las que ya ni conocía el nombre. Noches que se transformaban en días llenos de rabia y asco, días en los que lo único que podía hacer era desintoxicarse en el gimnasio o con la furia de un toro delante de él.

En medio de esa vorágine conoció a Zezé. Habían coincidido en alguna fiesta, pero no era una mujer que se dejara querer en público. Solía aparecer en el *photocall*, decía algunas palabras, hacía acto de presencia en las galas y terminaba las fiestas en lugares privados alejados de las cámaras. Aquellas fiestas tenían demasiados ojos para el gusto de Zezé. Cuando se conocieron, ella tenía 25 años y él 26. Él colmaba portadas de España y alguna de México; ella, del planeta entero. Él era conocido como uno de los toreros que podían llegar a despuntar; ella, como la mejor actriz española del mundo y una de las mejores de todos los tiempos. Zezé tenía dos Óscar bajo el brazo que miraba con mimo: elegía con cuidado las escasas películas que interpretaba, era un referente de elegancia y trajo consigo la vuelta al Hollywood de los años cincuenta, años en que la magia del cine hacía soñar a millones de personas. Alejada del Hollywood actual que aborrecía, muy distante de sus fiestas, actitudes y sucios tejemanejes, Zezé dominaba desde el cielo todo su mundo. Por el contrario, Iván estaba inmerso en un pequeño y casposo Hollywood español, rodeado de quienes querían elevarle a lo más alto a condición de aprovecharse de él, con la fama de seductor depredador que él mismo había querido crearse, presente en todas partes, intenso en todo momento. Era un toro, un terremoto, frente a una discreta y elegante actriz de talla mundial que ya había dejado su huella en el cine para la eternidad. Un efímero juguete de la

fama frente a la eterna belleza y el magnífico talento de una elegancia innata. Aparentemente, solo les podía unir que él también tenía talento.

Zeze nunca le miró por encima del hombro, pero él sabía cuál era su posición frente a ella. No importaba cuántas bellezas y modelos hubiera conocido, ninguna podía hacerle un ápice de sombra a la impactante Zeze. Fue ella quien se acercó a él para felicitarle por uno de sus últimos éxitos y alabó su valentía, le sonrió y entablaron una conversación sobre la nada. Iván quiso al principio hacerse notar, pero ella no le daba pie. No quería conocer sus innumerables éxitos ni que alabaran los de ella, solo quería tener una conversación normal y tranquila, una conversación terrenal sin necesidad de ponerse por encima de él o al lado siquiera. Fueron unos minutos, solo unos cortos minutos, pero Iván se dio cuenta de lo equivocado que estaba en todos los sentidos. Si creía que para llegar a Zeze debía ser más que ella, no había comprendido nada.

Coincidieron en otro evento tiempo después. Iván había leído todo lo que pudo sobre aquella mujer que no podía quitarse de la cabeza y creyó comenzar a comprender por qué era tan discreta. Él, en el lado opuesto, buscaba que todo sucediera sin control y a lo grande para no detenerse a observarlo. Ella, con su discreción, podía vivir su vida sin tener que detenerse a observarla.

En el segundo encuentro, Iván quiso compartir más minutos con la misteriosa Zeze, y ella, extrañamente, se dejó querer. Hubo un tercer encuentro en el que Zeze no mostró el más mínimo interés por Iván, casi le dio la espalda como fuego que quema. Iván resopló su egoísmo y buscó compañía que, al menos en apariencia, tranquilizara sus ansias. El cuarto encuentro fue el de antiguos amigos que se dedican unas banales y vacías palabras de reencuentro. En el quinto, él se ofreció a acompañarla a casa. En total habían transcurrido dieciocho meses desde que se vieron por primera vez, apenas más de doscientas palabras intercambiadas, muchas miradas encontradas, muchos sueños no confesados.

La mala fama de Iván le siguió persiguiendo tras ese encuentro en el que los dos pasaron la noche juntos sin que nadie más lo supiera. Las amantes del Toro se contaban por cientos y miles, al menos eso decía la prensa del corazón, incapaz de encontrar a la mujer que le escondía por las noches. Zeze se mantenía al margen de aquella habladuría, pero no siempre pudo controlar los celos que la embargaban cuando algunas modelos se lanzaban abiertamente a los brazos de su amante. Era ella quien quería que se mantuviera en secreto la relación, arrepentida de haberse enamorado de alguien tan brusco en

aparición como ese torero. Pero en la intimidad Iván no era más que un hombre deshecho y perdido, alguien que buscaba la mano de Zezé con esas ansias que antes empleaba en perderse a sí mismo. Ella comenzó la relación como un juego e incluso pensando que podría ser un buen capítulo amoroso en su superficial vida, un nuevo amor que podía levantar un interés de los apagados años cincuenta madrileños. «Actriz famosa enamorada de torero famoso.» «Eterna pareja del celuloide español.» Pero poco a poco, esa superficialidad que la caracterizaba, o más bien esa distancia que siempre quería imponer a quienes la rodeaban, se fue haciendo más y más vulnerable. Los modelos que rodeaban a su torero empezaron a ser una molestia, la indiferencia que él quería mostrarle en ocasiones para no caer en sus redes comenzó a herirla, sus propios sentimientos hacia él fueron una cárcel creada por ella misma.

El primer año en que fueron algo (para ser precisos, casi la mejor palabra sería «amantes») fue convulso. Ninguno de los dos quería aceptar que necesitaba al otro por encima de cualquier otra cosa. Iván no quería aceptar que en realidad era el hombre que era solo en brazos de Zezé. Zezé no quería aceptar que se hubiera podido enamorar de quien iba a ser solo un bonito capítulo amoroso de su vida superficial. Pero cuando ambos estaban demasiado empañados por la piel y el perfume del otro, cuando las miradas de comprensión dejaban de lado la rivalidad por la relación, cuando los abrazos nocturnos separaban los miedos de cada uno por desnudarse, cuando él apagaba los celos de ella con palabras sinceras, cuando ella apagaba la sensación de él de que nunca alcanzaría una estrella tan lejana haciéndole sentir que estaba a su lado, cuando dejaron de luchar y comenzaron a sentir que solo existía ya uno, se dieron cuenta de que su primer año de relación había sido tan doloroso que dejaría una huella difícil de borrar en sus pieles.

Iván aprendió a ser feliz y tranquilo con Zezé, aprendió a amar como jamás había amado a nadie. Aprendió que Zezé le amaba como era y no le pediría que cambiara nada de él, incluso si le hacía daño. Comprendió que, en una relación, cuando uno de los dos debe pedir algo al otro, ya ha llegado tarde a su necesidad. Comprendió que debía escucharla y entregarse a ella si quería ser feliz, comprendió que no debía ocultarle nada, ni un ápice de sus sentimientos, de su forma de entender la vida, de su modo de actuar. Ella le quería cuando se comportaba como aquella bestia llena de rabia, cuando buscaba con afán ser el mejor; le amaba cuando volvía a su cama cada noche para abrazarla y dejar de sentir todo aquello. Iván comprendió que nadie le

podría llegar a querer con tal sinceridad y entrega sin pedir nada a cambio. Y con esa comprensión dejó de necesitar la rabia.

Iván era para Zezé el mayor deseo que tenía desde que la cárcel la atrapó. Zezé conoció la calma y la protección, el sentirse amada. Y entregó a Iván el amor más puro que una persona pueda dar.

Por ello, tantos años después, el sueño de Iván era tener hijos con ella.

Por ello, tantos años después, una única cosa podía evitar que ese sueño se cumpliera: Iván sabía quién era Zezé, pero no quién había sido.

Elena y Zezé ocultan secretos

Dejé los relatos que había leído en la misma mesilla donde le había contado a Zezé que mi hermano Lucas había muerto. Los había ido recogiendo de distintas partes de la librería, de libros y cajones. Eran las once y apenas me había dado cuenta del paso del tiempo. En un momento de la noche, inmerso en mi lectura, me di cuenta de que la oscuridad se cernía sobre mí y apenas podía ver. Me levanté, busqué el interruptor, aún poco acostumbrado a aquella estancia, y continué con la historia que Lucas había escrito. Había leído sobre la infancia de Elena en la cárcel y la cicatriz que le marcaba el cuerpo. Había leído que trabajaba en Recursos Humanos antes de mudarse a Garzúa y que era una persona que vivía con miedo. Había conocido la leyenda de Garzúa, con un reloj parado y un hombre roto por la traición de su mujer andaluza. Se había presentado ante mí el padre de mi hermano Lucas, otro hombre roto en su día por otra andaluza. Había descubierto la relación de mi hermano con Zezé y su deseo de que nunca hubiera existido y, aunque yo no lo sabía en ese momento, Zezé sentía la pérdida de Lucas junto a un marido que no dejaba de recordar la muerte de su mejor amigo. Un marido que cancelaba sus compromisos por quedarse al lado de su mujer, con la que deseaba tener hijos sin aún conocerla del todo. Una joven y antigua actriz que había dejado de lado su carrera tiempo atrás sin motivo aparente. Una mujer que tenía un representante del que no quería saber nada. Un representante, a su vez, malhumorado con el mundo entero.

Pensé que sería ya muy tarde para salir a tomar algo, seguro como estaba de que Garzúa no tendría mucha vida a esas horas. Cuando me levanté, dudando aún qué podía comer, vi en el reflejo del escaparate una persona y un perro. He de reconocer que me asustó la visión, pero enseguida reconocí a Elena con Chapas observándome con curiosidad. Abrió la puerta con naturalidad y una enorme sonrisa.

—Lucas solía trabajar mucho, pero te aseguro que le llevas ventaja. —Le devolví la sonrisa y me di cuenta de que no se atrevía a cruzar la puerta por Chapas.

—Pasa, pasa, estoy seguro de que Lucas no tenía inconveniente en que Chapas se paseara por la tienda.

—La verdad es que hasta tenía que reñirle por dejar a Chapas subirse al sofá. —Quise preguntarle por sus recuerdos en la cárcel y estoy seguro de que abrí la boca para hacer la pregunta, pero me arrepentí al instante. ¿Era ella de quien hablaba Lucas? Me encajaba tan mal. Ella vio mi expresión y me animó con un gesto a continuar.

—No sé qué cenar ni dónde... ¿Hay algo abierto en Garzúa a estas horas?

—Casa Elena tiene una comida maravillosa, ¿te animas?

—Por supuesto, me muero de hambre. ¿Dónde queda? —Ella me guiñó un ojo mientras se encorvaba para acariciar a Chapas.

—Es mi casa, estúpido. —Me insultó con tanta naturalidad y cariño que no pude menos que sentirme agradecido por la confianza que eso demostraba. No podía imaginarme un mejor plan, aunque debía morderme la lengua para no preguntarle por todo lo que me carcomía por dentro.

Recogí mi chaqueta y la seguí a la calle, cerrando la tienda con las escasas medidas de seguridad que tenía Lucas. Pensé entonces que debería aumentar esa seguridad y buscar mejor aquel libro tan valioso que había olvidado por momentos. La lista de tareas se agolpaba en mi cabeza y mi habitual urgencia por acaparar todo se transformó de pronto en una sensación de calma y tranquilidad, como si el mundo pudiera esperar a que yo tuviera tiempo para abordarlo.

—Creo que Zezé se ha acercado a verte, ¿verdad? —preguntó Elena tras un breve silencio del que apenas me había percatado, inmerso en mis pensamientos.

—Sí, ¿cómo lo sabes? Me quedé impresionado cuando la vi: ¡Zezé! Lucas jamás me dijo nada. ¿Tú la conoces? —Elena volvió a sonreír, su gesto más habitual, y me miró con ternura. Para ella Zezé debía de ser como cualquier otra persona, debía de estar acostumbrada a su presencia y en absoluto la intimidaba. O eso pensaba yo.

—Zezé siempre impresiona. No, yo apenas la conozco. Es muy reservada, aparte de Lucas no tenía trato con nadie más en el pueblo. Sabíamos que venía y en alguna ocasión se mostraba cercana y firmaba autógrafos, pero todos teníamos ese acuerdo tácito de mantener la confidencialidad con ella. No avisábamos a la prensa de su estancia y a cambio ella nos regalaba su escasa y lejana presencia. En el pueblo la adoran, es como nuestro pequeño y oculto tesoro. Normalmente llegaba con su chófer a

casa de Lucas, a veces avisando con solo un par de horas de antelación, cerraba ella misma la tienda y se enfrascaban en largas conversaciones hasta el anochecer o hasta el día siguiente. Lucas le preparaba la comida, la cuidaba y la escuchaba. Creo que había pocas personas en este mundo a quienes él quisiera más que a Zezé, y a la inversa también. Zezé con él se debía de sentir libre, desnuda de todos los disfraces que vestía para sus películas y para la interpretación de su vida de cara a la galería. Sé que pocas personas la conocían tanto como Lucas, de ahí también los recelos que a veces ella tenía por si él hablaba de más. No es que desconfiara de Lucas, no me malinterpretes, pero me imagino que cuando alguien guarda tantos secretos de ti mismo te preocupa que esos secretos ya no estén solo en tu cárcel.

—Y me imagino que Lucas a ti no te los contaba...

—No, en absoluto. Es posible que sepa un poquito más de lo que debiera, pero Lucas nunca la habría traicionado. Lo que sé, en realidad, no es por Lucas. Al principio yo también me unía a esas conversaciones y tuve algo de confianza con Zezé. —Casi se interrumpió a sí misma de forma abrupta, buscando cómo salir de aquella confesión en la que libremente se había adentrado—. No es que dejara de verla o sucediera algo, simplemente me di cuenta de que Zezé necesitaba a Lucas para ella sola. Al final, todos los que le conocimos necesitábamos a Lucas para nosotros solos. Incluso su padre. —Habíamos llegado a la plaza de la iglesia y sin apenas respirar entre una frase y otra señaló el reloj, queriendo zanjar el anterior tema con rapidez—. ¿Te han contado la historia del reloj?

—Sí, ¿qué hay de cierto en ella?

—No sé, son habladurías románticas. Incluso Ernesto Montalbán rodó una película sobre esta historia.

—Ernesto es también el curioso manager de Zezé, ¿no? —Elena se ruborizó durante unos segundos y noté que su paso se había ralentizado.

—Sí, así es —comentó con la voz baja, casi para su cuello. Pensé en la conexión: Ernesto había rodado una película sobre este pueblo y era el manager de Zezé; Zezé visitaba este pueblo y hablaba con mi hermano, con quien no tenía ningún tipo de unión. Había alguna conexión que me perdía, pero no sabía cuál y, claramente, Elena no iba a ayudarme.

—¿Por qué viniste a Garzúa? —le pregunté en la entrada de su casa.

—Típica historia. Vivía en Madrid, me agobié con el trabajo, con mi pareja, con mi vida y huí. Garzúa es el lugar de encuentro perfecto para los que nos hemos cansado de nosotros mismos.

—¿Lucas también se había cansado de sí mismo? —¿Cómo era posible que yo tuviera que hacer esas preguntas sobre mi propio hermano? Recordé el momento en el que me enteré de que Lucas llevaba un tiempo asentado en este pueblo y estaba montando una librería. Jamás me pregunté por qué lo hizo, simplemente acepté que era una decisión normal en su curiosa vida. Ahora me preguntaba qué le había llevado a establecerse tan lejos de casa—. ¿Vivía aquí el padre de Lucas y por eso vino? —La mera pregunta me hizo daño. El padre de Lucas era mi propio padre, no podía haber otro. Y, sin embargo, sí lo había, era real y yo había hablado con él, estuvo en el funeral y se ocultó. Tenía una relación con mi hermano más cercana de la que nunca tuvo mi padre con él, vivía en el mismo pueblo que él y estaba cerca de su hijo, no a más de quinientos kilómetros como nosotros. ¿Quién era el verdadero padre?

—No, él se mudó aquí después de encontrar a Lucas.

—¿Cómo se conocieron? —Al momento me arrepentí porque mi primera pregunta era qué hacía Lucas en Garzúa y ahora desviaba la atención. Entramos en casa de Elena, un hogar cálido con vivos colores, lámparas de estilo árabe, estanterías en los pasillos con interminables pilas de libros. Una de las paredes de la sala de estar estaba repleta de fotografías, retratos en su mayoría, unas veinte fotografías enmarcadas y colgadas en la pared en un ordenado caos. El resto de las paredes estaban decoradas por algunos cuadros; uno de ellos, una imagen en blanco y negro de una calle inundada por edificios en ambos lados, un solitario hombre caminando de espaldas y la sensación de que aquello debía de estar sucediendo por la noche. En la pared contraria, un vivo cuadro de Don Quijote con Sancho llamaba la atención.

—Fernando siempre supo dónde estaba su hijo. Siguió a Lucas desde la lejanía y cuando se instaló aquí vino a visitarle. Tampoco vive aquí todo el año; por temporadas alquilaba una habitación en el hostel y pasaba algunos días con Lucas. Él es gaditano y el tiempo húmedo de Asturias no es su preferencia, desde luego. Lucas le pagaba la habitación, la comida, le daba dinero... Fernando sobrevivía gracias a su hijo, la verdad. —Aunque Elena no quería hablar, su entonación denotaba realidades. Deduje que el dinero que Fernando obtenía de su hijo no le parecía justo. ¿Sería Fernando un sacacuartos? ¿Vendría a Garzúa a aprovecharse de su hijo ahora que él tenía dinero? Elena se sentía cada vez más incómoda con mis preguntas; su expresión corporal de brazos cruzados era algo más que una insinuación.

Elena preparó unas deliciosas verduras a la tempura e intenté ayudarla, pero reconozco que solo me dejó servir como pinche. Al menos pude poner la

mesa, llevar los platos y, una vez terminamos, recogerlos. Después de las verduras calentó un guiso de ternera estofada que había preparado para comer ese día. Durante la cena hablamos de ella, de mí y de Garzúa. Siempre en presente. No mencionamos nuestro pasado ninguno de los dos, como si hubiéramos comenzado a existir en ese pueblo y solo nos interesara lo que sentíamos ahí, lo que nos gustaba, lo que nos dejaba de gustar, lo que sabíamos y queríamos hacer, lo que podíamos hacer juntos. Por primera vez no me sentí juzgado por quién había sido o qué había hecho, sentí que tenía la opción de ser una persona nueva, sin pasado alguno pero con mucho futuro por delante. Podía ser la persona que quisiera sin que mi pasado perturbara mi presente.

Aun así, no pude evitar ver a Elena como aquella niña que había crecido en una cárcel con su madre. Intentaba que la imagen se alejara de mi mente, pero se colaba constantemente en mi inconsciente. Qué equivocado estaba.

Cuando pasadas las tres de la mañana volví andando a casa, cambié de pronto de opinión y de rumbo, dirigiendo mis pasos a la librería en vez de a la casa de Lucas. Elena me había dado la opción de ser quien yo quisiera sin preguntarme por mi pasado, pero mi estúpida actitud se empeñaba en desvelarla sin devolverle esa opción. Me carcomía la curiosidad por su pasado, por aquella cárcel que estaba en el listín telefónico de Lucas, por aquella cárcel sobre la que escribió. Así que, sin saber muy bien dónde buscar, revolví en los libros de Lucas una vez más. Encontré tantas historias, tantos recuerdos bien guardados entre esas páginas, palabras agolpadas unas tras otras, dejando por escrito para siempre lo que esas personas habían vivido, con o sin el consentimiento de Lucas. Las leía por encima y descartaba las que no eran sobre Elena o Zezé, llegando a crear un pequeño montoncito a mi alrededor. Algunas de ellas ya las he incluido en este diario, otras las descubrí esa misma noche o en otros momentos y aquí están también.

A pesar de lo tarde que era, me enfrasqué en una de ellas.

Felicidad, qué bonito nombre tienes; felicidad, vete tú a saber dónde te metes

La decisión de Elena de dejar su trabajo no fue repentina. Iba acompañada de una frustración en su propia vida personal, como suele suceder cuando las cosas no van bien en el trabajo. Elena se consideraba una persona feliz, tenía una pareja estable, muchos amigos en los que apoyarse, una familia que la quería, un trabajo en el que ganaba un buen sueldo, aficiones como el teatro, la literatura y el deporte.

Aun así, un día Elena se despertó pensando que nada tenía sentido. Una sensación que no la había embargado antes de pronto se instaló en ella y, más concretamente, en su corazón, como si fuera una espina de hielo. Eran las cuatro de la mañana y había tenido un sueño muy desagradable, estaba empapada en sudor y la camiseta se le pegaba a la piel. Era febrero y fuera del edredón hacía frío, pero se obligó a levantarse para ir al baño. Medio dormida, dando tumbos, salió de la habitación, encendió la luz del baño, entrecerró los ojos y esperó a acostumbrarse a la estancia iluminada. Cerró la puerta tras de sí. Al tener la camiseta mojada de sudor, sintió frío y se la quitó. También los pantalones del pijama. Se miró desnuda, únicamente cubierta por la ropa interior, en el espejo. Se le marcaban las costillas. Al mirar su cara, sintió tristeza. Había llorado en medio de la pesadilla y tenía los ojos rojos. «¿*Qué te pasa?*», se preguntó. Se sentía muy triste, profundamente triste. «Será por el mal sueño que he tenido —se dijo, aunque haberse despertado no le quitaba de encima esa sensación—. Vuelve a la cama, te vas a congelar.» Una fuerza superior a ella rechazaba volver. No quería. No podía. «¿Qué has soñado», se preguntó. Recordó algunas imágenes del sueño y poco a poco pudo recomponer qué había sucedido en su inconsciente durante la noche. Soñó que era una mujer triste a quien no le agradaba su vida ni le encontraba sentido. Quería desaparecer y huir, pero no sabía adónde. Quería estar lejos de su pareja, lejos de su casa, lejos de su trabajo. Era una mujer que se daba cuenta de que había llegado a su límite y que sus esfuerzos por ser feliz se habían tropezado con la realidad. No era feliz con su abrumador éxito. Soñó que no era una mujer feliz. Soñó que ya no quería a su pareja, ni a sus amigos

ni a su trabajo. Soñó que deseaba gritar y gritar, salir huyendo del lugar en el que estaba, fuera el que fuera, pero su voz no podía emitir sonido alguno, sus pies estaban paralizados y plantados en el suelo, sus piernas, como bloques, no respondían a sus peticiones.

El frío tacto de la cerámica en sus pies le produjo un escalofrío. La ropa estaba tirada en el suelo, recordándole que había sudado durante toda la noche por culpa de un sueño muy real. Volvió a mirarse al espejo y lloró en silencio. Se sentó en el suelo apoyada contra la pared, abrazó sus piernas y se dijo: «No quiero más».

Elena pasó horas sentada en el cuarto de baño de su casa, sintiéndose sola, triste y abandonada. Sintióse también ridícula porque nada de ello era cierto en apariencia. Todo el mundo creía que era una mujer feliz, pero nadie había visto su alma desnuda como ella esa noche.

Cuando unas cuatro horas después sonó el despertador en la habitación y escuchó a su pareja levantarse, se metió en la ducha y se secó las lágrimas. Nadie podía saber de su incursión nocturna. Su incursión hacia sí misma.

Después de aquella noche nada volvió a ser lo mismo. Había visto la verdad de frente y no podía obviarla, aunque lo intentó con todas sus fuerzas.

Los días siguientes descubrió algo que ya intuía: odiaba su trabajo y a su jefe, odiaba tener que ser resolutiva y ordenar los problemas que llegaban a su mesa. Lo odiaba con toda su alma, aunque se hubiera engañado año tras año diciéndose que estaba creciendo y era una gran oportunidad. Odiaba la oficina, odiaba estar encerrada, odiaba sonreír cuando quería mandar todo a la mierda. Odiaba no ser ella con naturalidad y, lo peor, descubrió que se odiaba por no hacer lo que quería.

Y el odio hacia sí misma y hacia lo que la rodeaba dio paso a la inapetencia, y la inapetencia dio paso al aburrimiento, y el aburrimiento dio paso a la tristeza. Y la tristeza dio paso al peor sentimiento de todos los que la habían embargado. La tristeza dio paso a la lejanía. Cada poco Elena se preguntaba qué hacía en esa piel, en ese lugar, en ese piso, en esa relación, en esa vida construida artificialmente, tan solo dejándose llevar por lo que creía que quería. De pronto, su vida no le pertenecía, su vida no era suya, su vida la había construido una mujer a la que no conocía en absoluto. No había tomado una sola decisión en su vida, se había subido a la ola del éxito comprendido por la sociedad, había disfrutado de sabores insípidos, había reído con escenas que eran montajes, había creado un escenario, unos personajes, una vida falsa sobre cimientos falsos para convencerse de que era feliz. Elena

había sido una actriz dentro de su propia vida y de pronto la verdadera Elena quería salir al mundo real, pero nada de lo que la rodeaba era real, solo había sombras oscuras y ninguna puerta la llevaba a esa realidad que ansiaba. Todo era papel y cartón. Todo era una interpretación.

Esa primera verdad fue especialmente dolorosa, solo superada por la segunda.

Según sentía que se adentraba más en la lejanía, más esperanzas depositó, sin decírselo a nadie, en que él le haría salir de ese estado. Pero él, al no ser avisado ni comprender lo que sucedía, no supo reaccionar ante una situación nueva y desconocida, ante una necesidad de ella que ninguno de los dos sabía muy bien cuál era ni qué se esperaba ahora del otro. Elena descubrió con dolor que si habían sido felices como pareja era porque ella solía traer la alegría a casa, ilusionándose por los dos y arrastrándole. Y ahora que necesitaba que él desempeñara ese papel, estaban perdidos en la relación. Él no sabía ilusionar, sabía ser ilusionado. Él no sabía alegrarla, sabía ser alegre con la ayuda de ella. Él no sabía escuchar sus problemas, sabía acompañarla en la felicidad y no en la tristeza.

Era una situación nueva en la que tenían que aprender. Juntos o por separado, necesitaban aprender cómo iban a afrontar esa realidad.

Durante sus cuatro años de relación fue ella quien había llevado la felicidad a casa, nunca él. Cuando no tuvo fuerzas para llevar más alegría, esta dejó de existir entre los dos. Se instalaron en la monotonía, en la indiferencia. Murió su relación en vida.

Una pena, porque los dos se amaban. Una pena que él no supiera llevar la alegría como ella. Una pena que ella no le dijera lo que necesitaba.

Una pena, porque los dos se amaban. Pero el amor no siempre es suficiente, sobre todo si la indiferencia se instala abruptamente.

Elena se fue de casa el mismo día en que renunció a su trabajo. Dejó tras de sí una brevísima nota porque no encontraba la forma de expresar lo que sentía. No quería reprocharle nada porque no había nada que reprocharle. No quería pedirle nada porque creía que cuando se llega a la petición ya es demasiado tarde. Todo debería haber surgido de forma natural, pero nada fue nunca natural entre ellos. Él no sabía leerla y ella no sabía expresarse.

Una pena, porque solo hubieran necesitado hablar. Pero cómo iban a hacerlo si ni siquiera sabían hablar consigo mismos.

Cuatro años de relación se murieron en menos de un mes.

Una pena, porque los dos se amaban.

Un cementerio de recuerdos

Dejé la hoja manoseada encima de la mesa. No era la primera persona en leerla y releerla; los bordes denotaban que alguien lo había hecho varias veces antes. Algo tan personal y Lucas lo había dejado dentro de un libro cualquiera, lo que no dejaba de sorprenderme. Alguien le contaba a Lucas sus secretos más íntimos, él los novelaba y después los dejaba tirados en cualquier rincón. Aquella no era la forma adecuada de guardar recuerdos, pero yo tampoco era la persona adecuada para juzgar.

Miré la librería que se alzaba ante mí y de pronto me pareció inmensa. Dentro de casi todos los libros había encontrado páginas con recuerdos de las personas que habían confiado en Lucas. Imaginaba los momentos de sus vidas encerrados entre aquellas páginas, algunos queriendo salir a la luz y otros queriendo descansar eternamente entre las líneas de otros libros, entre las vidas ficticias de otros personajes, mezclando realidad y ficción. Tantos libros y tantas vidas estaban ahí ocultos que jamás alcanzaría a leerlos todos. Me levanté del sillón y, con los ojos cerrados, paseé mi mano por todos los libros de una de las estanterías. Ahí, en el interior de esas páginas, había muerte. Lucas guardaba momentos concretos de las vidas de las personas, sin principio ni fin, los atesoraba separándolos del resto de la existencia. Al hacerlo, los recuerdos se morían. Ya no era posible revivirlos con nueva pasión, con nuevas interpretaciones, bajo la luz de nuevas vivencias, con otras gafas, enmarcándolos en una vida o enlazándolos con la vida de las otras personas que intervinieron en los mismos. Al dejarlos escritos y olvidados entre libros, aquellas palabras perdían su vida y los recuerdos se detenían en el tiempo, en ese momento, en esa vida momentánea. Quien los leyera solo podía recrearlos tal y como eran relatados, jamás podrían ser reescritos ni revividos de otra forma. Sin embargo, los recuerdos que están vivos en nuestra memoria cambian con los años, se alimentan de otras vivencias, crecen, se rehacen. Esos recuerdos estaban muertos en la minúscula librería de Lucas. Abrí los ojos y sentí un escalofrío al descubrir que me encontraba ante un cementerio de recuerdos.

Lucas no había guardado recuerdos para la eternidad, los había asesinado con ese afán de dejar plasmados tan solo momentos concretos de vidas muy largas, sin posibilidad de avanzar ni retroceder en esas existencias.

La nada

La nada se instaló en Zezé. Apenas veinte horas después de saber que Lucas había desaparecido, estaba en la cama con las luces apagadas, las ventanas cerradas y la puerta del dormitorio abierta. Una tenue luz entraba desde el pasillo y, también de forma tenue, escuchaba los movimientos de su marido por la casa. Abrió los ojos de par en par para acostumbrarse a la oscuridad de la habitación y ver mejor qué la rodeaba. Había tenido los ojos cerrados durante muchas horas, sin querer ver ni pensar, de tal forma que al final la nada se instaló en ella. Ahora abría los ojos, pero no veía. Ahora escuchaba a su marido, pero no le sentía. Ahora traía el recuerdo de Lucas, pero ya ni siquiera la acechaba el dolor. Solo la nada.

Lucas era la persona que le hacía sentirse parte de este mundo y que no era una actriz, sino una persona real de carne y hueso con un pasado del que sí podía hablar. Lucas la ataba a su verdadero yo y le permitía dejar de disfrazarse durante las horas que pasaba con él, convirtiéndose en el bálsamo para su incertidumbre. Él era certeza y ahora que no estaba no había nada de lo que Zezé se sintiera segura. No estaba segura de ella misma, de su marido ni de su futuro. ¿Qué iba a hacer una actriz retirada el resto de su vida? ¿Cómo iba a formar una familia con un hombre que no sabía nada de ella? ¿Quién iba a escucharla cuando necesitara espantar los fantasmas de su pasado?

Llevaba horas en la misma postura, quieta, y el cuerpo le pedía movimiento, pero no tenía fuerzas siquiera para estirarse. Se sentía protegida hecha un ovillo y abrazando sus piernas, intentando excluirse del mundo exterior.

Casi siempre que visitaba a Lucas surgía el mismo tema. «¿Debería decirle la verdad a mi marido?» Lucas, como siempre, no le decía qué debía hacer. La ayudaba a tomar la decisión, pero no influía para que fuera una u otra. Por eso le gustaba tanto hablar con él, además de porque era la única persona que la conocía de verdad. Hacía años Zezé había concluido que no se sentía capaz de decirle a su marido la verdad sobre ella, porque ella misma no se aceptaba y estaba disfrazada. Cuando decidió retirarse se dio cuenta de que cada vez más se deshacía de un disfraz que la hacía sentir incómoda,

empezaba a liberarse y ser ella. Tuvo miedo entonces de que a su marido no le agradara su verdadera personalidad, pero nada de ello sucedió. Zezé era real, solo ella se sentía a disgusto consigo misma.

En los últimos meses, cada vez saboreaba más la idea de sentarse con Iván y explicarle cómo había sido su vida, quién era ella, por qué actuaba como actuaba, por qué tenía tan buena y tan mala relación con Ernesto Montalbán. Repetía la conversación en su imaginación una y otra vez, su marido la escuchaba y la comprendía, le preguntaba interesado y por último la abrazaba. Lucas le solía decir que, si estaba decidida a hablar con su marido, pensara que él tal vez no reaccionaría como ella esperaba. Zezé no entendía lo que Lucas quería decir. Iván solo podría agradecerle que fuera sincera, no cabía otra posibilidad. Él la querría más una vez le contara la verdad, y podrían por fin crecer como pareja, tener familia, envejecer juntos sin más mentiras. La sola idea hizo que Zezé saliera vagamente de la nada en la que se había instalado, pero solo vagamente. Unos minutos después volvió a refugiarse en sí misma.

* * *

Si algo compartían Elena y Zezé era precisamente esa nada. Era un sentimiento común en Zezé y durante mucho tiempo fue un sentimiento que también inundó a Elena. En ese último mes antes de dejar el trabajo, su pareja y su vida, la nada y la insatisfacción la rodeaban. Fue poco a poco adentrándose en un pasillo oscuro en el que no había salida, un pasillo que a cada paso se hacía más estrecho y, aún peor, más extenso. Al principio sentía que avanzaba por el pasillo solo de forma puntual, veía que acababa en una salida iluminada; al final del túnel había luz, como se suele decir. Pero según pasaban los días advertía que se equivocaba de camino y se sumergía más en las profundidades de sí misma, encerrándose en sus propios pensamientos con trampas traicioneras. A veces intentaba salir de ahí y buscaba disfrutar. Para ello se engañaba. Para ello hacía cosas que siempre le habían traído tranquilidad y habían supuesto una pequeña felicidad o un capricho. Por ejemplo, compraba un buen vino, creaba una lista de reproducción con las canciones que más le gustaban y preparaba con toda la calma del mundo una *musaka*. Le gustaba cocinar tranquila. Pero en esos días ni siquiera la ilusión falsa de hacer algo que disfrutaba le daba placer. Sentía que estaba fingiendo o

forzándose porque realmente era algo que no le apetecía lo más mínimo hacer. En esos días se dio cuenta de que podía ser falsa con quien quisiera, se dio cuenta de que se podía fingir y mentir, de que podía instalarse en un disfraz para el exterior. También para el interior, tal y como había hecho en los últimos años. Pero en algún momento te cansas de no ser sincero contigo mismo y tiras la toalla. En algún momento debes enfrentarte al espejo y ver que tus ojos no reflejan esa alegría falsa que quieres sentir y mostrar. Tus ojos están tristes y de nada sirve ponerte gafas de sol para no verlos. Puedes engañar a todos, excepto a ti mismo.

En esos días Elena sintió el precipicio de la nada. El mismo que Zezé había sentido años y años, intensificándose con el hecho de no poder contar ya con Lucas.

A Elena le costaba recuperar aquel recuerdo. Le dolía reencontrarse con esa nada que tan profundamente se había instalado en ella. A veces quería echar la vista atrás y descubrir qué le había hecho actuar como había actuado en aquel momento. A veces quería comprender por qué se fue de su trabajo sin más, por qué dejó a su pareja sin darle explicaciones, por qué quiso desaparecer. A veces necesitaba comprenderse y evaluar si había actuado como debía, pero le dolía demasiado recuperar aquel recuerdo de la nada. Cuando lo intentaba volvía a sumergirse en el pasillo profundo sin ser capaz de distinguir qué estaba bien y qué mal, quién era ella y, sobre todo, qué quería. Qué era lo que buscaba en ese momento de su vida, qué era lo que le frustraba tanto. Qué le impedía ser feliz teniéndolo todo. Enseguida se adentraba en su pensamiento la nada y se instalaba en ella, haciéndole sentir nuevamente insegura, insensible, infeliz. Por eso desechaba los pensamientos con fuerza y le costaba recuperar aquel recuerdo, como si la nada tuviera aún el poder de revolverla por dentro y marearla, confundirla sin fin alguno. Cuando creía que había superado esos días de decisiones al instante y sin sentido, cuando sentía que había tomado el camino correcto y no dudaba de sí misma, volvía la vista atrás y el precipicio se abría nuevamente ante ella. «¿Me estaré engañando otra vez?», se preguntaba. Como le costaba tanto recuperar aquel recuerdo, cerraba las puertas, las dudas y las incertidumbres, se centraba en el presente y decidía dejar el pasado bien cerrado y atado.

¿Y si la felicidad era eso y ella no había sabido darse cuenta? ¿Y si el problema no era la infelicidad con su pareja sino consigo misma? O, peor aún, ¿y si ella no sabía lo que era la felicidad?

En esos días lo único que sabía Elena era que la felicidad la había abandonado y solo sentía la nada.

Por eso decidió hacer el Camino de Santiago, porque era un recurso para conocerse a uno mismo. El día en que decidió abandonar a su pareja sabía que ella esperaba más de la vida y que tal y como había vivido en los últimos tiempos no iba a alcanzar esa ilusión que tenía en mente, aunque aún no tenía muy claro cuál era.

Recogió sus cosas apresuradamente y pagó un dineral a una empresa de mudanzas para enviarlas a casa de su madre. Solo se quedó con una mochila recién comprada en la que empaquetó lo que más usaba. Se sorprendió de que lo que quería y consideraba que necesitaba cupiera en una mochila. Miró el resto de sus cajas, tan voluminosas y llenas de objetos, repletas con todo lo que consideraba que podía dejar atrás y enviar a casa de su madre. Miró una vez más su pequeña mochila antes de salir de casa, convencida de que también había vivido en la falsedad de que necesitaba de todo cuando solo usaba una mínima parte de sus pertenencias.

Tras echarse la mochila al hombro, fue a la estación y se subió a un tren rumbo a León, donde empezaría su Camino de Santiago.

La primera noche, en un hostel un tanto cutre, Elena se sentó en el borde de la cama con las luces apagadas, hecha un ovillo y llorando. ¿Y si no había tomado la decisión correcta? Pensó en su pareja, a quien tanto había querido y seguía queriendo, llegando a casa y encontrándose una absurda nota. No paraba de mirar el móvil esperando que la llamara, pero no entraba ninguna llamada. Cómo iba a entrar, si ella le pedía que por favor no volviera a llamarla. Cómo iba a entrar, si ella había sido tan egoísta que no quiso afrontar la conversación que le debía y se fue sin más. Se recordó una y otra vez que había tomado la decisión correcta, pero los cimientos de su afirmación se deshacían por todos lados, las gotas de su vaso de paciencia que sentía hasta arriba de pronto se caían por los bordes del cristal y el vaso comenzaba a estar vacío, realmente vacío. Su decisión flaqueaba cuando se abrazaba más las piernas y se hacía más pequeña, sabiendo que ahora le tocaba sufrir para ser después más feliz, pero sabiendo a la vez que no quería sufrir. «Tienes que ser fuerte, tienes que ser fuerte», se repetía una y otra vez. Sí, le quería, le quería mucho, pero no le daba todo lo que ella necesitaba, toda la alegría de vivir, todo el amor, todo el cariño, el interés, la ilusión que ella quería. Ella esperaba más de la vida, esperaba mucho más que la rutina de una pareja que ya no se planteaba que al acabar un rutinario día de trabajo estarían el uno

para el otro, hundiéndose en su vida única, en sus abrazos para escapar del ruido que les rodeaba, juntos para evitar que la normalidad se adentrara en su relación. Ella sabía que podía alcanzar esa felicidad, esa ilusión extrema sola o con alguien, pero no con quien hasta ahora la había acompañado. ¿Y si se equivocaba? La duda le provocaba verdaderos dolores de cabeza. Si bien tenía la absoluta certeza de que tras dejar su trabajo tan solo había sentido liberación, sobre su decisión de dejar a su pareja no sabía qué sentía. Si pensaba racionalmente, creía tener la certeza de que era la decisión correcta, pero cuando la embargaban las emociones y los recuerdos, el dolor era tan profundo que las dudas se revolvían en su interior como una tormenta. «Ya he tomado una decisión, ya he tomado una decisión —se repetía una y otra vez—. No puedo volver atrás, no puedo volver atrás.» Y esa noche, en el hostel, llorando como una niña pequeña y llamándose estúpida, se dijo que no debía darle más vueltas. Conociendo a su pareja, a ese hombre tan maravilloso pero a la vez tan orgulloso, supo que él nunca la perdonaría. No tenía sentido plantearse si lo que había hecho estaba bien o mal, ahora ya solo podía seguir adelante con su decisión porque su pareja no le dejaría desandar su camino.

Al día siguiente, con los ojos rojos, decidió llamar a su madre y decirle que un camión de mudanzas estaba de camino. Le contó que la habían despedido del trabajo por reducción de costes y que había dejado a su pareja. Ella nunca mentía, pero tal vez lo hacía porque le costaba recuperar la realidad y que alguien la juzgara dándole otro sentido. Nos cuesta tanto aceptar otros puntos de vista que a veces es más fácil cerrar los ojos y continuar solo con los nuestros, que nos sobran y bastan para equivocarnos. Su madre se disgustó, pero enseguida le dijo que la apoyaría en todo lo que hiciera y quitó hierro al asunto. A Elena le gustaron sus palabras reconfortantes, aunque sintió la imperiosa necesidad de cortar aquella conversación y volvió a mentir a su madre diciéndole que estaba en la Seguridad Social y le tocaba el turno. Solo quería colgar y no volver a justificar su decisión ni pensar en ella. Apenas había dormido un par de horas, entre somnolienta y despierta, levantándose de la cama para ir al baño sin ganas, lavarse la cara, encender la tele y apagarla, coger un libro, leer tres páginas y reiniciar la lectura porque no había comprendido nada, mirar el móvil por si él la había llamado, marcar su número y no llegar a llamar, escribir en un papel que estaba haciendo lo correcto, decirse que ahora le tocaba sufrir para después ser más feliz.

Había momentos en que, entre patéticas lágrimas, se reía de sí misma, y verdaderamente una gran sonrisa absurda se dibujaba en su rostro. «Estar triste para ser feliz», una travesía por el desierto para llegar al paraíso. ¿Tenía eso sentido? Tal vez su temprana y abandonada educación católica le había inculcado un sentido del sufrimiento muy profundo en su piel que ahora recuperaba, ella que siempre había proclamado la necesidad de ser feliz en todos los aspectos de la vida, de disfrutar de todos los momentos. Ella, ese mismo personaje, buscaba ahora el sufrimiento para ser feliz. Y ese recuerdo le hacía sonreír por lo absurdo que era. Perderse para encontrarse, otra obviedad de las novelas y las películas, ese Camino de Santiago, ese cortar con todo lo que te une a ti mismo para empezar de nuevo. Tal vez había tomado sus decisiones inspirada por las novelas que había leído: en muchas de ellas siempre había alguien que dejaba su vida atrás y empezaba de nuevo. Tal vez había seguido un mal consejo, tal vez había seguido una fórmula que funciona en la ficción pero no en la realidad. Esa noche de insomnio, precedente de muchas más, buscó y buscó entre sus amistades y conocidos a personas que de la noche a la mañana habían dejado todo atrás y habían comenzado de nuevo su vida para ser más felices. Encontró el ejemplo de un amigo suyo al que, tras trece años de relación, un día su novia le dijo que la cebolla no se cortaba como él lo estaba haciendo en ese momento. Debía cortarla en trozos más pequeños, picarla, no en rodajitas. Héctor, su amigo, le dijo que hasta ahí habían llegado. Cogió sus cosas y se fue. Comenzó una nueva vida porque no cortaba la cebolla como su novia quería.

Sí, sí conocía casos. Entonces funcionaba. Entonces podía hacerlo ella también, sufrir para luego ser feliz. Ese primer día, a pesar de no conocer León, no se sintió con fuerzas para visitar la magnífica ciudad. Sintió la inmediata necesidad de emprender camino, de mantenerse activa, de comenzar su viaje para encontrarse. Con gafas de sol que ocultaron sus ojos hinchados, emprendió el típico y manido Camino de Santiago para rendir tributo al santo, pero también para deshacerse de pérdidas, superar dolores, celebrar victorias, disfrutar, ponerse un reto o para tantos otros objetivos como caminantes.

El primer día Elena caminaba como sonámbula, casi como uno de aquellos zombis de las películas, que no sentían, no hablaban, no pensaban. Ella caminaba porque así tenía que hacerlo, con un ritmo alto, paso tras paso, fijada en un objetivo que rondaba en su cabeza más que el de Santiago. Pero ese esfuerzo, ese paso a paso la mantenía entretenida y la refrescaba. Sentía que el ejercicio le venía bien, aun cuando en su interior no era consciente de la

decisión que ya había tomado. En algunos momentos se acordaba de las cosas que había dejado pendientes en el trabajo y relucía entre sus pensamientos el «tengo que llamar a...» o «tengo que hacer tal antes de...». Se acordaba de amigas a las que no había dicho nada y citas pendientes a las que aún sentía la obligación de ir. Sus pensamientos seguían la rutina habitual, no acostumbrados a que nada de ello podía hacer ya. Tenía que hacer un verdadero ejercicio para eliminarlos de su cabeza, y un ejercicio más fuerte para ser consciente de la decisión que había tomado. Sabía que aún no era del todo consciente porque en un recoveco de su cabeza, en una esquina oculta que no conseguía barrer, un hondo pensamiento le decía que cuando terminara esa huida volvería a casa y le contaría a su pareja todo lo que había hecho con una enorme alegría de volver a encontrarse con su abrazo, alegría de sentir que ya había terminado el sufrimiento.

Anduvo treinta y cinco kilómetros a paso rápido. Se felicitó por la distancia y la buena forma en la que estaba, orgullosa de su afición por el deporte. También se alegró de sentirse cansada y hambrienta, segura de que el insomnio no volvería a ella después de esos kilómetros recorridos y las pocas horas de sueño del día anterior. Se acercó al primer hostel que encontró y pidió una habitación para ella sola, cosa que hubiera resultado difícil en otra época del año. Sin embargo, en pleno febrero, el Camino de Santiago no estaba tan transitado. Una vez en su habitación, le costó dejar la mochila que tanto le pesaba: nuevamente, ese sentimiento obligado de sufrimiento que la estaba atormentando desde lo más profundo de su cabeza o de su corazón, no sabía bien definir de dónde. Y también, una vez más, sonrió al reconocer esa necesidad de sufrir para ser feliz, de perderse para encontrarse. Ella, que nunca había creído en la infelicidad como camino.

El agua caliente de la ducha era regeneradora y devolvía la sangre a su cuerpo, la vida a cada uno de sus pesados músculos y especialmente a esos pies fríos que habían caminado sin descanso, empapados bajo la lluvia constante que la acompañó durante todo el camino. Dejó caer la cabeza hacia atrás y sintió que el agua inundaba sus ojos, su boca y su pelo y la ahogaba de pureza, de vitalidad tras el cansancio profundo que sentía en su cuerpo. Pasó la mano por su largo cabello y pensó que debería cortárselo para que el Camino resultara más fácil. No quiso hacerlo. En ese mismo instante supo que quería mantener su cabello largo para al menos seguir siendo ella en alguna parte de su ser, para al menos poder aferrarse a algún faro en esa huida que estaba realizando. Volvió a reírse de sí misma por ver su cabello como un

faro. Se rio y se rio hasta que la risa se transformó en lágrimas, se dejó caer al suelo y se acurrucó bajo la ducha agradeciendo que no hubiera nadie más en la estancia que pudiera verla en esa posición de absoluta desesperación.

A pesar del cansancio, Elena tampoco durmió bien esa noche. Cuando terminó de ducharse eran ya las siete de la tarde y recordó que apenas había comido un pequeño pincho de tortilla a mitad del camino, sin siquiera haber desayunado. Mientras salía de la ducha, le animó pensar que podría ir a comer al restaurante que había visto antes de llegar al hostel, uno que estaba a la vuelta de la esquina y que le había abierto las puertas del estómago de par en par. Pero en cuanto se secó el pelo, se puso los zapatos y miró su gesto triste en el espejo, la sola idea de salir de allí le produjo pánico. Miró la puerta y fue incapaz de abrirla.

Una noche más, Elena se recogió sobre sí misma abrazando sus rodillas al pie de la cama. No hubo lágrimas, aunque sí un momento en que incluso las forzó y un fuerte sentimiento irreconocible le dictó que debía llorar de forma desconsolada por lo que había hecho: merecía el sufrimiento. Elena no se dio cuenta del razonamiento al que le llevaba su cabeza; no lo comprendió hasta mucho tiempo después. Esa noche solo supo que tendría que estar llorando, pero extrañamente no caía ni una sola lágrima.

Durmió despierta, con un ojo en el móvil, que no daba señales de vida, o al menos no las señales que ella esperaba, aunque no quería reconocerlo ni en voz alta ni baja. Si tanto quería que él la llamara, que le pidiera volver a casa y arreglar las cosas, era porque se había equivocado. Aquella maldita idea volvió a cruzar su mente a las cuatro de la mañana. Como si pudiera quitársela sin más, dio un manotazo en el aire. Había puesto el despertador a las ocho, quedaban cuatro horas, pero era incapaz de seguir tirada en la cama con la cabeza a mil por hora. Ese ritmo de pensamientos debía ir acompañado de un buen ritmo de ejercicio físico, se convenció. Sin apenas pensarlo y actuando más bien por instinto, recogió sus cosas y cargó de nuevo la mochila a su espalda. Notó al instante el cansancio del día anterior, el mayor peso de la mochila hoy que ayer. No le importó. Miró el reloj que había encima de la mesa por última vez, las cuatro y cuatro minutos, y salió de la habitación en silencio, sabiendo que dejaba en esa estancia una gran parte de los malos pensamientos y las dudas que por la noche la habían acechado.

Una vez en el camino, quería avanzar, avanzar y avanzar, sin saber muy bien hacia dónde y sin importarle mucho. La recepcionista, aunque acostumbrada a peregrinos madrugadores, le había preguntado con curiosidad

si no prefería esperar a que aclarara el día. Era normal salir pronto en verano, cuando los albergues estaban muy solicitados y el sol abrasaba a media mañana. Pero en invierno los peregrinos solían tomárselo con más calma, disfrutando más del camino que de la prisa por llegar. Seguramente a ninguno de ellos les acecharía el insomnio como le sucedía a Elena.

Primero caminó con ansia, echando la mitad de su cuerpo hacia delante como si aquella postura le permitiera avanzar más. Cuando apenas llevaba una hora, notó con más intensidad el cansancio del día anterior y el hecho de no haber cenado ni desayunado, por lo que aminoró el paso. Al aminorar el paso, se aburrió tanto de sus pensamientos y de sí misma que se decidió a acelerarlo. Al hacerlo, se cansó tanto que necesitó aminorar. «Dios, me vuelves loca tú sola», se recriminó a sí misma y comenzó lo que duraría muchos días y noches en adelante: esa otra Elena oculta en su cabeza que era ella pero no era ella. Esa otra Elena que la acompañaría en su soledad y con la que mantendría conversaciones infinitas, a la que a veces le decía que la dejara en paz y otras veces la escuchaba con tristeza; la Elena que a veces se cansaba de la otra y a veces la buscaba como agua de mayo para que le hiciera compañía; la Elena que se reía de sí misma y también sentía pena por sí misma. Un nuevo yo que le permitiría hablar y responder, hablar y escuchar. Un nuevo yo con el que tardó mucho en aprender a hablar. Solo cuando aprendió a hablar con ella, mucho tiempo después, pudo volver a ser feliz. Y esta vez, realmente feliz.

No sería hasta las seis y cuarto cuando, en un pequeño pueblo cercano a Astorga, decidió que era el momento de tomar un buen desayuno. Apenas habían abierto el bar y ya había tres hombres en la barra tomando un café y un bizcocho. Elena saludó a la camarera, una mujer de unos cuarenta años con una espectacular sonrisa, aún más espectacular a esa hora de la mañana, con un poco de chepa y el cabello oscuro recogido en un estirado moño. La miraba con alegría y la saludó con un dulce «Buenos días, peregrina madrugadora», lo que atrajo hacia ella la atención de dos de los hombres de la barra. Peregrinos no eran, desde luego: sus toscas manos, ropas de campo y mirada sin ilusión los delataban. En todos los peregrinos con los que se había cruzado veía esa misma ilusión mezclada con cansancio, o alegría, o ambos sentimientos.

Pidió un zumo de melocotón, un café y un buen trozo de bizcocho. «No, más bien dos trozos de bizcocho», dijo a la sonriente camarera. Empezó a salivar solo de pensar en un café calentito y reconfortante; le daría la energía que necesitaba para continuar el día.

A Elena le gustaba disfrutar de un buen café o una caña sola en un bar. Hay personas que no soportan la idea de estar solas en un bar y sienten que las miradas de los demás comensales se posan en ellas, acrecentando su sentimiento de soledad. A ella nunca le había importado porque eso no significaba estar en soledad. Mucho menos le importaba sentir que la miraban, y mucho menos pensaba que al resto del universo le importara un pepino si ella estaba sola o acompañada en un bar. Esa mañana tampoco se sintió sola ni objeto de las miradas de nadie, ni siquiera se lo planteó. Se tomó su tiempo para desayunar, fijando su mirada en la nada y sonriendo a la camarera cuando pasaba delante de ella. Hubo uno o dos minutos en los que sintió ganas de llorar nuevamente, pero reprimió las lágrimas pensando que ya no era una niña pequeña. Recordó que una amiga suya, Rosa, un día le preguntó por qué no lloraba si era lo que sentía. Fue en una despedida, en la que ella dijo a sus amigos que no iba a hablar y decir lo mucho que les quería y les echaría de menos, ya que entonces se pondría a llorar. «¿Y qué te impide llorar?», preguntó la habitualmente callada Rosa, la mujer que mejor sabía escuchar y que cuando hablaba era solo para aportar valor. Parlotear sin más era una palabra que no figuraba en el diccionario de Rosa. Elena sonrió, pero no contestó. Recuperó ese momento de sus recuerdos mientras tomaba café en el pueblo leonés, poniéndose las gafas de sol a pesar de que aún era de noche y estaba dentro de un bar. La otra Elena se rio de ella por hacerlo y la Elena de siempre aceptó resignada su burla y le dio la razón.

Había leído en una ocasión que si estás enfadado o triste en situaciones poco dramáticas tienes que obligarte a ser feliz. Tienes que obligarte a sonreír, a ser amable, a hacer como si disfrutaras del momento. De esa forma, según leyó, engañarías a tu cerebro y acabarías estando feliz y olvidándote del enfado o la tristeza. «Por eso no lloro —se dijo—, porque no puedo pasarme el día entero estando triste y además proclamarlo por ahí para ahondar más en mi tristeza.» Con esa justificación se sintió un poco más animada, terminó el café de un sorbo y guardó un trozo de bizcocho envuelto en una servilleta en su mochila. Pagó y continuó caminando sin descanso hasta Astorga.

Se arrepentía de no haberle dado una oportunidad a León, por lo que decidió que en Astorga no debía suceder lo mismo. Pensó que solo llevaba diez kilómetros caminando esa mañana. Era pronto para hacer una segunda parada tras el café, pero no tenía ninguna prisa por llegar a Santiago de Compostela. Visitó el espectacular Palacio Episcopal diseñado por Gaudí como si fuera para un cuento de hadas. Las desiguales torres, adornadas con

preciosas vidrieras, le arrancaron una sonrisa. Entró en el palacio esperando resguardarse del frío del exterior, pero comprobó que mantener el lugar cálido en invierno no era una de las prioridades. Algunos turistas hacían fotografías de cualquier columna y ella supo que era un error, ya que ninguna imagen hacía justicia al palacio. Llevarse un recuerdo en fotografías sería injusto, restaría incluso magia al lugar cuando volvieras a ellas. Prefería mantener el recuerdo de ese día, el primer día en que decidió que sí podía obligarse a disfrutar y sonreír aunque estuviera profundamente triste.

Tras su pausa, incluida una breve visita a la catedral de la ciudad, se puso como objetivo caminar otros treinta y cinco kilómetros. Viendo que le quedaban aún unos veinticinco, se lo tomó con calma, paseando por las calles de la ciudad como si fuera una turista más, y no como una peregrina. Aquel día no llovía con tanta intensidad, tan solo algunas gotas que apenas molestaban. Lo peor era el camino embarrado, el arrastrar los pies, que quedaban veinticinco kilómetros, que a saber dónde dormiría esa noche, que su pareja no la llamaría hoy tampoco, que la vida era una mierda... La voz de esa Elena que acababa de conocer comenzaba a buscar todos los argumentos para que su día fuera una mierda. La calló. Hacía solo diez minutos que había dejado la magia del palacio atrás y no pensaba dejarse embargar por aquel sentimiento. Sí, ahora su vida no era lo más maravilloso del mundo, pero porque habría algo mejor en ese *destino* al que iba, fuera cual fuera. Tenía ahorrados unos 50 000 euros, dinero de sobra para estar un año tranquilamente sin trabajar. Si se había equivocado o no, el tiempo lo diría. Ahora necesitaba alejarse de su vida y de quien ella era porque estaba claro que no era feliz. No era feliz e intentar imitar la felicidad, como había hecho en las últimas semanas, era un truco tan absurdo como ineficaz. Se habría equivocado, o no, pero en ese momento necesitaba caminar y caminar hacia donde fuera.

Elena aprendió muchas cosas en su particular escapada de sí misma, pero con ella. Una es lo traicionera y fuerte que puede ser la mente. Busca argumentos para hundirte en la miseria y tardas dos décimas de segundo en encontrarlos. Busca motivos para reírte y los encontrarás hasta deshacerte en carcajadas. Su otra Elena, su otra voz molesta y simpática, era todo un torbellino que debía controlar. Lo mejor es que aprendió a hacerlo. No el primero ni el tercer día, pero aprendió.

La tercera noche en un hostel, sin tener aún mucha claridad sobre lo que estaba haciendo, no fue mejor que las anteriores. Tampoco se sintió con fuerzas para salir de la habitación ni de cenar una vez atardeció. El sueño la

atrapó un poco más que las noches anteriores, pero igualmente el estado de vigilia seguía intacto y cada poco abría el ojo, buscando el móvil con la mirada y a veces encendiéndolo para ver la pantalla vacía. Sin llamadas, sin mensajes. La noche suele ser el momento del descanso, excepto cuando los pensamientos te cansan más que treinta y cinco kilómetros andando bajo la lluvia, el barro y cinco kilos a tu espalda. Entonces la noche es una maldición, el reloj avanza las horas como si fueran interminables minutos y el sueño en vez de permitir el descanso se convierte en pesadillas que activan tu mente y tu cansancio.

El cuarto día sin apenas sueño ni comida, pero con setenta kilómetros avanzados, Elena sintió que su cuerpo se quejaba. No le hizo caso y a las cinco de la mañana se puso en pie. «Una hora más que ayer, vamos avanzando», le dijo su recientemente adquirida e irónica voz.

Ese día, el tercero en que hacía el Camino de Santiago, se estableció el mismo objetivo de treinta y cinco kilómetros. Anduvo más despacio y se detuvo más tiempo para reponer fuerzas, lo que alargó la jornada de camino hasta las nueve de la noche. Al entrar en el hostel, se alegró de que fuera tan tarde. Ese día no pasaría horas muertas en la habitación mirando la nada sin poder leer ni pensar. Ese día había cenado antes de llegar a la habitación, por lo que tampoco se quedaría en ayunas. Ese día adquirió una rutina que parecía serle útil.

Al día siguiente la despertó el reloj. Recordaba haber abierto el ojo a las 2:24, a las 4:57 y a las 6:42. Había estado entre las once y la una despierta, combinando el sueño con un libro del que apenas se estaba enterando. Se había despertado sudando en exceso y había levantado la manta para refrescarse, sintiendo un frío repentino. Recordaba una noche horrible, pero fue el reloj el que la despertó a las ocho.

Se sintió rara caminando casi con el amanecer y no de noche. Por un lado, se alegraba de haber conciliado un poco el sueño; por otro, sabía que la noche que le aguardaba sería peor porque estaría menos cansada. No supo qué objetivo establecerse. Había corrido en un par de ocasiones maratones a un ritmo mucho más fuerte del que estaba llevando. Primero se planteó volver a los treinta y cinco kilómetros para llegar por fin derrotada, pero sus piernas y sus hombros se quejaron de tal manera que rebatió el argumento. En ese cuarto día de camino, decidió que no iba a decidir. Iba a caminar, sin más, y a sentarse cuando encontrara el momento oportuno.

Comió en Ponferrada sobre las dos de la tarde, la primera vez que se sentaba a una hora decente. Por primera vez desde que había salido de casa pidió una caña. Se la bebió casi de un trago antes de que llegara el primer plato del menú. Había elegido un restaurante con espectaculares vistas a la montaña y, tras sentarse en un magnífico sitio junto al ventanal, descubrió que tenía mucha hambre. Enseguida pidió una segunda caña y el camarero tuvo la deferencia de dejarle unas patatas fritas con las que acompañarla, aun cuando su plato no tardaría mucho más en salir. Se las comió y se bebió la segunda caña. Con los macarrones a la boloñesa pidió una copita de vino y le dejaron la botella encima de la mesa con otra de casera. Por una milésima de segundo percibió el peligro que podía suponer beber en exceso estando triste, pero fue solo una milésima de segundo lo que duró el pensamiento. Se evaporó con la misma rapidez que los dos vasos de cerveza.

El segundo plato era un filete de ternera con patatas fritas que se salían del plato. Nunca había comido tan bien o nunca le había sabido tan bien la comida. Los dos primeros tragos de vino habían entrado sin necesidad de mezclarlos con casera, pero el tercero le pareció que rascaba en la lengua, la garganta y el estómago. A ella le gustaban los vinos fuertes, precisamente los caldos de la leonesa zona del Bierzo, pero aquel era directamente un vino malo. Echó un poco de casera en su copa y la terminó de un trago. Aquello mejoraba, pero no era el vino que quería beber. Ya que iba a beber, debía hacerlo bien. Llamó al camarero, quien, con curiosidad, era incapaz de dejar de mirarla desde la barra del bar. Solo había tres peregrinos más en el amplio salón, comiendo juntos, y una pareja de hombres sentados en otra mesa muy alejados de ella. Los peregrinos, al igual que Elena, habían buscado el ventanal manteniendo una discreta distancia con ella. Aunque el camarero la miraba embobado, le costó reconocer que le estaba llamando. Más que mirarle embobado parecía mirar al infinito.

Le extrañó que pidiera una botella de vino para ella sola. La mirada seria de Elena, su gesto tenso, el rictus que había transformado un rostro bonito en otro más bien soso y seco, no ayudaban al encargo. Tal vez si lo hubiera pedido con una enorme sonrisa parecería que quería celebrar algo e incluso que alguien la acompañaría más adelante.

—¿Pero una entera? —preguntó el joven camarero. Ella le investigó desde su asiento: se fijó en el paquete de cigarrillos que sobresalía del bolsillo del vaquero por detrás, en el pulcro delantal blanco, en el corte de pelo imitando el de cualquier futbolista famoso, las cejas perfectamente

delineadas, los ojos oscuros, la boca huyendo de la risa nerviosa y buscando la profesionalidad que no llegaba, unos pomposos anillos de oro, o más bien imitando el oro, su discreto tatuaje en la muñeca izquierda, que no llegó a confirmar qué era. Le observó durante unos segundos, mientras su cabeza se movía en un inconsciente asentimiento.

—Sí, para mí sola. —Esas palabras fueron tan conscientes, al contrario de su movimiento de cabeza, que incluso se deleitó con ellas. La primera sílaba, la primera palabra, el *sí*, constató con firmeza su decisión: la punta de la lengua contra los alvéolos de los dientes silbando como una serpiente, queriendo escapar de la prisión de los incisivos para ser libre. Una afirmación categórica. Él la miró sorprendido y ella contuvo su gesto robusto cuando se dio la vuelta y para sus adentros pensó que hacía cinco días que no hablaba en voz alta. Había hablado, por supuesto, pero su tono de voz resultaba tan bajo que en los hostales a menudo le pedían que repitiera lo mismo dos o tres veces. La mesa de los peregrinos la miró, los tres la miraron: dos mujeres y un hombre entre los sesenta y los setenta, extranjeros; él con bermudas y calcetines blancos casi hasta las rodillas. Ella no les veía, solo se recreaba en ese monosílabo que quería huir nuevamente de su dentadura. «Sí.»

Elena nunca se había emborrachado sola. Sí se había bebido un par de cervezas estando sola en casa en muy contadas ocasiones, pero nada más. Aquel día tampoco llegó a emborracharse, pero estuvo cerca. Bebió dos buenas copas de vino con el filete y el arroz con leche, pidió el corcho y metió la botella en su mochila. Cuando quiso levantarse, porque ya no tenía más que hacer, supo que no tenía ganas. Simplemente, no tenía ganas.

Volvió a llamar al camarero, quien había borrado la extrañeza estúpida de su gesto, y le pidió una crema de orujo. Él reprimió su sorpresa y fue a por la copa. Los peregrinos estaban levantándose y parecían con ganas de dirigirse a ella, pero tal vez el idioma o la seriedad de Elena se lo impidieron. Se despidieron del camarero y de ella y continuaron su camino. Habían entrado, mientras, otras dos parejas de peregrinos y algunas personas más del pueblo que saludaban al camarero con familiaridad. Ya no prestaban tanta atención a la joven y desagradable solitaria que miraba por la ventana con la cabeza apoyada en las manos. Llegó una buena dosis de crema de orujo en una copa de *whisky* con apenas dos hielos. El camarero la dejó encima de la mesa y Elena ni siquiera le miró. Esperó a que se derritiera un poco el hielo y bebió, trago a trago, dejándolo en ocasiones reposar en sus labios para saborearlo nuevamente.

Tardó unos veinte minutos en terminar su vaso, pidió la cuenta y dedicó otros minutos a contemplar el paisaje por la ventana antes de levantarse. Cuando lo hizo se dio cuenta de que llevaba más de dos horas sentada. A ratos había pensado en cosas banales, en cómo terminaría el libro que estaba intentando leer o cuál sería el próximo que caería. Pero la mayor parte del tiempo había estado compadeciéndose de sí misma, una vez más con aquel sentimiento de que necesitaba llorar y humillarse, sufrir.

Al levantarse notó el efecto de las dos cañas, las copas de vino malo, las de vino del Bierzo y la crema de orujo. Una sensación de calor bajó de su cabeza a su estómago, asentándose ahí durante unos segundos. Aunque se sintió mareada, su cuerpo estaba estático, por lo que no estaba tan borracha. Se permitió un momento antes de cargarse la mochila a la espalda y caminar lentamente, sin siquiera mirar detrás de sí, despedirse del camarero o dar las gracias.

Abrió la puerta del restaurante y salió al frío, que la invadió y la despertó. Aunque tenía el cuerpo dolorido, perezoso y cansado, reactivó con fuerza las piernas para entrar en calor.

Notó enseguida el efecto del alcohol, cada vez con mayor intensidad. Constató que era cierto aquel mito de que cuando estás sentado no te das cuenta de lo borracho que estás hasta que te levantas. Hubo momentos en los que las piernas se quejaban y tenía la sensación de que eran columnas imposibles de mover, pero como reaccionaban no se detenía. Sin embargo, poco a poco y sin darse cuenta, estaba aminorando el paso hasta caminar muy lento. Tan lento que le entró frío, con el frío le entró un escalofrío, con el escalofrío un tembleque, con el tembleque una arcada, con la arcada un parón en seco. Dos pasos al lateral del camino y vomitó todo lo que había comido y bebido.

Mientras vomitaba sola en mitad del Camino del Santiago, borracha, autocompadeciéndose, muerta de frío, se rio de sí misma por enésima vez. Se sujetó el pelo para no mancharse y recordó que su pareja lo había hecho por ella al menos en tres o cuatro ocasiones, bien porque se le hubiera ido la mano con el alcohol o porque estuviera mareada del coche. Pensó en cuánto se mareaba en los coches y volvió a vomitar. «Maldito chorizo, cómo pica el cabrón», fue su maldición a un ser inanimado. Se rio una vez más de sí misma y de la estúpida concatenación de ideas que podía llegar a hacer su mente. Si imaginaba un lápiz, pensó, seguramente lo relacionaría con otra idea y desvariaría.

Cuando comenzó a desaparecer el efecto del alcohol, abrió la botella de vino y bebió otro sorbo. Primero se retiró a un lado del camino, temiendo que alguien la confundiera con un borracho sin hogar como los de las películas americanas, aunque sin bolsa de papel para ocultar la botella. La segunda vez que bebió no le importó mucho que la vieran, además de que hacía mucho tiempo que no se cruzaba con nadie. Casi había oscurecido, hacía más de una hora que no dejaba de llover y el barro se colaba en sus botas dificultándole el paso. Era normal que nadie quisiera seguir andando a esa hora y en esas circunstancias, excepto una estúpida rematada.

Aquel día Elena anduvo casi cincuenta kilómetros. El último tramo fue tan inconsciente del camino que recorría que creía haberlo hecho en un sueño. Se instaló a la una de la madrugada en el primer hostel que la acogió, tiró la botella de vino vacía y sin ducharse se metió en la cama sintiéndose humillada por ella misma. Su vida no era tan horrible como para padecer ese sufrimiento, si no fuera porque tenía al enemigo consigo.

Cómo alguien optimista, fuerte y alegre se convierte de pronto en negativo, débil y triste sin motivo aparente. Aunque, mirado bien de cerca, si uno nunca deja que los sentimientos afloren, al final sucede como la ola de Rocío Jurado y, en vez de amor, trae todos los sentimientos que se habían querido esconder.

Aquella noche Elena se sintió derrotada, cansada de esa mezcla de sentimientos que la llevaban de un lado a otro y consumían su energía. Por primera vez, consiguió dormir del tirón.

El quinto día del Camino, la resaca y el cansancio le impidieron salir del hostel. Como había vomitado la comida del día anterior y no había cenado, tenía un hambre voraz, pero sin ansia. A las once se levantó, se duchó tranquilamente, lavó la ropa, la tendió y habló con su madre durante una hora larga contándole mentiras y escuchando emocionada sus aventuras. Cuando consideró que la una era una buena hora para comer, se lanzó al restaurante y disfrutó, esta vez sí, de un menú para peregrinos acompañado de una única caña. Cuando al terminar le ofrecieron un chupito, ella sonrió y reprimió las arcadas.

Ciento veinte kilómetros en cuatro días comenzaban a hacer efecto. El día anterior no había sentido dolor en los pies; el alcohol y la sensación de tristeza profunda la debían de haber mantenido en un estado de insensibilidad. Pero ese día le vinieron los siete males de golpe, intensificados por la fuerte resaca que el paracetamol no mantenía a raya.

Elena se quedó un par de días en Villafranca del Bierzo antes de arrancar de nuevo. Tuvo tiempo de pensar tranquilamente en la decisión que había tomado, recuperar el sueño, descansar, caminar a ritmo normal, dejar de llorar o de tener las lágrimas al borde de los ojos, animarse a finalizar su camino y pensar en su siguiente destino.

Llegó a Santiago extasiada, pero por primera vez alegre. Aquella primera fase tras abandonar su anterior vida fue triste y fortalecedora.

Elena no sabía que le esperaba un trayecto en el que se perdería por completo. Y aunque quiso creer que ese trayecto fue necesario para encontrarse, en lo profundo de su ser estaba convencida de que su viaje había sido una equivocación y una sucesión de malas decisiones. Sin hacer daño a las personas que quería, podría haber caminado los mismos pasos por otro recorrido.

Elena se pierde

Todo sucedió muy rápidamente. Al llegar a Santiago, Elena había decidido que en su vida los prejuicios le habían impedido dejarse llevar y se convenció de que había actuado erróneamente. Decidió que no tendría miedo y que probaría lo que fuera con el único objetivo de disfrutar. Tenía aquellos pensamientos en mente cuando un grupo de chicos y chicas, algo más jóvenes que ella, se le acercaron y le comentaron que la habían visto sola durante el camino algunos días. La invitaron a celebrar con ellos su llegada a Santiago aquella noche y Elena aceptó sin dudarle.

Buscó un hostel, dejó sus cosas, salió a comprar algo de ropa y durmió toda la tarde. Se levantó animada, aún con un pequeño resquicio de tristeza en la parte de atrás de su cabeza, pero tan habitual que se había acostumbrado a él. Había decidido verse guapa como hacía tiempo que no se veía, por lo que había comprado incluso maquillaje. Se peinó, se maquilló y se vistió. Volvió a ser aquella universitaria que había sido y que cada jueves cumplía con el mismo ritual con música de fondo, libre de cualquier responsabilidad o dolor de cabeza. ¿Cuánto hacía que no se sentía así?

Aquella noche bebió sin poner ningún límite, dejándose llevar por una extraña sensación de éxtasis. El grupo estaba formado por españoles y algunos extranjeros que se les habían unido por el camino, entre ellos un holandés que chapurreaba español y con el que hablaba en inglés. Desde el principio de la noche se pegó a Elena y ella se dejó querer. No le molestó cuando la besó en una de las discotecas ni le molestó cuando le traía nuevas copas incluso sin haberse acabado la anterior. Tampoco le molestó cuando le vio tomarse una pastilla que nunca supo lo que era, aunque supuso que alguna droga completamente desconocida para ella. No le permitió que pusiera una pastilla en su boca, pero sí le dejó acompañarla al hostel. Eran las siete de la mañana cuando, dando tumbos por las calles, buscaban portales como si fueran adolescentes. Elena apenas recordó nada de lo que hicieron después, solo algunas imágenes de los dos en la cama, de ella completamente borracha, de él completamente colocado, de los dos en un halo de éxtasis, libertad y pérdida de control.

Tampoco recordaba mucho de lo que sucedió al día siguiente. Tuvo un momento de remordimientos, pero una voz le decía que eran solo prejuicios y que debía disfrutar de su libertad. Abrazó al desconocido que estaba en su cama y decidió que era el momento de dejarse llevar una vez más.

Martin era un holandés alto, rubio y de ojos verdes. Más allá del estereotipo, era un chico realmente guapo y sobre todo divertido, con una permanente sonrisa en los labios. Podía resultar un poco enclenque, aunque sus 27 años aún le permitían estar en forma sin hacer deporte. Como a un niño, se le marcaban los hoyuelos al reírse. Elena se quedó prendada de él ese mismo día al despertarse a su lado. Él la abrazaba fuertemente y la noche de locura se transformó en un cariño natural.

Sin hablarlo mucho, los dos cogieron el mismo avión a Ámsterdam, donde él vivía con dos compañeros de piso. Nada más dejar su mochila en la entrada, el olor a porro la invadió y pensó que estaba instalada en el tópico con aquel chico.

Los días con Martin le hacían olvidar a aquella pareja que dejó en Madrid, sintiendo que todo sucedía con tanta intensidad que no le dejaba hueco para pensar en nada más. Martin no tenía trabajo, pero tampoco le preocupaba mucho. Por alguna razón que Elena desconocía, siempre había dinero en sus bolsillos y una sonrisa en sus labios. Sus compañeros de piso tenían trabajos irregulares: algunos fines de semana como camareros, otros días echaban una mano en eventos puntuales, algunas veces descargaban mercancías. Tenían lo justo para pagar el alquiler y la ilusión del futuro parecía ser algo muy lejano. Con el hoy tenían suficiente.

La organizada Elena no daba crédito a la nueva Elena. Cada día Martin tenía un plan nuevo para ella y, por supuesto, la falta de control estaba siempre presente. Al principio se lo tomó como unas vacaciones en las que no había que poner límite a nada; después simplemente se dejó llevar. Martin bebía una copa de ginebra con hielo nada más levantarse y le daba algunos sorbos a una reticente Elena. Sin embargo, cuando la resaca le producía fuertes dolores de cabeza, escuchaba las sabias palabras de Martin y bebía sin pensarlo: «Con un poquito de ginebra se te pasará el dolor de cabeza». Estar borracha la ayudaba a no sentir y la acercaba más a él, quien disfrutaba como un enano cuando ella se dejaba llevar.

Cada día era distinto, pero ella no sabía que la tónica era la misma. Un día podían levantarse y visitar la ciudad, comer en algún sitio fabuloso y acabar de copas en cualquier discoteca. Otro día era un pícnic en el que

acababan borrachos sobre la manta y durmiendo la siesta al aire libre, temblando de frío en cuanto el sol se ocultaba. Otro día comenzaban a beber en casa y sin darse cuenta terminaban la botella entera. Otro día iban a la fiesta que algún amigo de él hacía en casa, se separaban durante unas horas y volvían a encontrarse sin casi poder reconocerse. En los tres meses que Elena compartió con Martin no hubo un solo día en que no bebiera alcohol y fueron muchos los días en que debió vomitarlo.

Martin jugueteaba con las drogas y, con el consentimiento tácito de Elena, le colocaba alguna en la bebida. Ella quería enfadarse cuando se lo confesaba, pero la sensación de libertad era tan fuerte que no podía más que reírse. «Prejuicios, solo tengo prejuicios —se decía a sí misma—. En realidad, él me ayuda a quitármelos y disfrutar de la vida.» Además, ¿de qué servía enfadarse si era feliz como una tonta y ya no había remedio?

Martin le hacía regalos con bastante asiduidad. A veces eran solo tonterías, sobre todo ropa, pero en una ocasión le regaló una pulsera de oro blanco. Ella la rechazó y le dijo que no podía aceptarlo. Pero Martin no aceptó un no por respuesta, le puso la pulsera y la besó. Aquella noche le dijo que quería casarse y la haría la mujer más feliz del mundo.

En aquella ola de pasión, ella se olvidó de todo lo demás. Apenas hablaba con su familia o con las amistades, que empezaban a preocuparse por su desaparición. Estaba inmersa en sí misma y en Martin, rodeada solo por la alegría y el descontrol, preocupada solo por ser feliz y hacer feliz a Martin. Nunca pensó que a su edad podría volver a sentir la libertad que tuvo durante la universidad y se arrepintió de todo el tiempo que no se había dejado llevar.

Se olvidó de felicitar a su madre en su cumpleaños y Martin la convenció de que no pasaba nada. Ella le creyó y se olvidó de llamar a su madre en los siguientes días. Echó la culpa a Martin porque era más fácil que asumirla ella.

Apenas recordaba ya qué sentía o había sentido por la pareja que dejó en Madrid. Apenas recordaba ya qué quería de la vida. Apenas recordaba ya quién era. Solo sabía que quería beber y beber, y que Martin le pusiera alguna de esas pastillitas mágicas en la bebida sin que ella quisiera darse cuenta. A veces le enseñaba la copa y le sonreía. Él la miraba extasiado, sabiendo que le pedía. Nada hacía más feliz a Martin que el hecho de que Elena compartiera sus vicios.

Tras tres meses en esa dinámica, una noche Martin le presentó a una antigua novia suya. Nunca supo cómo sucedió lo que sucedió: las drogas y el alcohol, la dificultad por recuperar recuerdos que nos disgustan le nublaron la

noche. Solo sabía que había acabado en la cama con los dos diciéndose que si no aceptaba la propuesta de su pareja demostraría que tenía prejuicios y no sería capaz de disfrutar de la vida y dejarse llevar. «Los prejuicios no te dejan ser feliz, y ya no tienes que demostrar nada a nadie.» Sí recordaba esa cancioncilla en su cabeza, pero no era capaz de definir a quién pertenecía la voz. Se dejó llevar, actuó en el trío como se esperaba de ella y se convenció de que disfrutaba. En su cabeza tenía algunas imágenes de la situación, incluso del momento en que decidió que no podía aguantar el ritmo y les dejó hacer solos.

Aún no había amanecido cuando Elena se despertó en la cama sintiendo que las horas anteriores se sucedían en su mente como si alguien las hubiera rodado desde fuera y se las mostrara, obligándole a abrir los ojos aunque quisiera cerrarlos con fuerza. «Los prejuicios, los prejuicios, los prejuicios», se repetía a sí misma, ella o esa voz que no identificaba. Pero cuando sintió náuseas y fue al baño a vomitar, vio reflejada en el espejo a una Elena con marcadas ojeras, parte de su vómito en la barbilla, los ojos profundamente rojos, el cuerpo debilitado por el alcohol y las drogas, la cabeza gritándole, las manos entumecidas que tocaban su rostro sin llegar a sentir. No eran prejuicios: la Elena que ahora veía era una que jamás quiso ser. En su búsqueda de la libertad se había dejado llevar hasta olvidarse de sí misma. Ni era aquella profesional encerrada en una bola de cristal ni era aquella mujer que, por miedo a no demostrar ser suficientemente libre, hacía lo que no deseaba. En ese instante sintió pena de sí misma, después rabia y por último frustración. Se sintió encerrada en sí, en ese estúpido cuerpo que actuaba sin su permiso en pro de la libertad completa. Se limpió las manos, la cara, mojó de agua sus brazos para continuar limpiando su cuerpo. La terrible sensación de suciedad la hizo meterse bajo la ducha y llorar acurrucada, queriendo hacerse pequeña y a la vez ser grande y libre para volar de allí. No dudaba de que había quien habría disfrutado de la experiencia de la noche anterior, pero ella aún estaba demasiado rota por dentro como para eso. Elena no podía disfrutar porque no era ella quien tomaba la decisión de hacerlo, solo se dejaba llevar para imitar ser quien no era y olvidarse de quien había sido. Aunque en ese momento se aborreció y aborreció a Martín y a la idiota de la chica que les acompañó, todos ellos sucios y demacrados, años después comprendió que ese odio no era real. No era «suciedad» lo que sentía, no eran prejuicios contra el sexo libre, no era vergüenza. Era, simple y llanamente, que no había sido fiel a lo que quería y sentía de verdad. Cuando su mente le

dijo «no», su cuerpo se dejó llevar para que no la tildaran de reprimida. No podía echar más la culpa a los preciosos ojos de Martin suplicándole con una amplia sonrisa. Solo ella era culpable de vivir bajo los efectos del alcohol día tras día, de tomar cuanta droga cayera en sus manos, de hacer un trío aunque el cuerpo de una mujer desnuda no la atrajera en absoluto. Mientras le echó la culpa a la tóxica relación, Elena bajaba la cabeza de vergüenza. Hasta que no fue capaz de asumir que ella era culpable de no ser fiel a sí misma, no fue capaz de perdonarse y mirarse con orgullo en el espejo.

Después de ducharse recogió sus cosas ante la pareja que dormía abrazada en la habitación. A pesar de la terrible resaca, fue capaz de tomar la decisión de abandonar para siempre a Martin, sabiendo que si lo hacía en ese momento en que le odiaba tanto sería más fácil que si postergaba la decisión. Haciendo el mínimo ruido posible, salió del apartamento con una mochila y se dirigió a una cafetería.

Elena pidió un café que le produjo rechazo al primer sorbo. Supo que si lo terminaba acabaría vomitando de nuevo, por lo que le pidió al camarero que le trajera un chupito de tequila. Sacó una libreta que siempre llevaba consigo y en la que apuntaba desde la lista de la compra hasta pensamientos o frases célebres. Comenzó a escribir con mano temblorosa y la mente nublada.

Plan de acción:

1. Conseguir llegar a Bali. Iba a ir allí hace dos años en vacaciones y se frustró el plan, ahora quiero ir a Bali.

2. Dejar de beber alcohol y por supuesto nada de drogas. Para decidir qué quiero hacer en mi vida necesito tener la mente despejada y no en una constante nube. Bueno, se aceptan cervezas y algunas copas y hoy cualquier bebida para quitarme la resaca está permitida.

3. No quiero ser la típica occidental en Bali que se busca a sí misma. Pero lo voy a ser. Vaya mierda. No se me ocurre destino mejor; además, me acuerdo de que tenían clases de yoga en sitios espectaculares. ¿Cómo lo hago para no aparentar quien no quiero ser? A la mierda, me voy a Bali porque me apetece y ya está. Seré una más de los miles que lo han hecho ya, tanto da.

4. Centrarme en mí para recuperarme. Las últimas semanas el ritmo de vida ha sido tan agitado que me he olvidado de mí misma. Ahora necesito tiempo para mí, como comencé a hacer en el Camino de Santiago.

5. Por Dios, otro chupito de tequila para quitarme este dolor de cabeza.

Estaba lloviendo en Ámsterdam. Eran las ocho de la mañana y la ciudad ya tenía vida, incluso de turistas que la visitaban para conocerla y no solo para disfrutar de los vicios prohibidos en otros lugares. Elena miró por la ventana y se sorprendió pensando que hacía mucho tiempo que no disfrutaba un desayuno tranquilo y agradable, sin necesidad de demostrar nada a nadie, solo leyendo un libro o escribiendo tonterías. Hacía tiempo que no estaba a gusto con su compañía sin necesidad de ruido de fondo que la distrajera. A su lado una mujer tomaba un café mientras leía el periódico y sintió una profunda envidia. Ojalá pudiera encontrar esa paz en un gesto tan sencillo, pero de momento necesitaba irse a un sitio tan lejano como Bali para hacerlo. Reflexionó sobre su decisión, lo sensato de su decisión, pero tardó solo tres segundos en concluir que era lo que quería. Necesitaba alejarse de todo lo conocido e irse a algún sitio lejano donde el fantasma de sí misma no la persiguiera. Sabía que tal vez ese fantasma lo llevaría consigo en la mochila, pero aun así mantuvo su decisión.

Los vuelos que salían a Bali desde Ámsterdam eran tremendamente caros. Durante la siguiente hora estuvo planificando cómo llegar a su destino de la forma más económica. Finalmente, se decantó por viajar ese mismo día a Berlín, esperar tres días para coger un vuelo muy barato a Moscú y después volar a Yakarta tres semanas después en otra ganga de viaje. Podría haber volado desde Ámsterdam directamente a Moscú, pero no era posible hasta siete días después y le horrorizaba pasar una semana más en aquella ciudad. Salía un tren en un par de horas, por lo que pagó los tequilas y se fue directa a la estación.

La primera parte del viaje fue horrible. Se subió al tren incluso emocionada por su aventura, pero a las dos horas la mezcla de la resaca y el mareo fueron superiores a ella. Tuvo que bajarse en Duisburgo, ya en Alemania, para sentir la tierra firme. Aunque su intención era quedarse solo un día, prolongó su estancia una semana en aquella ciudad hasta que se sintió con fuerzas para un viaje tan largo.

¿Perderse para encontrarse?

Zezé no sabía dónde había escuchado aquello de que a veces tienes que perderte para encontrarte, pero estaba segura de que lo había oído en algún lado. Invadida por la nada, tuvo la certeza de que nunca se había encontrado. Solo Lucas le hacía sentirse cerca de quien era, pero ni siquiera en esos momentos se sentía plenamente «encontrada». Tuvo el pensamiento de que tal vez aquella gran pérdida de Lucas, la pérdida de su gran brújula, la llevaría a encontrarse. El pensamiento cruzó su mente repentinamente y se sorprendió con una sonrisa tranquila en el rostro. Miró sus manos, el pañuelo mojado de mocos que sujetaban, y se imaginó a sí misma desde fuera. Ojos rojos, lagrimones, rostro triste, mirando al infinito impávida y con una estúpida sonrisa en la cara. «Encontrarse.» Qué bonito debía de ser aquello de encontrarse, aquello de saber quién es uno, qué quiere o para qué está en este mundo. Cuántas veces le había contado a Lucas lo que sentía. Qué pocas veces él le había contado a ella. «Yo también estoy fuera de la sociedad, no me aceptan como soy.» Ella intentaba decirle que no era así, pero sabía que sí lo era en lo más profundo de su corazón. Por mucho que la sociedad avanzara, no le comprenderían a él. Seguiría siendo un bicho raro para muchos, un inaceptado. Seguiría habiendo quien dijera que no quería que su hijo fuera como él. Seguiría sin ser normal. «*¿Cuántas veces me habló de su inaceptación?* —pensó Zezé en aquella cama—. Qué pocas en comparación con todas las que yo le hablé.» Se sintió egoísta. Ella siempre acaparaba la conversación, como si fuera más importante que él. «Qué estúpida, qué estúpida, qué estúpida —se dijo, y la sonrisa de su rostro se borró de forma fulminante. Ella era la gran actriz, su vida era más interesante—. Pero menuda basura más grande.» Sintió tanta vergüenza que de pronto quiso llorar de pena. Y el solo sentimiento la hizo sentirse más ridícula y con más ganas de llorar por lo estúpida que era. Ella, que lo tenía absolutamente todo, nunca se había conformado más que con Lucas y con su marido, pero aun así no había sabido expresarle a Iván lo que sucedía dentro de ella. No le era del todo sincera y ese sentimiento podía con ella, arrastraba la relación y la arrastraba a ella.

En ese momento entró Iván en la habitación con el móvil en la mano.

—Cariño, Ernesto Montalbán insiste en hablar contigo. —Daba igual que Ernesto e Iván se conocieran desde hacía años, Iván seguía usando su apellido cuando se refería a él. El gesto de Iván, aunque intentaba ser de compasión, parecía más bien de hartazgo. Primero pensó que sería por su culpa, pero después se dio cuenta de que era por Ernesto. Iván aborrecía a Ernesto, ella lo sabía. Pero había algo más. Ella le miró dubitativa—. Insiste mucho. —No era raro en Ernesto, solía pensar que tenía derecho a todo y por encima de todo. Ella rechazó con la mirada.

Iván, en el marco de la puerta, transmitió a Ernesto que Zezé seguía negándose a hablar con él tal y como le había dicho antes. Zezé se preguntó por qué su marido no se acercaba a ella. Una vez colgó el teléfono, le pidió con la mano que fuera hacia ella e Iván reaccionó, aunque pareció dudar un segundo. Algo le rondaba la cabeza y no quería decírselo.

Aunque Iván se acercó, se recostó en la cama y la abrazó por la espalda, acogiéndola entera, Zezé intuyó que algo anormal sucedía.

Zezé sabía que Iván no soportaba muy bien a Ernesto ni a Lucas. Los dos parecían saber algo de Zezé que a Iván se le escapaba, y a ella no se le escapaba que aquello le sentaba mal. La relación con Lucas era más bien distante, pero con Ernesto era completamente tirante. También era cierto que no ayudaban todos aquellos rumores que habían emparejado a Zezé con el famoso director y representante suyo a lo largo de toda su carrera como actriz. ¿Cómo iba un director tan famoso a dejar de lado su carrera por representar a una actriz? Una profesión muy alejada del estatus que se le suponía a él y, sobre todo, exageradamente alejada del estatus hiperalto que él tenía de sí. Hubo rumores, infinitos rumores. No ayudaron las fotografías en que él la abrazaba cariñosamente, en que ella le daba un beso en los labios, momentos de entrega de las llaves de la habitación del hotel en los que ella le daba un juego de las suyas al director. No, no ayudaba ninguna de esas imágenes a los rumores de que tenían una relación más bien sexual. Los rumores cesaron un poco cuando Zezé e Iván iniciaron su relación, también porque ella dejó de darle cariñosos besos en público. No significaba ni mucho menos que no se los diera, pero dejó de hacerlo a la vista de los demás. No se percató de que Iván no comprendía la relación y debía haber dejado de ser tan cariñosa con Ernesto delante de él también. Zezé no se percataba de tantas cosas... A veces resultaba tan inocente e ingenua. A veces resultaba tan fuera de la sociedad y las normas sociales. A veces resultaba tan inteligente, sumamente inteligente,

pero ajena a ese mundo social. A veces, o más bien a menudo, resultaba que Zezé no había crecido en un ambiente como el de los demás.

Zezé escuchó resoplar a su marido. Fue un soplado bajo, muy bajo, apenas perceptible. No era el bufido que hacía cuando se enfadaba, como si de pronto en vez de el torero fuera el toro. No, fue un verdadero soplado de queja y cansancio.

—¿Qué sucede?

—¿Por? Nada. —Volvió a preguntar, apretó su mano contra la de él y se dio la vuelta—. Nada, Ernesto. —Siempre Ernesto, pensó ella—. Esta vez me ha dicho que tenía que hablar contigo y que yo no era nadie. Que sin él yo no estaría aquí a tu lado, que estamos juntos porque él así lo quiso. —La rabia se escuchaba en sus palabras.

Zezé se mordió los labios. Ernesto estaba cabreado, realmente cabreado. No tenía derecho a decir aquello. Iván la miraba fijamente y se le heló la sangre. Podía mentir o decir la verdad. Ese era el momento.

—¿No te ha dicho nada más? —preguntó Zezé. Si Ernesto se calentaba, raro era que se quedara en una indirecta.

—Sí, que tu madre había parido a un mal nacido. ¡No le aguanto, Zezé! ¡No aguanto a ese impresentable! —Zezé seguía con la sangre helada—. ¡Si tú no tienes hermanos! ¿A que no? —Aquello no era una pregunta retórica, no era una pregunta infantil. Podía parecerlo y ahí estaba la trampa, pero no. Iván dudaba algo, Iván sabía que Ernesto sabía más. Y Lucas sabía más. Y ella sabía más. El único que no sabía era el hombre con quien compartía lecho. El único que no sabía era el hombre que decía querer tener hijos con ella. El único que no sabía era el que más merecía saber en ese momento, el hombre que la miraba con sus preciosos ojos verdes, el hombre del que estaba profundamente enamorada, el hombre sin el que ella dejaba de ser quien era. El hombre que la había aceptado como era y el hombre que había dado por ella el mundo entero. Si ahora ella le decía la verdad, él se sentiría traicionado y todo se apagaría. No la comprendería y la abrazaría, no la consolaría y la compadecería. Habría sido traicionado.

El sol se había ocultado y ya no iluminaba la habitación. Zezé miró a su marido con un gesto suave, tranquilo. «Estoy preparada para ser sincera, estoy preparada para saber si me quieres como soy o como crees que soy», se dijo.

—Crecí en la cárcel con mi madre, una medio gitana que había tenido un hijo anterior, Lucas, con un mozo del pueblo. Casi le matan a drogas y alcohol; afortunadamente, a él le adoptaron después. Yo crecí en la cárcel aferrada a

las piernas de mi madre, teniendo miedo de todo y de todos. Esta cicatriz me la hice en la cárcel, no cayéndome de un caballo como siempre cuento. Esta personalidad la hice en la cárcel. Esta cárcel me acompaña toda la vida. Aun a día de hoy cierro la puerta tras de mí como me enseñaron a hacer de pequeña. Así me siento más segura.

»Cuando tuve que elegir un nombre artístico, me decanté por el más feo que me vino a la cabeza, intentando marcar una distancia con la persona que debía ser. Y Ernesto Montalbán dice que estás aquí gracias a él porque organizó infinitos encuentros entre nosotros. Pensó que quedaría muy bien que me emparejara con un torero y lo consiguió. Mi vida nunca ha sido mía. Mi nombre debería ser María Montalbán Pérez, pero este jamás figuró en ningún sitio más que en mi imaginación, en el recuerdo de mi madre, en el de mi padre, Ernesto, y en el de Lucas. Ahora también en el tuyo.

Cuatro nombres tiene Zezé y una cárcel encierra sus tres pasados

¡Eran dos Elenas distintas!, me dije en voz alta cuando dejé los papeles encima de la mesa. Los relatos que estaba leyendo no eran solo sobre la vida de aquella Elena de Garzúa que yo conocía. ¿Cómo había podido estar tan ciego? Zezé era el nombre artístico, pero su nombre real era Elena Miel. Lo confirmé con una rápida búsqueda en internet. Recuperé todos los folios que había leído hasta ahora y los dividí. Elena, la mujer de Garzúa, debía de ser aquella mujer que dejaba su vida atrás y se embarcaba en el Camino de Santiago. Sin embargo, aquella otra que había crecido en la cárcel era Zezé. Había confundido los relatos con la misma persona, pero Lucas estaba hablando de dos mujeres distintas con el mismo nombre. Todas las experiencias que le había atribuido a Elena de Garzúa pertenecían a Zezé, nombre artístico de Elena Miel.

Aunque yo no lo sabía, en ese momento en que yo descubría quién era Elena Miel, ella misma le estaba confesando a su marido su pasado. Aquel pasado del que él tanto había querido saber desde que estaban juntos pero que, ahora que lo conocía, prefería seguir ignorando. En ese momento Zezé le explicaba que su padre era el manager y director Ernesto Montalbán. Le explicaba que su madre era la actriz de aquella película sobre Garzúa que Ernesto rodó, una preciosa gitana que acabó en la cárcel donde la crio. Le explicaba que su relación había sido puro *marketing*. Le explicaba que él no había sido más que un objeto bonito al principio de la relación. Le explicaba que Lucas no era un querido amigo, era su medio hermano, hijo de la misma madre, aquella mujer encaminada hacia la autodestrucción y que dejó atrás en la cárcel. Aquella mujer de la que solo volvió a saber que había fallecido en prisión.

No entendía nada, debía rehacer todos mis esquemas. Eran dos Elenas distintas, me repetía una y otra vez. Tenía entre mis manos el pasado de Zezé, aquel pasado sobre el que todos los periodistas hacían especulaciones una y otra vez sin acercarse lo más mínimo a la realidad. Busqué más información sobre ella en internet y me acordé de los rumores habituales sobre quién era

esa actriz, la improbabilidad de que hubiera crecido en una cabaña perdida en el monte, lo poco que se sabía de ella, lo enigmática que resultaba. Incluso encontré un extenso artículo con improbables historias sobre Zezé, poniendo en duda hasta su edad real. Otros cotilleos decían que era la amante de Ernesto Montalbán y acompañaban sus afirmaciones con fotografías en las que los dos se mostraban muy cariñosos: un abrazo, un beso en la mejilla, una mirada. Los peores la situaban como una prostituta «comprada» y adiestrada por Ernesto.

No podía dejar la historia en ese punto y busqué como loco por todos los libros de Lucas hasta que encontré, entre muchos recuerdos, otra confesión de Zezé.

* * *

«Te decía que la ley permitía a los niños permanecer en la cárcel con sus madres hasta los 6 años, momento en que debíamos salir adonde el destino nos diera un lugar. Mi abuelo, el padre de mamá, estaba enfermo y no podía cuidar de mí. Sabía que mi vida tenía una fecha de caducidad si no actuaba y fue ese miedo el que le movió a buscar, encontrar y obligar a mi padre a hacerse cargo de mí. No fue fácil. Mi padre era ya entonces un famoso director de cine de renombre mundial. La relación con mamá no duró más de dos noches. Mamá interpretaba a la hermosa andaluza de la película que Ernesto Montalbán rodó en Garzúa sobre la tragedia del reloj. Fue su único papel, ya que ella no era una actriz profesional. Fue papá quien me contó cómo había sucedido:

Conocí a tu madre en el rodaje y me encantaron su frescura y su combinación de contrastes. Tan pronto te soltaba una burrada como salía con un discurso elaborado sobre los prejuicios, en el que realmente creía y no se limitaba a repetir lo que su padre decía, pero que le hacía parecer fuera de lugar. No sé quién la encontró perdida por las calles de Cádiz para contratarla como actriz, ni cómo, ni siquiera sé a qué se dedicaba entonces, pero me pareció un descubrimiento. Tenía la misma risa que tú, a veces hasta demasiado sonora cuando la acompañaba una copa. Lo poco que sé de ella es que quería aparentar siempre ser una mujer feliz cuando por dentro se destrozaba a sí misma día tras día.

Después de tres días de rodaje y coqueteos descarados con más de uno, invitamos a tu madre a una de nuestras fiestas. Era la actriz principal y, como decíamos nosotros, la gitanilla. Es decir, injustamente la tratábamos como a una actriz secundaria sin importancia. Lo normal era que no la invitáramos por nuestros prejuicios; en realidad, ya habíamos limitado bastante su aparición en la película, aunque debía ser la

protagonista. No era más que el florero en torno al que sucedía la trama, sin importancia ni apenas diálogo. Pero la invitamos a esa fiesta y lo hicimos buscando solo una cosa.

La observé toda la noche desde cierta distancia, fascinado por ella. En esa época me encantaba esa expresión: “fascinado”. Estoy fascinado por esto, por lo otro, esto es fascinante, qué sensación me da, qué subidón, qué fascinación, me llena. Me chifla, es lo más. Tenía la edad de Cristo y me comía el mundo. Creía que mi criterio era lo más válido que podía haber y que todo el mundo deseaba escucharlo.

Bien, pasé toda la noche observando a tu madre ser adorada por mi actor fetiche, por el camarero, por una famosa actriz supuestamente hetero, por el abuelillo que pasaba por ahí y nadie sabía por qué... Ella se dejaba querer y recibía los halagos sin darles importancia, ajena al espectáculo que se producía a su alrededor. No se cansaba de que le dijeran lo hermosa que era su mirada o que esa flor en el cabello le quedaba de lo más “gitanillo”. Ella lanzaba más miradas con sus enormes ojos verdes.

Era hermosa. Un hermoso objeto de deseo.

De lejos.

De cerca, podías ver sin esforzarte las marcas de su autodestrucción. Tu madre había hecho el camino inverso a un diamante en bruto. Nació diamante y se lanzó contra el barro sin saber nunca por qué.

Las ojeras de borracheras continuas eran lo de menos, aunque destacaban en la cara de una niña de 26 años. Podías empezar por nombrar ese detalle, pero si querías continuar veías el rostro carcomido y los huesos de los maxilares sobresaliendo, la suciedad bajo las uñas de las manos, los brazos llenos de marcas de jeringuillas clavadas con poco garbo, el corte de pelo desigual que su larga y ondulada melena disimulaba de alguna manera, el nudillo del dedo índice de su mano derecha con una herida permanente de las veces que se producía el vómito, los dientes amarillentos.

Pero todo esto lo veías si querías continuar descubriendo el barro del diamante. Si dejaran un diamante en tu mano, y sé que muchas veces lo han hecho, estoy convencido de que algo de barro no te impediría ver el brillo. La Gran Elena, como la llamé entonces, brillaba por encima de todos estos nimios detalles que no queríamos ver.

Ojalá pudiera decir que amé a tu madre. Lo cierto es que no lo hice. Pasé una noche con ella y la devolví a su destartado hotel, echando su melena hacia un lado y lanzándome un descarado beso de despedida. Parecía una actriz innata.

Logramos que su intervención fuera fugaz en la película, que apenas hablara, que rodara pronto lo que le correspondía y desapareciera tan rápido como la habíamos contratado. No queríamos una actriz, buscábamos solo un rostro desconocido para la película que enajenara a la perfección. Como la purrela que éramos, nos deshicimos de ella con unos billetes en la mano y no volví a verla en varios meses. La olvidé, o eso intenté.

Unos cuatro años después, cuando la grabación de Garzúa me quedaba en la retina de mi pasado, tu abuelo se plantó en la recepción del hotel de San Sebastián donde me alojaba. Nada más verle tuve la impresión de conocerle, pero no era más que por el

reflejo de aquella mujer tan hermosa. Lo primero que pensé fue sacar mi cartera y soltar algunos billetes. Pero no era lo que quería tu abuelo, sino algo más.

Se acercó a mí con su discreción, humildad y educación habituales. Yo me dirigía a una cena con mis amigos, pero me cerró el paso. Intenté zafarme y, con una cordialidad un poco forzada, atrapó la manga de mi chaqueta y me pidió que le invitara a un vino. “Necesito hablar con usted sobre mi hija, una andaluza de San Fernando que participó en una de sus películas hace un año.”

Los ojos de tu madre aparecieron en los de ese hombre envejecido. Él tenía poco más de cuarenta años, pero aparentaba estar en la cincuentena. Lo único vivo que le quedaba era la mirada, entristecida por los párpados que le caían sobre arrugas y arrugas. Nada más sentarnos en la cafetería del hotel, sus ojos comenzaron a cristalizarse y empañarse de lágrimas. Yo pedí un vodka con hielo; él, agua.

—Mire, señor, yo estoy seguro de lo que usted piensa al verme y de lo que pensará en cuanto comience mi historia. Pero no me importa, porque es usted lo único a lo que puedo aferrarme con todas mis fuerzas por ella. Yo no tengo absolutamente nada más que el poco dinero que entra en mi casa por los trabajos del taller. No pretendo darle pena, quiero que conozca la realidad. Usted ha conocido a mi hija, nadie puede negarse a decirle que no a esa chiquilla. He intentado no hacerlo, no darle dinero porque sabía que después lo usaría para sus drogas. Pero si no le daba el dinero, lo buscaba vendiendo su cuerpo, y le aseguro que esa visión sí me hunde en la miseria. He intentado ayudarla, he intentado encerrarla en casa esperando que se le pase el mono, he intentado ingresarla en clínicas que no puedo permitirme. He intentado lo que no está en mis manos y he fracasado. Ella siempre me mira con esos ojos alegres y parece que las preocupaciones que la rodean desaparecen. Pero no desaparecen.

—Siento interrumpirle, pero me están esperando. —No sentía nada interrumpirle. Quería huir de aquella situación como fuera.

—Sí, perdone. Seré más directo. Mi hija se quedó embarazada de usted. Puede poner el grito en el cielo e insultarme todo lo que quiera. En esto seré firme, muy firme. Si no me cree, le denunciaré y pediré una prueba de paternidad con toda la parafernalia mediática que ello conlleva. Si me cree, le expondré únicamente lo que busco. Y no es chantaje. Busco que usted salve a mi nieta. No quiero que se convierta en lo mismo que su madre. Ahora mi hija ha ingresado en la cárcel y vive ahí con mi nieta, la pequeña María. No es la primera vez que mi hija está en la cárcel, es un personaje habitual para la policía por estar involucrada en robos de casas, extorsión a empresarios para que la contraten, venta de drogas... Pero en esta ocasión no pasará unos mesecillos en prisión. Está acusada de conocer y participar en el asesinato de un joven empresario. Por lo visto, el noviete que tenía entonces era un sicario de poca monta al que contrataron para asesinar a ese joven. Mi hija le ayudó, engañando al pobre para que la siguiera en una noche de locura, con el propósito de hacerle desaparecer. Ella dice que no sabía para qué debía engañarle, pero no la han creído. A eso se suma todo lo demás que ya lleva acumulado, incluido el asesinato de un pobre criado en una de las casas en las que robó. Ella no fue quien disparó, pero sí presenció el asesinato sin que hiciera absolutamente nada por ayudarlo. Quiero creer que la droga

le ha invalidado su más innato sentido de humanidad. Lo único positivo de toda esta historia es que dentro de la cárcel no puede drogarse. María, mi nieta, su hija, ha nacido y está creciendo sana contra todo pronóstico. Es su segundo hijo, aunque al primero ya le perdí la pista, desafortunadamente. Estando embarazada, no dejó de tomar alcohol y drogas. Me llegaron rumores de que intentó abortar y, aunque no lo consiguió, me duele en el alma creer que tal vez hubiera sido mejor para él. Sufrió maltratos junto a la mierda de novio que mi hija se echó en su día y estuvo a punto de morir de inanición. Lo último que supe del pobre Lucas fue que una familia le había adoptado. Me cae sobre la conciencia el enorme peso de no haber hecho nada por él, pero en esos momentos yo estaba superando un cáncer que ahora renace. Ernesto, mi hija es peligrosa para sus propios hijos. No con intención, pero es peligrosa.

—¿Qué quiere que haga? —repliqué enfadado.

—Como ya le he dicho, quiero que salve a su hija. Quiero que no permita que sea como su madre. Por favor, quiero que la salve. No quiero dinero, no quiero que me dé dinero y yo le prometa que cuidaré de ella porque no creo que pueda hacerlo mejor de lo que lo hice ya con mi hija y no sé cuánto tiempo me queda de vida. No quiero chantajearle para que me dé dinero. Solo quiero que me prometa que salvará a mi nieta, por favor, se lo suplico. —Aquel hombre mayor se deshizo en lágrimas—. No quiero dinero —volvió a repetir—. Yo solo quiero que salve a mi nieta.

—Yo no puedo atar mi destino al de esa niña. Nadie puede saber que es mía.

—Haga lo que tenga que hacer, pero por el amor de Dios, salve a su hija de la mía. No permita a mi hija convertir a mi nieta en otro ser destruido. Ahora viven juntas en la cárcel, pero cuando cumpla 6 años tendrá que salir de ahí y estará sola en el mundo; estoy convencido de que yo no llegaré a entonces para ayudar a mi pobre nieta. Mi mujer ha fallecido, esa chiquilla no tiene a nadie en este mundo más que a su padre. Se llama María Pérez, pero los dos sabemos que su verdadero nombre debería ser María Montalbán Pérez. —Estaba convencido de que el añadir mi apellido al de tu madre era su recurso artístico para tocarme el corazón. No fue el corazón lo que me tocó, sino mi convencimiento de que no podría soportar otro espectáculo como el que sufrí por el incidente de París.

Y así es como tu abuelo te salvó la vida. Yo no podía hacerme cargo de ti, no quería que nadie supiera que eras mi hija. En ese mismo encuentro fijamos los términos de una especie de contrato. Acordamos que lo mejor sería no apartarte de tu madre, tanto por ti como por ella. Tú le dabas motivos para vivir y ser feliz, para mantenerse sana. Y dentro de la cárcel, aunque no era el mejor ambiente que un padre pueda desear para su hija, al menos sabíamos que nada malo podía pasarte y yo no me hacía cargo directamente de ti. Algo que, por supuesto, quería evitar. Yo ingresaría dinero en la cuenta de tu madre para que tuviera unos ahorros. Tu abuelo no me pidió grandes cantidades, todo lo contrario. Él era sincero, no buscaba ni mucho menos sacarme los cuartos. Solo quería asegurarse de la supervivencia de su nieta, dando por perdida la de su hija. Cuando cumplieras 6 años yo pagaría un internado y los veranos ya veríamos cómo nos apañaríamos. Tu abuelo quería que tuvieras una buena educación, que crecieras sana y fueras una abogada, una médica, una profesora... Él

quería para ti cualquier profesión que te hiciera feliz, pero sobre todo quería que no cayeras en el alcohol y las drogas. En aquel encuentro marcamos los términos de un acuerdo que tiempo después se torcieron.

»Se torcieron primero cuando mi abuelo se murió a los dos años de aquella conversación. Mi padre podría haber interrumpido el contrato no firmado, pero algo extraño debió de suceder para que decidiera cuidar de mí. Sin embargo, empezó a germinar en su cabeza la idea de que mantenerme en un internado podía ser un verdadero desperdicio. Él había conocido a mi madre y confiaba en que yo sería como ella. Podía convertirme en el diamante que ella no fue si encaminaba mi vida. Esperó a que cumpliera los 6 años, momento en que ya no podía vivir con mamá, para arreglar con la ayuda de su socio mi situación. Arreglar la situación suponía, ni más ni menos, cambiar mi identidad. El socio de papá acudió a la cárcel, mamá firmó unos papeles por los que rechazaba mi custodia, en el centro arreglaron de aquella manera otros papeles y robaron mi identidad. Estaba registrada como María Pérez, aunque mi verdadero nombre era María Montalbán Pérez. Nunca fui quien debía realmente ser. A partir de mi sexto cumpleaños me convertí en otra persona y posteriormente adquirí otro nombre. No sé cómo, pero el socio de papá encontró en un pueblo de Galicia a una pareja mayor que vivía en una cabaña en medio de la nada. Tenían una hija de 11 años, Elena Miel, con una enfermedad terminal. Moriría sin que nadie más que los padres lo supieran y yo adquirí de pronto su nombre y apellidos, su sitio en aquel hogar, pero jamás su posición como hija. Como Elena Miel, fui una niña moribunda que resucitaba de entre los muertos con cinco años más de los que yo tenía. Había estudiado desde casa toda mi vida, había superado una enfermedad, me había aislado del mundo en los tristes once años que viví. Me transformé en Elena Miel, viviendo con aquella pareja destrozada y sumida en la tristeza por los últimos años en que sus esfuerzos no habían dado ningún resultado, que no sentían por mí ningún aprecio ni me quisieron. Solo vieron el dinero, la posibilidad de ofrecer una silenciosa muerte a su hija, enterrada a escasos metros de nuestra vivienda, y una vida con las facilidades que el acuerdo les daba. Yo solo tenía que recibir educación en casa de la mano de Adela, una mujer que mi padre y su socio contrataron y que viviría con nosotros. Sería educada para transformarme en una actriz de talla mundial, aprendería inglés y francés en casa, tendría una sólida cultura y una educación exquisita, leería infinitas obras de teatro que interpretaría, aprendería a bailar y a cantar en esa

casa perdida de Galicia, a la que prácticamente nadie llegaba nunca porque era necesario atravesar carreteras infernales. Mi enfermedad justificaría mi desarrollo y apariencia infantiles. Todo estaba bien calculado. Todo menos cómo yo podría superar alguna vez que no era yo y estaba atrapada en una cárcel de nombre Elena.

»Cuando tenía diez años me atreví a decir que quería hablar con mi madre, la verdadera, que debía seguir encerrada en una cárcel. Antes no lo había hecho por miedo a recibir un no por respuesta, pero muy lentamente la confianza me hizo regalarme esa petición. Aquellos que pasaban por ser mis padres y me daban un apellido, Miel, me miraron con susto. No me contestaron y llamaron a Adela. Ella vino esa noche a mi cuarto y me explicó que mi madre, sin que nadie me avisara de ello, había muerto hacía un año. Recuerdo que eligió el momento en que yo debía estar leyendo en la cama una obra de teatro, de acuerdo a mi estricto horario de educación. Tenía una pequeña luz encendida encima de mi cama, enfocada a los libros que noche tras noche pasaban por mis manos. Cuando entró se me iluminó la cara como siempre. Adela era la única mujer que me había tratado con amor puro y verdadero, que me había enseñado a amar porque así lo deseaba y no por imposición o falta de elección, que me había enseñado cómo se sentía uno siendo amado. Era mi profesora, mi confidente, mi amiga, mi diversión. Al igual que mi madre en los años de cárcel, Adela se había convertido en el centro de mi universo.

»Era una mujer delgada y con un largo cabello negro, suelto sobre sus hombros, liso como una tabla y apenas sin vida. Tenía entonces cerca de cuarenta años y la piel tersa y pálida, apenas unas ligeras arrugas en labios y ojos cuando sonreía. Era una mujer muy alegre conmigo, pero ante el resto de las personas se sentía cohibida. Aunque el tiempo empaña los recuerdos, ahora que la miro desde la distancia creo que Adela era una mujer tímida y le costaba mucho confiar en los demás. Una vez lo hacía, se desnudaba por completo y te dejaba entrar en su mundo de la mano, sabiendo que ella siempre sería una amiga fiel. Pocas personas lo conseguían. Sé que Adela me quería con todo su corazón, a pesar de que también estaba a mi lado por un contrato, por el dinero que mi padre le pagaba. Nunca tuve ni una sola duda de que ella me quería.

»Adela se sentó al lado de mi cama y apenas pudo pronunciar las palabras sin resistirse a abrazarme y aceptar mis lloros. «Tu madre murió hace un año.»

»Tardé más tiempo aún en descubrir qué había causado su muerte. Pensé en muchas opciones: la droga, una pelea en la cárcel, algún amante a quien se le fue la mano, tal vez un accidente de coche mientras conducía completamente borracha, como sabía que ya había hecho. Casi fue un alivio descubrir que, a pesar de su afán de destrucción, ninguna de esas armas tan peligrosas acabó con su vida. Las inocentes picaduras de dos avispas, a las que sin saberlo era alérgica, le habían arrebatado la vida en la cárcel. Murió ahogada por la hinchazón de su garganta, me imagino que con terribles dolores que le hicieron sufrir en unos pocos minutos todo el dolor que había acumulado a lo largo de su vida. Fue un alivio saber que al final no se mató a sí misma, porque eso hubiera supuesto que no le preocupaba en absoluto su hija. Si al menos murió de forma natural, podía aferrarme al pensamiento de que nunca me habría abandonado.

»Desde los seis hasta los doce años viví en esa casa con Adela como única compañera. Papá vino alguna vez a visitarme, no más de una al año. Yo sentía que me observaba como un experimento, una modelo que podía o no superar las pruebas de una audición. Apenas hablábamos entre nosotros, solo me hacía preguntas de cortesía y no se atrevía a acercarse mucho a mí. No me sentía como su hija y yo definitivamente no le veía como un padre, aunque en mi interior deseaba gritarle «papá» y tener esa sensación de tener un padre, un príncipe, un héroe en mi vida que me salvara. Le agradecía calladamente que me diera todos los caprichos del mundo y se hubiera preocupado de mí, cuidándome y educándome. Entonces no entendía que había muchas más cosas que un padre podía hacer por su hija, como por ejemplo darle su apellido y cuidarla en vez de convertirla en un producto artístico a su antojo.

»Eran visitas no avisadas y que duraban apenas media hora. Su socio, sin embargo, venía más a menudo. Una vez al mes quería conocer los progresos de mi desarrollo, me evaluaba bailando y cantando, me hacía «audiciones» y me preguntaba por las capitales de los países europeos. Él estaba verdaderamente empeñado en que fuera una actriz magnífica, la actriz que siempre querría encontrar hecha según su modelo de perfección. No era más que un experimento y como tal me miraba y me lo transmitía. Yo le odiaba con toda mi alma y con él aprendí ese sentimiento. Si Adela me enseñó a amar, ese hombre me enseñó a odiar sin sentido.

»A él le debo mis Óscar y mi éxito profesional, a él le debo mi fama, mis aprendizajes, mi imagen, mi comportamiento, mi educación, mi forma de pensar, mi forma de actuar. A él le debo no decir una palabra de más ni

molestar a nadie y, si lo hago, que sea con gracia. A él le debo crearme una diosa de Hollywood y actuar como tal. A él le debe el mundo que el antiguo resplandor y la magia del cine volvieran a brillar a través de mí. Él marcó mi camino con decisión y sin desviarse un solo paso, sin permitir que nadie interviniera y obligando a Adela a seguir sus normas con férrea disciplina. Él era el malo de la película que en realidad te aportaba todo lo bueno, lo quisieras o no. Él es el hombre que más odiaré en mi vida por haberme mantenido encerrada en la cárcel de Elena y no permitirme ser nunca quien soy. Si una respuesta mía le desagradaba, me enseñaba cuál debía ser la correcta, pensando siempre en ese patrón ideal de actriz. Me inventó y me creó. Nunca he sido yo.

»Con 12 años yo tenía oficialmente 17, algo difícil de creer, pero que mi supuesta enfermedad podía justificar. Decidieron entonces que debía abandonar la casa en Galicia y compartir vida con otras personas de «mi edad» ante la posibilidad de que mi soledad me convirtiera socialmente en una patosa. Hice mis maletas con ilusión y hasta el último momento no me planteé siquiera la posibilidad de que Adela no me fuera a acompañar. La noche anterior a mi partida ella había dejado una carta de despedida en el escritorio. Estoy segura de la veracidad del recuerdo de que me dio un beso de buenas noches, aunque a veces mi consciente me hace trampas y me dice que es solo una bonita invención de la despedida que nunca tuvimos. Jamás volví a verla: sé que firmó un acuerdo, acompañado de una gran suma de dinero, con estrictas estipulaciones para evitar cualquier posible encuentro. No tengo duda de que el dinero no le importó, pero la amenaza de que, si se supiera de su existencia, podría arruinar mi carrera sí la detuvo. Al igual que sucedió con mi madre, tampoco asistí al funeral de Adela años después. No me he despedido de las dos personas más importantes de mi vida.

»Como decía, con 12 años tuve que iniciar mi vida en el mundo real, que jamás había conocido antes.

Los secretos de Lucas

Eran las tres de la mañana cuando terminé el relato y la búsqueda por internet de más información. Todo lo que encontraba reforzaba la historia de Zezé: todas las sombras que había en su vida y las incógnitas siempre abiertas. Recuperé las fotografías con Ernesto que se consideraban más polémicas, incluida una en que ella le daba un beso en los labios para saludarle. Y las vi bajo una nueva óptica, la de aquella niña que solo tenía a su padre como referencia en el mundo. Seguramente habría tardado tiempo en descubrir que ella era una artista creada y dirigida según los gustos del director, una niña convertida a la fuerza en mujer y que no tenía identidad propia más allá de la que le permitían crearse dentro de su disfraz. Hablaba de una férrea educación y recordé que la estrella era conocida por su inteligencia, sus estudios y su trato exquisito. Lo que a todos nos habían vendido como la única actriz natural, la única estrella que pertenecía por derecho propio al firmamento, no era más que un producto elaborado y estudiado al milímetro, criado desde la infancia sin identidad para convertirse en quien su padre quiso. ¿Habría sido tan calculado? ¿Habrían estudiado que, quitándole su identidad o mezclándola en mares de identidades, ella aceptaría ser quien le proponían? ¿O Zezé simplemente no había encontrado otra salida que adoptar esos disfraces al lado de una figura paterna que nunca tuvo? Recordé uno de los primeros relatos que leí de ella, cuando aún creía que mi hermano se refería a Elena de Garzúa, en la que describía su estancia en la cárcel. Aquella niña buscaba un príncipe azul, un padre. ¿Lo habría encontrado en Iván, su marido? Me convencí de que así era y por ese motivo se retiró de su carrera artística, dejando atrás el personaje que habían creado para ella y convirtiéndose por fin en dueña de su vida junto al marido que había elegido. No sabía yo, entonces, que Iván también había sido un plan de Ernesto Montalbán. Afortunadamente, el mejor plan que había hecho para Elena.

Una vez conseguí apartar la sorpresa del relato sobre su vida, me centré en otra sorpresa. ¡Era la hermana de Lucas! De ahí que Lucas tuviera el teléfono de la cárcel: su madre estaba allí ingresada. Por eso le contaba su historia personal, era su propio hermano.

Al día siguiente me desperté con el ansia de saber más de todo, de Zezé, de Elena y de Lucas, y a los pocos minutos de levantarme ya estaba una vez más en la tienda. Con la idea de no distraerme de ninguna de las maneras, fui a por un café y descubrí que no quedaba. Maldije mi suerte, con esa sensación de desánimo que a veces me invadía y me hacía sentir que todo lo que me rodeaba era una mierda. Miré la cafetera con rabia y tardé unos minutos en recuperarme, volver a ponerme el abrigo y salir a la calle a por provisiones. Justo cuando abría la puerta me encontré con un hombre que discretamente llamaba al timbre.

—Perdón —fue su súbita expresión. ¿Conocerá a Lucas? Fue lo primero que me pregunté. Tendría más de cincuenta años y debido a su altura me miraba desde arriba en una postura muy erguida. Había salido de la tienda con tanta prisa que casi me había dado de bruces con él, por lo que di un paso atrás para reducir la cercanía. A pesar de las entradas, aún podía peinar hacia atrás algo de pelo rubio y blanco. Olía a recién afeitado y vestía listo para asistir a una boda, caminando como si él fuera el digno novio que recoge a la novia. Tenía los ojos marrones bien abiertos, aunque los párpados comenzaban a hundirse sobre ellos. Me miraba fijamente con un gesto agradable, cordial o incluso neutro. Aunque uno podía saber que se cuidaba muy bien, varias arrugas profundas alrededor de sus finos labios avejentaban su rostro con inusitada desfachatez. Se apoyaba en un bastón, aumentando esa imagen de hombre mayor, aunque mantenía el pecho bien fuera y la postura erguida. Llevaba un pañuelo azul de seda al cuello, cubriendo el pecho que la camisa blanca dejaba libre al no atar los dos primeros botones. Bajé, buscando detalles como siempre hacía, la mirada a los zapatos. Marrones con cordones azules, a juego con el pañuelo. De hecho, la empuñadura de su bastón también era azul. Levanté rápidamente la mirada, di otro paso atrás y le abrí la puerta. En menos de quince segundos había creado mi juicio y sentenciado.

—¿Desea entrar? —Sonrió y su mueca no era ya neutra, sino de profundo agradecimiento. Me estrechó la mano con fuerza y sentí que él, muy al contrario que yo, no estaba midiéndome ni juzgándome.

—Soy Alberto Echevarría. —Correspondí a su saludo y entró en la librería. Quise creer que andaba con la misma naturalidad que todos los que ya habían entrado en estos días y me convencí de que también conocía a Lucas.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté cuando ya estaba dentro y pasaba su mano por el mostrador, dándome la espalda. Sentí que su cuerpo, tan erguido, tenía una pequeña convulsión y se dejaba caer ligeramente hacia el

mostrador. Se apoyó en el bastón para recuperar la postura que apenas había perdido y, con dificultad, demasiada dificultad para su edad, se volvió.

—Querido, con todo mi cariño, siento decirte que no creo que puedas ayudarme. —Su voz, brusca, profunda, grave, contrastaba con su imagen y sus propias palabras. Hice un repaso de los asistentes al funeral de Lucas y no le recordé, pero bien podría haber estado sin que yo lo recordara. Se volvió y miró a su alrededor con extrañeza—. Este lugar nunca será el mismo sin nuestro querido Lucas.

—¿Le conocía? —aproveché para preguntar. Quería que me lo contara todo, que me hablara de mi hermano para seguir conociéndole a través de otras personas, que me dijera una a una todas las veces que le visitó y me relatara su propia vida independiente de Lucas o con relación a él. Quería saberlo todo, y las ansias debían verse reflejadas en mis ojos ardientes.

—Digamos que éramos algo más que amigos —me dedicó otra sonrisa, pero inmediatamente dirigió la mirada hacia la tienda. Caminó por la misma con pasos lentos y cortos que también contrastaban con su altura. Todo él era un mundo de contraposiciones, pensé, incidiendo en aquel juicio que ya había creado. Se acercó a una de las estanterías y pasó su mano por los libros, cerrando los ojos y apoyando su cabeza sobre el estante. Mi primera reacción fue ofrecerle ayuda pero, en cuanto moví un pie, la rechazó con la mano derecha alzada hacia mí. No fue un gesto desagradable y cortante, sino suave, apacible. Le escuché suspirar profundamente, disfrutando de aquel momento en soledad a pesar de estar junto a él. Algo me decía que podía confiar en ese hombre y dejarle el espacio que necesitaba, aunque solo fueran unos minutos. Aunque apenas me escuchó, le dije que iba a salir un momento a comprar y que esperaba que aceptara la invitación de compartir un café conmigo. Asintió con la cabeza y salí por patas de la tienda, deseando que el aire del exterior me invadiera y me rescatara del pesado ambiente de la librería.

Cuando volví, Alberto Echevarría estaba sentado en un sillón con uno de los libros en su regazo, pasando las páginas sin apenas leerlo. Hojeando, que no ojeando. Preparé el café y, como no quise perturbar sus pensamientos, decidí que tomaría uno como el mío. Cuando lo dejé en la mesita redonda y baja que separaba nuestros sillones, él cerró el libro y me miró antes de coger su taza.

—Delicioso. —El olor a café invadía la habitación—. ¿Vas a mantener la tienda?

—Aún no lo sé, la verdad. Ahora quiero cerrar todos los asuntos que Lucas tenía pendientes, después no sé qué haré. Siento que no tengo los conocimientos necesarios para llevarla, pero por otra parte creo que sería una pena que el negocio de Lucas se echara a perder.

—Sí, no es fácil. Lucas era muy bueno en este negocio, ¿sabes? Yo le conocí precisamente por un encargo que le hice cuando aún no tenía la tienda y era más bien un aficionado en este mundillo.

—¿Hace cuánto?

—Quince años ya. Desde entonces solo compraba libros antiguos si él me los vendía. A nadie más. Siempre le fui fiel.

—¿Y él? —Alberto sonrió. Mi pregunta estaba repleta de segundas intenciones.

—Tu hermano, querido, no podía amar. —Su respuesta me contrarió por la sinceridad fuera de lugar ante alguien a quien acababa de conocer—. Tendrás que perdonarme por mis torpezas, soy algo mayor para andarme con innecesarias excusas. He aprendido a ver la realidad y que ocultar no trae más que dolores de cabeza. Podría decirte que tuvimos una maravillosa historia de amor que duró quince años, avivada con los viajes que hacíamos y las visitas espontáneas. Pero no sería del todo cierto. Tuvimos una bonita historia de amor, sí, y yo siempre le fui fiel, sí, en cuanto a los libros y todo lo demás que uno quiera imaginar. Pero nunca dejó de ser un tanto irreal. Dime, querido, ¿tú sabes si Lucas quería? —Al hacerme la pregunta, dejó la taza de café encima de la mesa y no me miraba a los ojos, sino al vacío. Seguramente no quería que su mirada inquisidora me molestara.

—Perdona, la pregunta es muy molesta. —Se disculpó y en esta ocasión sí me miró, no sin antes relajar la expresión de sus ojos—. No pretendo que me contestes, la verdad. Te diré lo que yo pienso. Como comprenderás, conocía a Lucas muy bien y me siento en el derecho de poder hablar de él, no como una eminencia, por supuesto. Lucas era especial, muy especial. Habrás oído hablar maravillas de las personas que le conocían, y no es para menos. Pero también tenía sus defectos, sé que no es el momento de recordarlos, pero también los tenía. Todos los tenemos y no querer verlos nos convierte en personas irreales, imaginarias. Sí, Lucas era fantástico. Nadie se lo niega. Pero no sabía querer porque nunca se había sentido querido. ¿Has oído eso alguna vez? Yo sí, en muchas de las novelas rosas que leo. Y nunca creí que fuera verdad hasta que me di cuenta de que era lo que le sucedía a Lucas. Tardé mucho en descubrirlo, demasiado. —Se quedó callado un momento,

divagando en sus pensamientos. Respeté su silencio, aunque quería saber más —. Es todo... tan irreal. Lucas se ha ido, por Dios, qué locura. Y yo hablando de él aquí, en su tienda, donde compartimos tantos momentos felices. Hablando de lo que siempre quise hablar con él pero nunca me atreví. Por eso necesito contártelo, a ti especialmente. Desde que se ha ido he pensado mucho más en ello y necesitaba decirlo en voz alta porque ahora lo sé con certeza. Lucas no amaba, no, no era capaz de amar. —La emoción, tal vez rabia o tristeza, impregnaba sus palabras—. A él no le querían ni cuando era un puñetero embrión, ¡qué decir cuando nació! Vivió en la más absoluta dejadez, jamás tuvo un abrazo cariñoso. Y ahora viene el sacacuartos de Fernando a reclamar su derecho como padre. ¿Padre? Si lo único que hizo como padre fue educarle entre gritos y peleas. Cuando le adoptaron era un niño cubierto por un caparazón a quien nadie le había enseñado a confiar. Él solo era un niño obediente que quería que las cosas estuvieran tranquilas para no provocar peleas o gritos a su alrededor. Por ello te dejaba acompañarle, de forma calmada, pausada, sin arriesgar, pero jamás amando. Y así es como había aprendido a acompañarse a sí mismo, en silencio, sin que nadie se diera cuenta de que también se apreciaba de alguna manera (sin llegar a quererse) y necesitaba cuidarse. Ayudaba a los demás para no centrarse en él. Así era Lucas, el pobre Lucas que ese maldito Fernando construyó. Y se pone a llorar desconsoladamente ahora, como si en alguna ocasión de su mísera vida le hubiera ayudado. Se plantó aquí hará unos meses diciendo que era su padre. «Luke, soy tu padre.» Una vez le hice la gracia a Lucas imitando a Darth Vader y me destrozó con la mirada, pero claro, no se atrevió a mandarme a la mierda porque él no sabía hacer eso. «Luke, me arrepiento de todo lo que hice en su día. Luquitas, yo te quiero mucho.» Y como Lucas era incapaz de eso, de mandar a alguien a la mierda, le abrió las puertas de su tienda y de su casa y le alquilaba una habitación en el hostel cuando venía a verle. ¿Tú te lo crees? Yo no, tajantemente no. No, no y no. Ese hombre buscaba algo, estoy seguro. Pero igual que Lucas no sabía lo que era el amor, tampoco sabía lo que era la maldad.

La rabia era casi palpable en el ambiente, como si fuera una presencia física en sí misma. Era una rabia mezclada con dolor, pero también con palabras silenciadas años tras años, opiniones ocultas con ansias de dejarse expresar. ¿Por qué Alberto, a pesar del tiempo que había conocido a mi hermano, no se había atrevido a decirle la verdad? Pareció leer mis pensamientos mientras había detenido durante unos segundos su relato para

tomar aire, o tal vez para tranquilizarse o para decirse que había hablado mucho o para buscar el nuevo camino por el que continuar.

—No había quien hablara con tu hermano, esa es la pura realidad. No había forma humana de hablar con él, se cerraba en banda. Siempre quería que uno hablara de sí mismo, lo que estaba genial porque no todas las personas están dispuestas a escucharte de forma tan limpia como él. Escuchar sin aconsejar, sin dar tu opinión, sin aleccionar, sin contar tu historia parecida pero más fuerte, sin competir sobre quién lo pasó peor o mejor... Escuchar de verdad es un coñazo, no nos vayamos a engañar. Pero igual que él te respetaba y te daba su opinión solo si se la pedías, y en unos términos que telita comprender el batiburrillo filosófico que te soltaba sin decirte más que dos chorradas, pues de la misma forma esperaba que tú le respetaras. Claro, él no te pedía que le contaras tu vida, se la contabas si querías. Pues tú también debías esperar a que él te la quisiera contar, a que te diera la llave de su puerta, a que se dejara espiar. ¿Y te crees que se dejaba? Ni por asomo, no había manera humana. Algo se le escapaba alguna vez, algo conocía yo, claro que sí. Pero de ahí a decir que le conocía... hay un trecho. Se ha esfumado, y hoy me preguntas cómo era y no sabría decirte del todo. Era hermético, eso está claro, pero realmente no sabía cómo era. Sí sé cómo era uno a su lado, eso bien que lo sé. —Alberto hablaba tropezando con sus propias palabras. Las pronunciaba perfectamente, pero apenas dejaba un espacio entre el final de una y el comienzo de otra, uniéndolas como si fueran una única palabra, igual que hacen los ingleses.

Volvió a hacer un descanso en su discurso y sentí que sus músculos se relajaban.

—Hay algo que nos sucede a nosotros..., a algunos de nosotros, quiero decir. Crecimos en un mundo de rencor y de anhelo. Rencor por quienes se portan mal con nosotros y se burlan de nuestra orientación sexual, no hablemos ya de si encima eres amanerado. Soportas las burlas y el rechazo con las armas que tienes: la risa, la indiferencia, la aceptación con los brazos abiertos, el rechazo directo. Yo lo enfrentaba con la risa porque creía que era mi mejor arma, pero he de reconocer que con los años la indiferencia se ha arraigado en mí. Cuando era joven, la ironía era una constante en mi vida, incluso en momentos en que debía ser más sensible ante las personas que me rodeaban. Hasta cuando metía la pata hasta el fondo, me perdonaba a mí mismo —el perdón de los demás me daba igual— y me decía que actuaba así por culpa del mundo, por culpa de los otros. Los demás son los que han hecho

de mí un hombre sin tacto e irónico. Independientemente del arma que utilices para enfrentarte a las burlas, es muy probable que crezca en ti un sentimiento muy fuerte: el rencor. Suelen decir que somos retorcidos, y claro que algunos lo somos, igual que otras personas con otra orientación sexual. Es un tópico muy extendido entre nosotros, y aunque odio los tópicos —ya comprenderás que en mí existen los extremos, o más bien existían y los he asumido—, creo sinceramente que el rencor por todo el odio que hemos recibido sí puede haberse transformado en respuestas y comportamientos retorcidos en algunas personas. Fue mi caso, sin duda alguna. Sentía rencor, por no usar la palabra «odio», que es demasiado fuerte para algunos oídos. Ante una sonrisa bonita en un rostro desconocido, en mi retorcida cabeza veía oculta la burla y no la comprensión. Ese Alberto era el hombre que Lucas conoció. Y no me rechazó. Me aceptó como era, aunque poco a poco aprendí que mi rencor le causaba rechazo. Él no lo decía, jamás te decía las cosas a la cara. Te las mostraba sin que te dieras cuenta, para que vieras la viga en tu ojo y no solo la paja en el ajeno. A veces se burlaba de mí imitándome, pero con tanta sutileza y gracia que era imposible enfadarse. Claro que llegué a mandarle a la mierda, ¡quién se había creído ese jovenzuelo! El hecho es que después lo pensabas, te veías reflejado en él y te entraban ganas de reírte de ti mismo. Lucas te enseñaba a la chita callando y tú aprendías a la chita callando. Lentito, «mu» lentito, pero aprendías con él a ser mejor persona. Y su calma, su eterna calma y su paciencia con todas las personas, eran su mejor arma.

El relato de Alberto se había relajado y ahora miraba ensimismado una arruga del pantalón que planchaba con sus dedos y volvía a plegar. Volvió a permitirse unos minutos sin decir nada, tantos que estuve a punto de preguntarle si quería algo más solo para romper el silencio. Antes de que moviera mi cuerpo, él recuperó la compostura, esa espalda erguida que se había encogido tan solo unos centímetros. Recuperó también una sonrisa rodeada de lágrimas. Sacó un pañuelo de tela y se sonó casi sin hacer ruido. Me miró para continuar hablando.

—Yo era una mala persona, pero no me daba cuenta de que a quien hacía más daño era a mí. Tanto rencor y tanto odio te consumen. Cuando quieres gritarle a alguien, sobre todo cuando quieres gritar y lo haces, la rabia la sientes tú dentro de ti. Esa rabia es maligna, esa rabia acaba contigo. Yo era mala persona, me consumía a mí mismo. Mi arma no era la ironía, mi arma era odiar. Lucas me enseñó que había otras armas y a vivir conmigo mismo. Y ahora que se ha ido vuelvo a odiar, por primera vez en quince años, vuelvo a

sentir que me estoy consumiendo sin fin. Odio... —Le temblaban las palabras y me fijé en que cerraba sus dedos alrededor de la empuñadura del bastón con tanta fuerza que se volvieron blancos—. Odio al hijo de puta que le hizo esto.

Mi rostro debió de convertirse inmediatamente en una incógnita. Sentí que me ponía rojo y me invadía una sensación de calor. Me dije que hablaba metafóricamente, pero antes de que pudiera preguntárselo, él recuperó el aliento y la conversación.

—¿Lucas muerto por un infarto? Por Dios, si de lo sano que era resultaba aburrido. De la paz interior que tenía hasta las moscas se sentían seguras a su lado, era pura tranquilidad. Ataque al corazón... ¡y una mierda! Yo puedo morir por causa natural, por toda la mala sangre y el veneno que tengo acumulados, pero tu hermano..., él no. Te digo que tenía libros muy valiosos y que sabía muchas cosas, acumulaba demasiada información de otras personas. Aunque no supiera amarse a sí mismo ni amar, aunque no supiera odiar, otros sí sabían hacerlo por él.

—¿Qué insinúas? —fue lo más suave que se me ocurrió preguntar. En realidad tenía ganas de gritarle, de insultarle por insinuar que alguien le había matado, por el dolor que esa afirmación me estaba creando, por la ansiedad de no saber nada de mi hermano cuando debería saber mucho más que él.

—No, muchacho, no vas a oír más de este vejestorio. No debería haberte llenado la cabeza con mis sospechas, pero hay algo que me huele muy mal en esta historia y creo que es el momento de que te despiertes de una vez por todas.

—No estás siendo nada justo, creo...

—Tampoco me interesa serlo, la verdad. —Me miraba con la superioridad que otorga el que siente que la conversación le es ajena, que el momento le es ajeno y lo mira desde la lejanía. Sabía que no iba a conseguir nada más de él, lo que me transmitió levantándose con lentitud y apoyándose con fuerza en el bastón. Cuando hubo dado unos pasos, me levanté yo también, aunque la sorpresa aún me inmovilizaba. Le seguí hasta la puerta manteniendo la distancia. En el momento en que la abrió, tuve que hacerle una última pregunta.

—Decías que las personas como tú sentís rencor y anhelo. ¿Anhelo de qué? —Alberto se volvió después de unos segundos sin alejarse ni un ápice de la puerta abierta, suspirando profundamente.

—Anhelo de ser normal, hasta que comprendemos que lo somos y es el resto del mundo quien no lo sabe aún. ¿Sabes? Ahora se habla de todos

aquellos famosos que salen del armario. Yo anhelo que algún día no haga falta reivindicar que eres homosexual ni que el hecho de no decirlo suponga que te avergüenzas de ello. Anhelo el día en que no tengas que decirlo sin más, que al mundo le dé completamente igual con quién te acuestas.

Alberto se fue, pero durante largo rato permaneció el olor a café mezclado con su fuerte perfume, sus palabras fervorosas, su odio y su amor. «Lucas no sabía amar ni odiar», resonó en mi cabeza. Y en ese mismo momento supe que no encontraría una mejor definición para mi hermano.

Era su secreto mejor guardado.

Oído

La música que llegó a sus oídos interrumpió su apresurado paso. Se había permitido hacer el recorrido caminando, convencida de que podría pasar desapercibida en el fantasmal agosto de Madrid bajo un amplio sombrero y gafas de sol.

Nadie la había detenido hasta el momento y solo le quedaban unos diez minutos para llegar a casa. Era temprano por la mañana, paseaba por delante del Palacio Real rodeada de turistas, familias, personas mayores y con su guardaespaldas a una discreta distancia. Nada habría cambiado si no fuera por la música.

Edith Piaf sonaba a su derecha, en un lateral del paseo. A pesar de que el volumen no era muy alto, Zezé lo oía por encima de cualquier otro sonido. Sin darse cuenta, aminoró el paso y se dirigió hacia ese melódico sonido, dejándose llevar por las notas. Admiraba esa voz. Cómo lograba ocupar tanto espacio con una simple voz. Podría haberse detenido la música que la acompañaba y habría sido incluso más completa. Edith Piaf llenó los oídos de Zezé y sus otros sentidos se bloquearon para dejarse llevar únicamente por esa melódica voz.

Se detuvo enfrente del aparato que reproducía la música. A la derecha, un hombre vestido de negro, con barba blanca, manos toscas y ojos azules como el mar, perdidos en la distancia, daba vida a un títere que imitaba a Edith Piaf. Con gestos muy acertados, el muñeco interpretaba la música mientras el hombre estaba casi inmóvil, a excepción de sus dedos, incluso su mano se mantenía casi quieta. Sujetaba entre los dedos una pequeña reproducción de la cantante con un vestido rojo largo,alzada sobre unos tacones del mismo color. Una boca que no era más que una línea, sin demostrar tristeza o alegría, una boca inanimada que se abría y se cerraba al son de la canción.

Zezé cerró los ojos, hipnotizada por la música. Fueron solo unos escasos segundos, pero unos segundos maravillosos. Se dejó llevar por la voz que tanto adoraba y se sintió rodeada por ella, perdida en ella. Inmersa en la melodía, incluso cuando abrió los ojos no fue capaz de percibir, no fue consciente de que el títere estaba ahora inerte, un muñeco que jamás habría

parecido representar a Edith Piaf. Su dueño había cesado los movimientos de la representación y su propio cuerpo estaba también inerte. En un vano esfuerzo, la joven actriz intentó escuchar por encima de todo la música, por encima de los susurros de quienes comenzaban a cercarla. Susurros que solo le llegaron cuando se convirtieron en voces cada vez más altas, ahogando el sonido del reproductor sin respeto alguno por la cantante.

Un brazo la tomó bruscamente y, de la misma manera, sus sentidos volvieron a ella.

El ruido se hizo tan intenso que gritó en su cabeza para no escucharlo. Gritó y gritó en su mente, deseando salir, deseando no formar parte de ese círculo, deseando huir.

El brazo la guio entre la gente que deseaba abalanzarse sobre ella y tocarla en un repentino ataque de histeria. No solía sucederle, normalmente podía caminar sin problemas. Pero siempre había excepciones para las que debía estar preparada. Ella nunca lo estaba, su guardaespaldas sí.

Sintió que la elevaban en el aire aunque mantenía los pies sobre la tierra. Caminaba dejándose llevar, fijando la vista en el suelo y deseando recuperar, entre los gritos de su mente y del exterior, la última voz bonita que había escuchado. Apretó con tal fuerza su brazo izquierdo con la mano derecha que acabó rojo y entumecido. Quería desaparecer del lugar y dejar de escuchar todas aquellas voces, dejar de sentir empujones que pretendían ser una caricia.

Los gritos de su mente solo se detuvieron cuando el guardaespaldas le abrió la puerta del taxi y ella pudo cerrar los ojos sin miedo a tropezar y ser devorada por las manos de quienes querían tocarla como si fuera un objeto de adoración. Pero los gritos de aquellas personas aún sonaban, lejanos, en su mente: ¡Zezé! ¡Zezé! ¡Zezé!

Pasaron minutos antes de que consiguiera ahogarlos reproduciendo mentalmente el suave susurro de su marido pronunciando su nombre, en voz baja, acercándose al cuello de ella, envolviéndola con su aire. «Zezé, mi Zezé», le escuchó susurrar. Él, sin embargo, ya no estaría en casa para recibirla. Él, sin embargo, había decidido no llamarla más por su nombre.

Pedrito

Pedrito miró los artículos que la joven depositaba delante de él, en la cinta de la caja. Chocolate, cereales, ginebra, donuts, hielo, sobres de pasta preparados, leche, huevos y pasta de dientes. «Vive sola —pensó—. Acaba de dejar a su novio y aún no se siente con fuerzas para dedicarse a sí misma y quererse, está desganada. Ni un solo producto fresco, porque sabe que no tiene hambre y tal vez se le pongan malos en el frigorífico.» La mujer a la que observaba rondaría los cincuenta y Pedrito se planteó si era una joven. «Sí, por qué no. —Se fijó mejor y descubrió lo que buscaba: el anillo de oro que indicaba que estaba casada—. No, no era el novio. Ha dejado a su marido y aún no lo asume, le da pena. Esta semana se lo quitará por fin, sabrá que ya está preparada y es el fin de la relación.» La mujer pagó en efectivo, sacó dos bolsas de su bolso e introdujo en el interior su compra sin mirar apenas a la cajera, ajena a esa actitud. Tanto si le correspondían como si no, ella sonreía de oreja a oreja y hablaba con alegría. «Se acaba de echar novio», se dijo Pedrito. Qué guapa sería si supiera serlo. Él vio que sería una mujer más hermosa con el pelo natural en vez de con ese tinte rubio fosforito. No tendría mucho más de veinte años y no tenía necesidad de cubrir canas. Además, el teñido le dejaba el pelo pajizo y sin vida. También le quitaría el exagerado colorete que maquillaba sus mejillas, la sombra azul de sus ojos y el tono morado de los labios. «Menos es más —pensó Pedrito—. Es feliz así, qué más da. Y a su novio también le gusta.»

Pedrito sintió que el señor amargado de atrás volvía a darle un pequeño empujón. Se volvió un poco y vio que le indicaba con el mentón que mirara de frente. Pedrito no entendió nada durante unos segundos hasta que el ruido alrededor caló en él y escuchó a la cajera.

—Su turno, señor. —Pedrito dejó en la cinta los kiwis, la harina, el pollo y el litro de leche desnatada.

—Menos es más.

—¿Qué quiere, una bolsa?

—Sí, una.

La familia de Lucas

La acusación de Alberto me mantuvo en vilo todo el día. Decía que no me iba a contar más, pero sus palabras no habían sido meras insinuaciones. «Acumulaba demasiada información..., el sacacuartos de su padre..., libros valiosos...» Con lo que ya sabía, no necesitaba ser un detective para que las «insinuaciones» me llevaran a dos pistas: el valioso libro desaparecido podría haber sido el motivo del asesinato por parte del padre de Lucas, o bien alguien quería evitar que Lucas se fuera de la lengua con Zezé. Pero había una incógnita mayor: ¿realmente creía yo que Lucas había sido asesinado? «De lo sano que era resultaba aburrido.»

Después de un rato cavilando en el sofá, mirando la nada, me levanté decidido a hacer algo, a moverme. Pensé en salir a dar un paseo y de pronto la idea de abandonar la librería de Lucas me resultó demasiado apesadumbrada. Quería estar ahí, quería estar cerca de él, pensar en él rodeado por lo que había sido su vida. Y no se me ocurrió nada mejor que ponerme a limpiar la librería, incluyendo el polvo de todos los libros uno a uno.

La actividad física reactivó mi actividad mental. Después de las primeras dudas sobre lo que Alberto quería decir, de mis planteamientos sobre sus cavilaciones, llegó mi cabreo. Sin darme cuenta fui enfadándome más y más; conmigo mismo por no entender nada de aquella historia, con el resto del mundo por iluminarme sobre la vida de mi hermano, al que yo debería conocer, con Lucas por no haber hablado conmigo de su padre, por no haberme querido, por no haberme odiado cuando de pequeño le escondía sus juguetes, por ser tan bueno, por estar y por no estar ahí. Me enfadé con Lucas con tanta fuerza que de un manotazo tiré una de las pequeñas librerías que decoraban una esquina, cayendo de golpe todos los libros al suelo. Le pegué un puntapié y me costó reconocer que al único que había hecho daño era a mí mismo. «El odio te consume a ti», recordé las palabras de Lucas a través de Alberto. Maldita sea, hasta muerto tenía que seguir dando lecciones.

Si algo he aprendido es que, además de volverse contra ti, el odio y la rabia tienen un sentido en nuestras vidas. Son sentimientos que te mueven a actuar. En la indiferencia difícilmente estarás activo y motivado, pero en la

rabia actúas hacia lo que persigues. Puede nublarle y equivocarse tus decisiones, pero no cabe duda de que te levanta del asiento.

Si al levantarme pensaba que la historia de Zezé debía ser respetada, según finalizaba el día me convencía de que tenía que hablar con ella y entender qué pudo pasarle a mi hermano. Antes la veía como un ser de otro mundo al que debía adorar, ahora comprendía que era una mujer como cualquier otra y yo tenía derecho a saber qué la unía a mi hermano, el que figuraba junto a mí en el libro de familia, de quien heredaría su negocio y su vida. Yo sí era su hermano oficialmente; ella solo se había ocultado y quería seguir ocultándole de su vida como si le avergonzara. Nosotros teníamos un DNI con los mismos nombres y apellidos, ella venía a Garzúa discretamente y mirando a su alrededor por si alguna cámara la sorprendía. Zezé podría haber «ejercido» su derecho como hermana y en vez de ello renegaba de Lucas. ¡Y encima tenía una relación más cercana de la que yo nunca tuve con él!

Cogí las llaves del coche y conduje casi una hora pensando en cómo podría descubrir dónde vivía Zezé en Madrid para asaltarla y preguntarle todo lo que quería saber. Era un plan malo y con pocas posibilidades de éxito, pero quedarme sentado me parecía una opción poco práctica. Tardé unos ciento y pico kilómetros en pensar que Lucas debía de tener el número de Zezé en alguna parte, tal vez en el móvil apagado que me había encontrado encima de la mesilla de noche. Di media vuelta llamándome estúpido pero felicitándome por mi lento cerebro.

Lucas no era un hombre muy charlatán: el número de llamadas registradas en su móvil así lo constataba. Tampoco tenía muchos mensajes ni *whatsapps*. Abrí la aplicación y la cerré al instante sintiéndome un intruso, un verdadero ladrón. El remordimiento me duró apenas unos segundos, los suficientes para convencerme de que después de haber leído la historia de Zezé sin su permiso no tenía ya mucho más que esconder. La primera conversación en la lista era con Alberto y podía leer que le había escrito, hacía varios días, un lacónico «tengo ganas de verte». Sin exclamaciones, sin emoticonos, sin los típicos puntos suspensivos. «Tengo ganas de verte.» Iba a indagar más en ellos dos, pero me di cuenta de que tenía tantos prejuicios que me ahogaban. Si hubiera sido una conversación con una mujer, estoy seguro de que habría robado sus recuerdos, mirando a un lado y otro para asegurarme de que nadie me viera, pero los habría robado. Como era una conversación entre dos hombres me produjo rechazo. «El que es tan moderno..., mírate ahora —me dije y me reí no

sin malicia—. Tendría que leerlo para demostrarme que no tengo prejuicios...»
No lo hice.

Fue en los antiguos mensajes donde encontré uno de Zezé. Lucas había grabado su nombre como María y la identifiqué porque habían quedado para el mismo día y hora en que ella apareció en la librería. Estuve a punto de llamarla desde el móvil de Lucas, pero mi lento cerebro fue capaz de reaccionar a tiempo y pensar en el susto que podría llevarse Zezé al ver una llamada del difunto Lucas.

Primero le mandé un mensaje desde mi móvil, en el que me presentaba y le explicaba que en las últimas horas me habían llegado historias muy curiosas sobre mi hermano, algunas que le afectaban directamente. Quería explicaciones, le dije sin más. Ella no tardó en llamarme.

—Hola, siento haberme ido el otro día de la librería de aquella manera, fue muy maleducado por mi parte. —He de reconocer que me quedé en blanco. Balbuceé algo estúpido y toda mi valentía y mi enfado se disiparon ante aquella dulce voz—. Fui tan desagradable que ni siquiera te transmití mis condolencias.

—Gracias —acerté a decir. Era el momento en que me tocaba ponerme gallito, en el mismo tono que mi mensaje, y decirle que quería saberlo todo. Decirle que en realidad ya sabía mucho. ¿Iba a pedirle dinero o qué? Mi propia estupidez me impresionó.

—Me imagino que habrás encontrado algunos de esos papeles de Lucas donde escribía lo que le contaba. Le pedí millones de veces que los tirara a la basura y estoy segura de que nunca me hizo caso, no hace falta que me digas que estaban dentro de uno de sus libros. Dios, era tan cabezota... En fin, ahora no puedo hacer nada. ¿Quieres que nos veamos y comentemos el tema? Puedo estar ahí en unas horas escasas. —Había sido un verdadero imbécil y ella no se dejaba achicar, sino que tomaba las riendas de la situación y me ponía en mi lugar con elegancia. Le dije que estaría encantado de verla y todo mi enfado se convirtió en un mar de nerviosismo. Zezé venía a verme a mí.

Se hacía de noche y empecé a plantearme si ella querría cenar algo, si vendría solo a hablar, si debía tener una copa preparada, si debía recibirla en vaqueros o en los pantalones cortos que arrastraba como un vagabundo esos días. Las dudas se acumularon en mi cabeza.

Lo mejor era tener algo preparado por si acaso, así que salí a comprar comida. Aunque fuera una gran estrella de cine, debía comer. O no; tampoco estaba yo muy puesto en las dietas de los famosos. Tal vez comía un yogur al

día. Recordé que me había parecido pequeña y delgada, pero no extremadamente delgada. Con mi enorme sabiduría en equilibrio entre peso y estatura determiné que se alimentaba.

Lo cierto es que me gustaba cocinar y hacerlo bien, así que me decanté por una pieza de solomillo de ternera que asaría al horno, rehogado con *brandy*, perejil y ajo. Unas patatas pequeñas bien mojadas en la salsa, acompañadas con unos picantes pimientos de Padrón. Para empezar, un poco de jamón ibérico, unos espárragos gruesos con mayonesa casera y unas croquetas de pollo especialidad de la casa. Esto último me parecía poco elegante, pero nadie que las hubiera probado habría dicho lo mismo.

Cocinar me entretuvo, me relajó y me ayudó. Había estado muy inactivo en los últimos días, leyendo y conjeturando pero con poco trabajo. Me prometí que no volvería a dejarme caer en ese estado.

Lucas tenía en casa una preciosa mesa de madera con la forma natural del tronco y las vetas originales, apenas tratada. No me había fijado en ella antes. Recordé entonces haber visto una parecida en un famoso restaurante de Madrid y el recuerdo me llevó a su exquisita carne a la brasa. Lucas tenía muy buen gusto.

Zeze llegó en esta ocasión sin ocultarse y, aunque visiblemente triste, entró con naturalidad en la casa, con una amplia sonrisa y dando muestra de la más absoluta sencillez, control de la situación y simpatía. ¿En cuántas ocasiones habría tenido que cenar con desconocidos a los que sonreír y con quienes mantener una conversación agradable? Después de todo lo que había leído en esos días sobre ella, recuperé los comentarios sobre su diplomacia y saber estar. No por ello dejó de sorprenderme su naturalidad.

—Huele muy bien, como siempre. —La invité al salón, adonde ella casi dirigía sus pies, pero se dejó llevar, actuando como si desconociera la casa y permitiéndome ser el anfitrión. Ninguno de los dos nos dejábamos engañar; ella la conocía mejor que yo.

Para mi disgusto, Zeze no quiso más que una ginebra con tónica y picotear alguna croqueta. Los dos hicimos caso omiso de la carne que esperaba en el horno, incómodos ante la perspectiva de que nos hubiera obligado a compartir una cena que ahora se me antojaba inadecuada. Ella misma se sirvió la copa, tras pedirme un permiso que no necesitaba. Lucas debía tener preparada la ginebra que le gustaba y la tónica, aunque, para mi sorpresa, no era ni una marca especial ni una de esas tónicas nuevas con aromas o sabores. Me ofreció una y, aunque no me apetecía, la acepté incapaz

de rechazar una oferta de ella. Estaba impresionado. Zezé, la que aparecía en las pantallas de cine, estaba ahí de pie, preparándome una ginebra, sin guion, sin escenario, sin atrezo. Llevaba unos vaqueros cortos, algo deshilachados como era la moda, unas sandalias planas imitando el antiguo estilo romano y una camisa blanca un tanto ancha que sobresalía del vaquero. Sin pendientes ni pulseras o collares, nada que despistara sobre ella misma. Se había recogido el pelo en una coleta alta. De hecho se la hizo al poco de llegar a la casa de Lucas. Se ató el pelo con soltura y me sorprendió que unos segundos después rebuscara en el cabello y tirara hacia arriba, deshaciendo la perfección y quedándose con una coleta despeinada. Era verdad aquello de que solo los famosos pueden hacer de algo zarrapastroso o dejado un modelo impecable.

Nos sentamos en la mesa de madera frente a nuestras ginebras, las croquetas, los espárragos y el jamón. Yo estaba nervioso y ella tranquila. Hablaba con calma del todo y de la nada, permitiendo que la situación no fuera tan incómoda como realmente era.

—Me imagino que ha habido algo que te ha impulsado a llamarme —dijo cuando consideró que era el momento de dejar de perder el tiempo.

—Hoy estuvo Alberto aquí. —Ella asintió y comprendí que le conocía—. Me habló mucho de mi hermano y también ocultó muchas cosas que creo que debería saber, que merezco saber —corregí con el afán de mostrarme más enérgico.

—Querido, mereces saber lo que Lucas quiso contarte —pronunció sus palabras con cariño, aunque el mensaje no dejaba lugar a dudas. Ese punto no lo había pensado en absoluto. ¿Merecía saber más, como me había repetido cien veces esa mañana? Pensé que la odiaba por haberme llamado «querido» cuando en realidad estaba dolido por haberme dicho la verdad. La miré sin ser capaz de decir nada, embobado en mi propia estupidez. De pronto sentí que estaba en una película con una actriz famosa y aquella situación era irreal. Zezé había pronunciado sus palabras con los codos apoyados sobre la mesa, mirándome fijamente y adelantando su cuerpo hacia mí. Ella presidía la mesa y yo la miraba desde mi esquina derecha, caído hacia atrás en mi asiento. Deshizo la postura y también se inclinó hacia atrás, bebió un sorbo desviando su mirada hacia la pared, hacia un absurdo cuadro abstracto salpicado de miles de colores. En una posición más relajada retomó la conversación—. No soy quién para juzgar qué debes saber y qué no, especialmente si atañe a Lucas. Era él quien debía tomar esa decisión, no puedo hacerme dueña del recuerdo que tengas sobre su persona. No se me escapa que Lucas ha dejado

escrita parte de mi vida en versos sueltos de sus libros antiguos, lo cual me horroriza. Pero no podía dejar de compartir mi vida con él, por lo que en cierto modo es mi culpa que hayas podido encontrar algo interesante. Podemos jugar a intentar descubrir qué sabes tú y qué sé yo, marcar las líneas de fuego que no se deben traspasar y hablar solo hasta donde nos permitamos, limitándonos a una pequeña parte de una gran historia. Dime, ¿sabes quién soy?

Había autoridad en su voz y yo sabía que ya no era más que un títere en sus manos.

—La hermana de Lucas. —Zezé asintió sin sorprenderse. Esperaba esa respuesta.

—Hay muy pocas personas que sepan quién soy. Desde ayer, una más a quien yo se lo confesé, y en los últimos días, tú mismo. Es un secreto muy bien guardado y me interesa que de momento permanezca así. Ya no soy capaz de decir por qué no quiero que la gente lo sepa. Me imagino que es una de esas afirmaciones tajantes que siempre has hecho en tu vida y que no puedes cambiar por pura costumbre. En este círculo cerrado están Lucas, mi padre, que, como sabrás, es el director de cine Ernesto Montalbán, su bendito socio Borja, mi fallecida madre, mi fallecido abuelo materno, la fallecida Adela, mi esposo, los padres gallegos que me acogieron hace tiempo, Elena y tú mismo. Cada vez menos personas vivas pueden irse de la lengua. —Me sorprendió encontrarme con una persona tan firme. Su apariencia engañaba por completo. Había leído que era una mujer de armas tomar fuera de las cámaras. Decían que llegaba a mandar más que algunos directores y que negociaba ella misma sus contratos. Había conseguido ser una de las primeras estrellas en igualar su sueldo al de sus compañeros masculinos, batalla que había liderado con pasión. Además, tenía varios negocios en los que había invertido, estando muy involucrada en las decisiones de los comités. En más de una de las empresas en las que tenía su capital se decía que quien mandaba era Zezé. Desde que se retiró de la vida pública como artista, se decía que también había reducido su actividad empresarial, pero nunca dejó de seguir de cerca sus empresas. En ese momento descubrí a aquella mujer distante, seria y poco emotiva de la que se quejaban en algunas de las compañías que gestionaba. Es más, vino a mi mente un comentario suyo con el que me había encontrado cuando busqué información sobre su vida: «Si un hombre se comportara como yo en las empresas, dirían que es muy profesional. Si lo hago yo es que soy distante y mandona».

—No sé qué quieres saber exactamente, pero sí hay una cosa que quiero aclarar. Si ahora lo que te interesa es el dinero, inmediatamente se pondrá en contacto contigo el socio de mi padre y podemos solucionarlo de la mejor manera. Aunque no sé muy bien cómo podríamos hacer para evitar que lo cuentes en el futuro y te olvides del acuerdo... En fin, siempre hay que intentarlo. —No había acritud en sus palabras ni reproche, hablaba como si se tratara de algo habitual en su día a día y una circunstancia a la que sabía enfrentarse con calma. Casi me pareció escuchar a Marlon Brando afirmar que no era nada personal.

Zeze estaba tranquila en su silla, ocupando más espacio con su presencia que con su cuerpo. Frente a algunas mujeres que se empequeñecen en sus asientos, cruzando las rodillas y achicándose, Zeze parecía completar todo el espacio sin una postura grosera, teniendo en cuenta su delgadez y su estatura. Aun así, me di cuenta de que claramente no tenía los 35 años que decía tener. Había venido sin una gota de maquillaje ni esos trajes que le añadían años falsamente y escondían a una joven.

Me sentía tan fuera de lugar e impresionado que me costó responderle. Claro, ella no había venido corriendo porque sintiera que también merecía conocer la verdad. Ella había venido para asegurarse de que atajaba a tiempo el problema y no había soplos que dificultaran la tarea. O más bien, hablando con propiedad, que encarecieran la tarea.

—Creo que no podría haber hecho esto de peor forma —confesé. Debería haberme puesto en su lugar, haber interpretado qué pensaría ella de la situación. Para ella era un completo desconocido, por mucho que Lucas le hubiera hablado bien de mí. Estaría más que acostumbrada a conocer la bajeza de las personas y qué están dispuestas a hacer por dinero. Me recliné hacia atrás aún más, imitando instintivamente su postura. Le di un largo trago a la ginebra y su sabor refrescante me ayudó a despejarme. Saboreé la lima y pensé cómo podría conseguir reconducir aquella situación sin parecer un paleta que pedía dinero ni un histérico que creía que su hermano había sido asesinado. No podía soltarle una sospecha así sin más, ahora me daba cuenta. No podía ir por la vida pensando que mis palabras y mis actos no tendrían repercusión, creyendo que podía hacer y decir lo que me viniera en gana. No, no era cierto aquello de que yo soy responsable de lo que digo y no de lo que entiendes. Aquella frase que tanto me había gustado en su día no era más que una farsa para deshacernos de responsabilidades.

No dejaba de sorprenderme que Zezé tuviera una actitud tan tranquila. Me imaginé que la situación requería para ella una calma que estaba acostumbrada a mantener en circunstancias parecidas.

—Zezé, no sabes cómo siento este malentendido. Yo... lo último que busco es dinero, aunque no te negaré que el pensamiento me ha cruzado por la mente. Si ahora publicara las notas de mi hermano, estoy seguro de que ganaría lo suficiente como para retirarme, comprar un chalé en Madrid y montar un negociete y una fundación a la vez. Claro que lo he pensado, quién no lo haría... Pero te he llamado porque necesito compartir esto con alguien y no sé con quién. He sido injusto al hacerlo contigo, pero estás involucrada en la historia. No he sido solo injusto, también egoísta. Porque te voy a cargar con unos pensamientos desagradables que no creo que debieras escuchar teniendo en cuenta todo lo que querías a mi hermano. —Respiré profundamente para demostrar que el tema era grave, más que por necesidad. Ella me miraba con curiosidad ahora, habiendo eliminado toda aspereza de su rostro—. Alberto vino hoy a la tienda y me habló de Lucas, su negocio, su padre, su relación con él..., y creo que me insinuó algo de vuestra relación. En ningún momento pronunció tu nombre, pero me dijo que Lucas sabía muchas cosas que a algunas personas no les interesaba que salieran a la luz. También, que tenía mucho dinero que interesaba a algunos sacacuartos. Creo que se refería a Fernando, su padre, pero soltaba indirectas sin concretar. Y por último dijo que no podía haber fallecido por un ataque al corazón porque era muy joven y no tenía problemas de salud. Estaba insinuando que alguien había matado a mi hermano y cuando quise que me contara más se fue de la librería sin aclararlo. Me cabreeé porque todos hablan en clave de mi hermano y soy el único que no sabe nada de él o parece no saber nada de él. Estuve a punto de llamar a Elena, pero no sé cuánto conocía ella de todo esto y no quería irme de la lengua y meter la pata. Iba a estar tentado de hacerlo y no me apetecía.

Zezé esbozó una sonrisa que no pudo evitar, lo cual me enfadó aún más.

—Así que Alberto te calentó la cabeza, te manipuló e hiciste exactamente lo que él quería. —Mi cara debió de ser de gilipollas, subnormal o idiota. O más bien las tres cosas a la vez. Quise decirle que se equivocaba, pero el espíritu tranquilo de Lucas parecía haberse apoderado de mí últimamente manteniéndome de lo más zen. Sí, había hecho lo que Alberto quería. Él no iba a mancharse las manos, no parecía tener la fuerza ni las ganas, pero implicarme sin acusar a nadie formalmente era una alternativa muy jugosa y

fácil. Le debí de parecer un blanco sencillo, lo que me hizo ponerme más rojo incluso en ese momento. No sé decir ya si de vergüenza o de enfado.

—¿Así que conoces a Elena? —Me sorprendió el súbito cambio de tema. Descubrí entonces que había terminado con su ginebra y le ofrecí otra, pero ella declinó la invitación—. Me sirvo yo misma. —Se levantó y volvió a prepararse una ginebra después de comprobar que yo apenas había tocado la mía. Zezé no escatimaba con la dosis de alcohol y obtuve mi propia conclusión sobre su consumo étílico. No cambió su copa, no repuso hielos ni tiró la corteza de limón. Habría pensado que alguien como ella sería más exquisita en esos temas; los prejuicios suelen estar más presentes de lo que creemos.

—¿Has venido con tu chófer?

—No soy una pija redomada. Claro, también es cierto que la última vez que vine me trajo él, tienes derecho a sacar esa conclusión. Pero no, no me apetecía molestarle. Se me hacía tarde y quería venir cuanto antes, tampoco tenía nada más interesante que hacer. Así que cogí el coche y me vine, he aparcado aquí delante. —De pronto pareció darse cuenta de por qué le había hecho esa pregunta—. No te preocupes, no es la primera vez que conduzco con un par de copas de más. Controlo perfectamente. —Era un tópico tan grande y común que no me esperaba oírlo de ella—. Entonces, ¿la conoces?

—Sí, coincidí con ella en el funeral de Lucas y en un par de ocasiones más en el pueblo. Es un sitio muy pequeño, la verdad. Es fácil coincidir.

—Ella es... es muy buena persona. —Zezé volvió a la mesa con su copa recién servida—. ¿Puedo fumar? —Ahora comprendí para qué eran los ceniceros que había en casa de Lucas. Busqué uno y se lo llevé cuando ella ya había encendido el cigarro y abierto la ventana. Fumaba despreocupadamente, disfrutando de cada calada—. Había dejado de fumar hace tiempo, pero la pérdida de Lucas puede conmigo. Elena..., hablábamos de Elena. Lucas la quería mucho, se llevaban muy bien. Ella y yo compartíamos todo lo que queríamos a Lucas y muchos momentos de nuestras vidas, más de lo que pudiera parecer. Tal vez por eso, porque me veía reflejada en ella, me alteraba verla. Y porque sabía que ella sí fue capaz de actuar y yo no. Verla es como encontrarte con tu conciencia hablándote a gritos mientras tú no quieres escucharla. A Elena no le gustaba que yo viniera aquí escondida, que Lucas no pudiera hablar de mí, que cada vez que le mandaba un mensaje él desapareciera y deshiciera todos sus planes por mí... No me extraña que no le pareciera bien; a mí tampoco, en realidad. Pero Elena era como Lucas, de esas

personas que no se meten ni se dejan de meter, que nunca te echarán nada en cara ni te pedirán ni recriminarán nada... No sé, a veces pienso que mantenerse tan al margen de todo es perjudicial. Creo que es bueno mojarse en la vida, no andar de puntillas. Pero los dos eran de la norma del «zen absoluto», como si yo supiera qué es el zen ese de los huevos. ¿Sabes cuándo perdí yo el zen? Con 14 años, supuestamente 19, un director me ofreció un papel para una película. Incluía una violación de mi personaje y él estaba convencido de mostrar la crueldad y el realismo de la escena. Creo que ni mi marido se pone tanto cuando me ve como ese hombre haciendo aquella descripción tan gráfica. Aunque él me echara casi veinte años, ¿no veía que era un cincuentón delante de una niña? Le grité, le insulté, le escupí. Me cayeron cientos de críticas, la bronca de Ernesto por no tener la boca calladita y el rechazo de un par de directores a participar en películas suyas por lo que este hombre había dicho de mí. De una actriz joven y mujer se espera que esté calladita y sumisa. En fin, me alegro de no haber aceptado ese papel y haber saltado a la yugular de cuanto subnormal me encontré. Y luego dicen que soy intransigente y firme... Claro, ante bichos como estos no hay otra forma de ser. —El alcohol parecía estar haciendo efecto en una habitualmente discreta Zezé, tanto en el poco tiempo que había pasado con ella como en las entrevistas que había visto. Estaba comprobando que era una mujer con genio—. Al menos aprendí a elegir los momentos en que podía ser así de directa y otros en que era mejor mantener la maldita compostura. A los hombres no les suelen gustar las mujeres inteligentes que les hacen dudar de su virilidad. En fin, no viene a cuento... ¿Así que Alberto opina lo mismo que yo?

Zezé, con la mirada triste, daba vueltas a su copa encima de la mesa. Pensé que ciertamente tenía razón. Ella sí mostraba sus sentimientos y parecía invadida por ellos, se dejaba llevar por la emoción. Por el contrario, Lucas siempre era correcto. Quise recordar cuándo le había visto alegre o triste por algo, pero mi memoria me fallaba.

—¿Sabes qué hacía mi abuelo materno? Cuando mi madre se metió en toda esa porquería de la droga, los robos, la prostitución, los sicarios..., cuando mi madre empezó a tirar su vida por la borda, mucho antes de conocer a mi padre, mi abuelo iba a buscarla a cualquier sitio. Se metía en los peores barrios del pueblo, donde la policía no se atreve a entrar, donde la vida no vale ni cinco de los antiguos duros. Tenía un corte profundo en la pierna y otro más leve en la cara, ganados un día en que había entrado a la chabola de un cliente de mi madre. Le quitó de encima de mi madre, drogada y desnuda en la

cama, a navajazos. Un hombre de 40 años, gordito y bajito, contra un chavalín de veintipocos, alto, con la valentía que la droga te da en el momento en que más pega, un hombre fuerte que ha pagado por esa mujer que ahora quieren quitarle, por ese polvo que le están estropeando a navajazos por la espalda. Entraron más hombres y le pegaron una paliza a mi padre. Le clavaron una navaja en la pierna y le rajaron la cara y el pecho; afortunadamente, nada serio lo del pecho. Salió de allí con escupitajos y meadas, moratones y navajazos, el cuchillo aún clavado en la pierna derecha, que no podía mover. Pero salió con mi madre envuelta en una sábana. A pesar de todo, se ganó el respeto del resto de los desgraciados de esa barriada y consiguió que durante meses ninguno tocara a su hija. No sería la primera ni la última vez que se metió en medio del peor hoyo para intentar recuperar a mi madre. No comprendió que ella solo quería acabar con su vida y no conseguiría evitarlo.

»Cuando Lucas nació no pudo hacerse cargo de él, no tenía fuerzas. Durante años luchó contra un cáncer que casi acaba con su vida y no le quedaba forma material de moverse por el pobre niño ni hacerse cargo de él. Y cuando yo nací y descubrió quién era mi padre y que ya no podía vivir en la cárcel con mamá, no dudó un segundo en plantarse delante de Ernesto Montalbán exigiéndole que se hiciera cargo de mí. Revolvió Roma con Santiago para que no me faltara de nada y no tuviera la vida que tuvo mi hermano. Hizo todo lo que pudo por salvar a su hija, aunque fallara estrepitosamente. Me hubiera gustado conocerle, aunque fuera a través de los recuerdos de mamá. Pero ella apenas hablaba de él y cuando venía a vernos, el cáncer le tenía tan consumido que no era más que una sombra de lo que debió de ser. He ido conociendo su historia poco a poco, admirándole cada día más. ¿Sabes, por el contrario, qué hizo el padre de Lucas, Fernando, por él? Nada. No movió un solo dedo. Solo cuando descubre que tiene dinero viene como cordero degollado. ¿Sabías que Lucas le pasaba una «pensión» mensual? Mil euros todos los meses para su padre. Seiscientos era poco; para darle ochocientos, mejor mil. No era precisamente rico para poder afrontar esa pensión, ganaba dinero, sí, pero no esas cantidades. Él tenía hasta llaves de esta casa y de la librería. Si no has cambiado la cerradura, te recomiendo que lo hagas. Lo que Alberto y yo podemos decir no son más que conjeturas..., pero ese hombre no es trigo limpio. Si alguien tiene la culpa de que Lucas haya desaparecido, es claramente él.

Zeze dio un último sorbo largo a su copa y dejó de hablar en seco. Yo no tenía ninguna autoridad en la conversación, no podía preguntar ni saber más.

Ella decidió que había terminado de hablar, por lo que se levantó y se despidió de mí abrazándome con cariño. «Ojalá pudiera atender ahora este asunto.»

* * *

Cada diez minutos durante aquella noche actualicé las páginas de noticias en internet, esperando no encontrarme con alguna funesta información sobre una Zezé borracha en el coche. Lo único que encontré fue una primicia que correría como la pólvora en los siguientes días: el marido de Zezé había abandonado el piso que compartían.

Zezé comenzó entonces el mismo camino de autodestrucción que ya su madre había recorrido.

Zezé ha muerto. María Pérez ha muerto. María Montalbán nunca existió. Y Elena Miel quiere morir

El día anterior a nuestro encuentro, Zezé le había contado a su marido quién era. Iván, conocido como el Toro, la había mirado incrédulo, sentado a su lado en la cama e incapaz de reaccionar. En varias ocasiones le había pedido que le diera más detalles o le volviera a confirmar lo que acababa de contarle. Zezé aceptaba sin rechistar, abriendo la caja de Pandora sin reparos. Hablaba hastiada, sin fuerzas para seguir luchando por mantener una farsa que le pesaba sobre los hombros como si tuviera que cargar con su vida actual, las anteriores, la de su madre, la de Adela e incluso la de Ernesto Montalbán.

—Entonces ¿no hay nada cierto de todo lo que tenemos en común? —preguntó un perplejo Iván que se negaba a creer que fuera verdad lo que su mujer le contaba.

—Sí, Iván, todo lo demás es real. La forma en que nos conocimos fue forzada, pero nuestra boda, las noches que hemos compartido, el momento en que decidí dejar el cine para alejarme de ese personaje ficticio y estar más cerca de ti... Todo lo demás es real, Iván, tú y yo somos reales.

—Pero cuando comenzamos a salir yo no me comportaba bien y tú me seguías dando oportunidades sin decirme nada, me enseñaste a ser una persona..., me enseñaste a ser mejor persona, aprendí a ser la persona que quería ser y no podría haberlo conseguido sin ti, sin tu paciencia, sin la forma en que me enseñabas sin decirme nada... —Ella sonrió hasta que descubrió que las palabras de Iván no iban a terminar como ella quería—. ¿Me esperaste porque me querías o porque creías que éramos una buena propaganda? ¿Me enseñaste con paciencia porque sabías que podía ser mejor persona o porque creías que quedábamos bien en la portada de las revistas?

Zezé quiso mentirle, quiso al menos decirle esa única mentira para que su relación no se muriera ese día, para que Iván siguiera a su lado, sabiendo que lo que habían tenido era real aunque todo lo que les rodeaba era falso. En ese momento la mentira retumbaba en su cabeza con fuerza: «Sí le amabas, sí le amabas, desde el primer minuto le amabas, le amabas...», díselo, díselo. Sujetó su anillo y le dio vueltas en el dedo con intensidad, se hizo daño y por

una extraña razón tuvo el desconocido sentimiento de querer hacerse daño. No tenía ya fuerzas para mentir, no le quedaban las suficientes para abrir la caja de Pandora y ocultar en su interior algunos de los males que no debían salir.

—Éramos la pareja perfecta, Iván. La actriz joven e inocente con el experimentado torero, el mujeriego torero que arriesga su vida dentro y fuera de los ruedos, el viril torero que tenía enamorada a la dulce novia del cine. Éramos tan perfectos, recordábamos tanto a las antiguas estrellas de Hollywood, traíamos a Madrid de vuelta las noches en que Ava Gardner se paseaba por Chicote con Dominguín mientras su marido la esperaba en Estados Unidos o se cogía un avión desesperado por verla. Éramos tan perfectos, era una historia tan atractiva, era tan impactante que no podía desprenderme de ella a pesar de tus desaires. Hasta que tú empezaste a enamorarte de mí y convertirte en..., hasta que tú, Iván, empezaste a ser el hombre del que me enamoré. Nunca creí que cambiarías porque las personas no cambian, o eso es lo que dicen. Pero tú encontraste en mí un motivo por el que ser mejor persona, te enamoraste de mí sin darte cuenta y quisiste mantenerme a tu lado. Entonces empezaste a ser el hombre del que podía enamorarme. Al principio no quería hacerlo porque tenía miedo de que todo fuera una ilusión. Después ya no pude evitarlo y desde entonces no he dejado de quererte un solo día. Todos los años que hemos pasado juntos han sido reales, Iván, lo que nos queremos es real.

—No, Zezé, yo me enamoré de alguien que creía real..., pero no lo eres.

—No me llames Zezé, Iván, esa persona ya no existe. Zezé ha muerto, salió en todos los titulares de prensa.

—Es que ya no sé quién eres. Sí sabía quién era Zezé, pero ahora no sé quién eres tú. Ni siquiera sé qué edad tiene mi mujer. Dios mío, no eras más que una niña cuando empezamos. ¿En qué me convierte eso a mí? ¿En un degenerado? ¿Y cómo puedes seguir hablándole a Ernesto después de lo que te hizo? ¡De lo que nos hizo a los dos!

Iván se levantó de la cama y ella quiso retenerle, pero no le quedaban fuerzas. Si se hubiera levantado y le hubiera pedido perdón, si hubiera intentado retenerle, tal vez habría sido distinto. Pero no lo intentó. Se quedó sentada en la cama viendo a su marido coger una maleta, llenarla de cuatro cosas e irse de casa.

A la mañana siguiente un amigo de Iván recogió una maleta más grande sin apenas hablarle. Ella tampoco preguntó. Esa tarde fue a verme a Garzúa y volvió conduciendo a Madrid. El extraño y desconocido sentimiento de querer

hacerse daño se acrecentó, junto a una aversión total a sí misma y a su vida. Ya no sabía quién era ni a quién acudir. Solo podía ser alguien que pudiera comprenderla, no podía contárselo a alguien que no la conociera porque la apartaría como había hecho Iván. Toda persona a quien quisiera confiarse la rechazaría. Repasó mentalmente la lista que me había hecho a mí esa misma noche: Lucas, Ernesto Montalbán, su bendito socio, su fallecida madre, su fallecido abuelo materno, la fallecida Adela, su esposo, los padres gallegos que la acogieron hace años y Elena. Solo la conocían ya sus padres adoptivos, a quienes no tenía ningún interés en visitar, Ernesto, su socio y Elena. En ese instante odiaba a Ernesto y a su socio por haber creado aquella fábula a su alrededor. Con Elena no tenía confianza para desahogarse; con el hermano de Lucas, mucho menos.

A mitad de camino, de vuelta de Garzúa a Madrid, salió de la autopista y condujo un rato por carreteras secundarias hasta que detuvo el coche en el arcén. Era la una de la madrugada. Escuchó el silencio ensordecedor que la rodeaba y decidió que era lo que necesitaba. Silencio. No quería escuchar más, no quería vivir más.

Elena Miel decidió esa noche que quería morir.

Elena descubre que no necesitaba perderse para encontrarse

Elena aterrizó en Bali con ilusión. El viaje había sido largo y cansado, pero lo peor habían sido las dudas que la habían acechado durante todo el trayecto. Siempre que había leído novelas de personas que iniciaban un viaje similar al suyo no parecieron tener dudas. Y ahora no se lo creía. Había comenzado con ganas y decidida, pero durante los tiempos en blanco de su viaje, en la soledad de no compartir su relato con nadie, su mente la había traicionado haciéndole replantearse el objetivo de sus decisiones. Primero pensó que no estaba tan segura como otras personas, después se convenció de que la soledad es muy traicionera para los pensamientos. Además, los días pasaban sin que hiciera nada especial, medio dormida en los viajes, de un lado a otro cuando estaba despierta, tirada horas y horas en un aeropuerto, somnolienta por la falta de un buen sueño pero descansada por la falta de actividad. En el último tramo de su viaje escribió en su libreta que necesitaría un tipo de rutina y actividad para volver a dormir bien por las noches, cansarse y relajar su mente.

Había comprado una guía sobre la magnífica isla y tenía más o menos claro dónde quería asentarse. Ubud era la ciudad de los soñadores, de quienes querían hacer unas clases de meditación, de quienes querían dedicar un tiempo a escribir, de los que querían leer. Sin duda esa sería la ciudad donde se asentaría, pero no tenía prisa. Al poner el pie en la isla, olvidó su compromiso de tener una cierta rutina y los deseos de visitar los cien mil templos de Bali la asaltaron. Quería recorrer la isla inmediatamente. Tenía una mochila demasiado grande para ello, por lo que su primera parada fue en Kuta. Eran las diez de la mañana y el temprano ambiente ya auguraba que la ciudad tenía mucho que ofrecer. Le pidió al taxista parar en la primera tienda de deportes que encontraron, lo cual no fue difícil porque abundaban. Reconoció las marcas internacionales y, aunque lo esperaba, no dejó de sorprenderle el estilo surfero que inundaba las tiendas y las calles. Compró una mochila más cómoda para llevar en la moto, mucho más pequeña que la del Camino de Santiago, que tanto la había acompañado. Compró cinco bikinis, tres

pantalones cortos, cuatro camisetas de manga corta, crema para el sol, un pañuelo que haría las veces de toalla y unas chanclas. Vació su anterior mochila de toda la ropa de invierno que no necesitaría, dejando un par de jerséis finos, las deportivas, la ropa interior, el libro electrónico, móvil, cargadores y cartera. Llenó su nueva mochila, dejó la antigua en la calle, al lado de un contenedor de basura, segura de que alguien la recuperaría rápidamente, y con una ilusión tremenda se decidió a conquistar Bali.

A los pocos metros alquiló una moto para todo el mes. Había conducido una en el verano de sus 15 años, lo cual dejaba mucho que desear para adentrarse en el intenso tráfico de la isla. El hombre que se la alquiló la miró horrorizado nada más cogerla y se ofreció a darle unos consejos que ella aceptó con una enorme sonrisa. «¿Estás segura?», le preguntó en un inglés con fuerte acento. Ella asintió. Ahora no podía estar más segura de lo que iba a hacer después de todas las dudas que había dejado atrás.

Se sintió más libre que nunca en la moto, con una pequeña mochila a sus espaldas, libre de cualquier atadura, de prejuicios que no habían dejado de asaltarla, de obligaciones, de tener que aparentar ante otros y ante sí misma. Ahora comprendía por qué había personas que viajaban solas, lo que siempre le había parecido atractivo pero muy atrevido. No hay nada mejor que una buena compañía, pero a veces para encontrarla necesitas saber que por ti mismo puedes valerte perfectamente. Elena se adentró en la carretera que bajaba a Uluwatu emocionada, aunque con el miedo de saber que cientos de coches y motos pasaban a su lado sin respetar las mínimas normas de circulación. Pronto descubrió que no las respetaban, pero que al menos conducían con suavidad. Cuando un coche cambiaba de carril sin importarle si invadía el espacio de otro coche o una moto, lo hacía poniendo el intermitente y con lentitud. Era una especie de jungla donde cada uno hacía lo que quería, pero le daba margen al otro para reaccionar. «No digas que no te avisé», parecían decirse entre ellos.

Tardó dos horas en llegar a Uluwatu, pasando por la famosa bahía de Jimbaran. En Uluwatu visitó el templo construido en un acantilado con una espectacular vista, conquistado por los cientos de monos que no dejaban de asaltarla a traición. Por la noche le dijeron que había un espectáculo de danza que no quiso perderse, por lo que al terminar la visita se dejó caer por la playa que había cerca del templo. Allí sintió que realmente había llegado al paraíso. La calita, encerrada entre dos altas paredes de roca, era de arena blanca y cristalinas aguas y con suficiente espacio para sentarse en la toalla

sin que otros la molestaran. Extendió su pañuelo, se tumbó encima, se echó crema solar y se quedó dormida mirando a los surfers desafiando las olas al fondo. Echó en falta un sombrero y se dijo que sería su próxima adquisición. Los sueños se colaron entre sus pensamientos y sus planes.

La danza del templo de Uluwatu resultó ser de lo más divertido por lo extraño que le resultó. Un grupo de hombres se sentó en círculo y comenzaron a entonar dos o tres palabras, repitiéndolas una y otra vez con ritmo pero sin nada de coherencia. Si uno se movía a la derecha, el de al lado lo hacía a la izquierda y así sucesivamente. Se rio con ganas, captando la atención de algunos turistas extrañados de ver a una solitaria mujer feliz. La escena continuó con unos hombres y mujeres disfrazados de demonios y princesas. La escenografía y los trajes rayaban en lo exagerado, pero Elena lo disfrutó como se supone que un turista libre de prejuicios debe hacer. Sabía que en otros momentos esa obra de teatro le habría parecido absurda, pero las vacaciones consistían en disfrutar. Uno de los personajes se subió a las gradas haciéndose fotos con los espectadores, y ella no perdió la oportunidad. Aquella imagen con un hombre llevando una máscara grande de demonio con barba blanca sería una de las que atesoraría con mayor cariño de todo el viaje.

Aunque no eran más de las ocho, ya había anochecido cuando Elena salió del templo. Condujo hasta la bahía de Jimbaran, famosa por el marisco recién pescado cocinado con fuego de cocos. Pidió una buena ración y la disfrutó en una mesa en la misma orilla de la playa. El agua pasaba debajo de sus pies, bañándolos e intensificando la sensación de bienestar. Se dijo que debía acostumbrarse a las miradas indiscretas a una solitaria turista, pero más que acostumbrarse le eran indiferentes. Comió satisfecha, feliz, convencida de sus decisiones, mirando hacia delante y olvidando lo que había pasado en los últimos días. Disfrutó de las dos cervezas Bintang frías que pidió, sabiendo que no necesitaría unos cuantos tequilas para olvidar. Elena ya había olvidado, ahora solo se necesitaba a ella misma.

Condujo después hasta el hostel más cercano que encontró y se quedó dormida por primera vez en mucho tiempo con una amplia sonrisa en los labios.

* * *

Al día siguiente se resistió a volver a Kuta, la zona más turística de la isla. Necesitaba escapar del ruido y de las tentaciones, por lo que dirigió su moto hacia Ubud. Esta ciudad era la cultural, en contraposición con la turística Kuta. En el camino la pararon durante un control rutinario en el que por lo visto caía una gran mayoría extranjera. La llevaron detrás de una tienda donde un policía fornido, entrado en la cincuentena, estaba sentado detrás de una caja de cartón. El policía le pidió el carné de conducir internacional, como ya le habían pedido en el control. Al volver a decir que no lo tenía, le pidieron 80 euros, que pagó al instante. En un papelito escribieron unas palabras en indonesio y le dijeron que si un policía volvía a pararla debía presentar ese papel. Elena miró la absurda nota, la caja de cartón y el bolsillo del policía que ocultaba los 80 euros. «A esto también me acostumbraré», se dijo. Miró la cola tras de sí y pensó que podía haber pocos negocios tan lucrativos como aquel.

Continuó su viaje, no largo en kilómetros pero sí en horas, hasta Ubud. Antes de adentrarse en la ciudad, recorrió los arrozales de alrededor y contempló a una pareja de turistas en bicicleta. Aparcó su moto y les imitó.

Durante los siguientes treinta y pico días continuó con la misma tónica. Se paraba donde le apetecía, dormía donde le gustaba, comía cuando y donde quería, se tiraba en las playas más paradisíacas con su libro y dejaba las horas pasar, desayunaba en terrazas preciosas escuchando música en su móvil, apuntaba en su libreta lo que más le gustaba, lo que estaba haciendo en ese momento, cómo se sentía o adónde quería ir.

En esos días su madre intentó hablar con ella en un par de ocasiones, pero Elena siempre estaba ocupada y le devolvía la llamada con un mensaje diciendo que estaba muy bien y no sabía cuándo volvería a casa. Sentía que si hablaba con ella tendría que volver a un pasado de ataduras del que no quería acordarse ahora. Si hablaba con alguien que la conocía, volvería a ser quien esa persona esperaba que fuera, y Elena ya no quería ser esa persona. Tampoco atendió las llamadas ni los mensajes de otros familiares o amigos, estaba decidida a darse un parón como Elena para que resurgiera la nueva Elena.

Durante esos treinta días se planteó si tal vez debería ampliar su visita a otras islas de Indonesia. Bali comenzaba a quedársele pequeña después de recorrerla un mes y pico, habiendo visitado el volcán, el norte de la isla y varios de los más de mil templos. Aunque solía dormir en hostales, en más de una ocasión las playas fueron su refugio e incluso las casas de quienes le

vendían comida en puestos ambulantes. Se encontró con gente amable, dispuesta a ayudar y con una permanente sonrisa en la cara. Trabó amistad con varias mujeres y aprendió sobre su religión hinduista balinesa. Le sorprendió que en cada lugar al que iba se encontrase con una ofrenda a los dioses, por pequeña que fuera. En las entradas de todas las tiendas dejaban una bonita ofrenda en un pequeño recipiente cuadrado hecho con hojas y lleno de pétalos de flores. En los hoteles, incluso en los internacionales, había siempre un pequeño templo dedicado a los dioses. Aunque se tratara tan solo de cuatro metros cuadrados, el templo debía estar en cada hotel. Elena descubrió por qué la llamaban la isla de los mil templos y se enorgullecía de haberse parado a ver muchos de ellos, fotografiándolos y observándolos durante un buen rato ensimismada.

Lo que más la sorprendió fue el Nyepi, un día en que todas las personas deben guardar silencio, no salir a la calle, no usar fuego, ni luz ni electricidad, no comer ni beber. Un día completo donde solo unos pocos vigilantes se aseguraban de que nadie rompiera las normas, turistas incluidos. Ese día Elena quiso refugiarse en la playa, pero aquello también estaba prohibido. Buscó un hostel con una habitación agradable con vistas al mar y se dispuso a pasar el único día de su vida en que iba a estar completamente callada. A pesar de que creyó que así entablaría conversación consigo misma y se comprendería mejor, la única conclusión que obtuvo es que podía llegar a ser una conversadora muy aburrida.

Antes de decidirse a cambiar de isla visitó Kuta, la ciudad turística que había dejado para el final. Pensaba que desde ahí daría su salto a otras islas en poco tiempo, convencida de que poco podía ofrecerle que no hubiera disfrutado ya en Bali.

Kuta es una ciudad turística en su mayor esplendor, con una playa larguísima que es el punto desde el que se desarrollan las actividades. La playa está colonizada por escuelas de surferos y hamacas, pero la realidad es que es tan amplia y tan larga que hay espacio para todos. Alrededor de la playa están las discotecas, las tiendas, los bares y los restaurantes. El principio de la misma está inaugurado por un centro comercial al más puro estilo occidental, mientras que el final está reservado a la zona cara de la isla con los paseos más pijos. Elena aparcó su moto en la mitad de la playa y se sintió en la típica ciudad costera de España, con algunas claras diferencias. Los turistas, en su mayoría, no eran alemanes y británicos borrachos, eran australianos surferos. No tardó en adivinar que el ambiente que se respiraba

era muy distinto, aunque muchos renegaran del núcleo turístico. Ciertamente, Ubud o Uluwatu tenían un toque especial, pero Elena acabó encantada de Kuta.

En primer lugar, porque era el término medio entre la soledad que había vivido en los últimos meses y las noches de locuras que pasó en Ámsterdam. En segundo lugar, porque se aficionó al surf y al yoga. Contrató unas clases con una escuela local de surf y tragó durante los dos primeros días toda el agua del mar, o al menos eso le pareció. El segundo día ya conseguía ponerse de pie, aunque con un estilo que dejaba mucho que desear. Celebró que nadie la conociera en aquel lugar del mundo que había perdido mucho turismo europeo debido al atentado terrorista sufrido años atrás. Los siguientes días comenzó a controlar mejor su postura y agradeció contar con un profesor que la fuera corrigiendo antes de aprender a levantarse de una forma incorrecta que repetiría siempre. En unos diez días decidió dejar de lado aquella horrible tabla de surf grande y pesada que la mantenía con mayor equilibrio y escogió una más ligera. Nada más subirse sintió que volaba. No le importaba ya caerse o tragar agua: encima de la tabla era libre. Cuando se sintió segura, comenzó a surfear sola, sin profesor, mejorando cada poco en las tablas que alquilaba. Y así, sin pretenderlo, solo sintiéndose curiosa, Elena se aficionó al surf.

Para tratar su dolorido cuerpo comenzó en paralelo las clases de yoga. Muchos hablan de la paz que uno encuentra consigo mismo al hacer yoga y Elena no sería capaz de negarlo. Pero la lección que mejor aprendió fue que cuando creía que estaba relajada, el profesor se le acercaba y ponía una mano en sus hombros diciéndole que destensara los músculos. Sin darse cuenta, estaba todo el día en alerta.

Relajación y deporte, no podía haber mejor combinación. Tras un mes y medio en Kuta comprendió que las playas pertenecían por las noches a los indonesios, que las mazorcas de maíz que compraba en los puestos del paseo eran las mejores que había probado y que no había forma humana de conseguir la receta de la salsa picante que le echaban, que aunque estaba rodeada de turistas australianos, por algún motivo llamaba la atención de muchos indonesios y le pedían que se hiciera fotos con ellos como si fuera famosa, que los días duran muy poco cuando eres feliz, y que podía ser feliz. Descubrió que en los últimos años de su vida había vivido una farsa encerrada hora tras hora en un edificio por una carrera profesional que realmente no quería. Descubrió que no había sido sincera consigo misma, y precisamente ese descubrimiento fue el que más le dolió. Incluso más que descubrir que echaba de menos a la pareja que había abandonado, un sentimiento que en el inicio de

su viaje había querido ocultarse a sí misma, intentando engañarse como había hecho tantos años antes.

La certeza de esas verdades le dolió, pero también le dio la tranquilidad que estaba buscando. «Nunca más volveré a mentirme a mí misma», se prometió.

Es cierto que podría haber dado por finalizado su viaje en ese momento: ya había encontrado la verdad que estaba buscando sin saber qué buscaba. Pero Bali era tan divertido.

Conoció a un grupo de australianos afincados en la ciudad que se habían entregado en cuerpo y alma al surf en la paradisíaca isla. Vivían y disfrutaban de sus negocios, y en su tiempo libre vivían y disfrutaban igual. Elena pasó noches y noches con ellos tomándose unas cervezas tirados en la playa. El mundo era un paraíso al que ella no había tenido acceso hasta entonces. Fue bonito tener un billete con varios meses de validez.

El viaje se interrumpió con una llamada. Cuando vio el teléfono de su padre en el móvil se extrañó, ya que solía llamar su madre, con la que apenas había hablado en los últimos meses. ¿Cuántos meses llevaba fuera de España? ¿Diez, doce? Más de un año y medio.

Esa llamada y el billete de avión que su padre le había comprado para el día siguiente interrumpieron su viaje y la falsa ilusión.

Elena no dudó en coger ese avión y volver a España.

Mis recuerdos

Aquella noche apenas pude dormir cuando Zezé se fue, preocupado por si le había pasado algo. Me sentía responsable de ella y sobre todo responsable por haberla hecho venir para nada. Me desperté con un fuerte dolor de cabeza, provocado por el cansancio, la noche de insomnio y las preocupaciones que me rondaban. Eran solo las seis de la mañana y no podía conciliar el sueño, miré el despertador y me dije que cada día mis costumbres se parecían más a las de Lucas.

A pesar del dolor de cabeza, o más bien para intentar quitármelo, salí a correr. Busqué en el armario de Lucas su ropa de deporte, cogí mi móvil y me puse los cascos. Durante casi una hora dejé que mi cabeza disfrutara de pensamientos más alegres que la muerte de mi hermano. Cuando volví a casa y me metí en la ducha noté el cansancio de golpe. Extrañamente, también me embargaba una sensación de alegría y tranquilidad.

En ese primer momento de lucidez desde que llegué a Garzúa, recordé también que debía tomarme mis pastillas para la diabetes. Las había olvidado por completo hasta entonces. Las busqué en la mesilla de noche donde las había dejado el primer día y me tomé la dosis correspondiente.

Estaba a punto de tomarme la taza de café que acababa de preparar en la mesa de madera del salón, pero recordé los cómodos sillones de la librería de Lucas y cambié de idea. Cogí la taza de café y me dirigí a la tienda, dispuesto a disfrutar de un placentero desayuno. Estaba girando hacia la avenida que daba a la librería cuando vi al marido de Urraca bajar la calle hacia mi casa con un paquete de churros en la mano. Me escondí en el rellano de otra casa para que no me viera mientras él llamaba al timbre. Abría y cerraba la bolsa de churros intentando escapar a la tentación de comerse uno. No estaba de humor para hablar con él, quería estar solo y reordenar mis pensamientos. Esperé a que se fuera escondido en el rellano, pero el marido de Urraca seguía mirando desde el portal mi ventana. Esperó un par de minutos más tras volver a llamar y miró alrededor. Me llamó en voz baja, sin querer despertar a los vecinos que seguramente dormían (todavía no eran las ocho de la mañana). Dio dos pasos hacia atrás para tener una mejor perspectiva de mi ventana, alzó

la cabeza, usó la mano como visera contra un sol que no alumbraba y volvió a avanzar dos pasos. Llamó una vez más y me sentí fatal al verle ahí, un hombre mayor que venía a traerme una bolsa de churros recién hechos para desayunar conmigo, buscándome entre preocupado y triste en la librería mientras yo me ocultaba como un niño pequeño. Salí de mi escondite y me dirigí hacia él. Justo antes de verme, ¿estaba a punto de intentar abrir la puerta con una llave? No me dio tiempo a verlo, rápidamente volvió a ocultar su mano en el bolsillo.

—Así que ya estás con el café preparado —dijo con una enorme sonrisa. Sentí que se alegraba genuinamente de verme, como si me tuviera un especial cariño, nacido de tan solo un par de encuentros.

Le invité a pasar conmigo y creo que su alegría iba *in crescendo* según se acercaba el momento de saborear los churros. Desayunamos animados, más de lo que yo podía esperar. Me sentí mal por haber querido dejarle abandonado delante de mi puerta, arrepentido por el hecho de que podría haber llegado a perderme ese momento con él. Me contó una vez más historias del pueblo y acepté encantado su invitación de dar un paseo.

—¿Cómo es vivir con alguien que no te reconoce? —pregunté en referencia a Urraca. Él me miró extrañado por la pregunta y noté que le costaba contestarme. Intenté deshacer el entuerto, pero me dijo que no importaba.

—No es la única persona que me ha olvidado, ¿sabes? Cuanto mayor te haces, menos personas se acuerdan de ti.

—Pero están tus hijos, ¿no?

—Sí, mis dos hijos... —Dejó en el aire la frase, pero recuperó el ánimo enseguida para desviar el tema—. Hijo, hablemos de otras cosas. Me ha venido a la memoria, al preguntarme cómo era vivir con Urraca, un cuento que escribió ella hace tiempo. Elena me contó que habló contigo y te dijo que mi mujer era una psiquiatra muy famosa, especialmente por esa malinterpretada teoría de los cinco sentidos. ¿Lo recuerdas?

—Sí, me explicó que era una pequeña parte de una terapia que ella usaba y que se trastocó como una fórmula mágica para curarse.

—Algo así..., algo así sucedió. Me alegro de que te acuerdes. Bien, a Urraca también le gustaba mucho escribir cuentos y no deja de tener gracia que un día escribiera una leyenda sobre el alzhéimer. ¿Le darías el gusto a este viejo de contarte la historia? Cuanto mayor me hago más me acuerdo de cuando le contaba historias a mi hijo antes de irse a dormir, a él le encantaban.

Asentí y me sorprendí a mí mismo deseando escucharle.

—Estoy seguro de que fue usted un gran padre, me encantará escucharlo. —Noté que el comentario le enorgullecía. Habíamos salido de la ciudad y nos estábamos adentrando en un sendero por una montaña cercana cuando comenzó su relato.

—Una vez hubo un niño que por las noches se bañaba en el mar, se tapaba con las olas y observaba la luna. La miraba con curiosidad, con temor también, porque era un enigma que no conocía y le hipnotizaba. Hacía tiempo que soñaba con volar hasta ella, pero no quería contárselo a nadie porque tenía miedo de que se rieran de él. Soñaba con ser capaz de pisarla alguna vez, y tanto soñó que casi se desquició. La observaba casi todas las noches desde las olas del mar, donde iba a disfrutar de su soledad y de sus ilusiones, donde nadie podía molestarle y cualquier cosa que deseara parecía estar a su alcance. Todo menos la luna. Podía imaginar que estaba rodeado de tartas de chocolate, que era siempre de noche y la luna alumbraba, que su madre le daba besos de buenas noches como siempre hizo antes de morir. Pero a pesar de imaginar mil y una veces que estaba en la luna y pisaba la superficie, nunca fue una ilusión más palpable que el mismo aire. Podía luchar con dragones y pelear contra demonios. Se levantaba de su refugio en el mar, cogía su espada (si tenía suerte, un palo del suelo; si no, simplemente invisible) y amenazaba con ella a todos los seres que salían de su imaginación. Pero cuando intentaba hacer lo mismo con la luna algo fallaba. Caminaba por la arena de la playa, hacía formas con esta mezclada con agua, corría cerrando los ojos y diciéndose que por fin estaba en el astro. Nada funcionaba. Volvía a abrir los ojos decepcionado. Se decía que tal vez fuera porque hacía demasiado calor, y él la luna se la imaginaba fría, fría como la misma luz que de ella llegaba. Aunque intentaba por todos los medios creer que estaba tiritando, que la arena era azul, que el ruido del mar procedía del viento, nada surtía efecto. Volvía a arrojarse con las olas del mar llorando con él, deseando no haber añorado nunca la luna de esa forma. No dejaba, sin embargo, de quitar la vista de ella. No dejaba nunca de soñar con ella.

»Ese niño decidió que ya no quería más vivir de día, que solo acostumbrándose a vivir con la luna podría alcanzarla, si no en la realidad, al menos en sueños. Quería comprenderla, tenerla, sentirla debajo de sus pies, abrazarla con sus pequeños brazos y rodearla de un lado a otro. Porque cuando se hace más pequeña que la mitad sí podré, se decía.

»Un día no volvió a casa por la mañana, justo antes de desaparecer la luna. Había estado meses engañando a su padre para que creyera que había pasado la noche en casa, pero ese día se olvidó del camino a su cama y solo siguió el que la luna le marcaba. La siguió cuando desaparecía por el este, sin perder nunca de vista el mar, el cual tenía en sí una pequeña parte de su enamorada. Un reflejo que también anhelaba y que veía más cerca, pero sabía que era un simple espejo, algo que no podría seguir. Por el día se escondía, escapaba de la luz del sol, el mayor rival de la luna, quien la expulsaba de su dominio por la única razón de ser más grande. El niño fue buscado por todos los rincones, pero nadie daba con él. Su padre, aquejado ya por la muerte de su esposa años atrás, se vio desesperado. Él era lo único que le unía al mundo mortal, y no estaba dispuesto a perderle. Le buscó por toda la ciudad, por los pueblos cercanos, le buscó por donde él mismo tenía miedo a entrar. Pidió ayuda a sus amigos y parientes, pero con el tiempo lo dieron por caso perdido. Finalmente, dejaron de ayudarlo.

»El niño pasó noches y noches buscando la luna. El padre pasó días y días buscando a su hijo. Hasta que llegó una noche en que el niño descubrió que la luna no se detenía, que seguía caminando y alejándose, que no se acercaba a ella por mucho que caminara. Quedaba muy lejos, y su larga travesía no estaba dando resultado. Nunca la sentía más próxima, ni a ella ni a su sueño. Seguía sin ser capaz de cerrar los ojos y hacer que la arena se convirtiera en esa superficie azul fresca. Así que, armado de valor, decidió tomar la vía fácil. Se lanzó al mar, pero en vez de jugar en la orilla con las olas, nadó cuanto pudo para bañarse en el reflejo de su sueño. Nadó hasta que no le quedaron fuerzas y descubrió que al reflejo tampoco se acercaba. Dejó el cuerpo muerto y observó la Luna flotando desde el agua, más satisfecho que nunca de sí mismo. Ya no estaba decepcionado. Aunque no había conseguido llegar a ella, a pesar de haberla perseguido, sí había conseguido que el mismo mar, esa noche azul cielo, le acogiese como si fuese el mismo astro el que le abrazaba. Y así, sumido en su sueño, se dejó llevar por la marea hasta que quedó inmerso en su ilusión para siempre.

»El padre, sin embargo, caminó por la orilla del mar en busca de alguna pista de su hijo. No sabía que ahí cerca estaba el cuerpo inmóvil y que las olas lo llevarían a sus brazos. Pero la luna, sobrecogida por el niño que la adoraba y al que no había ayudado, decidió que debía hacer algo por su padre. No tenía suficiente poder como para devolver la vida al pequeño, pero tenía otras cartas bajo la manga. Y en el mismo instante en que el cuerpo del niño iba a

ser arrojado a la orilla, decidió que lo único que podía hacer para que el padre no sufriera era quitarle el recuerdo de su hijo. Le borró de la mente al niño que había criado y buscado desesperadamente. Anuló todo momento vivido con él y observó como el padre se levantaba de la arena, se secaba las lágrimas cuya causa no comprendía y caminaba hasta su casa para dormir tranquilo mientras un pequeño cuerpo caía en la orilla y abandonaba su viaje interminable.

Pasamos el resto de la mañana caminando entre árboles, a veces embargados por el silencio y otras hablando sin parar, interrumpiéndonos el uno al otro.

Según se acercaba el mediodía, el marido de Urraca me invitó a comer con ellos. Decliné la propuesta y me dirigí directo a la librería de mi hermano. El día anterior había sido complicado, pero el paseo con el marido de Urraca me había ayudado a despejarme. Compré un bocadillo de camino y me decidí a comerlo en el sofá de la librería, dedicando el tiempo necesario para estar solo y aclarar lo que había sucedido con la mente más tranquila. Haber llamado el día anterior a Zezé de aquella manera había sido un gravísimo error.

Recogí mis ideas en una libreta que encontré, una nueva Moleskine naranja:

1. ¿Lucas murió por un ataque al corazón?
2. Fernando: un sacacuartos según Elena, Alberto y Zezé. Zezé afirma tajantemente que fue él quien acabó con Lucas.
3. Libro valioso desaparecido.
4. Alberto opina que acabó con él todo lo que Lucas sabía, o bien alguien que quería su valioso libro.

Quise seguir escribiendo, pero a pesar de todo lo que me habían contado en los últimos días, las únicas conclusiones que obtuve fueron esas cuatro. Lo demás, después de analizarlo bien, era pura paja.

De pronto sentí ganas de olvidarme de aquella historia. Había disfrutado de la mañana con el marido de Urraca, de haberme despejado tras salir a correr, de poder apartarme de la incógnita de mi hermano por unos minutos. Me levanté del sofá y miré por la enorme vidriera de la librería. Me sentía en casa, me sentía a gusto estando ahí sin necesidad de recuperar a Lucas. Cogí un libro de la estantería, me volví a sentar y dediqué las siguientes dos horas a

leer tranquilamente. El sueño me atrapó poco después y cuando me desperté continué leyendo ajeno al mundo. Ese día no quería ser nadie.

Los susurros silencian verdades que alguien no quiere escuchar

Sin darme cuenta me había quedado dormido en el sofá de la librería con las luces encendidas. Eran pasadas las doce de la noche cuando me desperté, tardando en ubicarme. Me desperecé mirando hacia la calle oscura. Cada vez me sentía más cómodo en Garzúa y me resultaba más complicado pensar en volver a mi antigua vida. Pero ¿cuál era?

Recordé que en el frigorífico de casa tenía unas croquetas y un solomillo entero del día anterior, el que había preparado para Zezé y no se comió. Me entró entonces más hambre que sueño. Levantarme para comer era mejor opción que estar tirado de mala manera en el sofá intentando conciliar el sueño.

Me extrañó ver, precisamente, al marido de Urraca bajando la calle hacia mí cuando salía.

—¿Dónde estabas? —preguntó preocupado. Le miré desconcertado mientras cerraba la puerta de la librería.

—¿Estás bien, necesitas alguna cosa? —Fue lo único que acerté a decir. ¿Estaba espiándome o algo por el estilo? Le miré extrañado, sin entender muy bien qué esperaba de mí. Detrás de él estaba Elena, que no sabía dónde meterse—. ¿Elena? —Ahora estaba intrigado.

—Hola, ¿qué tal? Yo... eh... bueno..., es que no sabía dónde estabas y vino a buscarme por si yo lo sabía. No te encontramos en casa y veníamos a la librería para ver si todo iba bien. —¿Estaba mintiéndome? La miré estupefacto. Había pasado por todas las fases de la sorpresa y de la extrañeza que podían existir.

—Perdona, te parecerá fuera de lugar. Solía estar muy pendiente de Lucas y de pronto he sentido esa misma necesidad de cuidarte a ti —él retomó la palabra intentando justificarse.

—Sí, pero resulta que yo no soy Lucas —empecé a hablar enfadado, cabreado, hasta que su cara triste fue relajando mi disgusto y haciéndome sentir, una vez más, culpable—; lo siento, es que no estoy acostumbrado a tener a dos personas buscándome como si... no sé, como si pasara algo.

—No, claro, claro que no pasa nada.

Hubo un incómodo silencio en que nos sostuvimos las miradas sin saber qué decirnos, hasta que el marido de Urraca bajó la cabeza.

—Iba a casa, he estado toda la tarde en la librería y me he comido solo un triste bocadillo a mediodía. Ayer me sobró bastante cena, así que iba a comer algo. Mis horarios últimamente no son de los más rutinarios.

—Vamos entonces, vamos todos en la misma dirección —se apresuró a decir Elena comenzando a andar. Ni siquiera se volvió para ver si la seguíamos, no tenía duda de que lo haríamos.

Comenzamos a hablar del tiempo en voz baja para no molestar a los vecinos. El marido de Urraca estaba apenado por la situación y, aunque intentaba sonreír, yo sabía que la preocupación le rondaba la cabeza. Me sentí tan mal por ello y a la vez tan a gusto con ellos que les invité a cenar.

—Sé que debe de ser tardísimo para vosotros, pero bueno, ya que estáis de pie y si os apetece..., me sobró mucha comida... —Los dos se miraron antes de reírse a carcajadas y aceptar la propuesta al unísono.

Mientras yo calentaba la comida, ellos pusieron la mesa. El marido de Urraca me pidió unas velas, pero no me extrañó que lo hiciera cuando ya tenía la mano en el cajón donde se encontraban y estaba a punto de cogerlas.

—Lo reconozco, a veces me da una pereza horrible cenar y me como solo un par de yogures. Me despierto con un hambre espantosa, así que esta cena me está sentando mejor que bien. —Elena atacó primero las croquetas, saboreándolas en cada bocado—. Están exquisitas, chef, un diez.

El marido de Urraca comió menos que nosotros dos, lo que casi era una buena noticia porque no había tanta comida. Estaba alegre por compartir la cena con nosotros, animado por tener a dos personas que quisieran escuchar sus viejas historias. Notaba que me miraba con nostalgia en ocasiones y pensé que debía de sentirse muy solo cuidando de su mujer.

Alargamos la velada hasta las tres y pico de la mañana sentados en el amplio sofá de la sala de estar de Lucas. Fue el marido de Urraca quien preparó los tés para nosotros, deseando en todo momento estar activo y poder aportar algo. Quería contarle a Elena la visita de Zezé y Alberto del día anterior, pero pasar el día ajeno a aquella historia me había sentado tan bien que no quería estropear el encanto.

—Elena, ¿mañana querrías dar un paseo conmigo por la tarde? Ayer tuve un par de visitas y me gustaría comentarlas contigo. —El sueño empezaba a

calar y no pude evitar un enorme bostezo. Ella se rio conmigo intentando ocultar otro bostezo.

—Por supuesto, si no quieres contármelo ahora...

—No, prefiero terminar el día sin darle más vueltas al asunto. Siento que estoy recuperando a Lucas de las tinieblas y me estoy volviendo loco: cada día conozco más a un desconocido.

El marido de Urraca llegó con los tés y yo me acurruqué con mi taza en el sillón. Ellos comenzaron a hablar de las próximas fiestas del pueblo y noté que poco a poco me dejaba llevar por el sueño, sin querer ya evitar que me atrapara. Les oía hablar cada vez más bajito, más cerca el uno del otro, en susurros.

—Zezé vino anoche —escuché decir a Elena seria. Él resopló preocupado, revolviéndose en su asiento.

—¿La reconoció?

«Claro que sí —quise contestar—, es una actriz famosa.»

—Es la segunda vez que le visita, pero no, no la reconoció en ninguna de las dos ocasiones. Sí tiene claro que es su hermana.

«Así que también saben que es la hermana de Lucas. Ocultar un secreto en este pueblo debe de ser igual de fácil que intentar ocultar a tu amante bajo una sábana.»

Los dos bebieron de sus tazas de té ensimismados durante unos momentos.

—¿Cómo está ella?

—Buf —suspiró Elena—. Lo está pasando muy mal desde que no puede contar con Lucas. Él era un apoyo muy fuerte para ella, la única persona en la que confiaba, y me atrevería a decir que de las pocas que la conocían realmente. A mí no me contaba todo sobre ella, pero a nadie se le escapa que hay muchos secretos en la vida de Zezé antes de ser famosa. Es curioso que a pesar de que nuestras vidas han sido radicalmente distintas hemos tenido muchas cosas en común, incluso nos hemos pasado noches y noches hablando de ello. Pero a mí me molestaba que, cuando llegaba, Lucas se deshacía por ella, era la niña de sus ojos y era capaz hasta de dar plantón a Alberto. Y ella no tenía la culpa ni sabía que tal vez él tenía otros planes. La verdad es que tendría que haber comprendido mejor que los dos se entendían y se necesitaban.

—¿La culpas a ella de lo sucedido? —Elena aceptaba el interrogatorio sin poner resistencia, aunque sus silencios eran muy elocuentes.

—En parte creo que le llenó la cabeza de demasiadas historias de personas y personajes y le hizo cargar con parte de su vida. Lucas sufría demasiado por ella.

Él no planteó más preguntas, aceptando que ya había obtenido todo lo que necesitaba saber al respecto. Es posible que me durmiera otra vez y me perdiera parte de la conversación, o tal vez estuvieron un tiempo sin hablar.

—¿Se ha tomado los medicamentos? —preguntó él de pronto.

—No todos los días..., me preocupa.

«¿Cómo puede saber que no los he tomado, les he hablado de mi diabetes?» Era muy probable que lo hubiera hecho, no tenía ningún motivo para ocultarlo.

—¿Y el libro? —La pregunta me dejó helado. ¡Sabían del libro! Yo mismo lo había olvidado por completo. Quería gritar, obligarles a que me lo explicaran todo y dejaran de jugar conmigo contándome cada uno de ellos la versión de Lucas que les venía en gana. No iba a dejar que me manipularan como había hecho ya Alberto; tenía que evitarlo, tenía que despertarme.

—No lo ha encontrado, no tengo la más mínima idea de dónde puede estar. Sigo convencida de que está en su casa o en la librería, porque no me puedo imaginar que lo tenga en ningún otro lado.

Siguieron hablando, pero el cansancio pudo conmigo. No sé cuánto tiempo estuvieron ni qué más dijeron; de hecho, muchas veces dudé si lo que había escuchado no había sido parte de mi sueño. Elena me tapó con una manta como a un niño pequeño, me dio un cariñoso beso en la frente y salieron de mi casa. Me sentí alegre de que me cuidaran.

* * *

Me desperté a las seis de la mañana con dolores en la espalda por la incómoda posición que tenía en el sillón. Vi mis pastillas encima de la mesa. Seguramente las habría dejado ahí Elena para que no me olvidara de ellas. Tomé una y me fui a la cama.

Cuando me hube recuperado de la noche de insomnio eran las doce del mediodía. Me di una larga ducha escuchando a Miles Davis y, con la misma música, me preparé un buen desayuno comida. Aunque no había comprado mucho desde que me había instalado en la casa de Lucas, él tenía comida de sobra. Nada que ver conmigo, que solía tener el frigorífico vacío.

Debía ordenar mis ideas y hacerlo de una forma mucho mejor de como lo había intentado el día anterior. Por un lado, hablaría aquella tarde con Elena para contarle mis dudas sobre cómo había muerto Lucas, con la esperanza de que ella pudiera aportarme un poco más de luz. Por otra parte, debía encontrar ese libro, fuera lo que fuera. Y, por último, tenía que cambiar las cerraduras de la librería y de la casa, aumentando también la seguridad de la librería. Era cerca de mediodía, por lo que la única ferretería del pueblo estaría cerrada. Con una taza de café en la mano me lancé a mi segunda búsqueda del valioso libro desaparecido.

Ya lo había buscado en la librería con poco éxito y también con escaso esfuerzo, por lo que comencé por la casa de mi hermano.

Sin ningún pudor abrí todos los armarios y cajones, los vacié, hurgué, rebusqué, desordené y ordené de nuevo. Revisé las estanterías, saqué los libros esperando encontrarme el valioso volumen de Descartes detrás de alguno, fisgoneé con curiosidad y cansancio en ocasiones. Un libro así no podía estar en un sitio común, me dije. Lucas no guardaría algo de tanto valor en cualquier lugar de la casa. Cuando me convencí de aquello me di cuenta de lo inútil de mis esfuerzos. Debía de haber algún lugar donde él guardara las cosas que fueran así de especiales e importantes. Todos tenemos un sitio concreto donde dejamos recuerdos, cartas o fotografías (cuando se imprimían). Ahí era donde Lucas tendría el libro, solo tenía que descubrirlo.

Convencido de que mi segunda inspección de la librería sería igual de inútil, fui directo a la ferretería. No era un manitas, pero confiaba en saber cómo cambiar la cerradura y agregar otra Fac. Desde que había llegado pensaba que la librería tenía poca seguridad para el valor de los libros que Lucas guardaba.

Las cerraduras me dieron más guerra de lo que esperaba, por lo que solo me dio tiempo a cambiar la de la librería antes de que llegara Elena con su perra Chapas. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, unos vaqueros largos y una camiseta de rayas blancas y azules de cuello de barco. Chapas correteaba a su alrededor sin correa y de vez en cuando la premiaba con unos trozos de salchicha que el perro devoraba.

Nos dirigimos al mismo camino que había recorrido el día anterior con el marido de Urraca y recordé que quería que ella me ayudara a poner orden.

—Elena, anteayer vinieron tanto Alberto Echevarría como Zezé a la librería y lo que me contaron..., bueno, aparte de que no sabía quién era Alberto hasta ayer mismo, como tampoco sabía quién eras tú o Fernando o

Zeze..., bueno, qué más da. Me insinuó que Lucas no había muerto de forma natural y Zeze me vino a decir que sospechaba lo mismo y ahora no sé qué hacer ni a quién contárselo. Anoche os escuché hablando y Zeze también me había dicho que tú conocías la relación entre Lucas y ella, por lo que pensé que no la estaba traicionando si compartía esto contigo. ¿Tú crees de verdad que alguien pudo hacerle daño a Lucas por lo que sabía o por el dinero que tenía? ¿Fernando tal vez? No quiero que me malinterpretes, solo estoy recogiendo lo que ellos me transmitieron y no tengo una opinión formada aún.

—No sé qué decirte, yo creo que les malinterpretaste. Es... es muy complicado, tienes que dejarlo pasar, no es lo que piensas. Ellos no creen que nadie le haya hecho daño a Lucas, no es lo que te querían decir. O al menos que Lucas hubiera sido..., que esté muerto por culpa de ellos... No, no es eso en absoluto, de verdad, escúchame...

—Por favor, necesito que dejéis de hablarme en clave. ¡Todos! —Podía con mis nervios esa situación, la forma en que cada uno me contaba solo lo que quería que supiera y cómo jugaban con la información que tenían. Me quedé parado en medio del camino mirándola con rabia. Ella relajó el rostro, dejó caer los hombros, se quitó la faceta de tranquilidad y descubrí que ahora me miraba sin querer imponerme nada. Chapas se acercó a ella en busca de las caricias que recibió.

—Hoy no puedo con esto, hoy no, lo siento. —Elena ladeó la cabeza y me pidió que me sentara con ella—. Cualquier otro día podré acompañarte en todas las hipótesis que quieras crear, las historias, las interpretaciones, las aventuras... Cualquier otro día lo haré encantada, cariño, pero hoy mi cabeza no está aquí.

Ese día necesitaba que alguien la escuchara y sacar de sí misma lo que acababa de sucederle, teniendo una mirada nueva que la ayudara a reflexionar. Durante un par de horas me contó parte de su historia con su antigua pareja, sobre la que yo ya había leído en los libros de Lucas, así como su viaje a Bali.

Pero lo que más la trastocaba y le impedía escucharme era la visita que esa antigua pareja le había hecho por sorpresa.

Cuando recorrimos el camino de vuelta, me agradeció que la hubiera escuchado con otro cariñoso beso, al igual que la noche anterior.

Nada más llegar a casa de Lucas busqué papel para escribir la historia de Elena como él había hecho antes con Zeze.

Terminé bien entrada la madrugada, cerrando los ojos a punto de dormirme en la misma silla donde escribía. Antes de hacerlo, entre dormido y

despierto, vi el libro de Descartes encima del escritorio que había revisado cientos de veces ese mismo día. Lo abrí somnoliento, incapaz de despertarme a pesar de la sorpresa. Dentro encontré una carta con la letra de Lucas, escrita por él y dirigida a mí en la que confesaba su placer por recuperar recuerdos de otras personas, dejarlos escritos en hojas sueltas e introducirlos en sus libros como yo ya había comprobado y, lo peor, el descubrimiento de que estaba en una fase temprana de alzhéimer.

Lucas encontró a su madre

Me desperté sobre las doce del mediodía con un terrible dolor de cabeza y la olvidada sensación de tener resaca a pesar de no haber bebido nada el día anterior. Estaba retorcido en el sofá de la sala de estar y recordé que en el último momento de la noche había leído la carta de Lucas que encontré en el libro de Descartes cuando me encontraba tumbado en el sofá, lo que me obligó a abrir los ojos. La encontré encima de la mesa y, aún somnoliento, la dejé dentro del libro. Lo guardé en el cajón del escritorio y fui a darme una ducha.

Sentí que los últimos días habían sido un caos y necesitaba volver a tener un horario normal, acostándome a una hora decente y teniendo cierto orden en mis días. Por otra parte, disfrutaba de la sensación de hacer lo que me apetecía en el momento sin tener que estar pendiente del reloj o el móvil. En realidad, el móvil no lo tenía cargado y el reloj no sabía dónde lo había dejado.

Recordé que el marido de Urraca había venido con sus acostumbrados churros por la mañana y le había abierto más dormido que despierto. Él los había dejado en la cocina antes de irse, diciéndome que no debía abrirle si estaba tan dormido. Le agradecí sus palabras y volví a acostarme en el sillón; por algún motivo tenía aversión a la cama.

Después de ducharme me pareció buena idea ser yo quien le visitara por una vez, agradeciéndole sus detalles conmigo. Me vestí con prisa y ganas de verle. Aceleré mis pasos por la calle para llegar hasta su casa. Vivía cerca de Elena, en la misma urbanización con casas de colores. La suya, aunque era simplemente blanca, tenía un precioso tejado azul vistoso a juego con todos los marcos de las ventanas y la barandilla que rodeaba la vivienda. Encontré a Urraca en el jardín quitando las malas hierbas del pequeño huerto que tenían. Nada más verme se enderezó y me recibió con una enorme sonrisa. «En esta casa todos sonríen», pensé para mis adentros.

—Cariño, ¡qué bien que has venido! ¿Has visto qué tomatada tengo? ¡Hay muchos más tomates que el año pasado! Harás conmigo otra salsa de tomate, ¿verdad? Están deliciosos. Ven, ayúdame a recogerlos. —Urraca estaba confundiéndome con otra persona, tal vez el hijo que su marido había

mencionado un día. Abrí la puertecilla y me acerqué a ella. Tenía un gran cesto de mimbre a su lado, donde iba metiendo los tomates. Me extendió unos guantes parecidos a los suyos, pero exactamente de mi talla. Llevaba puesto un sombrero de paja que la resguardaba del sol de Asturias, que calentaba muy poco esos días—. Luego separamos unos cuantos para que te los lleves. También hay pimientos rojos y de Padrón —señaló al otro lado del huerto y pude comprobar que tenía razón—. Estaba quitando las malas hierbas también, los huertos dan una guerra...

Urraca despertaba ternura. Tenía el pelo gris tan perfectamente peinado, incluso debajo del sombrero, que parecía una peluca hecha para ella. Ni un solo pelo estaba fuera de lugar y me sorprendió comprobar que también llevaba pintalabios y un poco de colorete.

—Gracias, Urraca, me encantan los tomates. —Ella se rio con ganas.

—Anda, hijo, ¿ni que fuera nuevo! Desde que llegaste a esta casa creo que te has alimentado más de tomates que de leche o carne. Hazme un favor: quita los de esa parte del huerto, están tan maduros que casi se van a poner malos. No sabes lo ricos que están; tomates raf que serían la envidia de cualquier campesino de Murcia. —Por un momento pensé que debía corregirla y explicarle que no era su hijo, pero pensé que no me entendería y no tenía sentido discutirlo. Además, parecía tan feliz... Tuve ganas de abrazarla.

Su marido debió de escuchar los ruidos y salió a ver qué pasaba. Otra enorme sonrisa nada más verme, como si mi presencia les alegrara a los dos el día.

—Urraca, ¿todo bien?

—Ha venido el niño a vernos, me está ayudando con la tomatada. A ver si consigo engañarle y me quita también algunas malas hierbas, que tengo la espalda destrozada. —En solo cinco minutos casi había llenado el cesto, pero quedaba mucho más por hacer. Pensé que recoger tomates en Asturias a mediodía debía de ser un privilegio para un murciano, asado bajo el abrasador sol de agosto a esas horas.

Su marido se unió a nosotros sin hacer ningún comentario ni corregirla. A su lado parecía que estaba viviendo una película donde una pareja de ancianos se sigue dando muestras de cariño y ternura a pesar de los años que ya han pasado juntos, día tras día. Y, por muy extraña que fuera la sensación, me sentí feliz. Como si estuviera en casa.

Pasadas las dos, el marido de Urraca preparó un aperitivo e insistió en que comiera con ellos. Había hecho ensaladilla rusa y tenía algunos filetes

para freír. Urraca, mientras él cocinaba, se dio una ducha y yo preparé la mesa. En mi trayecto a la cocina encontré varias fotografías de ellos dos con Lucas, algunas de ellas recientes y otras, según parecía, muy antiguas.

—Hoy ha sido uno de esos días maravillosos en que Urraca recuerda algo. Son pocos ya los días que podemos hablar del huerto sin más. Cuando envejecas te darás cuenta de que las cosas más sencillas son las que nos traen la realidad. —Tuve el impulso de despertarle de su sueño y decirle que me había confundido con su hijo, pero no tenía derecho a amargarle el día.

La comida, sin embargo, tuvo un tono distinto. Urraca a menudo se perdía en la conversación, no contestaba a las preguntas de su marido y apenas comió. Él, sin embargo, no perdía el humor y seguía cuidándola con paciencia. Cuando terminamos, la acompañó a la habitación y la ayudó a acostarse para dormir la siesta. Les escuchaba en el piso de arriba, él quitándole los zapatos y ella tumbándose con un ruido horrible de los muelles del colchón. Cuando bajó fue directo a por el café y me invitó a tomarlo en el jardín.

—No sé qué haría Urraca sin ti —comenté sorprendido por lo que había visto. Aunque mantenía su sonrisa, había ahora un toque amargo en ella.

—No te equivoques: no sé qué haría ni qué haré yo sin Urraca. Ella ya no me necesita; tanto podría ser yo quien cuidara de ella como un extraño y le sería indiferente. Incluso en días como hoy creo que no le importaría que en vez de entrar yo viniera cualquiera de la calle y la cuidara. No me reconoce, lo noto en su mirada. No me llama por mi nombre, no me sonrío, no sabe quién soy. Y no sabes lo que duele ser consciente de ello. Urraca, al menos, no lo es. En días como hoy quiero creer que la hago más feliz, pero no pondría mi mano en el fuego. Sí sé, sin embargo, que en días como hoy yo sí soy más feliz. Los que nos quedamos atrás somos siempre los que más sufrimos, y también los más olvidados. No quiero que pienses que me estoy quejando, pero a veces me siento muy solo e incomprendido.

—Si alguna vez necesitas algo, sabes que puedes contar conmigo — prometí sin pensar apenas en mis palabras. Sabía que eran ciertas aunque no las hubiera considerado bien antes de decirlas.

—Gracias, hijo, lo sé.

Dirigí la mirada al amplio jardín y vi a Fernando, el padre de Lucas, caminar frente a la casa. Alzó un poco la cabeza y nos saludó con la mano sin parar en su paseo. Entonces me asaltó la duda.

—Elena me dijo que Fernando sabía dónde vivía Lucas y vino hasta aquí por él. ¿Es así? ¿Conocía también a su madre?

—Bueno, no del todo. Es una versión reducida, típica de las pocas palabras de Elena. No suele explayarse mucho, ¿verdad? —Pensé en lo que me había contado la noche anterior de la relación con su pareja y me dije que ese día sí podía llevarle la contraria al marido de Urraca. Días atrás habría estado muy de acuerdo con él—. Lucas era muy feliz con sus padres adoptivos.

—Mis padres —corregí instintivamente. Él me mostró una enorme sonrisa y de repente, como si se diera cuenta de algo, la apartó de su rostro. Estábamos sentados uno frente al otro en la mesa del jardín, debajo de un enorme sauce.

—Sí, hijo, sí, tus padres. En fin, era muy feliz con ellos, pero tenía curiosidad por saber más de sus padres. Sabía perfectamente quiénes eran, no había sido un caso de adopción prematura en el que se oculta el nombre de los padres. El Estado, sencillamente, había decidido que ellos no podían hacerse cargo de Lucas y les habían quitado la tutela. Cuando esto sucedió, el padre de Lucas, Fernando, aún iba a visitarle en alguna ocasión. Él siempre tuvo más ganas que la madre de rehabilitarse y creo que llegó a hacerlo de verdad. En algún momento intentó incluso recuperar la custodia de su hijo, pero no podía mantenerse alejado del alcohol más de cinco horas. Al menos, eso me contó. La madre, sin embargo, iba a la deriva. Ya sabes cómo acabó: en la cárcel por venta de drogas, cómplice de un asesinato, robo tras robo, conducción temeraria... No sé si es cierto, pero en el imaginario común de los que la hemos conocido sin conocerla está la idea de que quería con toda su alma destruirse.

—¿Cómo sabes tanto de ella? ¿Sabes también que era la madre de...?

—Sí, claro, de Zezé. Lucas compartía muchos secretos conmigo y nos pasábamos tardes hablando. Zezé no me conocía personalmente, sabes que es muy reservada, pero yo sí sabía su historia. Preferiría que siga ignorando cuánto sé de ella, no querría traicionar a Lucas. —Hizo una parada para tomar un sorbo de café, indicando explícitamente la promesa que me estaba pidiendo. Asentí—. Bien, la primera vez que la madre de Lucas entró en la cárcel él tenía 7 años. Fueron solo unos meses, pero decisivos para arrebatarse la custodia. El padre no podía hacerse cargo del niño y, sin la madre, se dejó perder por completo. Él dice que sigue enamorado de la madre pero, la verdad, creo que está enamorado de un sentimiento sin más y de un recuerdo. Lo siento, pero me cuesta creer que ese hombre la llegara a querer siquiera cuando estuvieron juntos y mucho menos después de todos estos años. Les quitaron al niño de forma temporal. Los padres de Lucas le acogieron en su hogar también de forma temporal, no tenían la custodia.

—No, mis padres le adoptaron.

—No, no podían. Los padres naturales seguían teniendo derecho a reclamar a su hijo cuando le adoptaron. Además, entonces siempre prevalecía que el niño viviera con sus padres naturales. A día de hoy la norma ha cambiado bastante y prevalece el bienestar del niño, independientemente de si es con sus padres naturales o con los adoptivos. La cosa no funcionó con sus primeros padres y tuvo una segunda familia de acogida.

Le miré extrañado. Aquello no era cierto, solo había tenido una familia: mis propios padres. Sí sabía que estaba en proceso de adopción con otra familia, pero se frustró porque le detectaron un cáncer a la madre y decidieron no adoptar a Lucas.

—¿Estás seguro?

—Sí, así fue —contestó él apenado—. El primer matrimonio le adoptó porque no podían tener un hijo y, nada más adoptarle, lo tuvieron. Un niño llamado Andrés, nueve años menor que Lucas. Los padres, o bueno, mejor dicho, aquel matrimonio insensible, decidieron que Lucas sobraba ya que ahora tenían un hijo «de verdad». Además, si los padres naturales llegaban a reclamar a Lucas lo habrían perdido, por lo que tenían la excusa perfecta para deshacerse de él como hacen muchos dueños con gatos y perros cuando llegan las vacaciones. Lucas fue a parar, tras un ir y venir, a la casa de tus padres como bien has dicho. Tenía entonces unos diez años y hacía tres que no veía a su madre. Fue feliz en ese hogar, no te quepa duda. Pero siempre estaba perdido, tenía muchos problemas de personalidad, no se encontraba a gusto con la gente, aunque detestaba la absoluta soledad, miraba a las personas con desconfianza y miedo a ser rechazado o abandonado. Era una reacción normal que él mismo se recriminaba y quería cambiar, pero le costaba mucho. Con veintipocos años pensó que si sabía algo más de sus padres y comprendía por qué le abandonaron, podría entender que fue un rechazo puntual y no algo que pudiera pasarle con el resto del universo. Le advertí que se encontraría con mucho dolor en su historia y tal vez no sacara nada en limpio.

—¿Le advertiste? ¿Le conocías entonces?

—Perdona, quería decir que le hubiera advertido... —Aclaró la garganta y continuó su relato—. En fin, decidió seguir la pista de sus padres. No era complicado, conocía sus nombres y más o menos sus últimos paraderos. Cogió una guía telefónica y solo tuvo que visitar a tres personas con el mismo nombre hasta dar con su padre. El encuentro no fue nada romántico, más bien dos hombres uno frente al otro sin saber qué decirse. El padre, Fernando,

entonces estaba medio alcoholizado y se sentía abandonado por su mujer. Ella ya hacía tiempo que le había dejado por un chulo de tres al cuarto, lo que le salvó de la destrucción a la que esa mujer encaminaba a cualquiera, aunque aún la lloraba y la odiaba. Cuando Lucas le preguntó por su madre, Fernando contestó: «Está en la cárcel, donde tiene que estar». Lucas sabía que no iba a encontrarse con un cuento de hadas, pero tampoco estaba preparado para la crudeza de la realidad. Visitó entonces a su madre y descubrió que tenía una niña de apenas cuatro años que vivía con ella, la futura gran estrella Zezé. Descubrió también que su madre había aparecido en una película de Ernesto Montalbán sobre la leyenda de este pueblo. La vio y le sorprendió cómo aquella mujer delgada y deshecha, con una mirada de tristeza y codicia («¿Me darías algo de dinero? Para la niña, todo para la niña.»), podía ser a la vez la mujer espléndida de la pantalla. Conoció a su abuelo materno, preocupado por la pequeña Zezé. Conoció que en los inicios de su vida y en sus genes solo había destrucción. Y aquella realidad, la que él buscaba para mejorar, le sumió en una profunda depresión durante años.

Una luz se encendió de pronto en mi cabeza.

—¿Le trató tu mujer, Urraca? —Él pensó su respuesta largamente antes de dármela.

—Sí, le trató. Y le salvó. Lucas era un caso que podría haber acabado perfectamente destruyéndose a sí mismo. Pero gracias a que recibió un tratamiento y medicación adecuada mejoró. Mi buena Urraca le salvó.

Odié, una vez más, no haber conocido esa parte de la vida de mi hermano. Quise llamar inmediatamente a mi madre para confirmar este episodio de su vida. Sin embargo, hacía tiempo que sabía que las personas con las que Lucas vivió en Garzúa sabían de él mucho más que su propia familia. Es más, él se fue a estudiar a la universidad en Salamanca cuando tenía 18 años y nunca volvió a vivir en casa. Solo habíamos compartido ocho años con él, yo a muy corta edad, y su «familia de Garzúa» bastantes más años. ¿Sabrían también que Lucas comenzaba a sufrir alzhéimer?

—Entonces Urraca le... curó, si puede decirse así.

—Uf —resopló—, eso son palabras mayores cuando hablas de una persona con una enfermedad psiquiátrica...

—¿Enfermedad? —le corté. Me miró como si fuera un niño pequeño al que su padre le está confesando que Papá Noel no existe. Era superioridad, era cariño, era tristeza.

—Perdóname, tiendo a hablar demasiado y eso no está bien. Hijo, Lucas tenía una grave enfermedad psiquiátrica. Tenía que tomarse medicamentos todos los días y no hacerlo era un peligro para él. Espero que comprendas la importancia de medicarse cuando uno está enfermo. —Entendí que se refería a mí y a mi diabetes, por lo que asentí. No quise continuar con la conversación por el miedo de verme obligado a contarle que Lucas sospechaba que sufría alzhéimer, tal y como dejó escrito en una carta dirigida a mí, oculta en el libro que más valor tenía para él y que, al contrario de lo que parecía, no había perdido. Si el marido de Urraca no lo había mencionado era porque no lo sabía. No quería traicionar más a Lucas y decidí cambiar de tema—. Y Fernando, ¿cuándo vino aquí a vivir?

—Fue hace poco, en realidad. Lucas nunca se alejó de él. Muchas veces le llamaba y mantenía algún contacto. Fernando sufrió un ictus y se le paralizó la mitad del rostro. De pronto debió de temer por su vida y se dio cuenta de que si le pasaba algo grave nadie cuidaría de él: el temor de muchas personas cuando envejecen. Y se instaló aquí de forma regular.

—¿Qué pasó con la madre de Lucas y Zezé?

—Falleció en la cárcel. A pesar de intentar autodestruirse de todas las formas posibles, murió de la forma más estúpida. Es irónico que una mujer que había resistido tantos golpes de la vida muriera al final por culpa de unas avispas. Era alérgica y no lo sabía. Le picaron dos o tres, una de ellas en el cuello. Fue mortal. Se le hincharon las venas y no podía respirar. Lucas quiso saber más de su muerte. Según me contó, una compañera de su madre la vio morir. Dice que no pidió ayuda ni hizo ningún gesto para intentar respirar, no corrió, no intentó atrapar el aire con bocanadas como cuando alguien se está ahogando, no se llevó las manos a la garganta. Dice que se quedó tendida en el suelo y se dejó llevar. Por alguna extraña razón, esa mujer quiso morir mucho antes y por fin lo consiguió. Lucas tenía entonces 24 años y asistió al funeral solo. No quiso que nadie le acompañara. Debió de ser un día muy triste para él.

—¿Y Zezé? —me atreví a preguntar, aprovechando que por fin veía algo de luz en esa historia. Él torció el gesto en una casi imperceptible mueca a la vez que cerraba los ojos en su característico tic—. ¿No te gusta Zezé?

—En absoluto, no tengo nada contra Zezé. Creo, en realidad, que es una persona magnífica. Pero Lucas se volcaba mucho con ella. Cuando venía parecía que no existía nadie más. Tal vez nos duele especialmente porque antes de Zezé estábamos nosotros. Los celos, ya sabes, no se pueden controlar.

Luego ella empezó a contarle su historia y entonces Lucas se..., no sé, cambió. No es algo que pueda explicar bien ahora.

—Entonces no siempre mantuvieron el contacto.

—No, en este caso no. Lucas la conoció en la cárcel, como te decía antes. La visitó mucho, a ella y a su madre, hasta que cumplió los 6 años y ya no podía vivir en el centro penitenciario. Un día volvió y la niña había desaparecido sin dejar rastro. Su madre dijo que no sabía qué había pasado e intentó hacerse la loca afirmando que no había existido esa hija que él mencionaba. A Lucas le enfureció. Tenía la esperanza de que cuando su hermana cumpliera 6 años él se haría cargo de ella; de hecho, lo había concretado así con su madre. Y, sin embargo, llegado el momento, le dio la espalda sin más explicaciones. Tuvo miedo de que la hubiera vendido o hecho algo peor e intentó buscarla. Recibió incluso amenazas, pero el motivo de desistir fueron los nulos resultados. Cuando vio a Zezé en el cine le recordó a su madre. Empezó a atar cabos y obtuvo sus propias conclusiones. No se atrevió a contactarla hasta que ella decidió retirarse. Acabaron teniendo una magnífica relación de hermanos a pesar de los esfuerzos de Ernesto para separarles.

—¿Por qué?

—Cualquier relación que Zezé tuviera que pudiera recordarle su pasado era para Ernesto tabú. Tiene miedo de que su hija renuncie a quien es, incluso ahora que ya ha renunciado. Pero imagínate si sale a la luz quién era, cómo la han creado y manipulado desde que era una niña. Ernesto acabaría hundido en la miseria junto con su socio, quien ejecutaba todas las órdenes de la estrategia de Ernesto: falsificación de identidad, de edad, entrenamiento y educación desde los seis años para ser una estrella, y un suma y sigue de delitos legales pero también sociales. Delitos que la sociedad no comprendería. Zezé fue una niña creada según Ernesto quería, un simple producto para recuperar el brillo que él seguía viendo en el cine. Él destruyó la personalidad de una pobre niña para crear una estrella a su antojo y durante años consiguió lo que buscaba hasta que la niña creció y pudo comenzar a tomar decisiones por sí misma. Además, si me permites una opinión, creo que es una mujer bastante inteligente. Fíjate en todo el dinero que está ganando con su productora. Apenas se habla de ello en los medios de comunicación, interesaba más una maniquí que una gran gestora de su dinero. Ha ganado mucho más con su productora que con las películas que interpretó. Su nombre nunca aparece en los créditos, pero está detrás de grandes éxitos que controla

en la sombra porque no quiere volver a ser un personaje público. ¿Y qué me dices del libro de Elena? —De pronto se quedó callado y creo que llegó a morderse la lengua, esquivando mi mirada durante unos segundos—. Vamos, que es una chica lista —dijo en un intento de desviar la atención.

—¿El libro de Elena? ¿Qué quieres decir? —Miró hacia los lados para asegurarse de que no había nadie que pudiera escucharnos y bajó la voz.

—Se me ha escapado... No quiero llenarte la cabeza de más historias.

—Continúa, por favor, hace tiempo que nadie es tan sincero conmigo y sabes que no diré nada. —Resopló mirando otra vez a los lados y retomó su historia.

—Elena no vive de la nada. Después de dejar su trabajo, viajar y finalmente establecerse aquí, tenía que ganar dinero de alguna forma. Antes de decidir cómo, escribió un libro sobre su aventura y se lo dio a Lucas para que se entretuviera. Él lo tenía en la mesita de su librería y un día Zezé comenzó a leerlo sin su permiso. Le atraparon el título y las primeras páginas, no pudo dejar de leerlo, aunque sabía que no estaba bien. Ese es también uno de los motivos por los que Elena está un poco enfadada con ella, aunque le debe muchísimo. Elena no tenía pensado publicarlo; era una especie de diario íntimo que solo Lucas tenía permiso para leer. Zezé acabó leyéndolo casi a escondidas, ni siquiera Lucas lo sabía. Ella misma dice que el libro le hizo reflexionar sobre su propia vida, porque Elena conseguía hacerte sentir lo mismo que ella vivió y trasladarlo a tus vivencias, sus sentimientos son universales. Cuando lo terminó tuvo que confesarle a Lucas que lo había leído y le dijo que apoyaría en todo lo que fuera necesario a Elena para que lo publicara. Elena primero se enfadó, después aceptó la propuesta a regañadientes, entre orgullosa y enfadada. Zezé sabía que todo lo que tocaba se convertía en oro al momento, pero si lo llevaba a una editorial comenzarían las dudas sobre su relación con Elena y Lucas. Zezé acordó con Elena que autopublicara el libro bajo un seudónimo y ella se encargaría de publicarlo. No tenía más que ir a comprarlo «a escondidas», aparecer en un par de cafeterías leyéndolo, llevarlo bajo el brazo en unos cuantos viajes y ser fotografiada en el aeropuerto. Se lo recomendó a sus otros amigos famosos y el milagro sucedió en cuestión de días. Enseguida se convirtió en uno de los libros más vendidos y además Elena se llevaba casi el cien por cien de las ganancias. En menos de un año se ha traducido a diez idiomas y se está convirtiendo en un superventas a nivel mundial. Ahora está negociando la posibilidad de vender los derechos para una película, pero creo que no está

del todo convencida. Elena quiso compartir las ganancias con Zezé, pero ella se negó en redondo. Y me consta que además le pidió perdón por haberse atrevido a leerlo sin su permiso. Creo que Elena la ha perdonado de verdad.

—Dios mío, no tenía ni idea de que Elena fuera escritora. ¿Cómo se llama el libro?

—Pocos saben que es ella, ha conseguido mantener muy bien el anonimato y nadie ha descubierto quién se esconde bajo el seudónimo. Se titula *El silencio*.

—¡Pero si yo lo he leído! Ella al final deja Bali porque su madre tiene alzhéimer y la está olvidando, su padre le compra un billete para que vuelva y le ayude a cuidarla. Es... ¡es Urraca de quien habla! ¡Me acuerdo perfectamente del nombre de la madre! ¡Elena es tu hija!

—Cómo me alegro de que te acuerdes, Lucas —dijo con los ojos llorosos y tuvo que ocultar su rostro entre las manos, haciendo esfuerzos para contener el llanto. Me acerqué a abrazarle y no pensé en corregirle y decirle que no era Lucas.

Elena se enfrenta a Elena

Estaba en el porche de su casa cuando él se acercó. Su primer sentimiento fue de alegría, recordando aquella ilusión que hasta hacía dos años la invadía cuando su pareja llegaba a casa. Alegría e ilusión por verle y tenerle cerca. El segundo sentimiento, tan solo décimas de segundo después, fue de extrañeza. ¿Qué hacía él allí? Jorge se acercó despacio sin apartar la mirada de ella, nervioso incluso. Ella dejó el libro encima de la mesita con movimientos lentos también, dudando sobre cuál debía ser su reacción.

—Cuánto tiempo, Elena —le escuchó decir, aunque aún no había cruzado el umbral de su jardín. Ella se acercó, ahora apresuradamente, para abrir la portezuela de la valla, tan baja que podría haberla saltado si hubiera querido. Se dieron dos largos besos en las mejillas, él apretando su hombro derecho y manteniendo ese contacto más tiempo del necesario. Ella puso su mano sobre la cadera de él y sintió que el gesto era falso. Nunca se habían besado así, como dos antiguos amigos. Si se hubiera dejado llevar, le habría dado un beso en los labios, ese beso seco y corto con el que se recibieron día tras día durante cuatro años.

Jorge pasó con ella al jardín y admiró su pequeño huerto. Elena le contestó que tendría que ver el de sus padres, ese sí era un huerto de verdad. Intercambiaron falsas promesas sobre que sí lo haría, convencidos los dos de que no sucedería. Ella le ofreció una cerveza o un refresco y Jorge se rio preguntándole si en aquella idílica imagen no tenía limonada como los americanos. No, no la tenía, rio también y fue a por unas cervezas bien frías. Nada más cogerlas del frigorífico pensó que era la marca que Jorge siempre bebía.

—Hace siglos que no me tomo una cerveza —comentó él para llenar el silencio. Ella asintió esforzándose por buscar unas palabras con las que llenar ese otro silencio que estaba llegando. Jorge se adelantó—. Me gustó verme reflejado en tu libro. —Elena no pudo evitar que le salieran los colores. Lo había imaginado desde que publicó el libro. Si Jorge llegaba a oír algo del mismo, podía sospechar que era ella quien se ocultaba tras ese seudónimo. Si llegaba a leerlo, no le quedaría ninguna duda—. Me gustó tu libro, Elena. Me

he alegrado mucho por ti, de verdad. Hubo un tiempo en que estaba lleno de rabia y no comprendía qué había pasado, pero leer tu libro me ayudó a comprenderte y saber qué sucedió entre nosotros. Todo lo que no nos dijimos, Elena, todo lo que no arreglamos porque no sabíamos hablar. ¿No es ridículo que después de cuatro años falláramos en algo tan básico? Porque creo que no fallamos en querernos. No creo que fuéramos una pareja que continuaba la relación solo por costumbre. Nos queríamos de verdad y no entiendo cómo pudimos estar tan cegados. —Elena quería intervenir, pero se dio cuenta de que él había preparado esas palabras durante mucho tiempo y no tenía derecho a interrumpirle. Debía escucharle, precisamente lo que no había hecho hacía años—. Siento no haber conseguido alegrarte los días como tú lo hiciste para mí, es lo que más me cuesta perdonarme a mí mismo.

»Cuando te fuiste quise encontrarte, saber por qué te habías ido y, fuera por el motivo que fuera, pedirte perdón por ello. Después estaba tan enfadado que no quería buscarte ni pedirte perdón. Sin embargo, me di cuenta de que necesitaba perdonarme a mí mismo. Cuando leí tu libro me costó mucho perdonarme haber sido alguien que no traía esa alegría a casa que tú, con toda naturalidad, me regalabas para hacerme feliz. No creo que fuera alguien triste, ni mucho menos. Pero llegaba tarde de trabajar y estaba inmerso en el papel que había adquirido: estaba cansado, tú me alegrabas, me desahogaba, me alegraba contigo, éramos felices. No supe qué hacer cuando tú llegabas triste y me tocaba a mí alegrarte el día. No sabía qué se esperaba de mí ni sabía cómo tú lograbas que yo fuera tan feliz. Al final, cuando te fuiste, aprendí a hacerlo. No, más bien tuve que aprender a hacerlo para no desesperarme. Me di cuenta de que tenía que aprender a ser... No a ser feliz, he aprendido que esa palabra y ese estado de ánimo están sobrevalorados. Tenemos demasiada publicidad sobre la felicidad, tanta que nos engañamos a nosotros mismos.

»Esa fue la conclusión a la que llegué antes de leer tu libro y me gustó ver mis pensamientos reflejados en esas páginas. Esa búsqueda de libertad y de vivir sin prejuicios en Ámsterdam, eso no era más que seguir unos patrones de los que nos hemos alimentado desde pequeños. Porque en esa libertad dejas fuera a mucha gente que no te aporta esa constante felicidad, personas que merecen estar a tu lado, como tu madre. Yo pasé por algo parecido. Una vez recuperado, pasé por esa euforia de dedicarme a mí y buscar la felicidad como si fuera un objetivo en sí misma y no un medio para el equilibrio. También me olvidé de personas que me necesitaban e incluso me olvidé de mí. Es decir, me olvidé de aquellas cosas que necesitaba hacer para mí y que no

siempre significaban felicidad inmediata. Me costó comprender que me estaba engañando y que lo había hecho durante mucho tiempo. Al igual que tú descubriste que a mi lado habías forzado un papel y una máscara para que la alegría no decayera, de esa misma forma descubrí que estaba engañándome buscando un objetivo. Solo con la lectura de tu libro me di cuenta de qué era ese objetivo. Lo llamas equilibrio, otros lo llaman yin yang, otros zen. Hace años te hubiera dicho que todo eso son tonterías absurdas.

»Ahora comprendo el significado, al menos la interpretación que yo quiero darle y atribuirle. Hay un equilibrio entre la alegría y la tristeza, debe existir ese equilibrio. Ser feliz, como todos esos libros de autoayuda venden, puede ser una locura tan grande como el consumismo. En mi cabeza siempre uno la alegría en paquetes con el consumismo. Son píldoras que te envenenan para estar ciego y no ver la realidad. Estoy convencido de que es más importante creer en uno mismo y quererse como uno es, buscar el equilibrio, que gastar fuerzas en ser feliz a toda costa. ¿Cuántas películas y libros puede haber sobre la felicidad? Millones. Yo creo que todos están equivocados. Por eso me gustó tanto tu libro, diste palabras a mis pensamientos, palabras que yo jamás me hubiera atrevido a decir en voz alta. Tú hiciste el Camino de Santiago y te fuiste a Bali para descubrirlo; a mí me bastó con quedarme solo en Madrid. Me resulta gracioso que hiciéramos el mismo recorrido en dos sitios tan dispares.

»¿Sabes? Llegué a odiarte. Sé lo duro que suena y me gustaría ser menos sincero y usar palabras más bonitas. Pero te odié, sobre todo por irte sin decirme nada. Ahora me alegro de que fuera así porque no te hubiera comprendido entonces y habríamos hablado en otros términos. Habríamos discutido, para qué engañarnos, y no habría entendido nada de lo que me dijeras. Cómo iba a entenderte si ni siquiera tú lo hacías. Ahora podemos hablar desde otra perspectiva mucho más sana.

Elena no era capaz de mirarle a los ojos. Qué razón tenía. Si no hubiera pasado ese tiempo, habrían estado interrumpiéndose el uno al otro en esa misma conversación. Ahora los dos comprendían mejor la necesidad de escuchar al otro en vez de hacerse escuchar.

—Tenía todo, pero no sabía qué quería en realidad. Y me equivoqué. Pero si no me hubiera ido, nunca hubiera sido feliz con lo que tenía, no sabía valorarlo, era tan estúpida. Al principio pensé que la felicidad era quererse a uno mismo y tanto lo hice, tan egoísta fui que ni siquiera pude ver que mi madre tenía alzhéimer. Apenas hablaba con ella porque me retrotraía a una

realidad pasada que me disgustaba. Me avergüenza que mi padre tuviera que comprarme un billete para obligarme a cumplir con mis responsabilidades. Me mudé a Garzúa para ayudar a papá cuidando a mamá y a mi hermano. Me alejé de ellos por una causa muy egoísta y siento que estoy recuperando el tiempo perdido. Ahora sé que esto es lo que tengo que hacer, no me imagino en otro lugar ni dedicándome a algo diferente. —Las palabras de Elena no eran nuevas para ella, las había musitado durante mucho tiempo—. Lo que me horroriza es cuando venden mi libro como si fuera una especie de estilo de vida, una literatura para dar lecciones a alguien de cómo debe hacer las cosas. Lo odio. ¡Es tan falso! Al final me ha sucedido igual que a mi madre: han cogido mis palabras y las han trastocado para venderlas. ¿Qué necesidad tiene la gente de que alguien le diga cómo tiene que llevar su vida? ¿Quién soy yo para decirle a nadie qué tiene que hacer o dejar de hacer? Yo solo quería contar mi experiencia y resulta que al final estoy dando lecciones de algo en lo que he obtenido un suspenso tras otro. Es ridículo. En realidad, no me extrañaría que en un futuro volviera a suspender. En fin, todo sea por el espectáculo. Me alegro de haberlo publicado con un seudónimo.

Se instaló entre ellos la incómoda sensación de que no tenían más que decirse y a Elena le surgió la súbita pregunta de por qué había ido Jorge a verla. Había soñado tantas veces con ese momento, con las palabras que le diría, que ahora esas escenas ficticias creadas en su mente la asaltaban. En algunas, ella le pedía perdón; en otras, le decía que podían volver a estar juntos o le explicaba que jamás podrían ser de nuevo una pareja por el pasado que arrastraban. Pero nada de ello estaba sucediendo como había imaginado en sus diferentes versiones. Ahora que estaba ocurriendo de verdad, los guiones escritos de antemano se hacían ceniza.

—¿Qué tal está tu madre? ¿Y Lucas? —preguntó él, no solo para romper el hielo, sino con verdadero interés.

—Mi madre apenas nos reconoce, pero dentro de lo que cabe, curiosamente, parece feliz. Y Lucas ya se ha ido por completo, es imposible que vuelva. Nos ha dolido a todos comprenderlo. Yo creo que es mejor que lo aceptemos, aunque no todos somos capaces.

—Lo siento mucho —dijo apretándole la mano y comprendiendo que ella no quería hablar más del tema.

—No llegué a esa conclusión en el día del silencio, el Nyepi.

—¿Perdona? —preguntó un confuso Jorge ante el cambio de rumbo de la conversación.

—El libro se llama *El silencio* porque ese día, en que toda la isla de Bali está en silencio, comprendí que buscar la felicidad era lo que me había llevado a engaño toda mi vida. Pero es mentira. Ese día me aburrí como una ostra, en realidad no sabía que podía llegar a aburrirme tanto conmigo misma. Ese día lo único que comprendí es que puedo ser muy muy muy aburrida, créeme. Quedaba muy bien decir que en ese día de meditación, introspección y conocimiento de uno mismo había descubierto la verdad absoluta. Cuando comencé a escribir el libro, que no iba a ser publicado y solo era un diario en principio, me dije que sería muy sincera con lo que plasmaba. De hecho, lo fui. Pero cuando comencé a contemplar la posibilidad de publicarlo le di un par de vueltas para hacerlo más bonito. Engañé a mis recuerdos, como dice Lucas. No pude evitarlo, encajaba tan bien... —Elena le sonrió—. Ya ves, ¡todo el camino que hice para seguir mintiéndome! —No pudieron evitar reírse sonoramente por aquella ironía.

—Era una mentira piadosa por el bien de las ventas. A mí me gustó mucho el diálogo interno que mantienes ese día: parece que hay dos voces contrapuestas.

—Las hay, te lo aseguro.

—¿Y qué te dicen ahora? —Jorge le cogió el dedo índice de la mano izquierda y se lo levantó, como solía hacer cuando quería llamar su atención y Elena estaba distraída leyendo o en cualquier otra tarea.

—Me dicen que soy una estúpida sin límite. Las dos. Y raramente se ponen de acuerdo.

—¿Por qué?

—Porque los dos nos queríamos y lo eché todo por la borda por mi egoísmo. No te dije lo que necesitaba, creí que tú lo sabrías como si tuvieras una bola de cristal. No era nuestro momento.

—¿Y no podríamos haber recorrido este camino juntos? Si nos queríamos, ¿por qué no nos diste la oportunidad de aprender juntos? ¿Por qué me alejaste? ¿Por qué no viniste cuando volviste a España?

—Por egoísmo, porque me equivoqué, porque no te pregunté, porque estaba segura de que me rechazarías. ¡Me equivoqué hasta con mis padres y mi hermano! ¿Crees que necesitaba alejarme de ellos? ¡Claro que no, pero lo hice!

—Me hubiera gustado recorrer ese camino contigo, no sin ti. Al final los dos lo hicimos, algo debe de significar.

—Aún hay un largo trayecto. Quédate conmigo —le suplicó ella con la mirada.

Jorge volvió al hotel de Gijón donde se alojaba para recoger sus cosas mientras Elena daba un paseo conmigo. Por la tarde volvió a por ella y subieron a la montaña con Chapas. Durmieron en una pequeña cabaña que los padres de Elena tenían desde hacía tiempo.

Ninguno de los dos había contemplado esa posibilidad ni sabía qué podían esperar de aquella opción. No sabían si los rencores les lanzarían al pasado o si serían capaces de haber aprendido y caminar sin mirar atrás.

Fue esa incertidumbre lo que les empujó a continuar. La certeza de caminar sin expectativas les permitió disfrutar.

Porque los dos se amaban y ahora, además, se comprendían.

Tacto

Hacía tiempo que Zezé no acudía a la plaza a ver torear a su marido. Comenzó no haciéndolo con la excusa de que no quería robarle la atención, pero la realidad es que lo pasaba mal y odiaba que la grabaran con el gesto torcido en una mueca de profunda preocupación. Su marido, Iván, el Toro, lo comprendía y lo respetaba, aunque le hubiera gustado verla cuando le entraba el miedo. Porque a él también le daba miedo el toro, al menos hasta ese día.

Zezé solía ver las corridas en directo en el televisor gigante que tenían en casa. A veces hubiera deseado que fuera más pequeño para no ver a su marido tan expuesto delante del toro. Odiaba la profesión de Iván, odiaba que se jugara la vida, odiaba los toros y a los toreros. Deseaba que su marido lo dejara de una vez y él le había prometido hacerlo pronto, pero en ese momento estaba en lo más alto de su carrera. Él le prometía que lo dejaría cuando viera que estaba a punto de bajar del escalón: quería retirarse estando arriba y no abajo, quería ser una gloria como ella lo había sido. «Los dos sabremos cuándo es ese momento —le decía. Hacía pocos días, antes de que Lucas se fuera por completo, que habían comprendido que quedaba poco para ese momento—. Y no habrá vuelta a los ruedos como los otros toreros; me iré y me iré —aseguraba. Ella sabía que era verdad. Sabía, además, que Iván no se jugaría la vida en cuanto formaran esa familia que él tanto deseaba y que ella retrasaba.

Miró el televisor. Hacía ya cuatro días que él se había ido de casa, después de contarle quién era y la estratagema de Ernesto para unirles por la buena propaganda. Cuando sentía peligro, normalmente por Iván, tocaba su anillo de casada y le daba vueltas en el dedo. El tacto del oro en su piel la tranquilizaba como si fuera una conexión directa con su marido, con el mismo anillo que él llevaba en ese momento en que se enfrentaba al toro. Muchas veces también él lo tocaba estando en la plaza y ella hacía lo mismo desde casa, sintiendo estúpidamente que estaban unidos por el mismo tacto.

Él desplegó su capa sobre la rodilla izquierda mientras hundía la derecha en la ardiente arena del ruedo, sentado delante del toril que encerraba al toro y esperándole con impasible frialdad. Zezé apretó el anillo con fuerza, apretó su

dedo con fuerza y según se abría el toril se llevó el puño a la boca para ahogar un grito de impotencia. Sintió sus dientes hundiéndose en sus dedos, en su anillo, que a su vez se hundía en su piel. El toro salió, se paró desconcertado y le miró fijamente. Iván hizo un gesto con la cara para incitarle aún más con aquella impasible mirada fría. El toro no hizo movimiento alguno hasta que de pronto avanzó con fuerza hacia él. Iván esperó hasta el último segundo para levantarse y torearle, como si no tuviera ningún miedo a morir. Zezé se obligó a mantener la mirada en la pantalla hasta que consideró que él estaba fuera de peligro y entonces sintió todo el dolor que se había provocado a sí misma mordiéndose el puño y apretando con fuerza los dedos en la palma. Cogió su anillo de casada y lo lanzó a la televisión. Quiso apagarla, pero permaneció atada a la pantalla hasta que Iván terminó sano y salvo. Recogió el anillo del suelo y el frío tacto del oro le hizo volver a sentirse más tranquila. Por el rabillo del ojo vio que su marido se llevaba instintivamente los dedos a donde había tenido el anillo de casado, aunque solo tocaron piel y no el oro que ella sentía ahora en la palma de la mano. Se lo había quitado.

Zezé fue a su habitación, se lo quitó también y lo dejó en un cajón.

Pedrito

Las fresas olían muy fuerte, más de lo que esperaba. Aunque le gustaban grandes y sabrosas, hacía tiempo que Urraca le había enseñado que las fresas pequeñas, casi diminutas, también tenían un fuerte sabor dulce. Volvió a oler las diez o quince que tenía en la mano antes de engullirlas. Las comía como si fueran pipas, demasiado rápido para saborearlas, o bien las saboreaba con ganas y ansia. La mano se le quedó con el color rojo de las fresas y, mirando a un lado y otro para confirmar que no era observado, pasó la lengua por su palma. Sonrió divertido por ese gesto infantil.

—Te he visto —espetó Urraca. Nada más escucharla, supo que hoy no era Urraca, sino aquella mujer que tenía su cuerpo, su voz y sus gestos pero no era Urraca. Una mujer que la usurpaba y le privaba de Urraca, pero por la que igualmente sentía cariño. Sin embargo, Urraca hoy no parecía tenerle cariño a él—. ¿Qué haces con mis fresas? Eres un guarro. —«No —se dijo Pedrito—, no son sus gestos, no es su voz, ni siquiera es su cuerpo.» ¿Era posible que alguien cambiara tanto, incluso físicamente, solo por no ser esa persona? Se acordó de un ejercicio que le habían contado, ya no sabía quién. Consistía en imitar la forma de andar de un amigo o de cualquiera que veas caminando por la calle. Él lo había hecho y había visto como otros lo hacían. Qué divertido era ver a alguien adoptar los andares y las posturas de un tercero, incluso contagiándose de su actitud y abierto a las etiquetas que le pudieran colocar. Si andas con la cabeza muy alta, puedes ser tachado de prepotente. Si por el contrario caminas cabizbajo, serás calificado como alguien con poca autoestima. El mismo cuerpo, la misma persona, nueva personalidad—. ¿Qué haces? ¿Qué haces? —Urraca le gritaba ahora histérica, fuera de control. Pedrito había caminado por el jardín con la cabeza gacha antes y la cabeza bien alta después, jugando los diferentes papeles que había en su mente sin darse cuenta. Cuando los gritos por fin calaron en él, se volvió hacia Urraca para cogerle las manos y tranquilizarla. Ella daba pasos hacia atrás huyendo de él.

Antonio tardó menos de veinte segundos en salir y, a pesar de sus quejas, se la llevó a casa para intentar calmarla.

Al borde del abismo

Salí de la casa de Urraca sobre las siete de la tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse y la temperatura descendía. Caminé con la certeza de que mi visita les había hecho felices, por lo que yo mismo me sentí satisfecho. Al contrario de lo que solía, mis pasos eran cortos y lentos, disfrutando del paseo y de la agradable temperatura. Olía que iba a llover aquella noche y vi divertido que las crecientes nubes me daban la razón. Sería un buen momento para tumbarme en la librería con un libro y disfrutar de la lluvia desde el sillón, viéndola caer por la gran vidriera.

Pasé delante de la tienda, pero preferí parar primero en casa para coger un paraguas, convencido de que lo necesitaría más tarde. Apenas diez minutos separaban un lugar del otro, por lo que una buena previsión podía ahorrarme volver con la ropa completamente mojada después o que la lluvia me obligara a quedarme dormido en el sofá toda la noche en una mala postura.

Cuando introduje la llave en la cerradura y se abrió a la primera supe que o había alguien dentro o alguien había entrado a lo largo del día. Yo siempre cerraba con llave, era imposible que no la hubiera dejado echada. La puerta cedió y titubeando dejé que se abriera casi hasta la mitad, dispuesto a inspeccionar antes de entrar o bien plantearme si debía llamar a la policía. «Demasiadas personas tienen llave de esta casa», pensé recordando la advertencia de Alberto. Había cambiado la cerradura de la librería y mi vaguería y falta de destreza me habían impedido cambiar la de casa. En ese momento había pensado que la librería era más valiosa y ahora me arrepentía de esa decisión.

Escuché ruidos en la sala de estar. Papeleo, revuelo, pasos rápidos, manotazos en la mesa. Alguien estaba enfadado. Espiando desde la puerta no iba a conseguir nada y, por otra parte, nadie había forzado la cerradura. Es decir, quienquiera que hubiera entrado tenía la confianza de Lucas. ¿Debería tener también la mía?

Avancé sigiloso hasta la sala de estar y me sobresaltó ver a Fernando, el padre de Lucas, rebuscar algo en la estantería con desdén. No era el mismo hombre abatido que había conocido en el funeral de Lucas, era un hombre

movido por el ansia con el gesto serio y firme. Cuando le llamé por su nombre creí que me miraría con otros ojos, pero su mirada era la misma.

—¡Dios mío, me tienes ya harto, harto! —gritó. No podía tolerarle aquel tono y caminé con grandes pasos hacia él dispuesto a enfrentarle. Me detuve de pronto delante de la mesa del comedor, donde estaba el libro de Descartes junto con la carta de Lucas—. Este juego ya dura mucho y no tengo ni un duro, ¡ni un duro! —Movié las palmas de la manos hacia abajo, de un lado a otro con insistencia. No tenía nada, decía su cuerpo.

—Fernando, no sé a qué te refieres.

—Me refiero a que necesito mi pensión o me quedaré con este libro que ayer me dijiste cuánto valía. ¡Más de cien mil euros! Con esto tengo ya para lo que me queda de desgraciada vida y ya no dependeré de ti.

—Fernando, yo no hablé contigo ayer.

—¡Ya es suficiente! —me interrumpió bruscamente—. Al principio me daba mucha pena, pero ahora ya es cuestión de comer o no comer. Y yo no como si no me das mi pensión; es lo justo porque soy el padre legítimo, el de verdad, el que se acostó con la gitanilla de marras para tener un niño. Yo, ¿me oyes?, yo soy el padre de verdad y nadie más me va a arrebatar ese título. Quiero mi dinero ya o te juro que me llevo ese libro y lo vendo como sea para poder vivir. —Señaló el libro y vi que la carta de Lucas en la que confesaba que tenía alzhéimer estaba abierta de par en par encima de la mesa.

—¿La has leído?

—¡Claro que sí! —gritó nervioso y se volvió hacia la estantería continuando con su búsqueda.

—¿Qué quieres?

—Dinero, estará escondido en cualquier lado, como todas esas hojas estúpidas con las historias de la gente. ¡Dime dónde está!

—Fernando, no tengo ni idea de dónde está el dinero. —El sentimiento de lástima por aquel hombre encorvado y desesperado me impedía imprimir firmeza a mi voz. Era una plegaria, nada más que eso—. ¿Has leído la carta de Lucas? Fernando, Fernando, escúchame. —Apenas fue perceptible, pero relajó sus músculos y ralentizó su búsqueda. ¿Tenía su atención?—. Fernando: nadie debe saber que Lucas tenía alzhéimer. Creo que él no se lo contó a nadie y fue por algún motivo, debemos respetarle.

Fernando se detuvo en seco. Creí que mis palabras le habían amansado, pero cuando se volvió lentamente vi una enorme sonrisa burlona.

—Alzhéimer, lo que me faltaba por oír... —Se dio la vuelta por completo y se acercó a mí, tan cerca que me impregnó con el olor a alcohol de su aliento, vi sus dientes amarillentos y sucios y sus propios ojos, más amarillos que blancos, señal inequívoca de que consumía grandes cantidades de alcohol. ¿No había dejado de beber por Lucas, quien le «reformó»? Por el rabillo del ojo comprobé que se alzaba sobre la punta de los pies para intentar igualar sus ojos con los míos.

—O me das mi pensión o me llevo el libro. Estoy en mi derecho, he dicho.

—La verdad, Fernando, llegaron a insinuarme que habrías sido capaz de matar a Lucas por robarle un libro y yo no lo creí. Ahora lo único que me impide pensarlo es que el libro está encima de mi mesa.

—Por las buenas soy muy bueno, hijo, pero por las malas no quieras volver a verme. Tengo hambre y sed. —No hizo caso de mi comentario y seguía manteniendo una posición todo lo amenazante que su pequeño cuerpo le permitía. Con un profundo sentimiento de lástima metí una mano en el bolsillo y saqué la cartera. Tenía cien euros en dos billetes de cincuenta y otro billete de veinte. Iba a darle el de veinte, pero mis dedos me traicionaron y le entregaron los cien euros. Él descendió sobre sus pies y me guiñó un ojo—. Siempre has sabido lo que tienes que hacer, eres un chico listo.

Aún no había salido de casa cuando me apresuré a coger el libro y la carta, como si fueran lo más valioso de este mundo y debiera garantizar que quedaban a buen recaudo. ¿Por qué Alberto insinuó que Fernando podría haber matado a Lucas por este libro? ¿Por qué Elena había deshecho todas esas maquinaciones y me dijo que había malinterpretado a Alberto?

Hojeé con cuidado el libro, convencido de que Fernando lo habría maltratado de cualquier forma. Al hacerlo me di cuenta de que había muchas más cartas de Lucas entre sus páginas, la más antigua de ellas fechada un año antes. Las fui recogiendo del libro, donde estaban dobladas o bien inmersas entre las páginas sin más, y las dejé a un lado encima de la mesa. Eran cientos y cientos de páginas, amarillentas o manteniendo su color blanquecino, todas escritas con tinta azul, firmadas por Lucas y dirigidas a mí con la fecha indicada en la parte inferior. Era una extraña forma de escribir un diario, pensé. Comencé a clasificarlas por orden cronológico, siendo la última la que ya había leído del 9 de agosto, dos días antes de fallecer. Era uno de sus últimos pensamientos. La anterior era justo de un mes antes y contenía unos párrafos a los que no encontraba ningún sentido. «Si la duda me atrapa, me

envuelve y estremece, si me horroriza y persigue, si poco a poco va matándome, si me impide ser yo. Si la duda es mi perdición, mi limbo propio y mi estado. Si a cada paso que doy he de retroceder dos, o medio o ninguno. Si a cada retroceso he de añadir un adelanto, si a cada afirmación ha de seguir una negación...» La dejé de lado antes de terminarla. Lucas era un rompecabezas que había intentado conocer a través de Elena, Alberto, Zezé y el marido de Urraca. Su padre, Fernando, me daba muy pocas pistas. Pero menos pistas me daba lo que Lucas había dejado de sí mismo atrás. Todas aquellas cartas dirigidas a mí sin ningún sentido, sin que jamás me las mencionara o tuviera intención de que yo las recibiera, todas las historias que guardaba de las personas que conocía escondidas entre libros valiosos que él vendía. ¿Habría dejado alguna olvidada en un libro y después lo habría vendido? ¿Traicionaba a Zezé dejando su vida por escrito, libre para que por ejemplo yo la leyera y supiera quién era esa mujer que se ocultaba bajo capas y capas de disfraces y nombres distintos? Había leído trozos de sus vidas furtivamente y ahora me sentía un ladrón, había cogido la llave de los recuerdos que Lucas decía tener a buen recaudo y que jamás debía haber traicionado. Y, lo peor de todo, yo mismo estaba actuando como él, me estaba convirtiendo en él. Había escrito todo lo que Elena me había contado sobre su pareja, salía a correr por las mañanas como él, escuchaba jazz cuando me duchaba, pasaba tardes leyendo en su librería, comía churros con el marido de Urraca, daba paseos con Elena y Chapas... Había usurpado su vida llenando en parte el agujero que había dejado para las personas que le habían conocido. ¿Y qué había de la mía? ¿Qué pasaba con mi vida ahora?, ¿en qué punto la había dejado que no podía recuperarla ya? Pensé en todo aquello que antes de la llegada a Garzúa me parecía relevante, todo lo que había quedado en punto muerto y ahora no podía volver a retomar. Estaba tan lejos mi vida en Madrid que la sentía ajena. Pertenece a otra persona, a un conocido, a un amigo del que hacía tiempo no sabía nada. Y, sin embargo, ahí estaba, interrumpida, esperando que alguien volviera a retomar el ritmo que le imprimió un día.

Ahora lo que sentía mío era la vida de Lucas.

* * *

Después de irse Fernando compré una nueva cerradura y cambié la de casa. Estaba ya oscureciendo cuando recorrí los apenas setecientos metros que

me separaban de la tienda de Lucas. Estábamos ya a 23 de agosto y comenzaba a refrescar. Llevaba once días en Garzúa usurpando un sitio que no me correspondía. Caminé con la cabeza baja, fijando mi mirada en los adoquines y sin levantar la vista cuando alguien pasaba a mi lado. El sentimiento de pertenencia de los últimos días, sintiéndome a gusto en aquel lugar con Elena y el marido de Urraca, comenzaba a disiparse y a ser absorbido por la desgana y la desilusión. Algo no iba nada bien, algo me estaba revolviendo la conciencia y no sabía identificar qué. Me venían imágenes de Elena, Urraca y su marido, Zezé, Alberto Echevarría y Fernando en situaciones que yo no había vivido con ellos. Se agolpaban en mi cabeza una tras otra sin que pudiera descartarlas, haciéndome revivir momentos que me habían contado: enseñándole orgulloso a Alberto las estanterías con mis nuevas y exquisitas adquisiciones, hablando con Zezé en susurros sentados en los sillones muy cerca el uno del otro, llevándole un café a Elena compartiendo en silencio la lectura de cualquier libro, besando cariñosamente a Urraca y riéndome a carcajadas con su marido, mirando gravemente la habitación de Fernando y pidiéndole que dejara de beber... No podía evitar que aquellas imágenes me persiguieran y por mucho que intentaba pensar en otras cosas, en aquella vida que tenía en Madrid especialmente, era incapaz de aferrarme a ningún recuerdo de ella. Ya en la librería de Lucas, cerré las cortinas del gran ventanal y por una estúpida furia repentina pegué una patada a la mesita baja y la estampé contra la estantería. Cayeron varios libros al suelo y también les pegué patadas y di puñetazos a la estantería con rabia. «¿Estás bien, cariño?» De pronto me asaltó la voz de mi madre en el coche, dirigiéndonos a Garzúa para asistir al funeral de Lucas, su mirada cariñosa bañada en lágrimas, su sonrisa triste a través del espejo retrovisor. «¿Estás bien, cariño?» Pensar en su voz me hizo calmarme, me dejé caer delante de la estantería que acababa de golpear y me quedé sentado en el suelo mirando mis doloridas manos. «Tanto rencor y tanto odio te consumen. Cuando quieres gritarle a alguien, sobre todo cuando quieres gritar y lo haces, la rabia la sientes tú dentro de ti. Esa rabia es maligna, esa rabia acaba contigo. Yo me consumía a mí mismo sin opción, mi arma era odiar. Lucas me enseñó que había otras armas, Lucas me enseñó a vivir conmigo mismo. Y ahora que se ha ido vuelvo a odiar; por primera vez en quince años, vuelvo a sentir que me estoy consumiendo sin fin.» Las enseñanzas de Lucas volvieron otra vez a mí a través de las palabras de Alberto. Dejé caer las manos a los lados, con las palmas abiertas hacia arriba,

abatido. Antes de darme cuenta de que estaba quedándome dormido, un último pensamiento consciente me inundó. «Me rindo —me dije—, me rindo.»

Tuve varios sueños estúpidos uno tras otro, entrelazados sin sentido y dejándome una sensación de desasosiego. Intentaba despertar de ellos y no lo conseguía, debatiéndome entre el sueño y la realidad. Escuché las campanadas en la plaza del pueblo y el repiqueteo se coló en mi cabeza de forma constante hasta que poco a poco volví a la realidad y reconocí que el ruido de mis sueños quedaba atrás, excepto aquel repiqueteo que eran golpes continuos en la puerta. Abrí los ojos somnoliento, forzando la vista para descubrir que estaba en el salón de la librería, tumbado en el sofá, al que debí ir dormido a lo largo de la noche. Sentí el cuerpo entumecido y el cuello dolorido. Mi brazo derecho cargaba con todo el peso de mi cuerpo y al levantarlo comprobé que estaba dormido y era tan útil como un saco de patatas. «Voy», atiné a decir aunque con poca convicción. Puse los pies en el suelo y, con el codo izquierdo apoyado en mi rodilla, intenté comprender dónde estaba y quién era. Me dolía la cabeza y sentía una vez más que tenía resaca, aunque no hubiera tomado una gota de alcohol el día anterior. «Estás hecho una mierda», fue el bonito piropo que me dediqué antes de levantarme e ir hacia la puerta.

Descorrí la cortina de la puerta y me encontré con Zezé. Miré el reloj sorprendido; eran ya las cinco de la tarde. Abrí y ella pasó furtivamente, mirando a un lado y otro preocupada.

—Tienes un aspecto horrible, ¿te has tomado la medicación? —¿Ella también lo sabía?

—Sí —confirmé y ella asintió entonces comprensiva.

—Tomemos un café, te despejará. —Zezé se quitó sus elegantes guantes blancos, que combinaban con un traje chaqueta de Chanel en blanco y negro. Se descalzó los zapatos de tacones nada más dar dos pasos y se abalanzó sobre la cafetera. Mientras, yo intentaba desperezarme estirando mis entumecidos músculos, especialmente los del cuello. Iba a acabar con tortícolis si continuaba durmiendo en aquel sofá. Le eché una mirada de odio, aunque a la vez sentí una fuerte tentación de volver a dormirme haciendo caso omiso de Zezé. La escuché farfullar a mis espaldas, preguntarme alguna cosa, coger las tazas y servir el café. Recuerdo que la vi, preciosa, mirando por la ventana con su taza de café en la mano. Recuerdo que hablamos. Algo me dijo sobre la música de un títere que había escuchado aquel día y que la había hipnotizado. Recuerdo que me atacó un horrible dolor y su voz o cualquier otro movimiento se reproducía por mil en mi cabeza. Recuerdo que se acercó

a mí y me besó muy cariñosamente, recuerdo que me abrazó con fuerza y familiaridad. Guardo imágenes de ella, la mujer más hermosa que había visto, destrozada y compadeciéndose de mí cuando necesitaba que Lucas la ayudara y recuperara. Cómo podía saber yo que estaba ya en su cuarto día del ejercicio de los cinco sentidos. «Solo me queda un día para intentarlo, solo un día», dijo. Pero mi cuerpo me abandonaba y no era capaz de ayudarla, solo de dejarme ir. «Me rindo», volví a decirme estúpidamente cuando la persona que estaba delante de mí había tirado la toalla y solo necesitaba que yo hiciera de Lucas.

El abismo

Querido hermano:

Hoy estuvo Zezé aquí. Ha venido preciosa, con un magnífico traje de Chanel. Recuerdo sus mejores momentos en el cine y no podría estar más elegante. Los años le sientan bien, le sientan espectacularmente. Cómo no iba a ser así, si cuando empezó en el cine era solo una pobre chiquilla. Ahora es una mujer hermosa.

Zezé me necesitaba hoy y volví por ella. Creía que había muerto, pero su fuerza y su necesidad de encontrarme fueron más fuertes. Sé que volveré a irme y solo quedará esta carta como testimonio de mí, sé también que no la leeré y la guardaré dentro del libro de Descartes. Sé que Fernando se lo llevará y ya no habrá rastro de Lucas por ningún lado. Yo mismo le pedí a Fernando que lo cogiera cuando falleciera y así lo hará, no me cabe duda de que los escrúpulos no se lo impedirán. Después de venderlo de mala manera, muy mala manera, se irá de Garzúa con los bolsillos llenos para siempre porque aquí ya no le quedará nada que reclamar. Él no sabrá que con ello me entierra definitivamente tal y como es mi deseo. Todo ha sido una burda estratagema por mi parte que, según se está encaminando, terminará bien. Lucas se perderá para siempre, las hojas de su vida acabarán en la basura, adonde Fernando las destinará, el libro será vendido, él tendrá dinero suficiente para seguir viviendo... Y tú, hermano, ocuparás mi lugar. Tú y tantas otras personas que no conozco ni tú tampoco. He oído hablar de ellos y aun así me olvido. En los momentos de lucidez he llegado a escribir sobre Pedrito, pero de ninguno más, escondiendo los momentos de su vida entre libros y confundiéndole con otras personas que he conocido en el pasado. Así es mejor, así no encontrarán sus vidas reflejadas de pronto en un papel. ¿Por qué este doble juego conmigo mismo? Hasta ahora creía que podría seguir viviendo y que Lucas tendría su parcelita en la vida, pero desde que la imaginación de mi hermano me mató ya no hay hueco para mí. Sabía que iba a suceder, sabía que mi destino era la muerte. Por ello dejaba esas cartas dirigidas a ti, a mi querido hermano inventado, pensando que podría hacerte cambiar de idea. Pero querías todo tu hueco, no podías ser un mero segundón.

Lucas tenía que dejar de ser el protagonista absoluto para tener tu hueco completo. Y al final, ¿para qué? ¿Para convertirte en Lucas, en mí? Pensé que te haría cambiar de idea, pero tu fortaleza unida a mi debilidad han sido mi sentencia de muerte. Hoy es la última vez que Zezé dará conmigo, esta es la última carta que te escribo. No lo hizo de forma intencionada, no creo que viniera para recuperarme. Tan solo me necesitaba, me buscó y me encontró. Habíamos cerrado todas las cortinas de la librería para escapar de miradas curiosas y ella comenzó a llorar. Como aún no era Lucas, me senté a su lado con cierta distancia y solo me atreví a poner una mano encima de la suya. Ella enseguida la cogió con fuerza: me necesitaba tanto.

—Lucas, por Dios, Lucas, te necesito. —Hubiera resultado extraño para otros oídos, cursi o lastimero. Pero no para mí, para su hermano de sangre, para quien la ha conocido y acompañado durante estos años con amor y dedicación absoluta. No puede haber en el mundo nadie que la sustituya. No como yo, que soy una persona insignificante que se ha ido sin apenas dejar huella.

—Zezé: Lucas ha muerto —tartamudeé. Ella comenzó a llorar aún más y se desprendió de mi mano para cubrirse la cara.

—Lucas, vuelve, por favor, Lucas —sollozaba. Comprendí que su dolor por la muerte de Lucas la había trastornado, además de aquellos rumores de que su marido la había abandonado. Entonces se puso de pie y caminó ansiosa por la sala. Fue al escritorio y cogió unos papeles del cajón, volviendo hacia mí con tristeza—. Cariño, por favor, escribe aquí tu nombre y cualquier otra cosa. —La obedecí. Zezé sonrió y volvió a sentarse a mi lado cogiéndome las manos—. ¿Cómo se llaman tus padres?

—Enrique y Ester, viven en Madrid y...

—Ella es abogada y él tiene farmacias.

—Sí, vinieron conmigo para el funeral de Lucas y después volvieron a Madrid.

—Vinisteis todos en su coche y ellos se fueron después, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Entonces, ¿cómo es posible que tengas tu coche en la puerta de casa y el otro día lo condujeras un tramo para ir a verme a Madrid? —Su mirada era maternal. Pensé en su pregunta sin poder encontrar una respuesta. Ella continuó con suavidad, acercándose más a mí—. ¿A qué te dedicas? —La observé aturdido. ¿A qué me dedico? La pregunta rondó mi cabeza, busqué profesiones

para elegir una al azar. Eligiera la que eligiera, no era la mía—. ¿Recuerdas haber hablado con Lucas directamente?

—¡Claro! —exclamé ahora indignado—. Es mi hermano, ¿cómo no iba a hablar con él?

Busqué desesperado alguna imagen o momento en que hubiéramos comentado algo juntos, alguna conversación, cualquier tontería. «¿Cómo era posible quererle tanto y sentir tanto su pérdida si hacía tiempo que no hablábamos directamente? Los últimos años no pudo o no quiso venir en Navidades. Me gustaba saber de él, siempre preguntaba a mamá cómo estaba Lucas y si hablaba con él por teléfono quería que él supiera que yo estaba ahí. Quería hacerle preguntas a través de mamá, pero no quería ponerme al teléfono yo mismo. ¿Qué le habría contado si no teníamos nada que contarnos?» Ese había sido mi pensamiento cuando falleció, recordé.

—Quieres decir que Lucas... ¿Lucas no... no existió entonces? — balbuceé.

—¡Cómo no va a existir si es la persona más importante de mi vida, cariño!

—Pero tenía alzhéimer, estaba ido... En los últimos años no hablábamos porque no se reconocía a sí mismo.

—Lucas no tenía alzhéimer, se inventó que tenía esa enfermedad, seguramente influenciado por su madre.

—¿Su madre... Ester? ¿O te refieres a vuestra madre? —Comenzaba a perderme en los razonamientos de Zezé. Ella se levantó y se dirigió a la ventana, abriendo un poco la cortina para mirar hacia el exterior. Me daba ligeramente la espalda, apoyando el hombro sobre el cristal.

—Ester y Enrique fueron los padres que adoptaron a Lucas antes de Urraca y Antonio. Al poco de adoptarle, apenas un año después, descubrieron que ella estaba embarazada y Lucas sobraba...

—Me lo contó el marido de Urraca —interrumpí, pero ella apenas me escuchaba ya.

—Así que decidieron devolverle como si fuera un juguete. Por suerte, Urraca había tratado en Madrid a Lucas por su enfermedad. Ya desde muy pequeño tuvo síntomas de esquizofrenia, sin duda provocados por toda la droga que su madre tomó durante el embarazo. Por eso culpó a Fernando de la desaparición de Lucas. Sus primeros padres adoptivos tuvieron el buen juicio de que Urraca le tratara y por eso ella se decidió a adoptarle cuando le

abandonaron. Además, Antonio y ella no tenían hijos y aquel niño provocaba una enorme dulzura en Urraca.

»Fueron Ester y Enrique quienes le trajeron hasta Garzúa en coche; pensaron que al menos así le hacían un último favor a Lucas. Por el contrario, a él se le quedaría grabada la imagen de su primera madre adoptiva mirándole por el espejo retrovisor preguntando «¿Estás bien, cariño?», una enorme hipocresía, teniendo en cuenta que le estaban llevando de una familia a otra sin explicarle qué sucedía. —No me miró en ningún momento durante la breve pausa que hizo. Le costaba encontrar unas palabras que conocía demasiado bien. ¿Estaría actuando, no dejándose arrastrar por una situación que le provocaba mucho dolor?—. Lucas fue muy feliz con Urraca y Antonio, muy muy feliz. Ella le cuidó y le trató, le dio la medicación adecuada y todo el cariño que necesitaba. Era alegre, el niño más alegre que nunca hubo en Garzúa.

»Y creció... y quiso saber más. Quiso encontrar a aquellos padres que nunca le habían querido y tan mal le trataron. Nos conoció a mamá y a mí en la cárcel, después a su padre. No hubo cuento de hadas, solo tristeza. Desde entonces se volvió más taciturno y apagado, mucho más cerrado en sí mismo. Durante unos años desapareció de Garzúa y cuando volvió era una persona distinta. Antonio, que no quiere decirte su nombre porque no puede soportar que no le llames papá, dice que de pronto pareció eliminar todo el odio y la rabia que sus padres le habían provocado. Se convirtió en el Lucas que todos tanto hemos querido, esa persona que se dejaba amar. Pero Antonio pronto constató que no solo había dejado de sentir odio, sino que parecía haber eliminado también su capacidad de amar.

»Lucas me había perdido la pista entonces y cuando empecé a ser famosa no tardó en reconocermé. Me mandó cartas contándome cosas de mamá. Al principio tenía miedo, pero con el tiempo recordé a aquel joven que a veces nos visitaba en la cárcel, a mi hermano perdido. No pensé que volvería a perderle. Lucas: mi única unión con un pasado que mi padre se encargó muy bien de enterrar. Nos encontramos cuando dejé mi carrera y aquello coincidió con el empeoramiento de la enfermedad de Lucas. De pronto la medicación no fue suficiente. Sé que Urraca me culpaba a mí de alguna forma, decía que mis historias sobre mis vidas, mis nombres varios, mis personalidades inventadas le estaban trastocando. Sé que Elena me culpa también de encerrar a Lucas en un mundo al que ya no pertenecía, llevármelo a sentimientos y vivencias que

debería haber dejado atrás. Sé que me culpan sin decírmelo, sé que creen que mis historias le volvieron más loco.

»Después Urraca enfermó y Lucas se derrumbó, como si ella hubiera sido la única persona que podía comprenderle en su soledad y en su enfermedad. Ella le dedicaba una mirada y sabía qué torbellino tenía en su interior y cómo tenía que hablarle. Era la única con esa capacidad. Cuando el alzhéimer hizo de ella otra mujer, resultó que el hombre impasible sí tenía muchos sentimientos, aunque estaban ocultos. Urraca, tu madre y salvadora, ya no estaba aquí para salvarte más. Y tú, mi salvador, ya no estabas aquí tampoco. Te estabas yendo. Yo lo veía venir, poco a poco, pero cerraba los ojos.

»Algunos días me hablabas de ese hermano tuyo, aquel por el que te abandonaron. No sé cómo, pero de alguna forma descubriste que ese bebé que te reemplazó en la vida de Ester y Enrique se llamaba Adrián. Te empezaste a referir a él como una persona viva a la que conocías, alguien con quien habías crecido en la distancia. Y jamás fue así. Urraca, en sus escasos momentos de lucidez al inicio de la enfermedad, pidió a un amigo suyo que te tratara. Enseguida nos dio la noticia que ya esperábamos: padecías de personalidad múltiple. Hasta ahora habían podido tratar tu enfermedad con medicamentos y terapia. Además, no estabas en un estado muy grave. Pero mis historias y el duro golpe de perder a Urraca fueron demasiado para tu pequeño cuerpo. Demasiado llevaba ya acumulado como para soportar aún más. Ningún otro ser humano hubiera sido capaz de superar siquiera una infancia llena de drogas, inanición y tanta falta de amor por todos lados. Fue una pérdida paulatina. Un día llegaba y eras Adrián; otro, Lucas me esperaba para escuchar mis secretos. Como Adrián eras arisco e indiferente, egoísta. No me conocías ni querías hacerlo. Adrián odiaba a Lucas; Lucas perdonaba a Adrián. Adrián atrapaba más y más a Lucas, consumía más su cuerpo, su tiempo y sus fuerzas. Lucas debía temer que Adrián quería acabar con él y preveía su final.

»Para justificar las lagunas que sufría, Lucas me confesó que tenía principio de alzhéimer, lo que no era más que una excusa para sí mismo. Adrián obtuvo más y más fuerza hasta matar a Lucas en su mente y de cara a todo el mundo. No existió, sin embargo, funeral alguno, aunque tú lo recuerdes. Tampoco estuvieron aquí Ester y Enrique. Solo vinieron para traerte a tu nueva familia hace muchos años y nunca jamás volvieron ni se preocuparon por ti. Ese día, el que crees que fue el día del funeral, viste a Fernando. Él sabía que proclamabas la muerte de Lucas y lloró porque ya no

le reconocías como padre, ya no había ningún atisbo de traer de nuevo a Lucas. Adrián te había usurpado por completo. Habrá sido el peor padre del mundo y seguirá siéndolo, pero le dolía perderte también. Le usaste para irte. Le metiste en la cabeza el libro tan valioso de Descartes para que se lo llevara un día. En ese libro, solo en ese libro, introducías las cartas que escribías a Adrián sobre ti mismo y tu vida. Si Fernando se lo llevaba ya no quedaría ninguna prueba de ti y podrías morir. Y todos los demás libros... sé que crees que son valiosos libros antiguos de segunda mano que Lucas vendía, pero hace casi dos años que tuvo que dejar el negocio. Todo esto —se volvió para recorrer con la vista la amplia estantería— no son más que diarios tuyos donde has escrito nuestras vidas y las de otras personas que has conocido. Aquí, Lucas, hay libros valiosos, pero solo por los recuerdos que guardan. Lucas, mi querido guardián. —Zezé siguió mirando por la ventana unos minutos más—. A veces de pronto volvías, incluso después de haber anunciado tu muerte.

»Elena me contó que la llamaste un día para ir al cine a ver una película mía y estuvisteis un rato hablando por teléfono. Cuando te encontró, sin embargo, le dijiste que te había colgado sin más. Otras veces cambiabas las cosas de sitio, en especial aquel estúpido libro de Descartes. Lo escondías o lo dejabas a la vista, creo que según quisieras que Lucas desapareciera o no. Me lo contaba Elena, que no lo encontraba por ninguna parte y de pronto estaba ahí encima. Pero en los últimos meses ella venía a hurtadillas a tu casa para buscarlo y no había forma, excepto hace un par de días, que me dijo que lo tenías en el escritorio. Ella tenía esperanzas de que eso significara que te habías echado atrás en tu plan. Yo sabía que Lucas estaba ya demasiado consumido como para volver.

»A veces te tenía conmigo por teléfono; me llamabas y eras Lucas algunos escasos minutos antes de colgar diciendo que no sabías con quién hablabas. Entonces te contaba todo lo que había pasado entre Iván y yo esos días, pero solo me escuchabas y no hablabas, no decías nada, no me aconsejabas. Estoy segura de que lo escribías y en alguna parte de esta estantería rellena de vida estará escrita la última parte de mi existencia.

»Quedaban ya solo pequeños momentos de Lucas y muchos de Adrián, pero lo curioso es que de pronto Adrián empezó a comportarse como Lucas. En un momento dado decidió matarle, dejó de sentir envidia por él y de ser egoísta. Ya no necesitaba acaparar su terreno. Como Adrián solías disgustarnos a todos, pero te fuimos cogiendo cariño y nos fuiste ganando

según te convertías, irónicamente, más y más en Lucas. Antonio, tu padre, el marido de Urraca, nunca dejó de tratarte como Lucas, también es verdad. Seguía viniendo a traerte los churros, te hablaba con familiaridad. Los demás nos sentíamos confusos. Si te tratábamos como Lucas te ponías alerta, y resultabas tan distinto como Adrián que aprendimos a tratarte de forma distinta. Eso sí, nunca dejamos de estar preocupados por tu medicación. Te inventaste que Adrián tenía diabetes y por eso tomaba las pastillas, lo que nos vino realmente bien. Así había una excusa para insistirte en que te las tomaras.

»Otras veces vienen otros; Pedrito, por ejemplo. Suele estar oculto, aún no le conocemos bien. Creo que ahora que Lucas se ha ido definitivamente, Pedrito vendrá más tiempo. Las personas que nos rodean nos permiten ser quienes somos. Y cuando las perdemos con ellas se va una parte de nosotros que no podemos recuperar. Porque nunca somos de la misma manera con dos personas diferentes, y nunca otra persona nos hará revivir los mismos sentimientos que aquella que nos abandonó. Somos quienes somos a través de los demás. Buscar la felicidad por uno mismo es como intentar abarcar el universo con el dedo meñique del pie. Y ese dedo es el que siempre se cuela entre las patas de las mesas para romperse.

* * *

Miré la hoja en la que acababa de escribir «Adrián, hermano de Lucas». Al lado, Zezé había dejado una carta de Lucas dirigida a mí..., dirigida a ti. La letra era exactamente la misma.

La medicación, sí, la medicación era para mi esquizofrenia. Lo sabía. Era la que me provocaba tanto sueño y dolores de cabeza. Zezé, mi hermana, seguía de pie. Elena, mi otra hermana, debía de estar en su casa ahora mismo. Quise llamarla y decirle que había vuelto, pero sabía que no duraría mucho este momento que Zezé me había regalado. Pronto vendrías tú, Adrián, a usurparme. Ahora recordaba estar los tres juntos en ese salón, yo con mis hermanas Elena y Zezé. Antonio y Urraca, papá y mamá.

—¿Y Alberto? —Su nombre me vino a la cabeza repentinamente. Le había visto ahí mismo hablándome de mí, reprochando a Adrián todo lo que no se atrevía a decirme sin que como Adrián sintiera cariño o nostalgia. Y ahora ese sentimiento me llegaba de golpe y solo quise recuperar de mi memoria un

abrazo suyo, alguna palabra agradable, su sonrisa contagiosa, su ironía aplastante.

—Alberto te echa tanto de menos... Ha aceptado que no podrá recuperarte y puede que sea egoísta que haya decidido abandonarte, haciendo un seguimiento de tu enfermedad a distancia. Pero tú nunca le quisiste presente en tu vida, nunca quisiste mudarte con él ni que él viniera a vivir contigo. Siempre dejaste un margen de separación que él habría recorrido con ganas y prisa, pero no le dejaste. Si no hubiera sido así, estoy convencida de que hoy estaría aquí y obligándote a tomar la medicación días tras día. Pero si no lo querías a tu lado siendo Lucas, ¿cómo iba él a cuidarte siendo Adrián?

Cuántas equivocaciones había cometido. Desde el momento en que me fui de Garzúa para conocer a aquellos padres que me habían maltratado antes de nacer, no había hecho más que cometer un error tras otro.

—Esta mañana estuve en la plaza de Oriente, en Madrid. Un titiritero jugaba con una muñeca de Edith Piaf de forma impresionante. Su voz me hipnotizó tanto que no me di cuenta de que comenzaban a rodearme. Menos mal que estaba mi guardaespaldas conmigo. A veces olvido que la libertad no es un bien que yo pueda disfrutar. El otro día tenía que grabar unas palabras para una campaña contra la trata de blancas y fui incapaz. Solo podía pensar en los tres minutos malditos... Solo son tres minutos, lo sé, pero me da un miedo horrible. Al final tuvimos que parar la grabación y retomarlo un poco más tarde, cuando fui capaz de quitarme del pensamiento esos tres minutos. Y mañana..., mañana el olfato, mañana estoy segura de que me embargarán los fuertes olores de Marrakech... —Sus palabras se desvanecían en mis pensamientos. Qué estúpido, qué egoísta. ¿Tanto me había atrapado Adrián que era incapaz de reaccionar ante Zezé y el ejercicio de los cinco sentidos? Solo podía significar que era su única baza para evitar el suicidio y yo estaba inmerso en mis estúpidos pensamientos de Lucas y Adrián, de nuestra madre en la cárcel, de Fernando pidiéndome dinero y yo suicidándome también dándole el único libro donde podría encontrarme a mí mismo, mamá enferma, papá trayéndome churros, mi hermana Elena desconsolada por no haber estado con mamá cuando la necesitaba... ¿Cómo pude dedicar mi tiempo a estos pensamientos y no a Zezé por completo? Ella había venido para estar con Lucas y, ahora que le tenía, Lucas se perdía por otros derroteros.

Zezé me abrazó fuertemente cuando se fue y pasó un tiempo antes de que reaccionara. Llamé al móvil de Iván, pero lo tenía apagado. Le dejé un mensaje en el contestador diciéndole que por favor salvara a su mujer de

suicidarse. Soné tan patético como podía sonar una petición así. Llamé a Elena y le dejé mil mensajes en el contestador. No había forma de dar con ella y no lo encendía. Quise salir en su búsqueda, pero el pánico a que descubrieran que el fallecido Lucas había vuelto a la vida me paralizó.

Adrián, querido hermano, por favor, guarda esta carta y enséñasela a Elena. Ella sabrá qué hacer. No la guardo con las demás en el libro de Descartes porque esta sí debe ser leída, así como las otras en las que Zezé me ha estado contando qué sucedía en estos días. Mi estrategia era ser olvidado por completo, pero no puedo dejar que eso suceda. Espero que la curiosidad por su historia te haga leerlas y reaccionar. Zezé necesita a Lucas, a Adrián, a Elena, a Iván, a quien sea, pero alguien tiene que evitar que termine con su ejercicio de los cinco sentidos.

Lucas

24 de agosto de 2014

Sabor

Zeze tocó el terciopelo de la colcha y le produjo una sensación de electricidad en la piel. Se le erizó el vello rubio del brazo. La colcha de la cama en la que estaba tumbada era de color azul verdoso, un color muy intenso. Inspiró el profundo aroma de las flores recién puestas en la habitación. Oía de fondo el bucólico sonido de los pájaros y se recostó.

Pasaron unos minutos, tal vez fueron solo segundos, hasta que volvió a sentarse en la cama con los pies recogidos debajo de la colcha. Alcanzó la fría botella de tequila de la mesita y relleno un vasito hasta que se dio cuenta de que rebosaba el borde y las gotas caían por las paredes cristalinas que se tornaban de color dorado. Cogió el salero, se lamió la piel de la muñeca con suavidad, incluso con cariño, y derramó la sal sobre la misma. Con la mano limpia alzó el chupito sin importarle que cayeran gotas alrededor. Una vez más lamió su muñeca, en esta ocasión con la sal, y el profundo sabor amargo le invadió la lengua. Antes de que bajara por la garganta bebió el chupito de tequila añejo de un trago, saboreando su fuerte gusto a madera. Antes de tragarlo dejó que el líquido jugara en el interior de su boca, permitiéndose que recorriera la punta de sus labios, los dientes, el paladar y la boca de la garganta hasta caer hacia su interior.

Repitió la operación una vez más. Y otra. Las dos últimas sin necesidad de la sal en su muñeca. La cuarta, tomando el licor directamente de la botella. Tras dos largos tragos la dejó sobre la mesita y vio el pequeño frasquito con el veneno. Una vez lo ingiriera, en tres minutos habría muerto.

Quitó el tapón y sin pensarlo ni un solo segundo lo lanzó a su boca, saboreando el fuerte olor que su nariz ya había detectado. El veneno permaneció unos segundos debajo de su lengua sin poder decir por qué decidía esa ubicación, antes de tomar la decisión de ingerirlo. Tenía sabor a fuego y a muerte.

Olvida, olvida, olvida que otros recordarán por ti lo que no debes

Llevaba prácticamente dos días durmiendo cuando me desperté una vez más en el sofá de la librería. Miré a mi alrededor confuso, pero por fin con la sensación de que el dolor de cabeza, el malestar y el letargo habían desaparecido. Confundí los sueños con la realidad y me costó descifrar si Zezé había estado ahí conmigo el día anterior por la tarde o había sido un sueño. No tenía muchos más recuerdos de lo que habíamos hablado y pensé que el día anterior había debido de tener un virus momentáneo, alguna gripe pasajera.

Me sentía con energía aquel día. Era feliz en Garzúa, era muy feliz. No podía dejar que las dudas estúpidas me impidieran serlo. ¿Qué más daba si había dejado mi vida en Madrid atrás? Podía retomar la de Lucas y cubrir esos huecos que las personas que amaba necesitaban. Podía y debía ser el apoyo de una pareja de ancianos solitarios. Podía compartir mis tardes con Elena leyendo libros con un café en la mano y riéndonos de cualquier tontería. Podía recibir a Alberto y escuchar sus frustraciones con Lucas, recordarle que si sigue odiando como hacía antes volverá a consumirse. Podía salir por las mañanas a correr y caminar con Chapas. Era una vida que me apetecía, desde luego mucho más que la que dejaba atrás y de la que apenas recordaba ya nada.

Eran casi las siete de la mañana cuando llegué a casa y decidí salir a correr. Después del día anterior, en que había dormido casi día y medio sin interrupción encerrado en la librería, me invadió la sensación de libertad. Agradecí incluso que lloviera un poco y me despejara de la letanía, me sentí vivo.

Frente a los sentimientos negativos que me habían invadido hacía pocas horas, dediqué la mañana a asentarme en la casa de Lucas y retomar todos los asuntos que me habían preocupado hasta entonces. No sin antes, por supuesto, ducharme escuchando jazz.

En primer lugar me ocupé del libro de Descartes que estaba abierto por la mitad en el escritorio. Apenas me fijé en él, lo cerré de un manotazo y sin

pensarlo llamé a Fernando. Vino al momento y le dije que se lo llevara y lo vendiera, que obtendría el dinero suficiente para vivir el resto de su vida si lo gestionaba bien. Me sentí magnánimo y me pregunté si no me arrepentiría, pero estaba convencido de que Lucas así lo habría querido. Aunque su padre era un desalmado, Lucas se preocupaba por él. Ví en sus ojos la codicia cuando se encontró con el libro, pero también la tristeza. «¿Podré venir a verte?», me preguntó al borde de las lágrimas. Le abracé alegre, feliz, tal y como me imaginaba que Lucas hacía. «Todos los días», contesté.

En segundo lugar busqué el teléfono de Alberto Echevarría en la libreta de Lucas. Descolgó, sorprendido de escucharme, tras tres tonos. Algo me decía que, si volvía a llamarle, tardaría otra vez tres tonos en contestarme.

—Alberto: solo quería decirte que el libro que sospechabas que había desaparecido estaba hasta hace unos minutos encima de mi escritorio. He decidido dárselo a Fernando, estoy seguro de que es lo que Lucas habría querido. —Le escuché suspirar—. Lucas murió de forma natural porque ese libro estaba en casa y Zezé no tiene ningún miedo a que sus secretos sean divulgados, sabe que no será así y confiaba tanto en Lucas como en sí misma. Entiendo que para ti fuera difícil aceptar que murió, pero creo que lo mejor para todos es comprender por fin que se ha ido y cerrar esta historia.

Alberto tardó unos segundos en hablar, tal vez no llegó a ser un minuto completo, pero me resultó eterno. Había dado a mi tono toda la fuerza y convicción que podía, seguro de que sería suficiente para dejar atrás este asunto.

—Gracias, Adrián, gracias por llamarme. —Su voz estaba limpia de toda la rabia que yo conocí en la librería y era dulce, muy dulce—. Dentro del libro había una serie de cartas muy importantes para Lucas, ¿las has guardado?

Me acordé de pronto de todas las cartas que había cogido dos días antes y ordenado cronológicamente. Solo había leído un par de ellas de los cientos que encontré. Fui corriendo al escritorio por instinto, ya que sabía que esas cartas las había vuelto a guardar en el libro.

—No, se las he entregado con el libro, no las cogí —contesté preocupado por su reacción. ¿Eran importantes para él esas cartas? Debían serlo para mí, a quien iban dirigidas, aunque nunca me las entregara mi hermano. Alberto suspiró una vez más y de pronto comenzó a reírse sonoramente.

—Ay..., Lucas era muy sabio. Es mejor así. ¿Cuánto hace que Fernando se ha llevado el libro?

—Apenas una hora.

—Mejor, mejor, ya las habrá quemado. ¿Viste alguna?

—Solo un par. —¿Debía decirle que Lucas tenía alzhéimer?

—¿Y te hicieron replantearse algo importante sobre ti, no sobre Lucas?

—No —dudé de mi respuesta—. No —asentí seguro de lo que decía. No había nada de mí a lo que Lucas hiciera referencia.

—Mucho mejor, mucho mejor. Tienes razón, ya podemos dar por cerrado este capítulo, no hay vuelta atrás. Nunca pensé mal de Zezé, solo creí que si te daba algunas pistas podrías tirar de un hilo que te llevaría a volver..., a volver a despertar a Lucas y traerlo para mí. Fui egoísta, creí que podría jugar estúpidamente contigo y todo ha salido tal y como debía salir; mi intervención no ha servido para nada. Pero me alegro, Adrián, me alegro mucho —no supe qué contestarle. Las frases enigmáticas dejaban de tener sentido para mí y había visto que intentar comprenderlas solo me llevaría a más frustraciones. Estaba decidido a seguir con mi plan de esa misma mañana y continuar con mi vida sin preocupaciones absurdas. Lucas había fallecido y yo iba a vivir en Garzúa feliz. Alberto interrumpió mis pensamientos—. Si no te importa, iré a verte, me gusta sentir que estoy cerca de Lucas. —Colgó sin esperar a que le contestara.

Le mandé un breve mensaje a Fernando preguntándole por las cartas del libro. «Las he quemado. Es lo que Lucas me dijo que hiciera cuando me lo dieras», fue su escueta explicación. Aunque me sentí triste, comprendí que Lucas quería que su vida permaneciera en el mismo silencio en que la había vivido. Tal vez escribirlas dirigiéndolas a mí era una especie de diario, pero nunca quiso que yo las leyera. Si además era lo que le había pedido a Fernando, no podía ir en contra de sus deseos.

Lo que no esperaba era que yo mismo tuviera que tomar una decisión al respecto. Algunas cartas habían debido de caerse del libro cuando se lo di a Fernando y estaban en el suelo, debajo del escritorio. Las recogí dudando. Leí las primeras líneas de todas, sin atreverme a terminarlas. Hablaban de Zezé, de lo que parecía una discusión con su marido Iván. Otra hablaba de una visita de Zezé a la librería un día que iba vestida igual que el último día que la había visto. Volví a doblarlas. Sus vidas no me pertenecían, no más allá de lo que ellos quisieran. Cogí esas cartas y fui a la librería. Ahí estaban las que ya había leído sobre Zezé y Elena los días anteriores, además de la que yo mismo escribí sobre Elena y su pareja. Las recopilé todas y las guardé en este diario que estoy escribiendo y llega a su fin, pero nunca leí las últimas cartas de Lucas. Meses después, Elena me daría una carta de Zezé pidiéndome que la

guardara entre las que ya tenía sin leerla. Hice como me decía. Había decidido dejarle descansar, a él y sus recuerdos.

Ahora yo era el guardián del cementerio de recuerdos.

Epílogo

Querido Lucas:

Te escribo aunque sé que ya no existes. Hace meses que desapareciste por completo y ha sido imposible recuperarte. Hablé con Alberto y me contó sus esfuerzos para lograrlo. Aunque me enterneció que lo intentara, me alegré de que no lo consiguiera. Has sufrido mucho en tu vida como para volver a ser Lucas. Adrián ha tenido una vida mejor, unos recuerdos mejores, un pasado más dulce. Yo debería haber hecho como tú, inventarme a alguien nuevo y olvidarme de quién fui, deshacerme de todos los disfraces que me pesan y ponerme uno en el que me sintiera cómoda sin recuperar ninguno de los anteriores. Pero, a pesar de ser hermanos, qué distintos somos.

No voy a obviar que yo también intenté hacerte volver, especialmente el último día en que nos vimos. Te necesitaba tanto, mi querido Lucas, que mi egoísmo pudo con tu bienestar. Me dice Elena que, dentro de lo que cabe, estás bien. Como esperábamos, ahora que Lucas se ha ido viene más Pedrito. Aún le estamos conociendo, yo desde la distancia y ellos a tu lado.

Siento no ir a verte, pero estoy embarazada y el médico me ha recomendado no moverme mucho. Es un embarazo de riesgo y estamos preocupados, Iván y yo, aunque sabemos que todo saldrá bien. Será el primero de mis hijos, aunque ya estamos pensando que los siguientes serán adoptados. Él ya ha dejado su profesión, nunca más volveremos a verle en el ruedo. Ni siquiera lloró en su despedida, como muchos otros toreros. Está tan feliz de no volver a arriesgar su vida y del próximo nacimiento de nuestro hijo que ni siquiera la tristeza por una profesión que ha amado y deja atrás puede empañar esta alegría. Le han criticado, claro que sí. Dicen que nunca fue un torero de verdad, que nunca lo sintió y solo toreó por el dinero y la fama. Qué poco nos importa ya lo que digan, nosotros conocemos la verdad.

Una vez más, mi querido Lucas, me salvaste. Me dice Elena que has guardado unas poquitas cartas en un diario que has escrito y lo mantienes guardado sin abrirlo, poniendo punto final a la vida de Lucas. Qué feliz me hace saber que ni Alberto ni yo conseguimos lo que queríamos y has podido escapar de nosotros. Elena siempre supo mejor que yo lo que te convenía. Ahora comprendo sus reticencias a que yo te visitara y te trajera de vuelta, comprendo su capacidad para dejarte ir. Creí que no te quería ni te necesitaba lo suficiente, pero lo cierto es que sí lo hacía, aunque era más fuerte que yo para respetar que tuvieras que irte. Esta carta que te escribo se la enviaré a Elena para que no pase nunca por tus manos. Es la última confesión que necesito hacerle a Lucas para tener yo también mi punto final con Zezé Miel, Elena Miel, María Pérez y María Montalbán, incluso cuando mi documento de identidad sigue diciendo Elena

Miel. Es una nueva Elena Miel que ya no tiene miedo a que se despierten los fantasmas del pasado y que ya no tiene que preocuparse de que Iván no la conozca. Por eso te envío también el ejercicio que hice de los cinco sentidos, todos los momentos que sentí y quiero olvidar guardándolos junto con esta carta que será oculta con muchas más.

Decía que me salvaste una última vez en aquella visita que te hice en la librería. No tenía derecho a intentar hacerte volver, pero si no lo hubiera hecho, ahora no estaría escribiendo estas palabras. Comprendiste que tenía la intención de suicidarme y avisaste a Iván.

Después de escuchar tu mensaje en el móvil, recorrió todos los lugares donde creyó que podría estar. Fue a Garzúa, a la cabaña gallega donde crecí, a casa de mi padre, Ernesto, a las dos casas que tenemos en el norte y en el sur. Fue de sitio en sitio conduciendo como un loco. Ernesto le ayudó en la búsqueda también, actuando por fin como un padre y asumiendo su responsabilidad hacia mí. Aunque nunca tendremos una verdadera relación de padre e hija, no sabes lo que han cambiado las cosas y lo ilusionado que está con su próximo nieto. Iván ya no le mira con suspicacia, sino con cariño. O al menos eso me hace creer a mí.

Al final me encontró en Sevilla, donde nació. Hay un hotel al que siempre íbamos cuando nos alojábamos allí. Comprendió que para mí todo debía terminar donde empezó, y acertó. Nada más llegar solo tuvo que pedir la llave de mi habitación y, al ser reconocido como mi marido en el planeta entero, se la dieron sin más. Había habido tantos rumores sobre crisis en nuestro matrimonio a lo largo de los años que el último no tenía por qué ser verdad.

Cuando Iván entró yo tenía el veneno en la boca. Si lo ingería, moriría en tres minutos. No llegué a tragarlo. Solo verle venir me hizo escupirlo.

Podría contarte que fue un bonito cuento, un *Romeo y Julieta* con final feliz, muy cerquita de ser un final catastrófico, en que él la salva a ella. Pero cuando me abrazó y solo pudo sollozar «gracias», me di cuenta de que el motivo por el que no quería suicidarme era para salvarle a él y no a mí. Sentí que le estaba devolviendo a la vida. Yo ya no estaba ahí, y si volví fue solo porque me necesitaba. Él había descubierto que me quería por quien era y quién era él cuando estaba conmigo. No tenía por qué querer o siquiera conocer todas aquellas versiones perdidas de María Pérez, María Montalbán, Elena Miel o Zezé.

Iván ya no arriesga su vida en el ruedo, por mí y por nuestro hijo. Yo no la arriesgo, por él y por nuestro hijo Lucas.

Ya no me oigo a mí misma recriminarme cientos de cosas ni plantearme cientos de preguntas. No oigo ya esas voces, solo hay silencio donde antes el murmullo me impedía descansar. Tranquilidad y la compañía segura de Iván. Ríete, pero estoy aprovechando estos momentos de paz sabiendo que con la llegada de nuestro hijo todo será caos. Un caos tan bonito.

En este recorrido he aprendido mucho de vosotros, de ti, de Elena. Creo que ella me ha perdonado por leer su libro sin su permiso, por intentar traer a Lucas. ¡Tiene tanto que enseñarme!

He pensado que tal vez vuelva algún día a trabajar. Iván dice que será un feliz amo de casa mientras yo ruedo. Nos reímos diciendo que le criticarán por vivir de mí.

Ya no busco la felicidad, está sobrevalorada. Ahora busco sentirme en equilibrio, aunque Elena se ríe de mí. Y yo también. Me gusta reírme de mí misma.

Te quiere tu hermana

Elena Miel

26 de marzo de 2015

FIN

23 de septiembre de 2015 en Madrid

Nota de la autora

El 25 de septiembre puse punto final a *El guardián de recuerdos*. Realicé muchas modificaciones posteriores, pero es la fecha en que escribí *Fin* y en que todas las piezas del puzzle encajaron tras coser los hilos sueltos. Sin embargo, me resulta más complicado definir cuándo comenzó *El guardián de recuerdos*. El germen de la novela surgió en la cocina de mis padres cuando tenía dieciocho o diecinueve años. Sé que era verano porque en mi cabeza tengo la imagen de estar en bikini y pantalón corto, mi atuendo habitual en la casa de Polop. También sé que todo ello puede ser falso y podría estar perfectamente en ropa de invierno con las puertas cerradas al patio. Estoy convencida de que con el tiempo la memoria traiciona los recuerdos. En mi cabeza las puertas estaban abiertas al patio, había mucha luz y tenía hambre. Estaba picoteando de la comida que mi madre preparaba y llevando los platos de la cocina a la mesa del patio. Mi hermana mayor Isabel acababa de llegar a casa y estaba contándome con ilusión cómo le iba en su nuevo trabajo. No sé si era en una biblioteca o un museo y no lo he querido confirmar con ella, me gusta que el recuerdo sea difuso. Ella había asumido el trabajo de un hombre mayor que se había ido, no sé si porque había fallecido o se había jubilado. Me contaba que cada día tenía la sensación de conocerle más y más porque encontraba cosas de él. Su bata blanca estrecha y larga le indicaba que era un hombre alto y delgado. Los libros que tenía en su escritorio le hablaban de su afición por la literatura. El orden de sus objetos denotaba una forma de trabajar. Con estos detalles, junto con lo que los demás trabajadores le contaban de él, mi hermana iba creando y conociendo a un hombre desconocido. La escuché con mucha atención y ella supo que la historia me gustó, pero no volví a indagar más ni a mencionársela.

Ese fue el inicio de *El guardián de recuerdos*, la idea que disparó esta novela. En ese momento era dueña de lo que iba a hacer con el relato. Durante más de doce años solo lo tuve en la recámara de mi memoria esperando a ser escuchado. Hubo un tiempo en que comencé a escribir algo y lo dejé aparcado, sin estar convencida de la historia. Hasta que decidí que debía embarcarme en esa idea, crear un cuento o una novela. En ese momento, era dueña de mi decisión.

A partir de ahí no soy dueña de nada. En cuanto un relato comienza a tomar forma no soy dueña de lo que sucede. Algunos amigos curiosos me han preguntado alguna vez de dónde me viene la inspiración y no me atrevo a confesarles que no me puedo sentir orgullosa de mis historias. Les cuento cualquier mentira para espantar esa pregunta, porque la realidad es que yo solo soy dueña de la idea y de si voy a desarrollarla o no. Después, la historia toma su propio rumbo sin que pueda influir en ella. Me sucedió con la novela *Palabras inventadas*. Quise cambiar el triste final y fui incapaz. También con *La extranjera* quise encontrar una salida a la historia que no me hiciera

sentir frustrada por los protagonistas. Quise encontrar un cambio de rumbo que les diera un mejor destino.

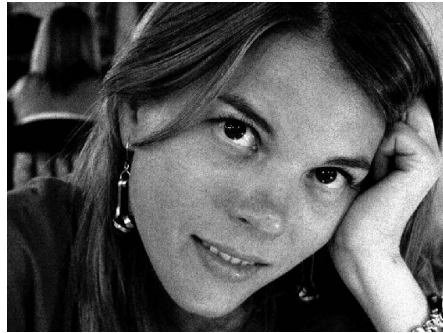
Pero yo no podía decidir, ya no era dueña de esas historias.

Con *El guardián de recuerdos* ese sentimiento ha sido más intenso que nunca. Cuando comencé a escribirlo me preocupaba que no lograba identificar ningún rasgo del protagonista. Había escrito ya varias páginas sobre lo que le sucedía a él en Garzúa y sobre las personas de su entorno, pero cuando intentaba describirle mis dedos se paralizaban sobre el teclado. Me dije que debía asignarle al menos una profesión. Adrián, el hermano de Lucas, ha sido periodista, fotógrafo, fotoperiodista, corresponsal de guerra y a punto estuvo de ser francotirador. Pasaba de una profesión a otra sin decidirme. Hubo un momento en que en una parte de la novela le describía como periodista de guerra y en otra, como fotógrafo de moda, habiéndome olvidado de lo que ya había escrito sobre él. Y en ninguna parte del relato llegaba a profundizar más allá en su ocupación o en su vida. Me preocupaba no conocerle e intentaba forzarme a escribir sobre él, hasta que mis palabras iban inmediatamente hacia otros personajes. Le di también varios nombres y, como consecuencia, dependiendo de la página se llamaba de una u otra forma. Adrián se me escapaba. Me hacía rabiar. Se escondía de mí.

No fue hasta que alcancé la parte final cuando me di cuenta de que se escondía porque no existía. Cuando escribo una novela convivo con los personajes, invaden mi vida y me cuentan sus historias cuando estoy concentrada en otras tareas. Incluso cuando estoy dormida, como sucedió en este caso. En ese momento en que estás debatiéndote entre despertarte o seguir abrazando el sueño, Adrián me confesó que no existía y por eso yo no le encontraba. Adrián era el propio Lucas.

Revisé lo que había escrito hasta entonces y tuve que hacer tan solo ligeras modificaciones para adecuarlo al nuevo escenario. Eliminé las escasas referencias a sus diferentes nombres, a sus diferentes profesiones y un par de palabras sobre un antiguo amigo que mencionaba una única vez y de forma forzada.

Si el lector ha disfrutado esta novela y le ha sorprendido que Adrián sea Lucas, quiero que sepa que yo también me sorprendí.



Astrid Nilsen de la Cuesta, de ascendencia española y noruega, nació en Alicante en 1983. La literatura ha sido desde la infancia su gran afición, bien disfrutándola como escritora o como lectora. En 2009 ganó con *Palabras inventadas* un premio nacional de novela dotado con seis mil euros. En 2013 publicó *La Extranjera* con Click Ediciones.

El guardián de recuerdos

Astrid Nilsen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Astrid Nilsen, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Elena Schweitzer / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16050-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

La extranjera

Asrid Nielsen

El fotógrafo de paisajes

Mercedes Pinto Maldonado

El sanatorio de la Provenza

Rosa Blasco

Todo lo que nunca hiciste por mi

Rafael Avendaño/Juan Gallardo

En busca de la tierra hueca

Nelson Poblete

Fran Most. Demasiado peligroso

Daniel Feito / Rubén García Cebollero

Rododendro. Crónicas de RockVille

Rubén Aído

El guardián de recuerdos

Astrid Nilsen

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

